

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
“ALFONSO VÉLEZ PLIEGO”



DOCTORADO EN SOCIOLOGÍA
Línea de Investigación:
Subjetividad y Teoría Crítica



*Sufrimiento psíquico e incomodidades
latentes en el capitalismo neoliberal:
constelaciones de vida en la Ciudad de
México*

**TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE DOCTOR EN
SOCIOLOGÍA PRESENTA:**

Imanol Antonio García Vergés

ASESOR:

Dr. Francisco Javier Gómez Carpinteiro

SÍNODO:

Dra. Linda Margarita Romero Orduña
Dra. Mayleth Alejandra Zamora Echegollen
Dr. Carlos Figueroa Ibarra
Dr. Oliver Gabriel Hernández Lara
Dr. José Javier Contreras Vizcaíno

Puebla de Zaragoza, 7 de mayo de 2024

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	5
INTRODUCCIÓN.....	7
ESTRUCTURA DE LA TESIS.....	9
CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS.....	19
Técnicas de investigación.....	23
Aproximación concreta	30
 I. CONSIDERACIONES GENERALES: APROXIMACIONES TEÓRICO- SOCIALES	 39
EL PUENTE ENTRE SOCIOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS: SUJETO Y/EN SOCIEDAD	39
Psicoanálisis y pensamiento crítico	39
Psicoanálisis: crítica y teoría social en nuestros días	52
CAPITALISMO NEOLIBERAL	67
Neoliberalismo en México.....	72
La razón neoliberal.....	75
 II. NEOLIBERALISMO Y SUBJETIVIDAD	 79
NUEVAS FORMAS DE DOMINACIÓN EN EL CAPITALISMO NEOLIBERAL.....	79
EXIGENCIAS SOCIALES E INSATISFACCIÓN	90
 III. SUFRIMIENTO PSICO-SOCIAL	 100
SUJETOS DEL RENDIMIENTO. SUJETOS DEL SUFRIMIENTO	100
ALGUNAS (PSICO)PATOLOGÍAS ACTUALES.....	131
APROPIACIÓN DEL MALESTAR COMO SÍNTOMA DE LA SOCIEDAD ACTUAL.....	165

IV. CONSTELACIONES DE VIDA Y SUBJETIVIDAD DAÑADA.....	182
<i>INCERTIDUMBRE. ENTRE LA INSATISFACCIÓN, LA PROMESA DE FELICIDAD Y LA PANDEMIA.....</i>	186
DAÑO SUBJETIVO Y ¿FRACTURA DE LA DOMINACIÓN?.....	210
¿ES POSIBLE UNA RELACIÓN ENTRE SUFRIMIENTO PSÍQUICO Y NEGACIÓN DE LAS CONDICIONES DOMINANTES?	218
CONSIDERACIONES FINALES.....	225
EXPERIENCIAS DESDE EL MALESTAR COMO DAÑO SUBJETIVO	225
INCOMODIDADES LATENTES	232
¿DESTELLOS DE UNA TRANSFORMACIÓN SOCIO-SUBJETIVA?	237
BIBLIOGRAFÍA	246
ARTÍCULO DIGITAL.....	251
BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA	252

*We are everyday robots on our phones
In the process of getting home
Looking like standing stones
Out there on our own
We're everyday robots in control
In the process of being sold [...]
Everyday robots just touch thumbs*

Damon Albarn
Everyday robots

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnología (CONAHCyT) la beca recibida a lo largo de cuatro años. Contar con este apoyo, además, precisamente durante los años de pandemia, fue sin duda un gran privilegio.

Del mismo modo, agradezco al Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” la oportunidad de cursar el Doctorado en Sociología en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). Después de mis pasos por las universidades de la Ciudad de México, fue sumamente enriquecedor seguir el camino en Puebla. La línea de investigación sigue siendo un oasis de pensamiento crítico y no cabe duda que me brindó al inicio del doctorado un ambiente estimulante, así como los elementos necesarios para definir mejor mis propios propósitos de investigación, los cuales, aunque pueden parecer alejados del enfoque hacia movimientos politizados y sus resistencias, siempre se enriquecieron en el diálogo crítico. En este sentido, agradezco a todas y todos que conforman el seminario de Subjetividad y Teoría Crítica. También muchas gracias a Paty, secretaria del posgrado, quien siempre me orientó y ayudó con los trámites pendientes y consejos pertinentes.

Estoy profundamente agradecido con mi asesor, “Pancho” Francisco Javier Gómez Carpinteiro, cuyo acompañamiento ha sido constante. Asimismo, doy las gracias a Carlos Figueroa y Oliver Hernández, quienes aceptaron formar parte de mi comité académico. Este trabajo les debo mucho a sus lecturas cautelosas, sus acertadas observaciones y críticas, así como recomendaciones bibliográficas. En los últimos pasos de la investigación, cabe mencionar, sin duda, a quienes conforman mi sínodo que –cada quien, a su manera– contribuyeron a las correcciones y mejorías de este trabajo en su fase final. Entre desacuerdos y construcciones sumamente importantes al presente trabajo.

Doy las gracias a todas aquellas personas –pacientes o no– que hablaron conmigo sobre sus vidas; son ellas quienes nutrieron también el trabajo teórico con una inmensa riqueza, de diferentes realidades, sentimientos y pensamientos. Sin ellas,

hubiera sido imposible trazar aquellas constelaciones de vida de las que habla la presente tesis. Esto porque, desde su sufrimiento, tienen una mayor comprensión de las complejidades psicológicas, psicopatológicas y dolorosas, más sutiles y agudas que quienes “gozan” de mejor salud.

Mis amigos que, al contarlos, sobran dedos de mis manos. Son una parte fundamental en mi crecimiento, en los juegos, en la magia, en el desmadre, en las charlas y discusiones. A ellos también va este esfuerzo.

Quiero manifestar mi profundo agradecimiento a mi madre, quien me ha apoyado desde mi infancia ante muchas adversidades y dolores. Su apoyo me ha soportado hasta ahora, con toda querencia.

A mi hermana loca y desesperante, cariñosa y motivadora. Sus impulsos raros de vivir me han mostrado cosas escondidas para mí. Me ha ayudado a valorar la complejidad de las cosas simples, las cuales, no tienen nada de simples. Mis abrazos a nuestra querencia y al dolor compartido de un mismo duelo.

Agradezco a Anne, mi compañera y pareja de vida, quien ha sido cómplice en este camino llamado vida; compañera de deseos y faltas, de dolores y alegrías manifiestas. A Lena, nuestra hija, que hizo de la vida algo más disfrutable y compleja; quien incidió de la mejor manera en el avance o atraso de la tesis, pero acrecentando el amor cada día.

Por último, quisiera dedicar un agradecimiento especial a mi padre, que ya no está, simplemente no está, pero es a quien llevo introyectado en cada paso, en cada desacuerdo y lágrimas. Inicié el camino del doctorado un par de días después de su partida y, gracias a él, no dejo de sentir que aún tengo la capacidad de hacer, de pensar, de seguir caminando “Cantando al sol como la cigarra, después de un año bajo la tierra, igual que sobreviviente que vuelve de la guerra...”.

A todos ellos..., los amo locamente.

INTRODUCCIÓN

Me parece que, muchas veces, al recostarnos e intentar tranquilizarnos, al relajarnos, tratar de pensar o no pensar deliberadamente, es posible que nos asalte algo que molesta: algo que duele, nos aqueja o nos mantiene en incertidumbre y preocupación, algo que, al fin y al cabo, incomoda. El punto considerable es, precisamente, aquel sentimiento, ya sea como percepción preconsciente –si tenemos suerte o capacidad de captarlo–, o como inconsciente, es decir, aquello siniestro, pulsional, insoportable, latente.

Aunado a las características de vida actuales que condicionan el embrollo psíquico de buena parte de la sociedad en nuestros días, estas percepciones, emociones y afectos, cobran una gran relevancia. Tanto que, en esta investigación doctoral, nos propusimos analizar lo que llamamos sufrimiento psíquico, así como lo que llamamos *incomodidades latentes* en el capitalismo neoliberal. Mientras una primera parte de la tesis está dedicada a su abordaje teórico, una segunda intención clave comprende el aterrizaje teórico en las experiencias de vida de sujetos concretos que habitan la Ciudad de México.

Queremos defender la tesis de que los fenómenos del malestar hoy día no se pueden comprender sin tomar en cuenta aspectos tanto político-sociales, como también psíquicos. Con esto nos referimos a nuestros aspectos constitutivos desde el nacimiento, la historia y relaciones con madres, padres o equivalentes, las faltas-fallas en el cuidado y cómo el ambiente, es decir, el entorno, incide en nuestra subjetividad y su construcción o fabricación. Esto, planteamos, no puede ser inseparable.

Sin quedarnos sólo en este punto, agregaremos que asistimos a un momento crítico mundial, no sólo en términos ambientales y naturales, sino también económicos, políticos, sociales y culturales. Nos parece que todos somos testigos de la situación y también parte de ella; en este sentido, nuestras emociones, afectos, estructura psíquica, se ven incididos por tales circunstancias. Si bien con eso no queremos afirmar que todo lo externo determina el mundo interno –pues también hay afecciones y enfermedades congénitas, orgánicas, hereditarias o debido a algún

traumatismo e incluso elementos constitucionales de los seres humanos— sí tratamos de exponer que el sufrimiento psíquico de los sujetos tiene una relación dialéctica y se articula con las condiciones socioculturales, políticas y económicas imperantes. De este modo, en vez de reducirlo a una mera condición individual de los sujetos, de la cual, por consiguiente, ellos serían los únicos responsables bajo el discurso dominante, nosotros consideramos al sujeto constituido como quebrado y vulnerable ante el mundo exterior.

En este sentido cabe considerar que, bajo el dominio del capitalismo neoliberal, se han desarrollado —especialmente en el ámbito urbano— formas de control sin precedentes. Junto con otros elementos como las cuestiones laborales, la pobreza, la incertidumbre y el desempleo, la destrucción acelerada del medio ambiente y la naturaleza, las formas de control social tienen un peso fundamental en la reproducción de esta forma de relaciones sociales. Esto quiere decir que se han debilitado los vínculos y exacerbado el individualismo, la competencia con el prójimo, la optimización de sí mismo bajo la idea del emprendedor exitoso y el imperativo de consumo para satisfacción inmediata ante las incertidumbres vitales y económicas. La reproducción de estas formas de relaciones sociales alimenta cierto estancamiento patológico que aparece como una libertad dinámica de hacer todo lo que los sujetos se proponen.

Así, nuestro planteamiento conducirá a tratar de demostrar que el malestar social, las condiciones materiales precarias, no contienen un deseo ni un pensar transformador de la vida ni de la sociedad como lucha y rechazo en-contra, sino que complejiza la situación. No obstante, percibimos ciertas actitudes, palabras, miradas que reflejaron ápices de incomodidad como posible quiebre del sentido común dominante.

Continuando con nuestra exposición introductoria, el capitalismo, a lo largo de su historia, ha tenido una mayor penetración en las ciudades. Aunque no obviamos las diferencias económicas, así como las distintas posibilidades acerca de los accesos a bienes y servicios, salud, educación y apoyos del Estado, sí atestiguamos características compartidas en los sujetos de esta investigación, habitantes de la Ciudad de México, en tanto sujetos con una psique dañada, herida, con un

sufrimiento psíquico considerable en relación con las condiciones concretas y el discurso dominante, penetrando ya todas las esferas de la vida humana.

Es por esto que, junto al análisis desde la sociología crítica, nos apoyaremos en el psicoanálisis teórico-clínico para poder ampliar nuestras aproximaciones. En este punto cabe mencionar que hemos tenido la oportunidad de cursar posgrados y formación en Psicología Social, Psicoterapia Psicoanalítica y el Doctorado en Sociología bajo la línea de Subjetividad y Teoría Crítica, lo cual, indudablemente, nos posibilitó un horizonte amplio de observación, escucha y reflexiones tanto en pacientes como en los sujetos cotidianos.

Estructura de la tesis

Para iniciar la tesis, en nuestras primeras consideraciones generales, retomamos y presentamos aquellas histórico-teóricas-conceptuales que nos han nutrido desde hace mucho y son parte fundamental de este trabajo; es decir, el *punto entre sociología y psicoanálisis* que, en muchos sentidos, fue fundamental para la presente investigación como para nuestra motivación, nuestras preocupaciones, dolores y experiencias personales, clínicas, académicas y de vida. Aquí realizamos un recorrido histórico-teórico por los diversos esfuerzos para establecer un puente entre el pensamiento social, la sociología, lo político y el psicoanálisis. Un puente que posibilita un constante ir y venir entre lo que conjunta al sujeto social y al sujeto del inconsciente singular, tocando, entre otras cosas, los debates en torno a las masas, el poder, el capitalismo, las instancias psíquicas, la libido, el deseo, la pulsión de muerte, así como los vacíos subjetivos.

Psicoanálisis y marxismo fungen como un eje rector de este escrito que intenta dar cuenta de la base teórica que proporcionó las herramientas para el desarrollo del presente trabajo y los ejercicios empíricos, de vida cotidiana, de clínica, de colaboración con pacientes, estudiantes, colegas y familia. Es en esos espacios donde teoría y práctica se conjuntan en pensamiento-afecto, concepto-acción e, incluso sufrimiento concreto. Así apostamos a un camino que Rimbaud y Marx vislumbraban: cambiar la vida, transformar el mundo. Pensando lo que sentimos y nuestras emociones. Nada más complicado, pues no se reduce a un voluntarismo

teórico-político; el proceso, el sentir y tratar de entender, conjuntar conocimientos, hará el camino menos tortuoso, sin pretender que haya un fin determinado.

Asimismo, incluimos en estas primeras consideraciones una breve exposición de nuestro cuerpo teórico respecto a las características principales del capitalismo neoliberal desde una postura crítica. Así preparamos el terreno para adentrarnos en el turbio bosque de las consecuencias subjetivas que el sistema que vivimos conlleva, construyendo un enlace con el primer capítulo titulado *Neoliberalismo y subjetividad*. En éste, intentamos dejarnos interpelar por pensadoras y pensadores que, aunque no necesariamente coinciden en sus posturas, sí sostienen una posición crítica desde Latinoamérica y Occidente. Aquí nos planteamos la pregunta siguiente: ¿cuáles son las características generales del capitalismo neoliberal bajo ciertas perspectivas críticas contemporáneas que rescatan la psique y lo subjetivo? Tratamos de plasmar la actualidad de la sociedad capitalista neoliberal, sus crisis, sus fisuras, sus lógicas y las posibilidades de vislumbrar otra sociedad sin negar las diferencias y lo que nos constituye como sujetos, dialogando con las diversas posturas que, al final, abordan la crisis subjetiva que sufrimos.

Vemos cómo el capitalismo configura los aspectos de nuestra existencia y transforma a los sujetos en consumidores explotados, incluso consumidores de sí mismos. Esto nos permitirá abarcar otras dimensiones que forman parte del entramado neoliberal, a saber, la digitalización, las tecnologías, las tan en boga redes sociales –curioso resulta llamarlas sociales, pues, en realidad, son virtuales–, que motorizan nuestras vidas a través de datos y plataformas. Se trata de una mutación decisiva en nuestros vínculos, no solamente entre seres humanos, sino con la técnica también. La tecnología y sus dispositivos pasan de ser una prótesis a asumir el rol de gobernar sujetos y cosas de manera casi imperceptible, “indolora”, pues se vuelven parte de una cotidianidad normalizada. De este modo, las tecnologías enuncian verdades y pensamientos que los seres humanos ya no logran realizar. De prótesis, deviene antropomórfica y vuelve constante la necesidad de nuevos estímulos efímeros más allá de las cosas en sí mismas.

Otra de las cuestiones que tomaremos en cuenta en este contexto, es la neurologización que reduce los seres humanos al cerebro, a su funcionamiento, al

sistema nervioso, las neuronas y sus procesos sinápticos. Por más que, ciertamente, podemos decir que de alguna forma somos nuestro cerebro, podemos criticar que algunas vertientes de la ciencia dominante suelen reducir nuestro quehacer social a funciones cerebrales y neuroquímicas, argumentando esto sobre bases biológicas que despolitizan a los sujetos en sumisión al cerebro.

De esta manera avanzamos hacia el segundo capítulo, *Sufrimiento psico-social*, donde analizamos las nuevas formas de dominación del capitalismo neoliberal que ya no sólo radica en la coerción, la explotación y la absorción de la fuerza de trabajo. Pues hoy día, como veremos, el discurso dominante utiliza una máscara seductora de las emociones, aspiraciones, cuerpos y sufrimientos basados en la no-capacidad autosuficiente de sobreponerse a las adversidades “normales de la vida”. La auto-responsabilización de los sujetos, ya sea ante sus fracasos, miserias o dolores, se vuelve la ilusión de una inexistencia de poderes dominantes externos. Es por eso, que planteamos indagar en la siguiente pregunta: ¿cuáles son las formas actuales de dominación en el capitalismo neoliberal y su relación con el sufrimiento psíquico-social, generando síntomas y psicopatologías?

Revisaremos los modos en que las exigencias dominantes de rendimiento y competitividad penetran cada parte de nuestras cotidianidades. El imperativo “debemos funcionar mejor” conlleva un cansancio, un vaciamiento y una soledad, en favor de un prometido beneficio: felicidad, éxito, dinero, placeres, amistades (virtuales), un ser completo y saludable-mejor que los demás. La vida se vuelve objeto de explotación, de flagelación, cuyo verdugo es el sujeto mismo. Veremos cómo las técnicas de control en el neoliberalismo acceden a la esfera psíquica que se convierte en producción y reproducción. Pareciera que el sujeto no es consciente del sometimiento, suponiéndose libre y autónomo en sus decisiones tanto como en sus acciones que, también, pueden terminar en fracasos y frustraciones dolorosas de las que él mismo se responsabiliza.

Ahora bien, al hablar de consciencia, inconsciente, psique y sufrimiento mental, nos resulta inevitable pasar a la introducción del psicoanálisis como elemento fundamental con el fin de ampliar nuestra comprensión y el análisis de nuestro planteamiento. Sin negar que hay autoras y autores que se han dedicado al

estudio de estas problemáticas, observamos, sin embargo, que algunas y algunos de ellos lo hacen principalmente desde la perspectiva sociológica, política, antropológica o filosófica –invaluables, sin duda alguna–, por lo que nos parece de suma importancia conjuntar nuestro ejercicio teórico-clínico desde el psicoanálisis.

De esta manera procuramos complejizar y complementar el análisis tanto conceptual como empírico para no caer en generalizaciones acordes a tal o cual disciplina. Debemos ser cuidadosos para lograr no psicologizar, ni sociologizar, ni despolitizar las problemáticas. Al mismo tiempo, tratamos evitar conducirnos con una rigidez cuasi-neurótica con pretensiones científicas o críticas por el simple hecho de ser rígidas. En contraste, esta tesis es el intento comprometido de compartir las experiencias prácticas y desarrollos teórico-conceptuales que no por ser, desde mi voz, mezcladas en un nosotros, resulta lejano a las realidades subjetivas singulares concretas.

Es así que el desarrollo de la investigación nos llevará a una construcción reflexiva en la que sostenemos que el capitalismo tiene una capacidad destructiva no única y estrictamente ecológica, social, económica, sino también mental. Por ello, la conceptualización psicoanalítica –que aclararemos en lo posible a lo largo del texto– se volvió herramienta fundamental en este trabajo. No deberíamos pensar al capitalismo sin considerar la pulsión de muerte, el deseo, el goce, las represiones sociales y psíquicas, así como tampoco debemos olvidar las situaciones concretas de los sujetos-pacientes-entrevistados con el psicoterapeuta o investigador como sujetos sociales dentro de una lógica de relaciones económicas en una sociedad en común. No se trata de concebir al psicoanálisis como el encargado de reintegrar sujetos descarriados sino, retomando al psicoanalista Igor Caruso, como método curativo, como una forma de conocimiento y como un catalizador del cambio social; o Donald Meltzer, quien nos habla de proporcionar herramientas para una mejor organización mental, más que hablar de una elemental cura o “simple” desaparición de síntomas; o Wilfred R. Bion y su propuesta del *pensar* a pesar de las partes psicóticas o neuróticas de la personalidad de sujetos menos perturbados. Entonces, la mirada y escucha psicoanalítica junto con la teoría crítica y la sensibilidad que

puede dar el pensamiento marxista, nos permitieron pensar que la destrucción del mundo bajo los intereses capitalistas no puede ser irreductible a la subjetividad.

En este punto, desarrollamos un subcapítulo dedicado a las psicopatologías actuales, sus posibles causas y la forma en cómo los sujetos se apropian de su malestar como responsabilidad inherente y generador de angustias por inutilidad y fracaso, ya que difícilmente logran concebir que existen factores externos a ellos que condicionan su vida, su dolor, sus angustias y ansiedades bajo un mandato exigente de felicidad y superación personal. Sin olvidar que sí existen las psicopatologías, consideramos que es diferente a un proceso de psicopatologización sin crítica y que, al nombrarlas, no quiere decir que enfermemos a la gente ni etiquetarlas (a la manera de la psiquiatría tradicional), sino damos cuenta de lo que se presenta en el sufrimiento concreto de muchas personas.

Asimismo, al adentrarnos al malestar subjetivo, analizaremos y dialogaremos con otras perspectivas la cuestión del dolor, el sufrimiento psíquico, el deseo. Aquí, precisamente, sostendremos que el deseo está siendo obturado y ya no juega un papel activo en la creación de sentidos o de transformaciones sociales; lamentablemente hoy en día ya no es así, al menos en nuestros sujetos cotidianos en la investigación sin una arbitrariedad que conllevara a responder preguntas deseadas por quien escribe; sujetos no pertenecientes a colectivos, grupos o movimientos sociales ya politizados; aunque éstos también contienen muchas contradicciones y dificultades, pues no dejan de ser humanos parte del sistema y de sus propios conflictos.

Planteamos que el deseo, el pensamiento, la simbolización y representaciones requieren demora; es, de cierta forma, masoquista, pero, en la sociedad de lo inmediato, efímero, sin compromisos ni vínculos estables y de supuesta satisfacción inmediata, el deseo es opacado. De igual manera, el pensamiento, que requiere una renuncia al placer inmediato, se tambalea en nuestros días. Seremos testigos de psicopatologías preocupantes en la actualidad donde el sujeto del deseo ya no es protagonista; en la clínica –no menos en las calles– nos enfrentamos con su ausencia. En su lugar presenciamos apatía, vacío, esfuerzo por existir, indiferencia, (auto)agresión. Ya no se trata de los destinos de la vida amorosa/sexual y sus

conflictos como en las neurosis “comunes”; se trataría, más bien, de una situación anti-amor; muchos sujetos, en la actualidad, se encuentran perdidos en la incertidumbre y el empuje compulsivo al goce solitario narcisista que evita el contacto con el otro. Esta evitación, este goce y sufrimiento es lo que trataremos concretamente.

Entonces, pasando al tercer capítulo titulado *Constelaciones de vida en la CDMX*, tratamos de exponer de qué formas experimentan los sujetos de la investigación el sufrimiento psicosocial y si éste contiene una posible negación de las condiciones dominantes. En nuestros acercamientos concretos a los sujetos, escucharemos, en primera instancia, a personas sin deseos aparentes, condenados a seguir los mandatos dominantes de consumo y competitividad compulsiva, siendo perpetuamente insatisfechos. El goce, como veremos en este caso, responde a la pulsión de muerte, que desvincula y destruye no sólo la relación con *lo/s otro/s*, sino al sujeto mismo, pero no *per se*; tiene también su correlato en las dinámicas capitalistas de vida y sus exigencias vueltas hacia el sujeto mismo, asumiéndolas como propias.

Cabe destacar que la experiencia empírica nos ayudó, y sigue ayudando, a pensar que –tomando en consideración la desigualdad y las diferencias presentes en la existencia, así como la vida psíquica de los sujetos de la investigación– que los sufrimientos psíquicos no se rigen por algo universal y podemos acercarnos a su comprensión en las condiciones culturales y sociales que habitamos. Por ello no reducimos a una explicación universal los sufrimientos ni a mecanismos biológicos del cerebro, pues negaríamos lo que nos constituye como sujetos. Se trata de aproximaciones que deben respetar las singularidades, sus espacios de vida, historia y sus condiciones de existencia. Una perspectiva crítica de cómo impacta o se percibe la realidad singular y compartida en lo subjetivo, intersubjetivo e intrasubjetivo.

Desde luego, la experiencia de la pandemia conllevó dificultades y, ésta misma, agrandó los dolores, incluso más allá de los físicos al sufrir el virus, por lo que nos enfrentamos no sólo a condiciones ambientales, sino que también a lo que todo esto movió en la vida cotidiana. Es decir que, como suele pasar, nada se adecúa a las expectativas de una investigación, mucho menos ante las circunstancias vividas

en los años de pandemia. Con esto queremos decir que los sujetos a quienes queríamos acercarnos fueron atravesados por la situación viral, algunos fallecieron, otros colectivos cerraron sus puertas, la impotencia ante las posibilidades reducidas de trabajo generaron enojo y marcaron la vida en un antes y después de Covid-19. No logramos encontrar a gente con quienes habíamos platicado para un acercamiento, otros sujetos se sentían indispuestos, o sin ganas –entendibles– para ser entrevistados o platicar de sus condiciones. Lo que sí creció fue el número de personas que solicitaron ayuda psicoterapéutica y, ahí, logramos también entender un poco más las dificultades de confrontar nuestra metodología, las realidades diversas, con lo que pasaba a quien escribe esto y sus deseos-angustias investigativas.

Lo anterior nos muestra un creciente desamparo y desencanto en las relaciones cotidianas en el trabajo –si es que lo conservaron o tienen alguno–, tal como lo mencionamos más arriba. Ahora nos enfrentamos con una vida sobre la cuerda floja mucho más endeble que exacerba las emociones, los afectos, los cuerpos, y las experiencias de campo se tornaron un tanto amargas. Esto incidió en el vuelco de sujetos pensados y considerados para ser entrevistados, hacia la *situación*, es decir situarnos en ese momento y con los sujetos que contribuyeron fundamentalmente a este trabajo. Aquellos sujetos dolientes que solicitaron ayuda psicoterapéutica, sujetos cotidianos que buscaban sobrevivir o existir; trabajar o competir; sufrir, pero “ser alguien”, conseguir algo que valiera la pena en la vida. Como estas eran las características imperantes en mi experiencia cotidiana en una parte de la Ciudad de México, intuí que era el espacio continente de los elementos importantes para pensar en el tema del presente texto: aquello que vivimos, lo que nos hace sufrir, lo que duele y cómo podemos –o no– resolverlo, elaborarlo, reflexionarlo. ¿Qué posibilidades se vislumbran más allá de un supuesto control de los sujetos de investigación o de mis propias angustias íntimas y sociales?

Así es como llegaremos a las reflexiones respectivas al daño psíquico-social, la obturación del deseo, las depresiones, ansiedades, la frustración creciente en las preocupaciones de los sujetos y la posibilidad –o no tan clara posibilidad– de un desplazamiento del lugar asignado, del dolor, de la reproducción de lo mismo. En un primer momento de nuestras experiencias empíricas damos cuenta del daño que los

sujetos cargan –antes de plasmar lo que quisiéramos descubrir como investigadores– como un lastre que suponen como resultado de su incapacidad para existir; un peso inamovible que sólo se hará más liviano si se esfuerzan cada vez más, pero que difícilmente desaparecerá el dolor, la culpa, la inevitable condición de tener la vida que les tocó.

Posteriormente nos preguntamos si es posible una fractura en la cotidianidad vivida y su posible reflexión desde el sufrimiento. Los sujetos sienten, perciben el sufrimiento, pero, la mayoría, no son *conscientes* del *por qué, a partir de qué*; sienten que algo que no está bien, pero no hay un esclarecimiento de las causas externas, políticas, económicas, culturales, de un sistema con un discurso dominante inherente; tampoco de las internas como experiencias infantiles, familiares, amorosas, afectivas, constitutivas. Perciben, mas no saben ni conciben que algo no va bien; por más que se esfuerzan, no logran alcanzar “metas”, las cuales, al final, ni siquiera son propias.

Ante esto, notamos algo que llamaremos *incomodidad latente*. Construimos esto en torno a la experiencia clínica e investigativa con los sujetos; decimos *incomodidad* porque no hay un *ejercicio de pensamiento*, no hay un pasaje a la consciencia, o pre-consciencia, de las circunstancias dolorosas, pero sienten y perciben esto cotidianamente, retorciéndose de un lado a otro, pero sin cambiar de lugar, sin saber cómo, en una perturbación continua. En nuestros casos no hay una resistencia como tal ante las condiciones concretas, se expresa más bien como un desencanto perpetuo, un camino de esfuerzos –a veces estériles– que brindan calma momentánea.

Sin embargo, vislumbramos en ciertos grados que esa incomodidad puede dar pie para retomar el pensamiento, la elaboración del sufrimiento y la reconstitución de las subjetividades desde el dolor, desde lo insoportable en busca de alivio con el otro, de la recuperación de vínculos y afectos. En este sentido es que agregamos el término *latente*, pues está “presente” internamente, mas no como un paso a la acción automática y recuperación subjetiva; aun así, lo latente genera fisuras en el sujeto gris, dejando entrever destellos dolorosos –tal vez coloridos– que podrían iluminar una elaboración manifiesta de sus condiciones y transformarlas tanto singularmente

como colectivamente, es decir, a través del sujeto mismo, sus sueños, sus deseos ocultos, su narración, sus acciones permeadas por la propia historia, nombrar lo que duele.

No obstante, es posible la confusión o el creer que, al ser incomodidades y se sienten mal los sujetos “evidentemente”, son, por ende, manifiestas. Advertimos que no es así, es más complejo que la simple deducción aparentemente lógica de lo que se ve desde fuera del sujeto –esto es a través del deseo de quien investiga, de las propias angustias y necesidades de respuesta que calme a quien escribe una tesis o artículos, etcétera, para aclarar lo que se desea o no se comprende–. Se trata de la relación analítica-investigativa-crítica que implica –por poner un ejemplo empírico en nuestra situación– la responsabilidad depositada por el paciente en su analista y que rebasa por mucho la teoría o especulaciones del trabajo de escritorio con apariencia omnisciente de lo que le sucede a la gente o a quien investiga, analiza o sufre. Por ello tratamos de explicitar a qué nos referimos con latente y manifiesto y por qué son *incomodidades latentes*, en el sentido de una no-resistencia, no-pensamiento-elaborado del sufrimiento, no-consciencia de qué es incomodidad e inconformidad ante lo que se vive y se siente. Tal como en clínica y en la vida cotidiana.

Finalmente hallamos, en los discursos de algunos sujetos, ápices de recuperación de ellos mismos, del amor, del afecto por y con los otros, hijos o hijas, amistades o relaciones de pareja. Esto puede ser una clave del reencuentro con el deseo, con el dolor del vivir propio, singular y característico de nuestras relaciones con el otro, con la colectividad entre las diferencias, con la crítica consciente y deseante frente a un sistema dominante que genera miseria y malestar. No terminaremos afirmando una transformación socio-subjetiva desde el dolor, porque no es así; pero sí podremos decir que esta *incomodidad latente* y el malestar pueden significar un *potencial* de ruptura y reapropiación del sufrimiento como proceso hacia una resistencia *manifiesta*; un “correrse del lugar” asignado social-cultural-económico-político-subjetivo. Esto junto a las subjetividades más allá del capital y sus formas impuestas para la existencia de los seres humanos.

Entonces, un punto central es la preocupante pérdida de referentes alrededor de los cuales los sujetos pueden organizarse, el capitalismo en su acentuación neoliberal contribuyó a modificar y trastornar las esferas de la vida social, económica, política y psíquica. Los imperativos avasallantes característicos de esta sociedad se asientan en políticas de goce apoyadas desde los medios masivos de comunicación, la tecnología y las redes que apuntan a clausurar las posibilidades de apertura a la reflexión y al pensamiento que un sujeto pueda elaborar acerca de su padecer. Es una labor compleja, difícil, pero pensamos que, en conjunción con lo que afortunadamente tenemos la oportunidad de vivir, como la academia, la docencia, la práctica con pacientes, colegas, compañeras y compañeros, nuestra escucha, observaciones, deseos, dolores propios, pueden tener una empatía en complicidad y compromiso.

Lo que es producido por el capitalismo a través del lenguaje, la familia, la educación, las relaciones sociales y lo que nos rodea, está en relación directa con la dinámica y funcionamiento neoliberal, tanto como las instancias psíquicas que definen la manera de percibir el mundo. Se modelan comportamientos, sensibilidades, percepciones, memoria, relaciones sociales, relaciones sexuales, fantasmas, imaginarios, entre otros elementos. Los sujetos, condenados al agotamiento por la ausencia de una perspectiva de transformación social y subjetiva, buscan en la droga o la religiosidad, en una idea de higiene totalizadora, o el culto a un cuerpo perfecto, *fitness* y de gimnasio, el ideal de la felicidad imposible. Así también en el trabajo arduo de quienes no pueden ir al gimnasio o tener un *coach* de vida; en quienes encuentran un ídolo idealizado con quien se identifican y da la luz aparentemente necesaria para un camino posible, expresa, manifiestamente, nuestras carencias y absolutos abstractos que nos dan cuenta de nuestros vacíos subjetivos.

En nuestros casos, en una parte de la Ciudad de México, la situación de la pandemia, del capitalismo neoliberal, aunadas con las condiciones concretas sociales, de salud, culturales –por lo menos– tuvieron un efecto particular para este país. Es verdad, las dinámicas dominantes están presentes en todo el mundo, como hemos mencionado más arriba. México no es excepción; aun con la gran historia,

cultura, sociedad, no queda exento de las implicaciones de un sistema mundial, aunque con sus peculiares características: el desempleo, la violencia, el machismo, el desamor, las adicciones, las frustraciones, la muerte, la pandemia. Son algunos de los problemas que encontramos comunes en nuestro espacio específico de investigación y que definieron de manera inesperada, afortunadamente caótica, nuestra mirada.

Por esto mismo, como dijimos arriba y trataremos de desarrollar en el trabajo, las complicaciones prácticas no deshicieron la metodología, sino que la enriquecieron. Fue un golpe con el que se reordenaron las dudas, las preguntas. Preguntas que resultaron de los discursos y sentires de los sujetos y no al revés, como imposiciones subjetivas de lo que pretendía “armar” quien escribe esto. La que nos mueve versa así: ante las nuevas formas de dominación, el sufrimiento y las crecientes psicopatologías ¿es posible una negación de las condiciones de existencia actuales y potenciales acciones de resistencia?

Consideraciones teórico-metodológicas

Al situarnos en una fase del capitalismo llamada neoliberal, las relaciones y los fenómenos sociales se nos presentan como una complejidad dinámica, más cuando consideramos la importancia de la *subjetividad del fenómeno* y la comprensión del sentido que los sujetos le atribuyen a sus actos bajo ciertas circunstancias; es decir, la comprensión de los significados, los procesos de producción de subjetividad, los vínculos, los imaginarios, las percepciones, así como de las prácticas concretas. Asimismo, no dejamos de lado las condiciones histórico-materiales, pues lo contrario implicaría una parcelación de la realidad e, incluso, una idealización de los fenómenos estudiados.

Es importante señalar que entendemos al método de investigación no como una forma mecánica de obtener respuestas, sino a la posición frente al mundo, a las condiciones sociales, al cómo y desde donde nos aproximamos al fenómeno; una forma de ver, sentir, comprender la vida social; un posicionamiento ético, epistemológico, subjetivo y político sobre la forma de acercarse y pensar la realidad histórico-social; tal como lo intentamos anteriormente en la maestría en Psicología

Social. En consecuencia, proponemos abordar la complejidad construida respecto a los *qué, cómo y por qué* del fenómeno, plantear algunas preguntas y contribuir a la discusión.

En este contexto resulta importante aclarar que, para el proceso metodológico, nos basamos, de forma importante, en la práctica y conocimientos planteados en una investigación anterior correspondiente a la maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Importante porque, a riesgo de que se pueda considerar como repetitivo, el sentido va en cuanto a que el aprendizaje y conocimiento nunca nacen de la nada y, sin duda, los hallazgos, el proceso, las herramientas, tienen y tendrán que ver con lo que hemos tratado de comprender. Se trata de un proceso en el que reconocemos nuestro crecimiento, caídas y soportes sin pretender que construimos este trabajo desde nuestra omnisciencia rígida o de nuestra personalidad que supone saberlo todo y desde la posición en la que nos encontramos de manera inmediata, donde todo lo que necesitamos y queremos ver está ahí, dado y sin cuestionamiento, porque así lo queremos. Por ello aclaramos que, en buena medida, nuestra metodología y herramientas tienen que ver con el trabajo hecho en maestría junto con un gran amigo y colega, quien acompaña el atrevimiento a replantearlo en este lugar¹, pues, más que pretender descubrir el hilo negro, retomamos lo aprendido en el camino, necesariamente.

En principio, aquí nos proponíamos realizar una investigación a partir de la reflexión teórica en y con los sujetos u organizaciones y no fuera o acosta de ellos (Salcido y Sandoval, 2016.) Sin embargo, la situación de pandemia por Covid-19 nos obligó a avanzar de diferente manera. No obstante, de acuerdo con eso, podemos plantear una forma de mantener un constante cuestionamiento a la práctica y a la teoría, como una manera de tomar distancia y de acercarse desde otro lugar para confrontar el hacer con nuestro pensar y viceversa. Aunado a estas circunstancias, decidimos trabajar con sujetos ajenos a movilizaciones o grupos politizados para

¹ Nos referimos a la tesis *Subjetivación política. Intervención social del zapatismo en la Ciudad de México: Sujetos adherentes a la Sexta*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 2019. Asesores: Fernando García Masip y Carlos Pérez Zavala; autores: Alfonso Ramos Sagaón e Imanol Antonio García Vergés.

tratar de dar cuenta de la vida cotidiana sin idealizaciones, pues presenciamos muchas manifestaciones de dolor en la cotidianidad de las calles.

Como dijimos en la *Introducción*, la ambivalencia entre lo que teníamos considerado y aquello que devino, fue la base y revoltura de lo que pensamos una investigación de campo en el que participamos; no sólo como investigador, tesista, deseante, sino como psicoterapeuta, viviente y sujeto doliente de las circunstancias experimentadas en común. Así, cobra un diferente sentido lo que queremos plasmar en blanco y negro, en palabras escritas, y lo escuchado, lo vivenciado sin traicionar las motivaciones de la tesis.

Ahora, si bien proponemos cierta metodología, debemos considerar el contexto que vivimos durante alrededor de dos años de la mencionada pandemia y las dificultades que conllevó; no fue fácil realizar el trabajo de campo de la forma en que lo propusimos desde un principio. Sin embargo, pudimos ampliar el trabajo en el aspecto teórico-clínico-cotidiano. Tomando en cuenta esto, la investigación dio giros imprevistos que, a pesar de y con todo lo que sucede, intentamos ser consecuentes con la inquietud que nos concierne y proponemos en este trabajo; ideas abiertas a la crítica de nuestro tiempo con la ayuda clínica de la psicoterapia psicoanalítica. Esto quiere decir que –como ya hemos hecho explícito–, en lugar de un acercamiento preestablecido a los sujetos, con intenciones determinadas y entrevistas estructuradas, las condiciones reales nos condujeron por un campo participativo de enfermedad, incertidumbre, muerte, dolor, desempleo, angustias compartidas. Nos vimos envueltos en las circunstancias y éstas nos gritaban al oído, requerían ser escuchadas y marcaron nuestro camino investigativo.

De sujetos que no volvimos a ver, que fallecieron, que enfermaron, grupos que cerraron sus puertas, llegaron pacientes en busca de ayuda y personas necesitadas de ser escuchadas. Esa escucha y tratamientos nos permitieron saber sobre los dolores, las angustias sufridas que rebasaban la pandemia (pues ésta despertó muchas o las incrementó), algunas ya estaban ahí y estos sufrimientos no diferían mucho de aquellos que la gente en las calles deja entrever en su mirada, en sus expresiones, en sus pláticas. La cuestión es aprender a escuchar, tener, como nos decía Freud, una *atención flotante*, tratar de captar todo aquello del discurso del

sujeto sin darle prioridad a algo que resuene en nuestra propia subjetividad; eso es lo que tratamos. Romper la burbuja psicologizante y reducir la pretensión sociologizante que, a veces, olvida lo singular-psíquico-afectivo.

Ahora, antes de continuar nuestra exposición, resulta fundamental aclarar ¿por qué el psicoanálisis?, ¿qué es esto?, ¿para qué? Bien, pues el psicoanálisis, a diferencia de otras psicoterapias, trabaja con lo inconsciente. Muchas de las técnicas psicológicas clásicas, dominantes o de otro tipo –que dependerá de las necesidades y padecimientos de los pacientes–, sin intención alguna de descalificarlas, trabajan sobre elementos aparentemente conscientes y, otras veces, orgánicos. El psicoanálisis trata de indagar, de sumergirse en lo inconsciente de los pacientes, de cambiar la perspectiva al tratar los síntomas a través de la historia singular, familiar y social del sujeto. Cuando no es un problema cerebral ni orgánico, se puede trabajar en las partes más profundas e históricas de la mente, aunque lo inconsciente sea transhistórico; he ahí una de las contribuciones más valiosas del psicoanálisis.

Además de tener una formación e inclinación por la teoría y clínica psicoanalítica –que no es sólo simpatizar con las ideas o el desplazamiento de esta disciplina a lo social–, la constitución de mi persona y mis vivencias han tenido un peso innegable en el intento de comprensión de los dolores de los seres humanos. No casualmente muchas otras disciplinas han tomado herramientas psicoanalíticas para sus explicaciones y aproximaciones socio-teóricas. El mismo Freud confundía el estalinismo con el comunismo o marxismo hasta muy avanzada edad; amigos, colegas y discípulos de Freud en Austria y Alemania ya consideraban que Marx se había adelantado al estudio de las pulsiones, del sufrimiento, de la alienación desde los *Manuscritos económico-filosóficos*. Así, el propio Lacan reconoció también que Marx había inventado el síntoma; igualmente, en gran medida y a partir del término *plusvalía*, el psicoanalista francés desarrolló el *plus de goce*.

Muchas veces se malentiende el psicoanálisis y se hacen críticas que descontextualizan, des-historizan o extraen pedazos de las teorías sin discriminación para tratar de argumentar, a su manera y conveniencia, la maldad, el machismo, la supuesta homofobia de nuestra disciplina sin siquiera tener experiencia empírica o un conocimiento amplio de la obra de Freud y posteriores psicoanalistas –mujeres y

hombres importantes en sus contribuciones—. Asimismo, también en Latinoamérica tuvo un impacto importante y lo veremos en un apartado específico, incluso para los posibles caminos llamados de *emancipación*, tanto femenina, diversa y social².

Tomamos el psicoanálisis no únicamente porque nos dedicamos a eso, sino porque permite dudar, nunca dar por hecho la coraza que los sujetos muestran cotidianamente como “normal”, ni sus acciones como resultado automático y consciente de la mente, de su aparato psíquico. Desde nuestra postura, el psicoanálisis es de suma importancia cuando se conjunta con otras disciplinas para la comprensión de fenómenos socioculturales, subjetivos, grupales y colectivos., pues no deja de lado el océano turbio y salvaje de nuestra realidad interna, nuestras fantasías inconscientes, nuestra agresividad o el grado de tolerancia a las frustraciones.

Quizás por esto mismo, algunas veces se rechaza al psicoanálisis por tocar fibras sensibles y le adjudican un tinte reaccionario –sin pretender una defensa incuestionable al mismo, pues sabemos que también puede ser tergiversado y usado para otros fines–, disfrazando sus detractores la negación de la omnipotencia y muchas veces arrogancia de alguna parte de la propia psique y lo complejo que resulta para acomodarnos en lo que creemos desear y hacer conscientemente, incluida la lucha anticapitalista, antipatriarcal, anticolonial o la que podamos imaginar. Nunca nos dejará solos nuestra inmensa y compleja realidad psíquica. Esto tratamos de elucidar en la tesis.

Técnicas de investigación

En términos generales, nos movimos en los ámbitos del llamado método cualitativo; aun así, en algunos casos se incluyeron datos estadísticos, los cuales nos ayudaron a interpretar ciertos aspectos de la realidad y se pueden relacionar, tanto como contrastar, directamente con las percepciones subjetivas que, además del ejercicio

² Para un acercamiento a estos temas, puede recurrirse a la siguiente tesis doctoral: Kaspar Anne (2024): *Paisajes de una vida digna. La emancipación discutida desde pensadoras contemporáneas*, tesis para obtener el grado de doctora en Humanidades en la línea académica de Filosofía Moral y Política, México: UAM-Iztapalapa.

interpretativo, coadyuvan a un entendimiento posible de nuestra condición con tintes de transformación interna y social, aunque no sea *manifiesto*.

Nuestra selección y revisión de la bibliografía corresponde a los planteamientos y concepción teórica propuesta, de este modo se hallan, entre las fuentes, artículos, libros y otras publicaciones de pensadores y pensadoras que han reflexionado en torno a las diversas formas de constitución de los sujetos, incluidas, sin duda, las patológicas en el neoliberalismo, así como los efectos preocupantes visibles en ámbitos, sobre todo, políticos y sociales hasta las esferas más íntimas de los sujetos. El cuerpo teórico de autoras y autores utilizado se caracteriza por una diversidad de perspectivas críticas que, además, usan el psicoanálisis como herramienta fundamental que no olvida el psiquismo de los seres humanos.³

Consideramos una recopilación de fuentes documentales y testimoniales, tales como entrevistas, pláticas informales y observaciones cotidianas no programadas ni impuestas hasta donde fue posible; asimismo, consensuadamente y respetando el anonimato, las sesiones con pacientes forman parte fundamental de nuestra escucha, comprensión, análisis de la sociedad y espacio específico. Entre las herramientas se encuentran entrevistas semiestructuradas, enfocadas en la problemática de la investigación y la “libre” observación participativa, como lo plantea el sociólogo y antropólogo cultural austriaco Roland Girtler (2009). Este método permite, por un lado, la posibilidad de captar situaciones complejas y procesos con menos límites que la observación estructurada y, por otro lado, el alternar entre momentos de participación activa y momentos de observación pasiva. Además de esto, que incluye la clínica, nos pensamos y sentimos con sujetos libres de “investigación”, es decir, sin la sombra del investigador imponente, lo que no quiere decir una desligadura de las preocupaciones de la tesis.

³ Entre algunos de los autores se encuentran: Jorge Alemán, Theodor W. Adorno, Franco Berardi, Byung-Chul Han, Christian Laval y Pierre Dardot, Félix Guattari, Gilles Deleuze, David Pavón-Cuéllar, Sara Ahmed, Mark Fisher, Élisabeth Roudinesco, psicoanalistas miembros de instituciones mexicanas e internacionales, psiquiatras. Todos y todas de corte crítico y, en muchos de ellos y ellas, marxista.

En este sentido, procuramos un acercamiento a la comprensión de los procesos, los significados y los vínculos entre el sujeto investigador y el investigado, así como entre paciente y psicoterapeuta. Por ello, nos situamos desde la perspectiva de los sujetos, es decir, en el intercambio entre diversas subjetividades y discursos, acciones concretas, afectos y estructuras psíquicas que pueden conllevar ya una actividad política y cierto sufrimiento. Así, generar una reflexión teórica desde el fenómeno y el proceso, permite mostrar su posible/potencial/latente práctica transformadora, construyendo conocimiento con base en cierta consciencia de la época y estableciendo una relación con el momento histórico tanto como con los problemas sociales actuales.

Ahora bien, la perspectiva metodológica debe ser complementada con el reconocimiento de nuestra postura política; como plantea Rafael Sandoval y Rocío Salcido (2016), debemos reconocer lo manifiesto y latente en nuestro discurso y práctica. Se trata de crear y potenciar la capacidad de reconocer

la cuestión epistémica y ética desde la perspectiva del sujeto de estudio, lo condicionante del lugar (social, económico, político, antropológico) desde el que hace la reflexión y la interpretación, la transferencia y contratransferencia⁴, saber escuchar entre sujetos, así como desarrollar la capacidad de reconocer el contexto socio-cultural en que se instituye el conocimiento social, implica reconocer el imaginario social instituyente de la vida digna, que contraviene la racionalidad capitalista (pp. 36-37).

Al referirnos al vínculo, tomamos en cuenta el planteamiento de Raymundo Mier (2011), pues, según este autor, es a partir de la apertura y el vínculo que uno

⁴ La autora y el autor, apoyándose en Jean Laplanche, Jean Bertrand Pontalis y George Devereux, nos dicen que la transferencia es la actualización de un deseo al proyectarlo sobre un “objeto” –que no se trata de un objeto en el sentido rígido o material, sino también de sujetos– a partir de la relación establecida con éste, la cual emplaza a la manifestación del primero; la contratransferencia refiere las reacciones del analista ante las transferencias del analizado. La distinción entre una y otra se realiza para diferenciar entre el analizado y el analizador, el sujeto acerca del cual se indaga, a quien se entrevista, y el sujeto que investiga. Nosotros agregaríamos que es más complicado. No se trata sólo de reacciones del analista o investigador, sino que también deformaciones que nosotros proyectamos al paciente o a los sujetos de la investigación debido a conflictos no elaborados o profundamente inconscientes del investigador o analista. No necesariamente se trata de una reacción directa respecto de la transferencia del paciente o sujeto entrevistado. Nos habla, más bien, de cómo el analista e investigador deforma al sujeto y material también. Por lo que hablar del conocimiento del imaginario social instituyente de la vida digna no es sencillo ni consciente *per se*.

crea conocimiento. Para Mier, el vínculo que se establece entre investigador e investigado debe ser un vínculo generoso que permita el quebrantamiento, el acontecimiento, la apertura. Consideramos importante dar cuenta, hasta donde sea posible, de nuestros vínculos e implicaciones con lo que se quiere investigar. Siguiendo con el vínculo, retomamos también a Enrique Pichón-Rivière (1985); en este sentido también se lo puede pensar como tri-personal, es decir que no sólo se trata de la relación entre dos sujetos, sino que la tercera parte la encontramos en lo que se representa, se simboliza en el encuentro entre dos sujetos; aquello que uno piensa del otro, lo que cree entender del otro, lo que le significa; eso se podría entender como la tercera “persona”. En este caso, se puede presentar tanto en el consultorio como en las calles, preguntando o entablando una conversación improvisada con alguien, como lo hicimos en la investigación.

De acuerdo con todo lo anterior, cuando hablamos de libre observación participativa, queremos manifestar –apoyándonos en Girtler– la forma en que nos aproximamos a los sujetos y fenómenos a investigar; esto es: un vínculo que no es rígido o que parta de una observación estructurada que limita el acercamiento sino, efectivamente, una participación hasta cierto punto libre en la que formamos parte de ciertas cotidianidades de los sujetos y propias. Por otro lado, al decir que también se aborda una “observación pasiva”, no queremos que se entienda como ajena, aislada; al contrario, se trata del caminar cotidiano sin necesariamente hablar con sujetos específicos, sino el observar lo que se presenta y cómo: en imágenes, escritos de lo observable, grabaciones de los espacios y los sentires de la gente en circunstancias no construidas por el investigador, mismas que aparecieron como las más viables dada la situación.

En la observación participativa (o participante) se debe garantizar la inclusión de la intersubjetividad en un diálogo, pues las posibilidades que brinda son muchas. Hablamos de un intercambio entre diferentes subjetividades que intervienen en un discurso multivocal. En este sentido, nos dice Rafael Sandoval que

la recuperación de información, la empiria, los datos que den cuenta de las manifestaciones del sujeto, ha de ensayarse advirtiendo la distinción entre la capacidad de pensar y razonar propia y la de los diferentes sujetos, así como la

capacidad de manejo de información teórica y empírica, pues el acceso a una realidad concreta no depende sólo de la aplicación de las teorías ni de la acumulación de datos o del reconocimiento de hechos (que, por supuesto, resultan indispensables pero no suficientes); por el contrario, acceder a la realidad considerando las subjetividades en juego depende de articular un discurso que dé cuenta de los acontecimientos a la luz de la reflexión, esto exige la presentación de un argumento que evoque ángulos de razonamiento sobre los contornos y límites de los problemas que se estudian... (Sandoval, 2016: 72-73).

Ahora bien, reiteramos que nuestro acercamiento a los sujetos en la investigación también tiene la base de la clínica o psicoterapia psicoanalítica. Debemos decir que nuestra experiencia concreta en ese ámbito da un peso fundamental en la escucha, la mirada, las reflexiones con los sujetos. Por ello, no sólo partimos del análisis sociológico, sino también desde la teoría y práctica del psicoanálisis que nos ayuda, en buena medida, a tratar de no ideologizar, rigidizar, idealizar, en la medida de nuestras posibilidades y capacidades, el tema trabajado.

Durante este proceso contamos con un diario de campo e investigación en el que plasmamos nuestras inquietudes, escuchas, preguntas y reflexiones. Bajo las condiciones de la pandemia y la emergencia de nuevos elementos, circunstancias y material, rearmamos las posibles entrevistas estructuradas a semi estructuradas, a dejar el valor de la voz propia y sin injerencias sobre los sujetos, que tanto tenían que decir. Algunas veces tuvimos la oportunidad de grabar las entrevistas, otras se desarrolló una conversación informal que muchas veces nos dice más que una dirigida entrevista y, aunque no fue posible incluir todas las charlas o entrevistas, cada una de ellas nutrió las reflexiones y resultados del presente trabajo.

Según Sandoval (2016), un punto central en la construcción de la metodología radica en construir un pensamiento epistémico que considere al sujeto del hacer-pensante como fundamental. Esto basándose en planteamientos de Cornelius Castoriadis; sin embargo, siendo psicoanalista también, pensamos que Castoriadis era capaz de reconocer que el hacer-pensante conlleva una gran complejidad. Nosotros agregaríamos que este *hacer* del sujeto social que produce la realidad – mejor dicho, las realidades– no debe olvidar al sujeto del inconsciente, tampoco que

el *hacer* puede ser inconsciente, no pensante; así como un no-hacer consciente. Esto, por supuesto, considerando el *hacer* como una acción encaminada a una forma de vida diferente, a otra forma de relaciones sociales.

Es en este sentido que intentamos no plantear preguntas dirigidas a una respuesta determinada sobre una sociedad enferma, mala, injusta –aunque sea cierto para nosotros–; más bien a las formas y modos en que los sujetos perciben su vida, su quehacer cotidiano y qué significaciones tiene para ellos en su situación concreta; sí como flujo social del *hacer* de los sujetos, pero también como resultado de elementos inconscientes inherentes a los seres humanos.

Queremos dejar claro que las posturas, afectos, pensamientos de los sujetos de esta investigación, no significan una representación total de la sociedad mexicana, mucho menos la única válida. Se trata de una aproximación a un espacio, a algunos sujetos existiendo en tal espacio; a una forma de sentir la vida que nos apoya en la demostración/refutación de ciertas hipótesis. Es cierto que –o al menos estamos de acuerdo con Rafael Sandoval– “el conocimiento del movimiento de lo real que está dándose solo puede apreciarse *haciendo*, solo se puede dar la valoración de lo que acontece si somos parte del acontecimiento” (Sandoval, 2016:26-27). Sin embargo, precisamente es aquí donde consideramos que está uno de nuestros aportes; es decir que, muchas veces, los sujetos no son parte –o no se sienten así– del acontecimiento, de la realidad. Llegan a sentirse ajenos al mundo, a la vida, a sí mismos por más que vivan en el mismo espacio que los demás. Esto nos permite pensar –no sin cierto pesimismo crítico– en que la realidad se construye, constituye, instituye también con partes no conscientes; esto es sin consciencia de un hacer específico hacia la autonomía, la libertad, la lucha anticapitalista, antipatriarcal u otras formas de lucha y resistencia. En esas partes inconscientes, afectivas, emocionales, dolorosas, también hay un hacer escondido, un obstáculo, un placer, un goce, que no necesariamente se encamina a una liberación.

Por ello, junto a Sandoval, coincidimos en que “pensamos bajo la premisa de que todos somos sujetos, pero no todos tenemos consciencia histórica, consciencia política y consciencia psíquica de lo que somos, de las miserias humanas que cargamos, sus peligros, los desafíos implicados en nuestras formas de hacer en la

cotidianidad” (Sandoval, 2016: 40-41). Aquí radica uno de los tesoros descubiertos en los sujetos de la investigación, en los pacientes, en uno mismo; en que no hay una consciencia plena. Existimos en la historia, la miseria, la belleza de la vida, pero algunas veces no nos damos cuenta, no podemos o no tenemos la capacidad de que en la consciencia afloren destellos de un vivir; de un vivir diferente.

Pudimos reunirnos con los sujetos de la investigación alrededor de dos veces por semana, tanto en las calles como en consultorio, pues algunas veces es lo más recomendable para no saturar a las personas y dar un lapso de tiempo para pensar, digerir, o vivir. Así, en la siguiente charla, entrevista o sesión se logran escuchar y observar posibles cambios o reflexiones en torno a sí mismos. De igual manera, es posible percibir las formas en que nuestro contacto afectó a los sujetos y las diferentes formas de expresión corporal, verbal y psíquica.

En el ámbito metodológico, nos parece importante rescatar un par de elementos sobre los momentos de la investigación que plantea Jorge Lora Cam (2017). Consideramos al sujeto como productor y esto quiere decir “que se tiene que destacar la dimensión del movimiento interno por encima de las condiciones externas, aunque ambas dimensiones estén articuladas (p. 234). Tratamos de acopiar y relacionar la información obtenida, definir el problema del sufrimiento psíquico en el capitalismo neoliberal y su problematización, es decir que, aun con la necesidad de “reflexionar sobre la consciencia histórica, solidaridad y autonomía, transformación política” (*Ibíd.*), nos encontramos con diferentes percepciones y caminos; diferentes sentires que, en algunos casos, no contenían los elementos anteriores, lo cual nos llevó a otra forma de reflexión y puntos de partida.

Los conceptos que utilizamos nos sirven para comprender y ordenar de cierta manera el mundo empírico, la delimitación, los analizadores; no para probar el concepto, sino encontrar nuevas relaciones, lo que nos ayudó a desarrollar el concepto de *incomodidades latentes*. Así, articulamos un modo de pensamiento e investigación a partir de lo desarticulado, del caos de la pandemia y la desestructuración del proyecto de investigación en gran medida. Aunque resulta de mucha ayuda el trabajo de Lora Cam, diferimos un poco en el sentido de que, para este autor, se deben considerar las luchas de los sujetos. Esto no porque no sea cierto

o útil, sino precisamente porque en el proceso de la investigación nos dimos cuenta de que difícilmente había consciencia de lucha y organización, debido a lo cual, nuestro camino fue más retador, pues no presuponemos una lucha desde un sesgo ideológico, aun así, tratamos de no traicionar nuestra posición teórico-política.

Por esta razón, dudamos que todo conocimiento se encuentra incorporado y encarnado en los sujetos atravesados por las contradicciones sociales y vinculados a luchas concretas. Así, la idea de que los sujetos luchan en condiciones concretas podría sugerir que la resistencia al sistema dominante es inherente al ser humano consciente, a aquellos que “sí quieren ser libres”; derivado de esta idea, nuestro punto de reflexión y acercamiento a los sujetos pone en duda el planteamiento de que lucha y resistencia conforman a los sujetos. Proponemos aquí un camino crítico que tiene como referentes un malestar y el sufrimiento concreto que conlleva la vida en este sistema y que no en todas partes ni en todos los sujetos potencia luchas, resistencia, o constitución subjetiva políticamente consciente. Pero, como bien nos advierte el mismo autor, “[c]riticar significa poner en cuestionamiento para superar, para cambiar, para recrear” (*Ibíd.*: 238).

Aproximación concreta

Originalmente se planteaba estudiar algunas colonias de la Ciudad de México, sin embargo, la mayoría de ellas llegaron a ser zonas de emergencia por alto contagio de Covid-19, lo que anuló esa posibilidad y desequilibró los tiempos que teníamos considerados. Se trataba de diversas miradas y cotidianidades bajo circunstancias de clase, subjetivas y espaciales diferentes, analizando, como nos habíamos propuesto, los efectos subjetivos del capitalismo neoliberal y si existe una articulación con deseos o potenciales políticos de resistencia en su cotidianidad.

Se consideraron sujetos conocidos o con quienes hay cierta relación desde hace ya tiempo, esto porque que facilitaría el acercamiento a los espacios, las condiciones materiales y subjetivas que experimentan respecto a nuestras hipótesis y planteamientos. Pero, sin pretender cerrar nuestras observaciones a sujetos determinados –lo cual nos cegaría respecto a otros elementos– también nos encontramos con algunos sujetos que, en su cotidianidad, viven contrastes y diversos

matices en el transporte público, cantinas, calles, zona habitacional, plazas comerciales, gimnasios.

En este sentido, entrevistamos y platicamos con aproximadamente 20 personas y alrededor de 10 pacientes, tanto propios como de colegas supervisados colectivamente, de los cuales, los discursos y testimonios que consideramos más relevantes para la tesis, explicitamos en su momento en el último apartado. No obstante, rescatamos, sin duda, cada testimonio, cada entrevista, cada sesión que queda entre cada línea de este escrito. El proceso de lectura, trabajo de campo y escritura, se pudo dar de manera intermitente en un lapso que va de 2021 a 2023. Por un lado, cuando se podía salir menos riesgosamente a comprar lo básico, aprovechamos las pláticas en transporte, taxis, supermercados, mercados, tiendas. Por otro, las sesiones en línea fueron la única posibilidad de psicoanálisis y sólo así se podían obtener elementos para tratamiento, lo cual es sumamente difícil, pues el lenguaje no verbal, preverbal o paraverbal, se pierden.

El espacio fue en la cercanía del centro histórico, Tlatelolco, colonia Guerrero. Consideramos estos espacios porque sabemos que hay presencia de personas de diversas clases sociales, niveles de educación, cultura y tradiciones, historia; queríamos acceder a una libertad de expresiones no fuertemente decididas por nosotros para poder dar cuenta de que no únicamente los sujetos que elegimos demuestran lo que deseamos exponer, sino que cualquier persona puede darnos elementos comunes a otras de su sentir, vivir, sufrir y posibles haceres tanto como apatías.

Para dar un panorama general de lo complicado que se volvió nuestro trabajo de campo, recordamos que en principio considerábamos a un carnicero, líder de una organización del Mercado Martínez de la Torre en la Colonia Guerrero, quien luchaba por que no cerraran el lugar debido a la construcción de supermercados en las cercanías; lamentablemente, no se volvió a saber de él desde el comienzo de la emergencia sanitaria. En otra colonia, tuve la oportunidad de inscribirme a un seminario llevado sólo por mujeres que intentaban proponer una Psicología de la Liberación y otros talleres; cancelado. En Tlatelolco, nos encontraríamos con el líder de una banda que dice cuidar la segunda sección de la Unidad; salió de la cárcel,

consiguió empleo en el aeropuerto de la Ciudad de México, fue despedido por alcoholismo; tiene una hija, vive con su madre y, ahora, se encarga de exigir a la delegación alumbrado público, pintura, seguridad, así como, por iniciativa propia, pinta muros, coloca adornos e, incluso, ofrendas y nacimientos en diciembre; se encontraba hospitalizado, teniendo recaídas por el alcohol, pero pudimos acercarnos a él finalmente.

La elección de los sujetos respondía, y responde, a la intención de no cerrarnos a la búsqueda de lo que queremos encontrar, es decir no pretendemos acercarnos necesariamente a sujetos que consideremos politizados ni organizados o pertenecientes a un colectivo que pudieran explicar sus luchas, resistencias o intentos de subjetivación alternativa –pues habría que discutir qué es esto–, más bien, pretendíamos enfocarnos en sujetos que coloquialmente llamamos “comunes”, “ciudadanos comunes”. Esto se debe a que en/con ellas y ellos podríamos reflexionar respecto a nuestro planteamiento sobre un potencial político (si está presente) frente al malestar generado por las condiciones actuales y sus patologías (además de aquellas que no tienen relación directa con las condiciones sociales específicamente).

Intentamos analizar y dar cuenta de que las nuevas formas de dominación, incluyendo por supuesto las subjetivas, condicionan formas de vivir, pensar, sentir, no-desear y actuar que implican un malestar e insatisfacción en los mismos sujetos, pero que existe una relación y diferencias respecto al espacio que se habita, la clase social, orientación sexual y condiciones económicas. Sin embargo, pensamos que puede haber un posible vínculo entre los elementos expuestos y ciertos malestares, mejor dicho “incomodidades” latentes, que los sujetos viven cotidianamente, abriendo posibles veredas a transformaciones subjetivas y de relaciones en sus espacios, sin que esto signifique que explicita un deseo de formar un colectivo o generar subjetividades alternativas al hacer consciente su malestar; sino que, en principio, se manifiestan en pequeñas acciones cotidianas que, al final, llamamos *incomodidades latentes*.

En pocas palabras, nuestro propósito fue analizar los efectos subjetivos del neoliberalismo y sus consecuencias en los sujetos ante la vida cotidiana, aspirando a encontrar un posible potencial de resistencia entre todo ese panorama cada vez más

desolador. Evitamos, hasta donde podemos, idealizar y caer en una voluntad política. Como hemos mencionado, la investigación incrementó su inclinación hacia lo teórico, pero sí se plantean las discusiones que se han hecho en torno al neoliberalismo y sus efectos, así como intentos de obtener elementos empíricos en donde fue posible y como las circunstancias lo permitieron.

Intentamos recopilar distintas experiencias subjetivas propias (es decir, las mías) en el encuentro y el dialogo posible como también en experiencias solitarias. Es en este sentido que, como mencionamos, se llevó un diario de investigación para recolectar distintos registros y datos, grabaciones –de audio– de la cotidianidad vivida por los sujetos y sus problemas, sentimientos, peleas, preocupaciones, angustias y sufrimientos. Nuestras observaciones permitieron ilustrar los espacios vividos, sufridos, cotidianos de los sujetos desde una distancia que no implicara poca o nula visibilidad, ni tampoco riesgos innecesarios, sino efectivamente eso, ilustrar, dar cuenta, tratar de comprender y explicar lo que nos atañe.

Nuestra metodología se inspira en algo que Walter Benjamin denominó “constelaciones”, es decir un conjunto de experiencias, citas, imágenes, registros que se articulan mediante una constelación de sentido, en este caso el sentido del dolor, conectando elementos independientes y distantes, tal como se demuestra en los materiales recolectados en el *Libro de los Pasajes*. En palabras de Benjamin, “las ideas son a las cosas lo que las constelaciones a las estrellas. Esto quiere decir, en primer lugar: no son ni sus conceptos ni sus leyes” (Benjamin 2012: 14). Esto lo consideramos, por ejemplo, en los sujetos cotidianos que, aunque no convivan en los mismos espacios, se relacionan respecto a sentidos de insatisfacción, sufrimiento, rendimiento, goce, malestar social, en el que cada sujeto experimenta posibles dolores de cambio que podrían articularse o, en el peor de los casos, abandono y fragmentación de su persona; por ello observamos distintos caminares, cotidianidades, subjetividades, dentro de una constelación de malestar social y manifestaciones singulares.

En este sentido quisiéramos hacer un pequeño señalamiento metodológico, esto es que, durante la investigación, así como en la clínica, fue necesario detenerse en los detalles, ya que estos son aquellos que nos pueden orientar. Coincidimos con

Mario Elkin Ramírez (2021) en que la práctica clínica e investigativa tiene una relación con la escritura; esto quiere decir que debe haber una implicación entre la elaboración teórica y la formalización de lo que se escucha de los sujetos. Incluso, bajo las enseñanzas de Freud, se puede reproducir casi textualmente el relato de los pacientes y sujetos entrevistados o con quien se charla, no obstante, se desaconseja tomar notas durante la sesión analítica, por ejemplo, pues “se hace más daño al paciente por desatención en la escucha, que por la falta de fidelidad en la reproducción del historial clínico” (Elkin, 2021: 99); asimismo, consideramos que sucede lo mismo con los sujetos de la investigación cuando no siempre planteamos una entrevista estructurada, pues en ésta responden a preguntas predefinidas y no a la espontaneidad. Esto quiere decir que hay un momento de escucha y otro de escritura y elaboración, de leer y pensar.

De nuevo sostenemos aquí la importancia de la conjunción del psicoanálisis y sus técnicas con los aportes sociológicos. Nos referimos a que en una entrevista investigativa en consultorio se privilegia al sujeto del enunciado en lugar del sujeto de la enunciación, ya que, en este tipo de entrevista, no se busca un fin terapéutico en sí. De esta forma se nos presenta un juego interesante entre el sujeto que habla y aquello que dice sin total o plena consciencia, significantes un su discurso, *lapsus*, síntomas. Como dijimos, no siempre con fines terapéuticos, sino para la escucha e intento de comprensión de lo dicho y no dicho por los sujetos en este trabajo. Así, “un antropólogo, un psicólogo o un sociólogo, pueden también subrayar expresiones que tengan que ver con sus argumentos, tesis, etcétera. Pero hay un plus cuando se trata de llevar los principios del psicoanálisis a la investigación de los fenómenos sociales, y es que con el psicoanálisis se apunta además a los signos del goce” (Elkin, 2021: 107), un placer ignorado, aquello que no alcanza a llegar a la palabra –de lo que hablaremos en el desarrollo del texto–.

Retomando a George Devereux (2012), “todo sistema de pensamiento nace en el inconsciente, a manera de defensa contra la angustia y la desorientación; se formula primero afectivamente, más que intelectualmente, y en el (ilógico) ‘lenguaje del inconsciente’ (proceso primario)” (p. 44). Con la fantasía se disminuye la angustia. El saber, el querer conocer, también la disminuye, pasando de lo

inconsciente a lo consciente en un lenguaje articulado y más orientado a la realidad o los fenómenos estudiados. En este sentido, como nos advierte el autor, en un análisis “lo que cura a nuestro paciente no es lo que sabemos, sino lo que somos” (Devereux, 2012: 46-47).

De manera paralela, en la investigación social, particularmente en el encuentro con los sujetos del presente trabajo, nos puede suceder de esta manera, es decir que, cuando forzamos demasiado las entrevistas, charlas, acercamientos, los resultados pueden aparecer como artificiales, o consoladores de nuestras necesidades angustiantes. Como ejemplo, pensemos en un bebé que no obtiene alimento, calor, contacto, afecto amoroso y, en lugar de eso, alucina la falta porque “el objeto debería estar ahí”, volviéndose omnisciente, arrogante (en la vida adulta) o se constituye en éste un vacío básico que podría aislarlo del mundo, generar angustias persecutorias, agresiones o fijaciones que pudieran sustituir aquel vacío, como fumar y beber en exceso, atracones de alimento, o leer para satisfacer algo, no para conocer, saber o relajarnos un poco, más bien para demostrar al mundo que no necesita nada. Por ejemplo, podemos “quitar, extraer” algún elemento o frase de teorías que nos sirven, que apoyarían nuestra tesis –en el caso del psicoanálisis se podría hacer lo mismo y descontextualizar, deformar o prejuiciar la teoría sin tomar en cuenta el conjunto entre teoría y práctica clínica–. De ahí rescatar las constelaciones sin separar las estrellas.

Conviene liberar un poco la autenticidad del investigador y permitir la de los sujetos. Devereux nos pone un ejemplo claro respecto a una mujer que sube de peso constantemente. Si nosotros sólo ponemos atención y estudiamos el aumento de peso y no hacemos referencia ni observamos o escuchamos sus excesos neuróticos, no podremos ser capaces de atender a sus gritos silenciosos que escapan a un marco de referencia rígido propuesto por el investigador. Por esta razón consideramos la técnica psicoanalítica en la investigación proponiendo un encuadre diferente, dejando que, por momentos, nos desbordara la experiencia empírica. Los sujetos y los pacientes pueden decirnos “yo siento esto”, “yo pienso esto”, no solamente respondiendo preguntas. Si no atendemos a esto, podríamos, incluso, caer en una tendencia infantil a “compensar [...] respuestas ausentes por medio de respuestas

alucinadas...” (Devereux, 2012: 61) llegando a distorsionar los datos y el material cuando éste moviliza alguna ansiedad. Ante esto nos defendemos y, tal defensa, consiste en asegurarnos que comprendemos más de lo que realmente comprendemos. La estructura de nuestra personalidad puede condicionar la manera en la que deformamos la información y nuestro material.

Ahora bien, considerando la culminación de la investigación en el formato de tesis, rescatamos algunos de los planteamientos de Benjamin para romper con ciertos presupuestos epistemológicos tales como la clásica versión de totalidad, la abstracción de los fenómenos y la teoría cerrada, contraponiendo a esto la singularidad subjetiva, las experiencias concretas y los fragmentos, poniendo estos siempre en relación entre sí. Aunque sabemos que no podemos abarcar a todos los sujetos ni espacios, sí queremos destacar que pensamos –no sin cierto pesimismo que podría llamarse crítico– la existencia de diversas formas de *percepción de que algo no está bien*, que existe un malestar social pretendidamente diluido por nuevos modos de dominación subjetiva, pero que es posible que sus efectos impliquen una desobediencia por parte de algunos sujetos que aún no están absorbidos totalmente por el sentido común de la dominación del capitalismo neoliberal, pero que no lo saben.

Lo que al parecer podría ser una selección arbitraria e injustificable, corresponde a nuestro afán de escuchar a la “gente común”, sus vivencias y percepciones subjetivas, en vez de privilegiar la voz de personas especialmente politizadas u organizadas. Por consiguiente, nuestra recopilación de información se relacionó entre sí para llegar más allá de particularidades aisladas. La investigación se enfoca en los elementos que caracterizan las nuevas formas de constitución de sujetos; tentativamente propusimos operar con las siguientes variables para analizar el modo en que se producen las subjetividades: a) el trabajo/la precarización/el sustento material de la vida; b) el ocio y “el tiempo libre”; c) el consumo y el rendimiento; d) auto-responsabilización y sufrimiento psíquico; e) deseos, goce y potencial político.

Alrededor de estos elementos giran nuestros análisis y observación, pero sin caer en una estructuración rígida de la metodología. Aquí se observarán los distintos

afectos y efectos subjetivos que conlleva la cotidianidad bajo el capitalismo neoliberal, así como sus potenciales políticos para resistirlo. Finalmente, para intentar aclarar nuestras intenciones, diremos que la investigación gira en torno al análisis de los efectos subjetivos del capitalismo neoliberal y sus consecuencias psíquicas que, sin duda, repercuten en el hacer social y político. No sólo en la abstracción de *sujetos*, sino en mujeres, hombres, heterosexuales, homosexuales, miembros de la comunidad LGTTTIQ+ –sin por esto pretender manifestarnos ni hablar en representación de alguien– que innegablemente son parte de la subjetivación neoliberal y resienten el peso de su discurso dominante; incluso en un país como México en el que su presidente no se cansa de repetir una absurda frase en toda ocasión posible: “dejamos atrás el periodo neoliberal”. Sin embargo, este sistema sigue presente a nivel mundial. No obstante, consideramos que aún pueden existir ápices de esperanza y constelaciones críticas que enfrentan las condiciones actuales.

Para finalmente enfatizar nuestro enfoque, nuestra investigación no está centrada específicamente en el acercamiento a la labor clínica y sus profesionales; más bien, desde el análisis sociológico y desde la teoría-clínica psicoanalítica. Como bien dice Oliver Hernández Lara (2021), asumimos una postura en que la realidad empírica nos diga cosas, disminuyendo nuestras obsesiones que sobre-teorizan. Así, la formación en Psicología Social y Psicoterapia Psicoanalítica nos brinda un acercamiento invaluable a los sujetos concretos, no a los profesionales de la salud en nuestro caso; no a miembros de colectivos politizados, sino a personas dolientes y sufrientes que rebasan cualquier teorización al respecto en nuestro día a día. No para simplemente exponer las respuestas de los sujetos, sino también rescatando conceptos, discusiones, plantear un análisis de tales respuestas con base en una intuición, hipótesis, para deshacerla o reforzarla y no concluir algo, sino contribuir a un pensar lo que está sucediendo ante nuestros ojos desde una perspectiva que pueda contribuir a discusiones diversas *con* los sujetos.

La conjunción entre la sociología y el psicoanálisis crítico será un elemento fundamental que permite el vínculo, la escucha, la mirada necesaria para no caer en voluntades políticas, deseos paridos de libros y medios tecnológicos, mucho menos

en una sordera selectiva que tiene que ver con lo que expusimos más arriba, con nuestras ansiedades, deseos, rigidez que expresan más lo que queremos escuchar que aquello que los sujetos realmente dicen. No se trata de “no contaminar” con nuestra subjetividad, sino que, precisamente poniendo atención sobre la misma, nuestros deseos, angustias, afectos inconscientes, posición política, podemos enfrentarnos a tal sordera y crecer nuestra escucha. Un encuentro con el sufrimiento psíquico y social. ¿Cuáles son nuestras posibilidades de caminar un diferente sendero?

I. CONSIDERACIONES GENERALES: APROXIMACIONES TEÓRICO-SOCIALES

El puente entre sociología y psicoanálisis: sujeto y/en sociedad

... la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio psicología social ...

Sigmund Freud, *Psicología de las masas*

Consideramos la relación dialéctica entre sujeto y sociedad, donde la subjetividad, como elemento esencial de los seres humanos de imaginación, creación, autonomía, hacer pensante –pero también impregnada y producida por las formas capitalistas de relaciones sociales– juega un papel fundamental en la posible construcción de alternativas sociales, sin dejar de lado las contradicciones que se presentan y la dificultad de moverse de lugar para romper con la cotidianidad impuesta bajo el tiempo del capital.

Psicoanálisis y pensamiento crítico

No sólo este trabajo propone el uso del psicoanálisis como herramienta, sino que, a través de la historia reciente, podemos corroborar que, con y a pesar de sus críticas, el análisis de la psique sigue siendo fundamental para el pensamiento social. Por tal motivo, consideraremos algunas contribuciones del pensamiento crítico-marxista respecto a la subjetividad pues, como invitan David Pavón-Cuéllar e Ian Parker, “resulta crucial investigar [...] cómo conceptualizar las diferencias y divisiones movilizadas por la ideología dominante, y de qué manera nuestra estrategia revolucionaria puede concebir la relación entre el Estado capitalista y el ‘estado de ánimo’ inculcado en cada individuo para que esté dispuesto a someterse al poder” (Parker y Pavón-Cuéllar, 2017: 19).

Sin olvidar que la psicología moderna ha sido cómplice del capitalismo, estudiando sujetos abstraídos de su contexto y pretendiendo controlar su conducta, sí podemos plantear un diálogo con el marxismo y el pensamiento crítico. En

Antonio Gramsci⁵ ya encontramos una crítica al Taylorismo respecto a la penetración psicológica en cada trabajador y su mecanización, haciéndolos pensar (y sentir) que “ellos mismos tenían la culpa de su enajenación en el capitalismo y que debían cambiar y adaptarse a la sociedad en lugar de cambiar la sociedad” (Parker y Pavón-Cuéllar, 2017: 26). Es por esta razón que es posible y necesario rechazar el conformismo de la psicología que, además, en muchos casos, promueve “tanto la imagen del yo adaptado como el ideal explotable del buen trabajador y consumidor, y elegir en su lugar un psicoanálisis potencialmente subversivo que sabría profundizar en el psiquismo constituido bajo el capitalismo...” ; y siguiendo con los autores, es posible que el psicoanálisis y la psicología crítica puedan responder “a las personas que desean entenderse a sí mismas incluso en el momento mismo en que intentan cambiar el mundo” (Parker y Pavón-Cuéllar, 2017: 30-31).

Estos intentos pueden remontarse hasta Alfred Adler y Wilhelm Reich, por ejemplo, quien criticó tanto la erosión del psicoanálisis como del marxismo en su aceptación de un socialismo reformista. Reich veía una promesa revolucionaria en el psicoanálisis y la posibilidad de una verdadera emancipación sexual (Kovel en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017); advertía que la vida sexual del proletariado estaba afectada por su situación social y su aburguesamiento ideológico, por lo que el psicoanálisis no podría ser efectivo si no es tras una revolución social (Reich en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017: 213-217). En esta línea, que fue llamada *freudomarxismo*, otro pensador austriaco afirmaba la posibilidad de establecer un puente entre el marxismo y el psicoanálisis, nos referimos a Otto Fenichel, quien, desde los años 30 del siglo pasado, nos dice que “la obra de Marx deja bien claro cómo la base material de la existencia es el cimiento que produce todo tipo de manifestaciones culturales elevadas que a su vez influirán en el rumbo de la base material. El psicoanálisis proporciona el instrumental para entender esta doble relación de condicionamiento recíproco” (Páramo en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017: 220). Fenichel se distanció de Reich debido a que este último cayó en la fetichización de lo genital. Por el contrario, Otto Fenichel criticaba a los psicoanalistas habituados

⁵ Específicamente los textos “Racionalización de la producción y del trabajo”, pp. 475-480; y “Taylorismo y mecanización del trabajador”, pp. 480-481, en Gramsci, Antonio (1999), *Antología*, Siglo XXI, México.

a las neurosis que intentaban dar explicaciones idealistas a la historia a partir de raíces instintivas; sin embargo, también sería un error enfocarnos en el extremo opuesto y caer en el economicismo, ya sea en nuestra sociedad o en otras diferentes,

sin ver que la acción de las condiciones materiales sobre las estructuras psíquicas de los hombres hace que éstos piensen y actúen de determinada manera y se conviertan así en sujetos efectivos de la historia. Esto quedaría mejor demostrado a través de intentos adecuados de investigación psicoanalítica de la historia.[...] El psicoanálisis freudiano permite descubrir procesos psíquicos inconscientes de un individuo a través de sus asociaciones libres, pero siempre y cuando conozcamos perfectamente sus condiciones de vida y sus pensamientos conscientes (de lo contrario no podríamos identificarnos con él e interpretar sus asociaciones). Por ello, si queremos analizar a seres humanos en un ámbito social completamente diferente y en condiciones culturales extrañas, habría que empezar por estudiar larga e intensamente lo “actual”, es decir, las condiciones sociales y culturales, las formas de pensamiento consciente de esos seres humanos (Fenichel en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017 [1934]: 225-226).

Para este autor, el psicoanálisis brinda las herramientas para estudiar los procesos sociales y, en su concepción, la forma en que la base material se vuelve superestructura en la cabeza humana y ésta actúa a su vez sobre la base.

Al hacer este pequeño recorrido, no podemos –ni debemos– dejar de lado las importantísimas aportaciones de la Escuela de Frankfurt y su Teoría Crítica, en la que el psicoanálisis interviene como un instrumento, como uno de los componentes de la caja de herramientas crítica. Paul-Laurent Assoun considera que el análisis marxista encontró en el psicoanálisis –tal como lo consideraba Fenichel– un instrumento para desencadenar el eslabón entre la súper y la infraestructura, lo cual supone ya una articulación entre la estructura libidinal⁶ y la estructura social. El

⁶ Libido según la teoría de Freud, es energía. Como sustrato de las transformaciones de la pulsión sexual en cuanto al objeto, en cuanto al fin y en cuanto a la fuente de excitación sexual. Para Freud, “libido es una expresión tomada de la teoría de la afectividad. Llamamos así la energía, considerada como una magnitud cuantitativa (aunque actualmente no pueda medirse) de las pulsiones que tienen relación con todo aquello que puede designarse con la palabra *amor*”; Véase Laplanche, Jean y Jean Bertrand Pontalis (2014), *Diccionario de Psicoanálisis*, Paidós, Barcelona, pp. 210-211; así como Freud, Sigmund (2008), *Psicología de las masas*, Alianza, Madrid. Aquí, Freud agrega que “no separamos de tal concepto aquello que participa del nombre de amor, o sea, de una parte, el amor del individuo a sí propio, y de otra, el amor paterno y el filial, la amistad y el amor a la Humanidad en

psicoanálisis intervendrá “como el descifrador adecuado de los mecanismos insondables de la consciencia social, de la lógica fantasmal, comprobando su adecuación para interrogar las mediaciones de la consciencia histórica y proporcionarles un anclaje seguro” (Assoun, 1998: 77). A mediados de los años cincuenta del siglo pasado, se puede decir que se enlaza el psicoanálisis con la crítica social.

En los pensadores de la primera generación de la Escuela de Frankfurt se comienza a mostrar la fecundidad social, sobre todo, del impulso hacia la muerte; “la miseria instintiva es más que nunca descifrada como síntoma de la sociedad represiva y la lucha entre Eros y Thánatos se convierte, en cierta forma, en la expresión del drama metapsicológico que alimenta la dialéctica sociohistórica. La misma Muerte [...] adquiere el poder de una protesta destructiva ante la frustración de la vida” (Assoun, 1998: 81). Este valor sintomático puede ser ubicado en la subjetividad social; aquello que sólo era la dimensión psicosocial del hecho dado se elevará a función sociohistórica del sujeto en la transformación misma de la sociedad. La Teoría Crítica, a juicio del autor citado, se convierte en una filosofía de la historia que revalora la subjetividad histórica misma.

Dentro del *Institut für Sozialforschung* de Frankfurt, podemos destacar los aportes fundamentales –respecto al uso del psicoanálisis– de algunos de sus miembros, tales como Theodor Wiesengrund Adorno. Este autor se introduce a la lectura de Freud a la vez que hace una crítica del mismo, poniendo sobre la mesa una contradicción irresoluble del psicoanálisis. Para Néstor Braunstein, Adorno hace una radiografía de esa contradicción

que hay entre lo que el psicoanálisis descubre, los mecanismos de la regulación opresiva del goce entre los seres hablantes en todas las organizaciones sociales conocidas, y los que el psicoanálisis propone como “cura” de ese sufrimiento que sólo

general, a objetos concretos o a ideas abstractas. Nuestra justificación está en el hecho de que la investigación psicoanalítica nos ha enseñado que todas estas tendencias constituyen la expresión de los mismos movimientos instintivos que impulsan a los sexos a la unión sexual; pero que en circunstancias distintas son desviados de este fin sexual o detenidos en la consecución del mismo, aunque conservando de su esencia lo bastante para mantener reconocible su identidad (abnegación, tendencia a la aproximación)” (p. 28-29). En la traducción se escribe instintos, nosotros las llamaremos pulsiones y más adelante aclararemos esto.

podría consistir en hacer posible la vida en medio de esa contradicción. Ser “sano” es dar una bienvenida a la alienación. Si el “enfermo” es el que se subleva o se inconforma contra esa exigencia, la cura se encuentra ante una clara paradoja: “curar” es encerrar al sujeto tras los barrotes de la represión, “enfermar” es liberar las mociones pulsionales y aproximarse a la lucidez al precio de trastornar su lugar en la vida social (Braunstein en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017: 233).

Para Adorno, Freud se encuentra ante el dilema de si debe defender la satisfacción de las pulsiones⁷ frente a la represión, o estar del lado de la censura en favor de la cultura, de la civilización. En este sentido, la cultura y la sociedad generan su propio malestar al suprimir las tendencias al goce⁸ y enturbiarlas con los sentimientos de culpa y las “admoniciones del superyó al servicio de la empresa capitalista de dominación de cuerpos y almas y, por otra parte, la represión aparece como la condición insoslayable de toda la historia de la especie humana” (Braunstein en Parker y Pavón-Cuéllar: 233).

Retomando la reflexión de Jorge Armando Reyes (en Martínez Ruíz, 2015), para Adorno no hay razones presumibles en la sociedad capitalista, basada intrínsecamente en la dominación, para plantear la posibilidad de un proceso de formación de un sujeto capaz de valerse de esas formas de dominación para llegar a

⁷ El mismo Braunstein aclara que para Freud, “pulsión es *Trieb*, nunca instinto. En buen inglés (no el medicalizado de Strachey) *Trieb* es *drive*. Y de *Trieb-drive* en francés y español se deriva *dérive-deriva*. Llamarla deriva es ya empezar a hablar de la pulsión: de puerto en puerto, de objeto en objeto, entre los bordes de la corriente, acelerando, retardando, cortando, impulsando. Sus velas son movidas por el principio del placer, pero su trayectoria es la transgresión de este principio. A contracorriente, contra viento y marea”; y más adelante agrega que *Trieb* “bien pudiera ser lo primero que descubrió el psicoanálisis y que el descubrimiento le pertenezca de modo absoluto. Si hay re-presión (*Verdrängung*) es porque hay presión (*Drang*) porque algo empuja para salir (en el discurso; si no puede, en el síntoma). El par presión-represión es el presupuesto de toda la fenomenología y de todo el pensar psicoanalítico [...] La pulsión es efecto del deseo por el camino de la demanda. Surge antes y más allá del sujeto. Y hace surgir al sujeto”. Véase Braunstein, Néstor, et al. (2015), *La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*, Siglo XXI, México, pp. 11-12.

⁸ El goce no significa placer, sino que está más allá; es el goce de sí mismo más allá de todo límite; por ejemplo, en nuestros días bajo el capitalismo neoliberal, más que “acumula para gozar”, se trataría más de un “goza de acumular” que, en términos de producir determinados sujetos, podría pensarse como una identificación del sujeto con el aumento de su propio valor, la empresa de sí como *ethos* de autovalorización; el capital mismo como forma de subjetivación. Jacques Lacan acuñó este término; el psicoanalista francés “hace del goce ora un exceso intolerable del placer, ora una manifestación del cuerpo más próxima a la tensión extrema, al dolor y al sufrimiento” (Braunstein en Martínez, 2015: 304). El goce hace coincidir el placer y el dolor.

su autonomía. En esta perspectiva que puede ser evidentemente pesimista, pero, al mismo tiempo, propositiva e incitante, el autor cita a Simon Jarvis, rescatando que

en una frase que recuerda sorprendentemente su observación de que Marx y Engels “eran enemigos de la utopía porque buscaban realizarla”, Adorno sostiene que el pesimismo de Freud es más apropiado para acabar con la dominación que el sentimiento normativo de [Karen] Horney: Freud se endurece tanto como lo hacen las relaciones petrificadas para así poder romperlas (en Martínez Ruíz, 2015: 372).

En este sentido, aunque el marxismo fue parte fundamental para la Teoría Crítica, el *Institut* rescata en su mirada –como dirá Martin Jay– algo que los marxistas tradicionales dejaban en segundo término y menospreciado, es decir, la superestructura cultural de la sociedad que, al mismo tiempo había que superar, esto es la subestructura y superestructura en el modelo marxista clásico. El punto oscuro era psicológico, y qué mejor para elucidarlo que la teoría de Sigmund Freud. La cuestión era: sociedad y sujeto; podría decirse que, para la Teoría Crítica, Freud *complementa* a Marx (Martínez Ruíz, 2015: 376-379). Y la situación de *desgarramiento* a la que se refiere Adorno es una donde

esencialmente no hay posibilidad de integración de la individualidad en la totalidad, lo cual, en el plano de la inmediatez, es susceptible de denunciarse como neurosis, infelicidad, depresión, etcétera; pero en el plano de la autorreflexión significa lo siguiente: el sino negro avizorado por la *Dialéctica del Iluminismo* no es necesario, puede evitarse porque la experiencia, en principio, puede ser diferente y si puede ser diferente es porque está radicalmente fracturada (Martínez Ruíz, 2015: 388).

Con todo lo expuesto, y hasta este punto, podemos decir que Adorno comparte con Freud –de acuerdo con Axel Honneth– la convicción de que los seres humanos tendemos a reaccionar ante una inhibición de nuestra racionalidad con una sensación somática de sufrimiento. Sufrimiento que se encuentra en el análisis del capitalismo de Adorno, buscando que pueda aparecer finalmente la relación supuesta entre los impulsos de sufrimiento y la capacidad de resistencia subjetiva (en Honneth, 2009: 80).

Es aquí donde las aportaciones de otro pensador del *Institut* tienen un lugar importante, nos referimos a Herbert Marcuse. Este pensador llegó a plantear que

existe una represión básica en la sociedad y una sobrante –influido este término por la *Mehrwert* (plusvalía) de Marx y que, más adelante, retomará Jacques Lacan para hablar de *Plus de Jouir*–⁹.

Ante la experiencia del fracaso de la transformación social, Marcuse le da prioridad a la subjetividad; su inquietud salvaguarda la posibilidad de emancipación frente a la sociedad capitalista donde nada parece alimentar la esperanza. Según Jordi Maiso –en la introducción a un libro de conversaciones con el pensador alemán– Marcuse advierte que

el capitalismo avanzado genera también lo que podríamos llamar una crisis de la “naturaleza interna”: lleva a una atrofia de la capacidad de placer y de goce, así como de las formas de solidaridad, pues en dicha sociedad toda gratificación queda supeditada al principio de rendimiento y a la lógica del consumo y la competencia, generando -en último término- individuos dóciles y domesticados para encajar en la realidad social que les degrada (en Habermas; Popper; Dahrendorf, 2018: 13).

Durante el desarrollo de sus análisis, Marcuse llega a proponer el concepto de *desublimación represiva*, que consiste en una especie de reconciliación perversa del *ello* y el *superyó* a expensas del *yo*. Se trata de un mecanismo a través del cual la sociedad actúa sobre el sujeto bajo el discurso de los mercados. Ahora, más que imponer una renuncia pulsional, se trata de lo contrario: se pide, se ordena que los sujetos gocen. Goza sin parar

hasta la destrucción, consume y consúmete en tu consumición de las mercancías y los objetos que ponemos a tu disposición. Tus gratificaciones, que antes podían tacharse de insanas o perversas, son ahora un combustible necesario para la marcha

⁹ En este caso, Jacques Lacan explica que, si bien todo trabajo es una renuncia al goce, en el consumo, en el mercado de los bienes, hay una especie de búsqueda, por supuesto vana, de recuperación bajo una forma alucinada de un goce perdido que llama *plus de gozar*. Lacan pone en relación goce y capital, estableciendo una relación de homología entre “plus de valor” y “plus de gozar”. Los pensadores franceses Christian Laval y Pierre Dardot explican que Lacan, al forjar su concepto de plus de gozar, entendió lo que contenía el concepto marxiano de *surplus value* y su traducción alemana como *Mehrwert* (plusvalor o plusvalía). El capital, a partir del expolio del trabajo del obrero, no deja de crecer de forma ilimitada, no deja de acumularse sin cesar, sin freno, sin límite. Es lo que en psicoanálisis corresponde a la lógica del goce perdido; lo que le sucede hoy en día al ser humano es que se ha visto envuelto en la lógica del “plus de” del capital, hasta haber sido conquistado por ella desde el interior, hasta tal punto que hoy en día se conjugan el “plus de” del capital, que es un “accidente histórico”, y el “plus de” propio del goce (Laval; Dardot y Berenguer, 2018: 51-53).

del sistema. La “desublimación” es el nuevo nombre de la represión una vez que se ha borrado la frontera entre el destino represivo y no represivo de las pulsiones que Freud distinguió en su metapsicología (Braunstein, 2017: 234).

Esta propuesta teórica de Marcuse contiene una relación directa entre base material y un sentido subjetivo. Por ejemplo, esto se hace notable en su conferencia *Trieblehre und Freiheit* (Teoría de las pulsiones y libertad) de 1956, en la que subraya la importancia de mostrar cómo la psicología es parte integral de la ciencia política y cómo la teoría de las pulsiones de Freud supone tendencias decisivas de la política actual (Marcuse en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017 [1956]: 242-243). Por ejemplo, mencionemos la dominación social –central en la teoría de las pulsiones de Freud–, pues ésta (la dominación) es efectiva en los objetivos y propósitos individuales, ya que las formas de alcanzarlos les son dadas a los sujetos y éstos las ejecutan como propias, incluso sobre sí mismos, y que aparecen bajo una supuesta autonomía. Siguiendo esto, con base en la teoría de las pulsiones de Freud, “el superyó reúne en sí mismo los modelos autoritarios –el padre y sus representantes– y convierte sus órdenes y prohibiciones en sus propias leyes y en su propia consciencia” (Marcuse en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017: 243). Por esto, la dominación de las pulsiones se convierte en la empresa propia del sujeto, es decir, la ya mencionada aparente autonomía.

En este punto es posible pensar en “libertad”, pero, en este modelo de pensamiento, ésta parece imposible, pues no hay nada que no se les prohíba a los sujetos. Sólo podríamos definir la libertad en el marco de poder como autorreflexión crítica frente a la dominación, mas no como algo dado. Y, con el aporte fundamental de Marcuse, convergemos en que “la libertad es una *forma de poder*: aquella en que los medios prescritos satisfacen las necesidades del individuo con un mínimo de displacer y de renuncia” (Marcuse en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017: 243). La diferencia entre poder y libertad –nos dice Marcuse–, disminuye en términos psicológicos; en la estructura pulsional del sujeto se reproducen valores y comportamientos al servicio del mantenimiento de un poder menos autónomo, menos “personal”. Es la dominación del aparato económico, político y cultural, construido por el trabajo social. Bajo estos puntos, en la cultura, la libertad sólo sería

posible a través de la represión de las pulsiones, es decir *sublimación*, satisfacciones diferidas en aras del orden y la convivencia. La libertad humana “crece en el suelo de la falta de libertad”. Eros se mueve bajo el principio del placer, pero el entorno se le opone; según Marcuse –pero ya expuesto por Freud–, nos encontramos con que la dinámica psíquica es una constante lucha entre Eros, pulsión de muerte y mundo exterior.

Es notorio que la Teoría crítica y el psicoanálisis son dos disciplinas que no se superponen ni se integran, sino que, solidariamente, se enriquecen de manera recíproca a través de su diversidad teórica y metodológica. Desde finales de los años sesenta hasta principios de los ochenta del siglo XX, estos planteamientos atravesaron diversos ámbitos del pensamiento social y psicológico, pasando por el freudomarxismo, la Escuela de Frankfurt, el anticolonialismo de Franz Fanon, el “pensamiento feminista marxista y radical, del movimiento de liberación homosexual, de la psiquiatría democrática de Franco Basaglia y de la antipsiquiatría de Ronald Laing, David Cooper y Thomas Szasz”¹⁰ (Pavón-Cuéllar, 2019: 37).

Entre estas expresiones es importante hacer mención del pensamiento llamado post-estructuralista, que también halló en el psicoanálisis un canal de discusión y análisis. Gilles Deleuze, por ejemplo, estudia a Freud desde la filosofía localizando tensiones en su propio pensamiento y abre otros caminos de lectura y de la psique, alterando su centralidad y situando la palabra *esquizo* que “además de poseer connotaciones psicoanalíticas o psicológicas de ‘esquizofrenia’, también significa *hender*: hacer o causar una hendidura; atravesar [un fluido o líquido]; abrirse paso [por entre una muchedumbre]” (Núñez en Martínez Ruíz, 2015: 76). Deleuze sigue por una parte al mismo Freud, pero también a Spinoza, construyendo una ética y un análisis que no se cierra a la cultura hegemónica. Entonces, la tarea del esquizoanálisis¹¹ será la de abrir, abrir el sistema, la ontología, la psique. Por ello

¹⁰ En estos casos, son relevantes los siguientes textos: Laing, Ronald David (2014), *El yo dividido*, Fondo de Cultura Económica, México. Cooper, David (1978), *La gramática de la vida*, Ariel, Barcelona. Szasz, Thomas (2000), *Ideología y enfermedad mental*, Amorrortu, Buenos Aires.

¹¹ Mientras que “el psicoanálisis partía de un modelo de psique basado en el estudio de las neurosis, centrado en la persona y en las identificaciones, y que opera a partir de la transferencia y de la interpretación, el esquizoanálisis se inspira, por el contrario, en las investigaciones acerca de la

–aunque podemos expresar cierto desacuerdo con el autor en términos clínico prácticos, pues tampoco deberíamos romantizar como ruptura política a las psicosis o la esquizofrenia–, Deleuze nos dice que

una operación de esquizoanálisis debe, al nivel de los análisis individuales, denunciar prácticamente la pulsión de muerte, combatir prácticamente esa tendencia extrema al término cero a la que nos lanza la máquina edípica. Y después romper la prisión familiar al nivel de los investimentos, reencontrar la apertura y –por eso es un esquizoanálisis– conducir al sujeto a delirar sobre el campo social histórico en lugar de conducirlo a neurotizarse sobre papá-mamá (Deleuze, 2015: 59).

Al hablar de Gilles Deleuze, resulta casi inevitable asociarlo con su amigo Félix Guattari, quien, como Deleuze, analiza la obra de Freud –aunque Guattari sí desde experiencias clínicas– y en cuyo pensamiento se encuentran las preocupaciones concernientes a la transformación social, política y cultural, así como cambiar lo que se entiende como salud psíquica. Para Cuitláhuac Moreno, dos “funciones se complementan en su puesta en operación: revolución política y empresa clínica se dan a la par, es decir, su apuesta política es una forma de terapéutica” (Moreno en Martínez Ruíz, 2015: 191) que enfrente al pensamiento enfermo del que está plagado el mundo actual. En Guattari hay una apuesta por el deseo como productor¹², planteando que “la revolución que se busca ya está en ejecución desde la puesta en marcha del deseo que la invoca y cuya imagen construye; es decir: el deseo produce un tipo de agenciamientos que oponen resistencia al orden imperante tanto en el ámbito cultural como en otros espacios” (Moreno en Martínez Ruíz, 2015: 193).

Este deseo revolucionario tiene proximidad con la teoría libidinal desarrollada por Freud –recordemos que la libido es energía o potencia a partir de la cual los seres sexuados buscan la preservación de su existencia, ligazón y reproducción– puesto que, como señala el ya mencionado esquizoanálisis, el deseo

psicosis; se niega a rebajar el deseo a los sistemas personológicos y niega toda eficacia a la transferencia y a la interpretación”; véase Guattari, Félix (2004), *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, Traficantes de sueños, Madrid.

¹² A diferencia de la concepción freudiana, el deseo para Guattari no está asociado a la representación. Con independencia de las relaciones subjetivas e intersubjetivas, ocupa sin más una posición que le permite producir sus objetos y los modos de subjetivación que les corresponden (en Guattari, 2004).

en este caso implica también esa perseverancia por la existencia y que puede ser atravesado por significaciones culturales e impulsos más primitivos. Al respecto, Moreno nos invita a pensar que

es necesario señalar que los motores de dicho deseo no son otra cosa que las máquinas deseantes [...]. Las máquinas deseantes no son lo mismo que los cuerpos humanos, aunque están funcionando sobre ellos, sin distinguirse de éstos en lo absoluto, pues los cuerpos son máquinas de deseo. Estas máquinas son compuestos vivos que construyen las dimensiones del mundo: lo mismo las esferas espaciales de habitabilidad en la cultura que las concepciones científicas y de pensamiento que están detrás de una visión del mundo[...] Las máquinas deseantes son las que introducen la revolución de lo inconsciente en la realidad. Es necesario que nos percatemos de esto: *lo que es no deja de re-producirse*. Las máquinas deseantes revolucionan el tiempo del mundo, alcanzan otras velocidades de la vida; así producen cambios y se crean unas a otras en *un plano mixto de proliferación de agenciamientos que hacen mundo* (Moreno en Martínez Ruíz, 2015: 195-196).

La revolución del deseo en Guattari no se presenta concretamente en un movimiento armado; más bien se inscribe en el plano simbólico en que se fabrican ideas de libertad, de transformación, de otros *haceres* que habitan las mentes y vidas cotidianas de los sujetos. Se trata de ficciones, poéticas y lingüísticas. Su potencia se encuentra en lo imaginario y simbólico. Para el esquizoanálisis, “el deseo es revolucionario porque en su enfrentamiento con lo que ha sido instaurado como Realidad Única, insiste en producir imágenes que dan otra figura a las ciudades; su aparición permite que emerja el inconsciente de sus habitantes, así provengan éstos de ámbitos humanos o de otros estratos de la vida. Por eso no pueden deslindarse de otros modos de habitar, de otras maneras de ser sujeto” (Moreno en Martínez Ruíz, 2015: 198).

Los sujetos¹³ son habitados por dimensiones afectivas y culturales; para Guattari estamos repletos de ideas, sentimientos, intereses y deseos desplazándose

¹³ Resulta importante aclarar que disociamos individuo de sujeto o subjetividad porque, refiriéndonos al primero, sería producto de una serialización, de una producción en masa y una reducción del ser humano a algo indivisible. Ya Freud mostró que esa noción de totalidad de un yo es precaria; en cambio, la subjetividad no es susceptible de totalización o de centralización en el individuo. La subjetividad está esencialmente fabricada y modelada en el registro de lo social. Nos encontramos

al interior de nuestro *yo*, y la liberación que podría brindar el psicoanálisis no debe ser monopolizada por un pequeño estrato social, sino que debe subvertirse y ampliarse, devenir, es decir el advenimiento de algo inesperado. El psicoanálisis no debe suprimir los contenidos sociopolíticos del inconsciente, pues éstos determinan los objetos del deseo. La propuesta es “procurar que lo reprimido tenga puertas de salida”, además de “no reducir la salud a algo concerniente a la narcotización y medicación masiva por parte de la industria farmacéutica. En este caso se trataría de hacer que la clínica de base psicoanalítica retorne a sus impulsos políticos y haga detonar el deseo del inconsciente” (Moreno en Martínez Ruíz, 2015: 206). Lo cual discutiremos en el desarrollo de este trabajo pues una cosa es la propuesta teórica respecto al deseo, lo inconsciente y sus potencialidades, y otra la realidad psíquica, sintomática, clínica y sufriente de las personas. Si “liberáramos lo inconsciente” en lo social, posiblemente también habría algo caótico, a-político, a-histórico, ilimitado, agresivo. No es una simple realización de deseos políticos, ni lo inconsciente es el escenario de potencias transformadoras de lo social.

Ahora bien, no todo se ha desarrollado en Occidente, también podemos rescatar aportes y reflexiones desde Latinoamérica. Tal es el caso de José Carlos Mariátegui. Este pensador peruano inscribe, en un pequeño texto llamado *Freudismo y Marxismo* de 1930, el psicoanálisis en el pensamiento marxista, del cual Mario Orozco Guzmán (en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017) advierte que

los psicoanalistas podrían proveerse de lo que se concibe como “instinto de clase”, y que da cuenta de cómo la condición social mediatiza el tipo y condición de las demandas sexuales. Esto confluye con el planteamiento de Fanon respecto a que “en las sociedades subdesarrolladas la libido es principalmente cuestión de grupo, de familia”. No puede abordarse la sexualidad de un sujeto sin pensar en su situación concreta de clase social y sus idealismos ideológicos (pp. 280-281).

Mariátegui, dentro de las posibilidades de su tiempo y en términos generales, considera que las acusaciones que se han hecho a Freud de pansexualismo, es

con un sujeto escindido, atravesado por otro y con los otros. Véase Guattari, Félix y Suely Rolnik (2013), *Micropolítica. Cartografías del deseo*, Tinta Limón, Buenos Aires.

equivalente a la de paneconomicismo en Marx; lo cual es un error, pues los conceptos –economía y libido– que desarrollan ambos pensadores son tan amplios y profundos que no deben reducirse a tales acusaciones mal entendidas; por un lado debido al principio dialéctico en que se basa la concepción marxista y, por otro, que en Freud, además de lo sexual, existen otros móviles potentes para producir el rechazo de los instintos sexuales y las pulsiones.

Otro autor es Guillermo Delahanty Matuk, quien se ha ocupado de proponer una “psicología social marxista psicoanalista en la que se consideran los factores emocionales de la investigación, la ‘infraestructura libidinal’ de la sociedad, el componente ‘erótico’ de las relaciones de producción y el papel socializador atribuido a la homosexualidad, la ambivalencia, la sublimación y la sugestión” (Pavón Cuéllar y Rocha Muro en Parker y Pavón-Cuéllar 2017: 362).

Delahanty plantea que el psicoanálisis es un instrumento para la investigación social que, en complicidad con el método marxista, abre caminos para profundizar en la realidad psíquica y social. Por medio del psicoanálisis se hace posible comprender de qué manera la ideología se introyecta en los sujetos a través de los impulsos desde la situación económica. Sin embargo, el autor advierte que habrá que ser cuidadosos, pues las relaciones sociales no proceden de las pulsiones, sino de leyes socioeconómicas, y no todo puede ser explicado desde los primeros, por importantes que sean, aun cuando las relaciones sociales estén cargadas de libido. En este sentido, las relaciones sociales de producción son asimismo relaciones eróticas.

La libido se caracteriza en las personas y cosas en el medio de trabajo. Aunque lo que determine a la clase sea su situación con respecto a los medios de producción, y aunque los intereses de los hombres sean los de su clase, el interés de un hombre por otro es un interés erótico subyacente en el económico (Delahanty en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017 [1980]: 368).

Tomando en cuenta a Theodor W. Adorno, este autor recalca que separar lo social de lo psíquico es una falsa consciencia, y su propuesta de una psicología social marxista psicoanalista pondría las fuerzas sociales determinantes en los mecanismos más íntimos de cada sujeto singular, además de estudiar a la familia como grupo

determinado por las condiciones socioeconómicas tanto como por la base de infraestructura libidinal (Delahanty en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017 [1980]: 369).

De nuevo sale a la luz un horizonte de crítica que confluye entre la teoría crítica, el marxismo y el psicoanálisis. Aunque no son las únicas expresiones, son algunas que sirven a nuestro andar en esta investigación; como ha sido evidente, muchas de ellas tienen puntos en común, no solamente el uso del psicoanálisis, sino también la crítica a la sociedad capitalista, al sujeto escindido –pues no existe unidad plena– y el deseo como elemento y modo de transformación social y subjetiva; aunque en este punto radicará una de nuestras consideraciones, pues el deseo está siendo obturado y no es hoy en día, como algunas posturas quisieran plantearlo, una forma de producción en la vida y de vida, lo que incide también en la reproducción de la vida.

Psicoanálisis: crítica y teoría social en nuestros días

Como señalamos de manera general, existen muchos intentos, ensayos, propuestas que entrelazan la teoría social, la sociología –de corte marxista– y el psicoanálisis, no por ello sin críticas y diversos puntos de vista. Ahora bien, con base en lo expuesto, veremos cómo han tenido resonancia hasta nuestros días los planteamientos y propuestas teóricas de pensadores ocupados de lo social, así como de lo inconsciente y la subjetividad en relación dialéctica. Actualmente vivimos una fase del capitalismo que no es igual a la del siglo pasado, por ello, presentaremos los nuevos ensayos y propuestas teóricas que, valorando aquella resonancia, intentan pensar la transformación social. Ésta, necesariamente, debe pasar por una transformación subjetiva sin perder de vista las dificultades y contradicciones que conlleva, pues las subjetividades, los cuerpos, los afectos, el trabajo, la vida, han sido y están peligrosamente dañados.

Ya hemos visto cómo, marxismo y psicoanálisis, coinciden en la concepción de los seres humanos como intrínsecamente sociales y las instituciones, principios, valores, que regulan la vida social, no surgen de una consciencia desprendida de lo material, sino producto de intereses y deseos que se ocultan detrás de ella. Podemos parafrasear la propuesta de Marcuse respecto a que se debe rescatar “el inconsciente

como fuente de negatividad, es decir, generador de un deseo y un modo de imaginar al individuo, sus pretensiones y sus potencialidades, más allá de las diversas formas de identidad y subjetividad desde las cuales se lo interpela en la sociedad contemporánea” (Pascualini, 2016: 176). No obstante, como veremos en este trabajo, lo inconsciente no necesariamente es fuente de negatividad y generador de deseo frente a lo social; debe rescatarse, tomarse siempre en cuenta, pero no es un espejo que “contra-refleja” las circunstancias sociales. No es un escenario en el que simplemente se colocan elementos de la sociedad capitalista.

Antes de introducirnos a los aportes actuales, es importante mencionar que, hacia la segunda mitad del siglo XX, el psicoanalista francés Jacques Lacan se convirtió en una fuerte influencia y fuente de críticas, discusiones y análisis críticos del sujeto y la sociedad en años posteriores e incluso en nuestros días; ya mucho antes, los surrealistas saludaron algunas novedades de Lacan, como la idea de que un pasaje al acto puede ser resolutorio de un delirio y, recordemos, el surrealismo “exaltaba” la locura y la “practicaba”. Por ejemplo, podemos comenzar mencionando a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, pensadores influidos por ciertos planteamientos de Lacan en sus desarrollos acerca de que “la sociedad es imposible”, o los *points de capiton* –de Lacan– que usan para explicar cómo es que existen las relaciones sociales frente a la fluidez característica de éstas¹⁴. Como vemos, Lacan comienza a hacerse presente en las propuestas teóricas y conceptuales preocupadas por las nuevas formas de dominación y una posible transformación de las condiciones sociales y subjetivas.

Asimismo, Jorge Alemán es un conocido psicoanalista, poeta y militante de la izquierda argentino, que radica desde hace años en España. Alemán ha propuesto una “izquierda lacaniana...”, denunciando que el neoliberalismo “es el intento de construir sobre la aniquilación del sujeto moderno (el crítico, el freudiano y el marxista) un individuo autista y consumidor indiferente a la dimensión constitutivamente política de la existencia, un individuo referido sólo al goce autista del objeto técnico que se realiza como mercancía subjetiva en la cultura de masas”, y

¹⁴ Para una mayor revisión al respecto, véase Pascualini, Mauro (2016), *Psicoanálisis y teoría social. Inconsciente y sociedad de Freud a Žižek*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

añade que -con base en una fórmula freudiana- “allí donde el individuo neoliberal del goce autista es, el sujeto excéntrico del inconsciente debe advenir” (Alemán en Parker y Pavón-Cuéllar, 2017 [2009]: 440); considerando que el pensamiento de Jacques Lacan puede ser una teoría materialista sobre el malestar de la civilización del siglo XXI.

Bajo una línea similar, David Pavón-Cuéllar, a diferencia de Jorge Alemán, propone un *marxismo lacaniano*. Esto debido a que, para Pavón-Cuéllar, la “izquierda lacaniana” se presenta como duelo por la revolución fracasada y fin del marxismo; por el contrario, el *marxismo lacaniano*

se concentra precisamente en el marxismo lacaniano [redundancia deliberada del propio autor] y no se disipa en la izquierda lacaniana, sino que va más allá de una izquierda que todo marxismo consistente rebasa por la izquierda, excluye cualquier supuesto final del marxismo, insiste en la continuidad y no en la discontinuidad entre Marx y Lacan, se refiere principalmente al trabajo lacaniano y no tanto a quienes exploran su relevancia, e involucra una visión crítica de la historia, de los órdenes pasados y presentes, y no exclusivamente de los órdenes hegemónicos contemporáneos (Pavón-Cuéllar, 2014: 12-13).

A juicio de Ian Parker, Pavón-Cuéllar intenta revitalizar el ímpetu político de la crítica lacaniana, insistiendo en la intersección real entre el sujeto de la economía política y aquél de la clínica. Es un importante esfuerzo por retomar la resistencia y la lucha social que también ha manifestado, aunque de diferentes formas, el polémico filósofo y psicoanalista esloveno Slavoj Žižek, y una de sus principales características, es la invitación a *pervertir* la mirada natural que tenemos del mundo bajo una lectura política de Jacques Lacan, pues no puede haber una mirada ni una actitud natural en el mundo y en eso consiste una actividad crítica: en *pervertir* esa mirada. Žižek vuelve el problema de la ideología en uno ontológico que, según Juan Manuel Rodríguez (en Polidori y Mier, 2017),

determina toda nuestra forma de objetividad e incluso construye nuestra realidad tal y como la percibimos [...] Si bien la dimensión crítica de la Escuela de Frankfurt da cuenta de las ficciones en que la sociedad se construye, la perversión žižekiana descubre que es esa ficción no la que obstruye la realidad sino la que la posibilita. De

esta manera, el desplazamiento perverso de la Teoría crítica de la sociedad se da en una nueva reflexión en torno a la ideología. Por eso, el teórico marxista-lacaniano manifiesta que la definición clásica de ideología no es suficiente para comprender la realidad social (p. 1515).

De acuerdo con Rodríguez, decimos que el logro de Žižek es la crítica ideológica que no se concentra en “describir o explicar la mentira que subyace en nuestros pensamientos, sino que descubre la ilusión que anima nuestras acciones” (en Polidori y Mier, 2017: 1518). Para el pensador esloveno, la Teoría Crítica de la Sociedad (TCS) ve el problema en la “naturaleza” *en sí* (pulsiones arcaicas, pre-individuales) más que sólo en la cultura (potenciales creativos del yo, necesidades no satisfechas de amor, soledad y alienación en la sociedad de masas), “en lo que aparece a primera vista como ‘naturaleza’, herencia biológica, etc., el análisis crítico detecta la presencia de la ‘mediación histórica’, el resultado de un proceso histórico que toma -debido al carácter alienado de la propia historia- la forma ‘cosificada’, ‘naturalizada’, de un dato prehistórico” (Žižek, 2017: 27). Y posteriormente agrega que

no hay que olvidar ni por un momento que la perspectiva de la TCS sigue siendo la de un derrocamiento revolucionario: la perspectiva –aunque sea, como en el caso de Adorno, “utópica”, concebida como una “aspiración a la Otredad Total [*die Sehnsucht nach dem ganz Anderen*]– de una sociedad en la que la “cultura” *ya no* se paga con una “regresión” bárbara inmanente, en la que la “represión” *ya no* sería la condición inevitable de la “sublimación”. La TCS no reprocha al revisionismo que admita la posibilidad de tal “sociedad libre de represión”; su reproche se refiere más bien al hecho de que admite la posibilidad de un individuo libre, “sin represión”, dentro de la sociedad existente, como si la “realización existencial”, el “libre desarrollo del Yo”, etc., fueran accesibles por medio únicamente de la terapia, sin una revolución global de la sociedad (Žižek, 2017: 33).

Žižek retoma ciertos aportes de la Escuela de Frankfurt para su análisis, junto con la teoría lacaniana y, además, vincula ideología con deseo. Para este autor, la fantasía sostiene al deseo, es decir que, a través de ésta, aprendemos cómo desear, siendo parte de nuestra construcción y percepción de la realidad.

Es claro que el psicoanálisis –y la psicología crítica– se ha vuelto una herramienta fundamental para el análisis social hasta la actualidad, sin embargo, debe tomar el camino de la crítica y no uno funcional o justificador de las condiciones sociales y subjetivas que, por supuesto, incluyen posiciones críticas anti-patriarcales, anti-normativas, de movimientos feministas, LGBTTTI y *Queer*. Estas propuestas denuncian la orientación heteronormativa de la psicología que fue criticada y cuestionada por la psicología gay en contra de la patologización de la homosexualidad. Siguiendo a Pavón-Cuéllar (2019), es importante mencionar aquí las ulteriores elaboraciones psicológicas de las afirmaciones anti-heteronormativas de la diversidad sexual en sus variadas formas:

lésbica, gay, bisexual, transexual, transgénero, travesti e intersexual, que fueron sucesivamente sintetizadas en las etiquetas LGBT, LGBTI y LGBTTTI, y finalmente subsumidas y trascendidas con la expresión inglesa *queer*, traducida por *extraño o raro* [...] La psicología *queer* es la que expresa mejor, de manera más consecuente y contundente, la opción anti-normativa de la psicología crítica, llevándola hasta sus últimas consecuencias al rechazar cualquier normalización, cualquier naturalización, regulación, predeterminación y esencialización de la sexualidad y de otras esferas de la experiencia humana en la psicología, tanto de tipo heteronormativo como también homonormativo (p. 95).

Hasta aquí, sabiendo que es imposible retomar en este lugar a todos y todas las pensadoras que han centrado su análisis en lo que nos concierne aquí, sí hemos esbozado un panorama general. Por ello, es importante aclarar, desde ahora, que nos encontramos en una fase neoliberal del capitalismo y somos testigos de políticas y reformas en beneficio del capital, de la privatización y mercantilización de la vida; por ejemplo, lo vemos reflejado en el despojo, la precarización, la violencia, la falta de acceso a bienes y servicios, educación, salud y la destrucción acelerada de la naturaleza. Pero no sólo en esos ámbitos, sino también, como hemos visto, en los subjetivos; incluso hoy en día hay quienes consideran las relaciones sociales en condiciones patológicas; tanto las relaciones entre sujetos, como la subjetividad singular, es decir, la percepción y reproducción del sujeto mismo. Tal es la perspectiva que aquí consideramos en los siguientes apartados.

Como afirman Pavón-Cuéllar y Mario Orozco Guzmán (2018), en muchas partes a donde volteamos, podemos observar despotismos nacionalistas, fascistas, populistas, como los representa, por ejemplo, Donald Trump y otros líderes de extrema derecha –sin exentar a la izquierda–. Se podría decir que atestiguamos una versión neofascista del neoliberalismo¹⁵. Es por esto que los autores consideran que nos encontramos ante un neoliberalismo desenfrenado, en el que la política del psicoanálisis es más actual que nunca, sobre todo en el contexto universitario, ya que

el psicoanálisis no puede mantenerse replegado en sí mismo, sino que debe explicarse, defenderse y rendir cuentas al someterse al escrutinio constante de los profesores y estudiantes que lo cuestionan a cada momento en los más diversos niveles, entre ellos el político. Lo que no me queda claro [dirá Pavón-Cuéllar] es cómo este cuestionamiento puede llegar a reflejarse concretamente en la práctica psicoanalítica (p. 72).

Ante semejante cuestionamiento, el autor que lo plantea reconoce que hay elementos ideológicos, idealistas e, incluso, supersticiosos en la idea de que el psicoanálisis puede resolver las contradicciones del capitalismo –tema que ya hemos tocado más arriba–, como si éstas fueran pura y únicamente psíquicas, subjetivas, mentales. El problema es que “el psicoanálisis y su objeto, el psiquismo tal como se lo representan Freud y sus seguidores, están condicionados y estructurados por esas mismas contradicciones, las cuales, a su vez, obedecen claramente al sistema capitalista” (p. 73). Es la estructura del capitalismo la que determina la forma en que se establecen contradicciones como las que existen entre lo individual y lo colectivo, los vínculos con el padre y la madre, entre los principios de placer y de realidad, el yo y el ello, imaginario y simbólico. Y aunque el psicoanálisis no pueda resolver esas contradicciones, quizás podría servirles a los sujetos para pensarlas, hablarlas, descubrirlas, desilusionarse y enfrentarlas (Pavón-Cuéllar y Orozco Guzmán, 2018). En esto radica una postura ético-política de la o el psicoanalista sin pretender decir a los sujetos que su problema es meramente capitalista, de clase, por un partido político; pero sí construir herramientas de pensamiento y (de)liberación.

¹⁵ Para ahondar en el tema, puede consultarse el artículo de Jorge Alemán en: <https://www.pagina12.com.ar/16859-trump-y-el-neoliberalismo> [fecha de consulta: 02/03/2024]

Sin afán de hacer una apología del desastre del que somos parte, es innegable, para muchos de nosotros, que vivimos momentos de estragos sociales, políticos, económicos y subjetivos como consecuencia del capitalismo neoliberal. Por ello es que planteamos la posibilidad de establecer un puente entre pensamiento crítico y psicoanálisis que permita problematizar nuestra sociedad actual y proyectar alternativas posibles a la producción de sujetos homogeneizados, funcionales, emprendedores-narcisistas y competitivos. Pero también visibilizar las tensiones, contradicciones y dificultades en las relaciones sociales tanto como en el quehacer cotidiano. Es decir, estudiar y analizar las nuevas formas de dominación en el capitalismo neoliberal y los efectos que ejercen sobre la subjetividad –creando un nuevo sujeto funcional– para comprender y elucidar las expresiones conscientes e inconscientes de resistir a esas formas.

No se trata caer en una psicologización de procesos sociales o una sociologización de los fenómenos psíquicos, sino adentrarnos en la profundidad de la escisión entre los sujetos y la objetividad –o realidad exterior– que gobierna sobre los mismos¹⁶. Los efectos del capitalismo neoliberal implican a todo el mundo (seres humanos, Estados, empresas, medio ambiente), donde los sujetos reproducen y refuerzan, mediante sus propias conductas, el sistema en el que están atrapados. Esto es observable en la imposición de un esquema de competitividad que ha penetrado hasta un modelo de conducta en los mismos. Es en este sentido que tomamos la subjetividad actual y las características que la conforman, como el

¹⁶ En este punto, resulta importante mencionar a autores/autoras que han dedicado su pensamiento a reflexionar sobre las actuales formas de dominación como las dinámicas del capitalismo neoliberal y teoría crítica de Wendy Brown, Nancy Fraser y Rahel Jaeggi, tanto como las aportaciones de Amy Allen; el capitalismo de plataformas de Nick Srnicek, las mutaciones de lo sensible, el alma y el trabajo, la fenomenología del fin de Franco Berardi; las malas noticias que nos trae el psicoanálisis desde Jorge Alemán o Gustavo Dessal; y el deseo como productor delirante contra las estructuras hegemónicas del capitalismo visto con Guattari y Deleuze; la ideología según Žižek; la sociedad del cansancio y la psicopolítica de Chul-Han. Esto será abordado más adelante.

control mediático que manipula los deseos¹⁷ y donde impera el narcisismo¹⁸ con diferentes consecuencias importantes en la conformación de la subjetividad, tales como el individualismo y la pérdida de empatía respecto a los otros.

Importantes, pero algunas veces difíciles de captar actualmente –según los pensadores franceses Christian Laval y Pierre Dardot– son la “modificación progresiva de las relaciones humanas, la transformación de las prácticas cotidianas inducidas por la nueva economía, los efectos subjetivos de las nuevas relaciones sociales en el espacio mercantil y de las nuevas relaciones políticas en el espacio de la soberanía” (Laval y Dardot, 2013: 327). Este nuevo gobierno de los sujetos penetra hasta sus pensamientos, acompañan, orientan, estimulan, educan. Ya no se trata de viejas disciplinas que actuaban mediante la coacción para amaestrar los cuerpos y doblegar los espíritus; ahora “se trata de gobernar a un ser cuya subjetividad debe estar implicada en la actividad que se requiere que lleve a cabo. Con tal fin, hay que reconocer en él la parte irreductible del deseo que lo constituye” (Laval y Dardot, 2013: 331).

En este punto resulta importante recalcar que el sujeto deseante no es solamente el punto de aplicación del poder, sino que también es retransmisor de los dispositivos de dirección de los comportamientos. Ya que el efecto buscado por las prácticas de fabricación y gestión de sujetos, es que éste trabaje para la empresa como si fuera para él mismo, suprimiendo así todo sentimiento de alienación, incluso de distancia entre el sujeto y la empresa que lo emplea. Debe ser eficaz e intensificar su esfuerzo, tener convicción como si éste fuera ordenado desde el

¹⁷ El deseo inconsciente, en términos freudianos, tiende a realizarse restableciendo los signos ligados a las primeras experiencias de satisfacción. El psicoanálisis ha mostrado cómo el deseo se encuentra también en los síntomas. Los deseos pueden ser introyectados en los sujetos por las necesidades del neoliberalismo generando sentimientos de angustia, estrés, insatisfacción consigo mismos, pero también pueden, en algunos casos, aparecer como potencia de creación (Guattari-Deleuze) o como falta (Lacan). También, para agregar a la importantísima psicoanalista Melanie Klein, hay fantasías inconscientes que se inmiscuyen con los deseos del sujeto y puede venir desde la más tierna infancia.

¹⁸ Nos referimos al amor a la imagen de sí mismo; pero que, actualmente, también se traduce en el “sálvese quien pueda”, como si, en el rescate de uno mismo, dejáramos de pensar en los otros, reproduciendo un egoísmo que anula la colectividad. No obstante, también es un rasgo psicopatológico en el que el sujeto presupone omnisciencia, omnipotencia, devaluación, envidia, destrucción al tratar de restituir las faltas básicas en su vida temprana. Por ello, es posible que las dinámicas capitalistas alimenten tal patología.

interior por el mandamiento imperioso de su propio deseo. Es un trabajo de racionalización llevado a lo más íntimo del propio sujeto como una racionalización del deseo. Es así que Laval y Dardot, usando también la teoría lacaniana, advierten que

las nuevas técnicas de “la empresa de sí” alcanzan, sin duda, el colmo de la alienación al pretender suprimir todo sentimiento de alienación: obedecer al propio deseo y al Otro que habla en voz baja dentro de uno mismo, todo es lo mismo. El *management* moderno es en este sentido un gobierno “lacaniano”: el deseo del sujeto es el deseo del Otro. Al poder moderno le corresponde hacerse el Otro del sujeto. A esto tiende, ciertamente, la construcción de las figuras tutelares del mercado, de la empresa y del dinero. Pero, sobre todo, es lo que permite obtener sofisticadas técnicas de motivación, incentivación y estímulo (Laval y Dardot, 2013: 332).

Con todo esto, enfatizamos que lo que se ha llamado crisis económica, sistémica o civilizatoria, se extiende también a lo emocional y existencial junto a los procesos psíquicos correspondientes; es decir que vivimos en una sociedad con una creciente dominación “psicopolítica” e incluso, como la llama el filósofo coreano-alemán Byun Chul-Han (2016; 2018), “del cansancio”, que piensa y clasifica a las sociedades contemporáneas bajo un enfoque patológico neuronal con ayuda de las nuevas técnicas de poder del capitalismo neoliberal, accediendo a la esfera de la psique. Somos testigos de una creciente agresividad humana, así como de un incremento –entre otros– del estrés, la ansiedad y la depresión, tal como señala Franco Berardi (2018); esto es, de las llamadas patologías psíquicas y sociales.

Estos efectos subjetivos –sin estar separados de los políticos, sociales y económicos–, conllevan contradicciones y formas de operar que tienden a un vaciamiento y desgarramiento de sentido social, acentuando un narcisismo y egoísmo que debilitan lazos de solidaridad y colectividad. Mario Campuzano advierte que “el relato del *emprendedor* [...] refleja nítidamente el mensaje: compite, compite con los demás, compite por la vida. Es justamente en esta dimensión en la que el neoliberalismo refleja sus alcances subjetivos y no sólo económicos” (Campuzano, 2020: 10-11). Por ello, el autor continúa explicando que

la derrota de los principales proyectos emancipatorios del siglo XX implicó una profunda orfandad emocional y epistemológica, de ánimos y de capacidad de nombrar al mundo para transformarlo. No sólo dejamos de hablar de transformación social o de clases sociales, abandonamos también el análisis, las formas de dominación, así como la construcción de horizontes de transformación social en torno a nuestros afectos y a la constitución emocional de la subjetividad. Al mismo tiempo, y a pesar del triunfo de los mecanismos de dominación del neoliberalismo, asistimos al surgimiento de nuevas dinámicas y proyectos de emancipación social que se mezclan con tendencias reactivas y de disolución social (Campuzano, 2020: 12).

Al considerar estos elementos, como hemos mencionado más arriba, el psicoanálisis se convierte una herramienta importante para tender este puente entre la crítica de la sociedad y la psique. Bajo esta perspectiva, podemos acercarnos a la comprensión de cómo las coacciones externas se interiorizan y se convierten de nuevo en coacciones internas, lo que revela el peso con el que las constricciones sociales se imponen en la vida psíquica de los sujetos. La teoría psicoanalítica – parafraseando a Jordi Maiso– revela el reverso oculto de la historia, consistente en el destino de las pulsiones y las pasiones humanas reprimidas y deformadas por la civilización. De esta forma podremos analizar las formas de relaciones sociales y sus fuerzas motoras no sólo en su estructura social externa, sino también en la dinámica psíquica interna. Es decir, el análisis de los modos en que las formas de dominación del capitalismo neoliberal condicionan y determinan ciertos modos de pensar y hacer de los sujetos en determinados espacios, clases sociales, condiciones materiales y económicas.

Desde el psicoanálisis, podemos elucidar que estas condiciones conllevan e implican cierto sufrimiento, tanto singular como social. Uno de los problemas del sufrimiento psíquico se manifiesta actualmente en la forma de depresión; esa herida de cuerpo y alma donde se mezclan tristeza y apatía, culto de sí mismo, agresión al objeto perdido, contra lo que el sujeto busca vencer el vacío de su deseo. Pero, ante la dinámica neoliberal, el sujeto pasa a la psicofarmacología y otras actividades impuestas por el sistema dominante, dado que ya no se toma el tiempo para

reflexionar acerca del origen de su desdicha; ya no hay tiempo para nada, nos dice la psicoanalista francesa Élisabeth Roudinesco:

Ya no se trata de entrar en lucha con el mundo, sino de evitar el litigio aplicando una estrategia de normalización. No sorprenderá entonces que la desdicha que tratamos de exorcizar retorne de manera fulminante en el campo de las relaciones sociales y afectivas: recurrir a lo irracional, culto de pequeñas diferencias, valorización del vacío y de la estupidez, etc. La violencia de la calma es a veces más terrible que la travesía de la tempestad (Roudinesco, 2018: 18).

Esta misma autora explica que vivimos una era de individualismo que sustituye a la de subjetividad. Los seres humanos de nuestros días se dan a sí mismos la ilusión de libertad sin coacción, de independencia sin deseo, sin historia; es decir, deviene lo contrario de un sujeto; es la “inexistencia del sujeto la que determina no sólo las prescripciones psicofarmacológicas actuales¹⁹, sino también las conductas ligadas al sufrimiento psíquico” (Roudinesco, 2018: 16). Sin menospreciar ideológicamente las posibilidades de ayuda desde ciertos fármacos. El punto es saber por qué y desde dónde se prescriben medicamentos.

En este punto podemos recordar los planteamientos de la Teoría Crítica. Adorno se refiere en algunas de sus reflexiones al sufrimiento psíquico y social “como condición de toda verdad, ‘pues el sufrimiento es objetividad que pesa sobre el sujeto; lo que éste experimenta como subjetivamente suyo, su expresión, está objetivamente mediado’” (citado en Gómez Carpinteiro, 2012: 113). Todo sufrimiento posee una forma de reflexión interior; “el factor somático le anuncia al conocimiento que no debe haber sufrimiento, que las cosas deben cambiar” (en Honneth, 2009: 48). No podemos afirmar tajantemente que los sujetos que padecen una afección neurótica tienen el deseo de liberarse de ese sufrimiento o, en este caso, el malestar producido por la sociedad capitalista neoliberal en los sujetos, no

¹⁹ Respecto a esto, Roudinesco hace referencia a las clasificaciones psiquiátricas expresadas en el DSM (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, por sus siglas en inglés) que se sigue actualizando con el tiempo: “con la fetichización actual de *todas las diferencias* -DSM-IV, inconscientes disociados, personalidades múltiples, polarización sobre el trauma sexual, política de los sexos fundada sobre categorías simplistas, sujeto psíquico reducido a una neurona o a una dependencia adictiva, etcétera-, asistimos a una ofensiva que apunta a reemplazar el doble ideal de lo universal y de lo diferente por una diferenciación en cadena donde cada uno se convierte en la víctima expiatoria de una falta siempre imputable a *otro*” (Roudinesco: 119).

necesariamente conlleva una reacción automática a tales condiciones subjetivas, pero es posible encontrar potenciales políticos de resistencia, ya sean de manera consciente o inconsciente.

Adorno decía que el sufrimiento es un impulso subjetivo que “lleva a los miembros de la sociedad al mismo deseo de curarse, de liberarse de los males sociales” (en Honneth, 2009: 49); un deseo de emanciparse del sufrimiento; suponiendo una relación entre los impulsos de sufrimiento y la capacidad de resistencia. Suena bien, es posible y por ello lo retomamos, sin embargo, las patologías o síntomas pueden ser *egosintónicos* (es decir, que no hay incomodidad respecto a tales síntomas y se corresponden con el Yo), o *egodistónicos* (donde ya existiría una incomodidad, un malestar consigo mismo). Por esto, el sufrimiento, desde esta perspectiva, no puede asociarse sin más con un impulso a curarse o liberarse; puede, incluso, llevar a seguir reproduciéndolo. Si no tomáramos en cuenta las complejidades que conlleva, concluiríamos que todos los sujetos de esta investigación buscarían la cura y serían felices, políticamente activos y revolucionarios.

Aquí es importante agregar lo que Nicolás Cuello dice tomando como referente a la escritora *Queer* Sara Ahmed (2019). Nos brinda un análisis crítico de la sociedad, donde encuentra un proyecto de modelización subjetiva;

una ciudadanía que relocaliza los procesos de subjetivación en expresiones afectivas personalizadas sin contexto alguno, y que frente al conflicto recurre a soluciones privatizadas sin apelar a las condiciones históricas de su posibilidad; un movimiento a partir de la formación global de agendas narcisistas propias de la cultura terapéutica del neoliberalismo, que ofrecen la fetichización acrítica de las heridas como identidades políticas atomizadas y que colaboran así con la desmovilización popular y la desideologización de lo íntimo (p. 16).

Con esta autora, es posible localizar y analizar el malestar social en relación con el deseo humano, lo que ordena el sentido de nuestras vidas, la manera en que se forjan lazos sociales; pero queremos agregar aquí la necesidad de los sujetos de sentirse menos mal, recurriendo a terapias, no sólo a aquellas vendidas por la dinámica dominante. Desde las experiencias subjetivas amargas, de acuerdo con

Ahmed, podríamos encontrar el potencial político de los afectos negativos “como plataformas posibles desde las cuales transformar la realidad, movilizar formas colectivas de organización y producir demandas políticas desde las cuales agenciar espacios novedosos que, a través de la capacidad desalienante de su incomodidad, reactiven los repertorios cancelados de otras formas de imaginación política” (Ahmed, 2019: 18-19).

Dicho potencial político puede llegar a manifestarse no sólo en esos afectos, sino también, por ejemplo, en el deseo²⁰ no racionalizado por el capitalismo neoliberal, entendiéndolo no solamente como una falta –desear lo que no se tiene, o como meras experiencias de satisfacción–, puede ser potencia de creación, del deseo de la potencia de vivir, de alianza con los otros, de construir las condiciones de liberación colectiva (Galcerán, 2009) que, siendo atravesado por los afectos generados en la sociedad actual, conlleve una potencia que podría ser movilizante... Podría.

Pensamos que podría haber un diálogo y discusión entre estas posturas y ciertos aportes de la Teoría Crítica. Nos referimos a las llamadas (psico)patologías sociales que van acompañadas de una pérdida dolorosa de vivir, de existencia intersubjetiva. Estas (psico)patologías sociales, según la Teoría Crítica, tiene que explicarse causalmente por un proceso histórico de deformación de la razón, lo que implica que los sujetos no pueden evitar sufrir en un sentido psíquico por esa deformación. Pero una cuestión que planteamos aquí es respecto a la razón y su deformación. ¿Acaso no ya la razón es deformada en el momento en que es

²⁰ Aunque ya hemos hablado del deseo y sus diversas percepciones más arriba, no está de más agregar otro punto importante: Freud no identifica necesidad con deseo: la necesidad, nacida de un estado de tensión interna, encuentra su satisfacción [*Befriedigung*] por la acción específica que procura el objeto adecuado (por ejemplo, alimento); el deseo se haya indisolublemente ligado a huellas mnémicas y encuentra su realización [*Erfüllung*] en la reproducción alucinatoria de las percepciones que se han convertido en signos de esta satisfacción. Por otro lado, Jacques Lacan dice que el deseo nace de la separación entre necesidad, que se dirige a un objeto específico, con el cual se satisface; y la demanda, que es formulada y se dirige a otro; aunque todavía se refiere a un objeto, esto es para ella in-esencial por cuanto la demanda articulada es, en el fondo, demanda de amor. Así, el deseo es irreducible a la necesidad, puesto que en su origen no es relación con un objeto real, independiente del sujeto, sino con la fantasía; es irreducible a la demanda, por cuanto intenta imponerse sin tener en cuenta el lenguaje y el inconsciente del otro, y exige ser reconocido absolutamente por él; véase Laplanche, Jean y Jean-Bertrand Pontalis, 2014, *Diccionario*. También Sara Ahmed nos da una idea al respecto y dice que “el deseo es aquello que nos promete algo, nos da energía, pero también aquello que falta, incluso en el momento mismo de su aparente realización” (Ahmed, 2019: 76).

formulada desde un sujeto? ¿Por qué la razón es la referencia, el punto de partida o de perdición y no cierta rigidez histórica que olvida la singularidad de los seres humanos como inconscientes, deseantes, gozantes, subjetivos e irracionales?

Para Axel Honneth, Adorno “enriquece su concepto de sufrimiento dotándolo imperceptiblemente de componentes que provienen del psicoanálisis freudiano: el sufrimiento en tanto impulso con el que los sujetos reaccionan a las condiciones de vida capitalistas se convierte gracias a esta carga categorial en el deseo prerreflexivo de liberarse...”. Las “sensaciones negativas” de la deformación de la razón también podrían conllevar el deseo de liberarse de las patologías sociales (en Honneth, 2009: 83-84). Pero esto no puede lograrse en soledad, en la mera auto-reflexión. De ahí la posición del psicoanalista y su posición político-ética para con los pacientes. Pero insistimos en el tema de la razón y su deformación como causa de patologías o sufrimiento que, además, contiene el potencial de transformación del mismo. Pareciera una racionalización de la deformación de la razón como la causa del sufrir que, a su vez, conduce al deseo de liberarnos.

Entonces, desde la crítica, esto implicaría estar y hacer desde y con la gente en una interpretación conjunta en constante reflexión y autocrítica. Pero no es algo simple, pues este proceso no elude el factor subjetivo, sino que implica la propia realidad psíquica, de manera que la reflexión debe atender la inconsecuencia entre lo que se dice y aquello que se hace (Alonso, 2013). Debido a esto, se vuelve necesario ir más allá del *discurso manifiesto* –esto es, lo explícito o aparentemente consciente y controlado en los sujetos– para atender aquello entre líneas; la articulación del discurso manifiesto y latente²¹ –que será fundamental en nuestro planteamiento–, lo que no se dice, pero se encuentra implícito; es decir, prestar atención a lo que pareciera insignificante, loco o absurdo incómodo y desconocido; no se trata de escuchar y observar únicamente lo que nos interesa o consideramos importante o relevante para los objetivos en sí, sino más allá o más acá de lo que observamos y

²¹ En términos psicoanalíticos, el contenido manifiesto es la historia o sucesos que el sujeto despierto relata de sus sueños a partir de deseos o experiencias reprimidas, pero, al manifestarlas y relatarlas, no es capaz de acceder a ciertos elementos que quedan en el inconsciente. El contenido latente, por otra parte, es el significado del sueño, los deseos y vivencias que motivan el sueño, que se expresan en el sueño y que algunas veces se manifiestan, de manera involuntaria, en la vida despierta del sujeto.

somos parte. Contenido incluido en las experiencias subjetivas amargas, los afectos negativos, el malestar social que se presenta en todos y cada uno de los ámbitos de nuestras vidas.

Al tomar en cuenta todo lo anterior, proponemos que es posible plantear un diálogo-discusión entre tres modelos de pensamiento; nos referimos a los aportes de la Teoría Crítica (principalmente de Adorno y Marcuse), del llamado posestructuralismo (Guattari, Deleuze) y los planteamientos actuales del pensamiento crítico que ha rescatado al psicoanálisis –incluido el lacaniano– para sus reflexiones (Aleman, Žižek, Campuzano, Pavón-Cuéllar, Berardi, Chul-Han, entre otros) que nos ayudarán a construir un análisis crítico de las condiciones socio-subjetivas del capitalismo neoliberal del siglo XXI.

Sin embargo, no podemos dejar de lado el pensamiento de autoras y autores que nos aportan elementos indispensables para nuestro cometido. Por ejemplo, los aportes de John Holloway, autoras feministas y *Queer*, los afectos políticos, el “aceleracionismo”, las reflexiones sobre la “humanidad aumentada” y la administración digital del mundo, o el “capitalismo de plataformas”, pues forman parte de los fenómenos sociales que vivimos hoy en día y que no debemos girar la cabeza pretendiendo que no son importantes o condicionantes de nuestra realidad social, económica y subjetiva. Es así que coincidimos con David Pavón-Cuéllar y el psicólogo y psicoanalista belga Jan De Vos, pues

en un capitalismo tan psicologizado como el actual, necesitamos de una estrategia de lucha psicopolítica en la que el psicoanálisis resulta imprescindible. En la óptica lacaniana de Jan de Vos, el psicoanálisis no sólo no se confunde con la psicología, sino que se opone diametralmente a ella. Lo psicoanalítico es aquí, por sí mismo, una crítica de lo psicológico, una impugnación y negación de la psicología. [...] Para no ceder a su psicologización y a su reabsorción por el capitalismo, el psicoanálisis, según Jan De Vos, necesitaría del marxismo. La teoría marxista, en efecto, podría servirle a la teoría freudiana como una suerte de armadura protectora contra la psicología [...]. De igual modo, como también lo señala Jan De Vos, el psicoanálisis puede proteger al marxismo contra el riesgo de su psicologización, es decir, de su propia degradación, pues el marxismo, al igual que el psicoanálisis, tiene igualmente

un carácter anti-psicológico y no puede psicologizarse sin degradarse (Pavón-Cuéllar en De Vos, 2019: 35-36).

Es el camino que intentamos trazar en la investigación y analizar las condiciones actuales para pensar en alternativas y sus complejidades; no sólo teóricamente, sino también con el acercamiento que tuvimos a sujetos concretos en la Ciudad de México. De esta forma evitamos plantear escenarios posibles con base sólo en voluntad política; más bien tratamos de hacer manifiesto el escenario de las realidades que estamos viviendo con el apoyo indispensable de las herramientas planteadas.

Capitalismo neoliberal

Para que cualquier forma de pensamiento se convierta en dominante tiene que presentarse un aparato conceptual que sea sugerente para nuestras intuiciones, nuestros instintos, nuestros valores y nuestros deseos, así como también para las posibilidades inherentes al mundo social que habitamos. Si esto se logra, este aparato conceptual se injerta de tal modo en el sentido común que pasa a ser asumido como algo dado y no cuestionable.

David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*

Para comenzar, trazaremos un horizonte teórico general para elucidar la manera en la que trataremos el capitalismo neoliberal para el desarrollo de la investigación. Por ello, de acuerdo con Christian Laval y Pierre Dardot, consideraremos que lo que llaman neoliberalismo no es solamente un conjunto de doctrinas y políticas económicas, sino que también es una racionalidad, y la razón política neoliberal fragmenta la sociedad. El capitalismo neoliberal es analizado como una razón-mundo, “cuya característica es extender e imponer la lógica del *capital* a todas las relaciones sociales, hasta hacer de ella la forma misma de nuestras vidas” (Laval y Dardot, 2017: 11); subordinando los derechos de las personas a las necesidades de las empresas.

No debemos reducir el neoliberalismo sólo a dispositivo que encoge la esfera política en favor del mercado; pues también hay una intervención gubernamental que produce y reproduce un orden, “un conjunto de políticas condicionadas y

condicionantes, dependientes y creadoras de un sistema” (*Ibíd.*: 55). Siguiendo este planteamiento, no consideraremos que el neoliberalismo sólo se reproduzca incesantemente, también se extiende y refuerza mediante las imposiciones que ejerce, no sólo sobre instituciones políticas y sociales, sino también sobre los sujetos, quienes llegan a normalizarlo y hacerlo rutina.

En este sentido, Wendy Brown también coincide en que el neoliberalismo debe ser entendido como un “orden normativo de la razón que, a lo largo de tres décadas, se convirtió en una racionalidad rectora amplia y profundamente diseminada, el neoliberalismo transforma cada dominio humano y cada empresa – junto con los seres humanos mismos– de acuerdo con una imagen específica de lo económico”; la conducta se vuelve “conducta económica, todas las esferas de la existencia se enmarcan y miden a partir de términos y medidas económicas, incluso cuando esas esferas no se monetizan directamente” (Brown, 2015: 5-6).

Antes de continuar y para no caer en el riesgo de dar por sentada la existencia del capitalismo neoliberal *per se*, nos apoyaremos en el geógrafo y antropólogo David Harvey, cuyo estudio sobre la historia del neoliberalismo nos será de mucha ayuda, brindándonos una panorámica de nuestro tema.

Para Harvey (2015), con Paul Volcker y Ronald Reagan en los Estados Unidos de América, Deng Xiaoping en China y Margaret Thatcher en Gran Bretaña, se rescató una doctrina a la que llamaban neoliberalismo y “la transformaron en el principio rector de la gestión y el pensamiento económicos”. Agregando que el neoliberalismo es,

ante todo, una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas. Por ejemplo, tiene que garantizar la calidad y la integridad del dinero. Igualmente, debe disponer las funciones y estructuras militares, defensivas, policiales y legales que son necesarias para asegurar los derechos de propiedad privada y garantizar, en caso

necesario mediante el uso de la fuerza, el correcto funcionamiento de los mercados (p. 6).

Desde la década de 1970, Harvey ubica un “giro hacia el neoliberalismo”, tornándose hegemónico y conllevando “penetrantes efectos en los modos de pensamiento, hasta el punto de que ha llegado a incorporarse a la forma natural en que muchos de nosotros interpretamos, vivimos y entendemos el mundo” (*Ibíd.*: 7). Se trata, en sus palabras, de una «destrucción creativa» que implica no sólo la división de trabajo, sino también las relaciones sociales mismas, la protección social de la que el Estado tendría que responsabilizarse en términos fordistas y de “bienestar”, de las formas de vida y pensamiento, la reproducción, vínculos con la tierra y de los “hábitos del corazón”.

Este geógrafo crítico advierte también que el neoliberalismo tiene un especial interés en las tecnologías de la información tanto como en una amplia escala geográfica –que tiene que ver con la globalización– y cortos plazos en contratos mercantiles. “Esta última preferencia concuerda con la famosa descripción de Lyotard de la condición posmoderna como aquella en la que el «contrato temporal» sustituye a las «instituciones permanentes en la esfera profesional, emocional, sexual, cultural, internacional y familiar, así como también en los asuntos políticos»” (*Ibíd.*: 8).

Christian Laval y Pierre Dardot, anteriormente citados, consideran que la sociedad neoliberal en que vivimos es

fruto de un proceso histórico que no estaba completamente programado por sus pioneros. Los elementos que la componen se ensamblaron poco a poco, interactuando unos con otros y reforzándose mutuamente. Del mismo modo que no es el resultado directo de una doctrina homogénea, tampoco es el reflejo de una lógica del capital que suscite las formas sociales, culturales y políticas que más le convienen a medida que se expande (Laval y Dardot, 2017: 61).

Estos autores franceses nos dicen que la crisis de acumulación a la que “supuestamente” responde el neoliberalismo, lejos de significar la crisis del capitalismo, más bien se caracteriza por estar vinculada a normas institucionales que enmarcaban un tipo de capitalismo, pues su originalidad consiste en crear un “nuevo

conjunto de normas que definen, no solamente *otro* «régimen de acumulación», sino de forma más amplia *otra* sociedad” (*Ibíd.*). El ideal político de libertad individual se convirtió en pilar fundamental, suponiendo que la libertad de mercado y de comercio la garantizan –rasgo fundamental del pensamiento neoliberal–. Para ello existe un aparato estatal que David Harvey denomina *Estado neoliberal* cuya misión es “facilitar las condiciones para una provechosa acumulación de capital tanto por parte del capital extranjero como del doméstico [...] Las libertades que encarna reflejan los intereses de la propiedad privada, las empresas, las compañías multinacionales, y el capital financiero” (Harvey, 2015: 13-14).

En este sentido, a juicio de Wendy Brown, sólo somos *homo oeconomicus* con una forma histórica específica, un fragmento de capital humano al que se le impone y exige un mejoramiento de su posicionamiento competitivo; además de responder a las demandas y proyectos de los Estados neoliberalizados, “las grandes corporaciones, los pequeños negocios, las organizaciones sin fines de lucro, las escuelas, las consultorías, los museos, los países, los académicos, los artistas, las agencias públicas, los estudiantes, los sitios web [...], los programas de posgrado, los proveedores de salud, los bancos y las instituciones legales y financieras globales” (Brown, 2015: 6).

En esta llamada razón neoliberal, se construyen Estados y sujetos que respondan al modelo de la empresa contemporánea y maximicen su valor de capital a través de la competitividad, el consumo, la acumulación ilimitada que, a fin de cuentas, generan vacío en los sujetos, pues la plenitud prometida por el capitalismo neoliberal es inalcanzable y constantemente genera frustraciones, ansiedades, angustias y una auto-explotación desesperada por obtener éxito y superación personal. La “razón neoliberal configura el alma y la ciudad como empresas contemporáneas” (*Ibíd.*: 28). En resumen, para Brown, una manera de entender el neoliberalismo es

como un ensamble de políticas económicas que coinciden en su principio original de afirmar libres mercados. Éstos incluyen la desregulación de las industrias y de los flujos de capital [...], la privatización y subcontratación de bienes públicos, que van desde la educación, los parques, los servicios postales, las carreteras y la previsión

social [...], la conversión de cada necesidad o deseo humano en una empresa rentable, desde la preparación para ser admitido en universidades hasta los trasplantes de órganos, desde las adopciones de bebés hasta los derechos de contaminación, desde evitar colas hasta asegurar un espacio cómodo en un avión, y, más recientemente, la financiarización de todo y el creciente dominio del capital financiero sobre el capital productivo en la dinámica de la economía y la vida cotidiana (*Ibíd.*: 30).

Como vemos, diversos autores coinciden en que el capitalismo neoliberal es más que sólo políticas económicas. Incluso, se puede registrar su nacimiento desde los años 30 y 40 del siglo XX “delineado por una serie de economistas (Friedrich Hayek, Ludwig von Mises, George Stigler, Frank Knight, Milton Friedman) ocupados en reformar y reforzar el liberalismo clásico ante la ‘triple amenaza’ del fascismo, el comunismo y el keynesianismo” (Lemus, 2021: 11). Se crearon *think tanks*, se experimentó en Chile y, como hemos mencionado, la llegada de Thatcher²² y Reagan fueron fundamentales. Incluso, aún con la crisis de 2008 y la expresión de diversos movimientos políticos y sociales, sigue dominando la escena mundial.

Las políticas presupuestarias y monetarias conocidas como “keynesianas”, fueron sustituidas por el “giro neoliberal” al que se refiere Harvey, el cual se encuentra ligado a la restauración del poder de las élites económicas. Entonces, de acuerdo con el autor, “la neoliberalización puede ser interpretada bien como un proyecto *utópico* con la finalidad de realizar un diseño teórico para la reorganización del capitalismo internacional, o bien como un proyecto *político* para restablecer las condiciones para la acumulación de capital y restaurar el poder de las élites económicas” (Harvey, 2015: 24). Friedrich Hayek²³ ya hablaba de que la batalla por las ideas era determinante, no sólo contra el marxismo y el socialismo, también

²² Margaret Thatcher estaba convencida de que había que acabar con las instituciones del Estado socialdemócrata de Gran Bretaña posbélica. Esto implicaba atacar a los sindicatos y a cualquier forma de solidaridad y organización social en pro de la flexibilidad competitiva, dismantlar el Estado keynesiano, privatizar instancias y empresas públicas, promover la iniciativa empresarial, puesto que, para ella no existía eso que llaman sociedad, sino sólo hombres y mujeres individuales, incluyendo sus familias. “Todas las formas de solidaridad social iban a ser disueltas en favor del individualismo, la propiedad privada, la responsabilidad personal, y los valores familiares [...] «La economía es el método», señaló, «pero el objetivo es cambiar el alma»” (Harvey, 2015: 29).

²³ La teoría neoliberal también ganó espacio y respetabilidad debido a que se otorgó el Premio Nobel de economía a Hayek en 1974 y, posteriormente, a Milton Friedman en 1976. Sólo que, debemos aclarar, fue concedido bajo el control de la élite bancaria sueca (Harvey, 2015).

contra la planificación estatal y el intervencionismo planteado por John Maynard Keynes.

Es así que, con el capital financiero, comienza un proceso de desindustrialización y deslocalización de la producción al extranjero, fomentando la competencia y la innovación, lo que condujo a una mayor desigualdad social y a elevar el poder económico de las clases altas. Pero no sólo eso, sino que también el poder geopolítico, organizando golpes de Estado, elecciones políticas y gubernamentales que convengan a la reproducción de la financiarización de todo.

Neoliberalismo en México

En el caso particular de México –que no queda aislado del sistema mundial, sus formas y racionalidad–, podemos decir que se desarrolló de manera gradual y conflictiva. Para Rafael Lemus (2021), el giro neoliberal en México se pacta. “Aprovechando los mecanismos de control contruidos durante décadas, el régimen sienta en la misma mesa a empresarios, líderes sindicales y organizaciones civiles y acuerda con ellos las primeras series de reformas económicas” (p. 16). Este autor considera que el régimen de este país debía construir un relato que acompañara las políticas de liberalización económica. Debía crear nuevos imaginarios sin romper con la narrativa tradicional. Por ejemplo, se ha intensificado con algunas de sus victorias recientes, es decir, la reforma laboral en 2012, la reforma educativa en 2013 o la apertura del sector energético a la inversión extranjera en el mismo año.

La Ciudad de México ha sido punto estratégico de vigilancia y gentrificación y, como lo remarca Irmgard Emmelhainz (2016), de aburguesamiento con limpieza social, relegando a los sectores más pobres a las periferias y pretendiendo el crecimiento de la clase media. En palabras de la autora, “en las sociedades neoliberales hay una compleja red de sistemas, procesos, dispositivos y relaciones orientados a producir sujetos-consumidores de clase media –aunque sea nominalmente– al moldear sus subjetividades deseantes” (p. 68). El desarrollo, en términos neoliberales, implica despojo, exclusión social y muerte, tanto como un condicionamiento subjetivo, criminalizando la pobreza y justificando la limpieza social.

En los últimos años, el capitalismo neoliberal en México ha perdido cierto consentimiento popular y se ha revelado como un “mecanismo de despojo y acumulación” en donde el Estado despliega los recursos y elementos necesarios para reproducirlo. Incluso desplegando fuerzas militares y policiacas bajo diversos pretextos en pro de la seguridad de los mexicanos. Lemus considera que los resultados han sido

pilas de cadáveres, desaparecidos y desplazados. A ese dominio –que no hegemonía– neoliberal se opondrán durante estos años distintos grupos que, actuando en consonancia, en vez de perseguir el control del Estado o la conquista de la hegemonía, aspirarán a interrumpir la reproducción del orden neoliberal mediante la ruptura de ciertos hábitos y la liberación de afectos reprimidos en el marco de la democracia liberal. Para decirlo de otro modo: a partir de mediados de los años noventa el país se instala en una situación de conflicto poshegemónico en la que el neoliberalismo es dominante como práctica de gobierno, pero ya no como ideología. Lo que impera es una especie de presente perpetuo en el que el dominio neoliberal se reproduce mecánicamente, imparablemente sin importar su derrota ideológica, su escasa legitimidad, su extendido oprobio (Lemus, 2021: 19).

El mercado sigue siendo lo más eficiente que tenemos –según sus defensores– para mejorar las condiciones de vida de los seres humanos a través, claro está, de la liberación de las capacidades empresariales de los sujetos; y se trata también de

un proceso de reorganización del capitalismo global que, mediante la severa aplicación de esas políticas, construye nuevas formas de producción, acumulación y explotación. En el papel, el neoliberalismo desconfía del Estado y aboga por su abatimiento. En los hechos, necesita del Estado a cada paso: para crear y mantener sus propias condiciones de existencia, para abatir las redes de seguridad social del Estado mismo, para dinamitar sindicatos, para precarizar la fuerza de trabajo, para sofocar las alternativas (*Ibíd.*: 12).

Desde el socioanálisis²⁴, Roberto Manero (2016) recupera el planteamiento de René Lourau²⁵ respecto a que el Estado es el inconsciente y el inconsciente es el

²⁴ Para una aproximación general al respecto, el lector puede recurrir al libro coordinado por Víctor A. Payá (2005), *Institución, imaginario y socioanálisis*, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, México.

²⁵ Véase Lourau, René (1980), *El Estado y el inconsciente*, Kairós, Barcelona.

Estado, advirtiéndole que, muchas veces, las formas clásicas del análisis sociológico, político o jurídico dificultan el acceso a la idea de un Estado-inconsciente, “de aquel que se hace invisible y aparece, como las figuras inconscientes, entretejido en el lienzo de las instituciones íntimas, allí donde nadie se lo esperaba” (p. 26). Para este autor, las instituciones en México son, como en cualquier otro lugar, procesos sociales, creación de los seres humanos, sin embargo, tienen una singularidad histórica, es decir que son resultado de procesos complejos situados en la red institucional de la mundialización.

Manero concibe el Estado no como un centro, sino como “una presencia periférica mucho menos perceptible [...] En este sentido el aparente debilitamiento y la demolición del Estado en México estarían subterfundidos no con una ampliación de las perspectivas perceptuales originadas por su decadencia sino con una intensificación y una eficacia cada vez mayor en cuanto presencia periférica” (*Ibíd.*: 31-32), agregando que, además, los sujetos nacen derrotados y, debido a ello, “el Estado aparece como una figura impositiva, como un *patris*, como un Estado patriarcal que introduce, según lo muestran innumerables estudios de género, su propia lógica hasta en las instituciones más íntimas y cotidianas” (*Ibíd.*: 44).

En este sentido, atestiguamos la penetración de formas estatales, instituciones y discursos en las esferas cotidianas de los sujetos de una manera casi imperceptible, inconsciente y omnipotente. Sin embargo, también podemos pensar en lo que llaman debilitamiento del Estado y las instituciones en favor de políticas neoliberales que van más allá del ámbito económico puesto que, como planteamos más adelante en esta tesis, analizaremos las implicaciones que esto tiene en el inconsciente, en las subjetividades y el daño generado. Es decir que, adelantando un poco nuestro planteamiento, si se “debilita” el Estado en la racionalidad neoliberal, en nuestros días, bajo la forma de vida dominante, se debilita de alguna manera lo inconsciente. Parafraseando a Massimo Recalcati (2021), podemos presenciar, por un lado, una clínica del *ello sin inconsciente* en donde lo que domina es un desorden pulsional que busca una descarga inmediata y la evacuación de tensiones internas de los sujetos, una tendencia compulsiva a la repetición, el pasaje al acto, una negación de lo simbólico como las palabras y el pensamiento, y el deslizamiento hacia un goce

devastador de la vida. Por otro, una clínica del *yo sin inconsciente*, una posición conformista con los mandatos del Otro dominante, de corazas narcisistas, un gobierno disciplinario del cuerpo, negación de experiencias de alteridad, refugio en la indiferencia y la apatía y una asimilación desubjetivada de lo que muestran nuestros síntomas. Por esto, entre otros elementos, es tan importante la consideración de nuestra realidad psíquica en los análisis de fenómenos sociales.

La razón neoliberal

Vemos entonces discursos, prácticas, aparatos e instituciones implicados para organizar la existencia, tal como también lo explican Laval y Dardot. Con referencias a Michel Foucault y la biopolítica, varios de nuestros autores han recalcado que existe una pretensión de totalidad, una lógica empresarial y de competencia, una racionalidad y una biopolítica. Además del mercado, su acción y escenario también lo son “el Estado y la plaza pública, el dormitorio y el cuerpo de los individuos. Así como reconfigura el capitalismo global mediante políticas macroeconómicas, también transforma la administración pública, la vida cotidiana y la subjetividad de los ciudadanos mediante diversas intervenciones macro y micropolíticas” (Lemus, 2021: 13).

La potencia que debe dominar y moldear el mundo no es el Estado, sino la empresa; no la acción política, sino la gobernanza; “el poder político debe descansar ahora en un grupo de técnicos que, desprovistos de toda pulsión utópica o radical, administren el presente mientras el capital construye o destruye el futuro” (*Ibíd.*). La llamada razón neoliberal se convierte en sentido común –como diría Irmgard Emmelhainz (2016)– y conduce la conducta de los sujetos –en términos de Michel Foucault–, moldeando las subjetividades en un sentido de competencia económica en las relaciones sociales y aplicando la empresa como modo de organización.

Pero, para producir ese sujeto,

el neoliberalismo aplica, por una parte, una serie de medidas económicas que “liberan” al individuo de las redes comunitarias y burocráticas que en teoría lo reprimen y, por otra, un repertorio de prácticas (evaluaciones de desempeño, “flexibilidad” laboral, trabajos *freelance*, talleres de desarrollo personal, cursos de autoayuda) que mantienen a ese individuo ansioso y ocupado, doblado sobre sí mismo, en todo momento buscando soluciones personales a problemas sistémicos (Lemus, 2021: 14).

Si recuperamos lo analizado hasta ahora, podemos decir que la sociedad disciplinaria de Foucault no ha desaparecido del todo, sin embargo, es posible encontrarnos con nuevas formas y estrategias de control de cuerpos y almas, pero, por ejemplo, desde el control, manipulación y destrucción del deseo, para lo cual, como veremos, el consumo representa la expresión y manifestación de la racionalidad capitalista. Los medios de comunicación, las redes sociales, los valores de hoy en día, incitan al consumo para

alcanzar una imagen ideal sustentada en tener un cierto tipo de automóvil (comprado a plazos, naturalmente); usar ropa de marca (comprada con tarjeta de crédito); asistir a bares, discotecas y consumir múltiples diversiones diseñadas por la industria del entretenimiento; comprar casa con la hipoteca correspondiente; viajar ahora y pagar después, etc., a fin de lograr la ilusión de la libertad de consumir, promovida por la cultura y los medios de difusión cuando, en la realidad, solo son expresiones de un control social enajenante (Campuzano, 2020: 24).

Tal como lo ha manifestado David Harvey, la libertad no es más que una palabra. La libertad queda reducida a una libertad para consumir y obtener éxito, ser emprendedor, auto-superarse y “salir adelante”. Amplias capas sociales, consideradas marginales, están incorporadas al consumo de “ropa, alimentos, televisión y telefonía móvil, promovidos intensa y eficazmente mediante propaganda en los medios de difusión, lo cual les da una ilusión de pertenencia al sistema y fuentes de diversión banales pero apreciadas...” (*Ibíd.*: 40). Es así que, en los últimos diez años –al menos– se ha generalizado una inseguridad e incertidumbre económica, social y personal pero que, al mismo tiempo, impone una lucha de pretendida autosatisfacción para que los sujetos no se asimilen como mediocres vencidos, pues el sistema invade cada esfera de la vida con el discurso de la libertad individual, la cual le corresponde a cada sujeto desarrollarla. Un ejemplo de esto se puede ver en la educación; como la idea impuesta por el capitalismo neoliberal de que las escuelas privadas deben sustituir a las públicas para que los hijos e hijas sean “ganadores” y “ganadoras” (*Ibíd.*: 44); esto ha generado problemas económicos y madres/padres endeudados, pero con la ilusión gozosa y sufrida de que son parte de la sociedad exitosa.

Al respecto, ya desde el siglo pasado, Karl Polanyi advertía el dilema de la palabra libertad y lo que conllevaba en varios sentidos, dependiendo del discurso y las circunstancias sociales. Por ejemplo, existe la libertad para explotar otros seres humanos, generar ganancias sin siquiera prestar servicios básicos a la comunidad, que los desarrollos tecnológicos no sean públicos e, incluso, beneficiarse de calamidades en términos individuales y privados. Sin embargo, Polanyi –retomado por David Harvey (2015)– también considera que

«la economía de mercado bajo la que crecen estas libertades, también produce libertades de las que nos enorgullecemos ampliamente. La libertad de conciencia, la libertad de expresión, la libertad de reunión, la libertad de asociación, la libertad para elegir el propio trabajo». Aunque puede que «apreciemos el valor de estas libertades por sí mismas» – y, sin duda, muchos de nosotros todavía lo hacemos–, eran en buena medida «subproductos del mismo sistema económico que también era responsable de las libertades perversas» (citado en Harvey, 2015: 43).

Se trata de la organización íntima de la sociedad en la que la idea de libertad degenera en la libertad de empresa, esto “significa «la plena libertad para aquellos cuya renta, ocio y seguridad no necesitan aumentarse y apenas una miseria de libertad para el pueblo, que en vano puede intentar hacer uso de sus derechos democráticos para resguardarse del poder de los dueños de la propiedad»”, y las malas libertades toman el poder (*Ibíd.*: 44). Nos encontramos frente a un régimen de libertades neoliberal, ante lo cual Harvey plantea una pregunta fundamental y que trataremos más adelante: ¿Cómo es, entonces, que el «resto de nosotros» hemos aceptado con tanta facilidad este estado de cosas?

Hasta este punto hemos visto e intentado elucidar, de manera general, las lógicas, políticas y reformas que el capitalismo neoliberal, en complicidad con un Estado que ha cambiado su papel keynesiano o benefactor, despliegan sobre la sociedad, condicionando las formas de relaciones sociales, personales, laborales y políticas. Esto traducido e implicado en nuevas formas de dominación que, de forma consciente o inconsciente, reproducen la manera en que percibimos, entendemos y sentimos la realidad social. Algo que veremos más adelante, en el desarrollo de la

investigación, caminando sobre el puente planteado entre sociología y psicoanálisis en su ala crítica y potencialmente subversiva.

Asimismo, recalcamos que las repercusiones psíquicas de estas características y condiciones del capitalismo neoliberal complejizan las formas de acción, reflexión, pensamiento, afecto. Por un lado, desde las raíces del sujeto, su historia propia, su habitar, sus condiciones sociales. Por otro, la anulación del deseo y las potenciales vinculaciones con los otros. Comenzamos a poner sobre la mesa elementos –que ya desarrollaremos– como el goce o plus de goce, los diversos imperativos de rendimiento bajo el discurso dominante que intervienen en la existencia humana como la sexualidad, el deporte, el trabajo, la familia, el amor. Estos elementos, entre otros que abarcaremos, serán de gran importancia en lo que sigue, pues el goce, por ejemplo, se vuelve la máquina que moviliza a los sujetos y conlleva pulsión de destrucción, de muerte, en tanto intentos inútiles de satisfacciones inmediatas para colmar una falta, generando otra, un proceso de vaciamiento y, sobre todo, poniendo el cuerpo como sufriente y receptor de los dolores reales, que no tienen expresión en la palabra ni en lo simbólico o el lenguaje.

Como bien retoma Jorge Alemán: “Marx tuvo una intuición del problema cuando afirmó que el capitalista no acumula el goce, sino que goza acumulando. Gozar acumulando es estar ya bajo la exigencia del imperativo. Esta presencia de la exigencia de rendimiento en ambas puntas del antagonismo entre explotados y explotadores no lo anula en absoluto, pero le otorga una nueva complejidad a la versión clásica de la lucha de clases” (Alemán, 2023: 18). Parte de esta complejidad es a la que trataremos de aproximarnos ahora en las singularidades dolientes de nuestros sujetos de investigación.

II. NEOLIBERALISMO Y SUBJETIVIDAD

Nuevas formas de dominación en el capitalismo neoliberal

La lucha revolucionaria no puede circunscribirse sólo al ámbito de las relaciones de fuerza perceptibles. Debe, por lo tanto, desarrollarse en todos los niveles de la economía deseante contaminados por el capitalismo. (En el ámbito del individuo, la pareja, la familia, la escuela, el grupo militante, la locura, las prisiones, la homosexualidad, etc.)

Félix Guattari, *La revolución molecular*

La novedad en estos días de las formas de dominación y producción de subjetividad reside en el “moldeado mediante el cual los individuos son transformados para que sean capaces de soportar las nuevas condiciones creadas, y de tal manera que ellos contribuyen con su propio comportamiento a que dichas condiciones se vuelvan cada vez más duras y cada vez más perennes” (Laval y Dardot, 2013: 334). Esto significa que los sujetos reproducen, amplían y refuerzan las relaciones de competencia, imponiéndoles adaptarse subjetivamente a esas condiciones que ellos mismos reproducen. Esto es, precisamente, lo que nos ata en este trabajo, así como el malestar y sufrimiento que conlleva esta forma de existencia social.

El capitalismo neoliberal crea las formas de las relaciones sociales incluso en las propias representaciones inconscientes, la forma de trabajar, de ser educados, amar, tener sexo, hablar. Fabrica nuestra relación con la naturaleza, con el movimiento, con el cuerpo, la alimentación, con el presente, pasado y futuro; en resumen, fabrica la relación de los sujetos con el mundo y consigo mismos.

Como hemos repasado anteriormente, estas nuevas formas de vida implicaron un cambio importante en la sociedad y en el funcionamiento del capitalismo. Se trata de una “subordinación a cierto tipo de racionalidad política y social articulada con la mundialización y la financierización del capitalismo. [...] Se insta una nueva lógica normativa capaz de integrar y de reorientar de forma duradera políticas y comportamientos en una nueva dirección”, ante la cual el gobierno juega un papel de vigilante de estas nuevas reglas jurídicas, monetarias y comportamentales (*Ibíd.*: 190-191). De esta manera se afecta la relación del sujeto

consigo mismo debido a diversos estímulos constantes; desde los poderes públicos, hasta los patrimonios financieros e inmobiliarios de las familias, lo que ha generado efectos subjetivos que no debemos obviar. Es entonces que tampoco debemos dar por hecho que sólo es la fuerza de la razón neoliberal y sus ideas en sí mismas las que han acrecentado su control y dominio, sino también tiene que ver con cierto debilitamiento de la izquierda –considerando hasta aquí el ámbito social más que psíquico meramente– y las alternativas al capitalismo²⁶. En este sentido, lo que en la década de los 70 era atribuido al capitalismo (como las desigualdades, la alienación, la inflación o las llamadas patologías sociales), a partir de los años 80 eran atribuidos al Estado. El capitalismo no es el problema sino la solución, advertía Milton Friedman.

Así, dentro de esta perspectiva, la intervención del Estado condicionaba a los sujetos a no ser responsables de sus actos, sino producto del entorno. Bajo la lógica del neoliberalismo, se responsabiliza al sujeto en términos individuales para elegir su libertad, bajo estímulos que alimenten esfuerzos y rendimiento. El ser humano se convierte en capital bajo acciones sobre los actos de los sujetos aparentemente libres de elegir. Esto supone “que penetre en el cálculo individual, que participe de él incluso, para actuar sobre las anticipaciones imaginarias que llevan a cabo los individuos: para reforzar el deseo (mediante la recompensa), para debilitarlo (mediante el castigo), para desviarlo (sustituyendo su objeto)” (*Ibíd.*: 218). Una dirección indirecta de la conducta. La libertad de elegir

se identifica de hecho con la obligación de obedecer a una conducta maximizadora en un marco legal, institucional, reglamentario, arquitectónico, relacional, que debe

²⁶ En palabras de Félix Guattari, se pretende explotar a los “nuevos movimientos sociales” –al menos desde la década de los 60–, pero difícilmente se plantea el problema de los instrumentos de lucha adaptados a estos movimientos, en el caso de Europa. “En cuanto se trata de entrar en este universo vago de los deseos, de la vida cotidiana, de las libertades concretas, una extraña sordera y una miopía selectiva aparecen en los portavoces «oficiales». Les produce pánico la idea de que un desorden pernicioso pueda contaminar las filas de sus organizaciones. Los maricas, los locos, las radios libres, las feministas, los ecologistas; en el fondo les resulta un poco sospechoso. En realidad, esta perturbación proviene del hecho de que lo que se ve amenazado es su persona de militante, su funcionamiento personal; no sólo sus concepciones en materia de organización, sino también sus «intereses» afectivos en un determinado tipo de organización” (Guattari, 2004: 70). Esto rompe con un marxismo ortodoxo y tiene relación con lo planteado aquí; es decir, la no romantización de los movimientos sociales y tener en cuenta la importancia de la vida cotidiana sin caer en abstracciones complejas y bellas de emancipación social. Es, ciertamente, más complejo hoy en día.

estar construido, precisamente, para que el individuo elija «con toda libertad» lo que necesita elegir obligatoriamente en su propio interés. Todo el secreto del arte del poder, decía Bentham, es hacer de tal manera que el individuo persiga su interés como si fuera su deber e inversamente (*Ibíd.*).

Al mismo tiempo, se creaba una división entre los buenos sujetos trabajadores que se conducían hacia el éxito, y los que habían fracasado por su propia culpa, que no eran capaces de seguir adelante ni de ser emprendedores, viviendo a costa de la colectividad. Todo esto estaba dirigido a la activación del mercado que incluía la modificación del comportamiento de los sujetos como actores de su empleabilidad, a cargo de sí mismos y no sólo como buscadores de empleo.

Ahora bien, la subjetivación neoliberal, tal como lo dice su adjetivo, tiene que ver con una forma histórica singular del capitalismo y comporta una dimensión esencial imaginaria, esto es un “imaginario emprendedor”, como hemos hecho mención. En este sentido, no se trata solamente de proponer una oposición a las políticas neoliberales, sino también un imaginario alternativo, de acuerdo con los autores franceses. Pero cabe preguntarse respecto a la fuerza de atracción y dominación que ejerce el neoliberalismo, “incluso sobre los más desfavorecidos” (Laval y Dardot, 2017: 71) y lo complejo que es correrse del lugar hegemónico.

Hoy en día, por ejemplo –tal como ejemplifican los autores citados– existen métodos de entrenamiento que reproducen los mismos [métodos] de la marina de Estados Unidos –como el llamado *Cross Fit*–, introduciendo una cultura del desafío y del rendimiento hasta en la esfera del ocio, llevando a los adeptos a una superación personal, normativizando en buena medida la racionalidad neoliberal. Por ello, la emergencia de *otras* subjetividades se vuelve complicada frente a la penetración del neoliberalismo en cada aspecto de nuestras vidas. Aun sin negar que bajo cierto malestar social respecto a las condiciones de vida se hacen visibles intentos colectivos como respuesta a la catástrofe que presenciamos, es importante mencionar que las implicaciones subjetivas y las condiciones materiales imperantes nos absorben a una cotidianidad difícilmente rompible, tanto en términos concretos, como psíquicos-subjetivos de reproducción social. Esto es lo que desarrollaremos más adelante en torno a la cotidianidad de los sujetos.

La producción de subjetividad en el neoliberalismo se construye y manifiesta en las relaciones sociales que permiten el control de las instancias psíquicas y sociales, conllevando a la percepción del mundo de cierta forma. Estas relaciones de producción económico-subjetivas también moldean comportamientos, sensibilidad, percepción, memoria, relaciones sociales, sexuales, fantasmas e imaginarios (Guattari y Rolnik, 2013). Como hemos planteado anteriormente, el sujeto neoliberal se ha convertido en empresario de sí mismo, generando cierta incapacidad de establecer relaciones con los otros, complicando, según Byun-Chul Han (2016), la construcción de un “nosotros político” para acciones comunes. Para este autor, hay un hundimiento en la soledad y pocas posibilidades de poner en duda a la sociedad o al sistema; las condiciones actuales no necesariamente convierten al explotado en revolucionario, sino en depresivo, frustrado, angustiado, competitivo, narcisista, agresivo, vulnerable.

Resulta importante no olvidar que los elementos económicos, sociales y políticos se encuentran en relación directa con la dimensión subjetiva –que no meramente psíquica– y, dado que las condiciones en las que se encuentran y existen los sujetos son cada vez más precarias, se genera cierto malestar, desencanto, desesperación, angustia, depresión, entre otras llamadas psicopatologías como efecto de las dinámicas de este sistema que, desde el lado psiquiátrico clásico, clasifican a los sujetos sufrientes como independientes de lo social; algo que no siempre es determinadamente así, pues aunque existan afecciones o psicopatologías no relacionadas directamente con el capitalismo o lo social, si nos encontramos con otras generadas por tales condiciones.

En este punto, de acuerdo con Irmgard Emmelhainz (2016),

el neoliberalismo opera en nuestra realidad sensual trabajando nuestras subjetividades a partir del deseo, la sensibilidad y el afecto, lo cual empapa al arte y a la cultura, así diferencia, al tiempo que homogeniza, moldeando vidas y deseos. En este sentido confunde la información por el conocimiento, a la comunicación con la información, mientras le da forma al espacio y, por lo tanto, a las relaciones sociales. Normaliza la violencia, crea modos de ver al mundo a partir de un sentido común que justifica la destrucción y el despojo con nociones de progreso y desarrollo,

tratando de dar solución a la precariedad laboral con programas de autoayuda y de educación permanente (p. 13).

El neoliberalismo se vuelve sentido común, es decir, una maquinaria que sirve para legitimarlo junto con nuevas formas de autoritarismo, como la vigilancia, el estado de excepción, la militarización, violencia de Estado, criminalización del disenso. Entonces, la implementación gradual de políticas neoliberales es indisociable de la introducción del neoliberalismo como sentido común, sensibilidad²⁷ y afecto de los sujetos (*Ibíd.*: 39-40).

Dicho lo anterior, podemos rescatar ciertos aportes de Jorge Alemán respecto a que el neoliberalismo lleva en su estructura misma la producción de la subjetividad; de hecho, según Alemán,

la perspectiva capitalista ha transformado lo que clásicamente llamamos pobreza. Ya no se trataría, a la manera marxiana, de la *no satisfacción de las necesidades materiales*, sino más bien de que el plus de gozar se ha infiltrado en todas las actividades y, por ello, lo que vemos operando en las chabolas, en las “villas miserias”, en los poblados o en las favelas es el par falta/exceso, sin posibilidad de ser experimentado desde lo simbólico. Así, también en el tráfico de armas, en el mercado de las drogas sintéticas o en las marcas falsificadas, el goce taponar u obtura la división del sujeto, volviéndolo un “individuo”, que incluso en medio de la miseria más atroz, se convierte o en un emprendedor de sí, en un empresario de su vida o en un deudor, atrapado en una red sin salida (2014: 35-36).

Aquí, subrayamos, converge nuestra posición con la del psicoanálisis para sostener nuestra propuesta. Actualmente podemos recurrir al concepto de síntoma²⁸, ya que comienza a visibilizarse a niveles distintos: económicos, sociales

²⁷ Aunado a esto, el pensador italiano, Franco Berardi, nos facilita un abordaje de la sensibilidad como la “facultad que le permite al organismo procesar signos y estímulos semióticos que no pueden ser verbalizados o codificados verbalmente. En general, de alguien incapaz de comprender los estados de ánimo, las emociones, las alusiones y lo no-dicho (una gran parte de lo que constituye la comunicación y la vida cotidiana social y afectiva) se dice que le falta sensibilidad” (Berardi, 2018: 41).

²⁸ En términos psicoanalíticos freudianos, y en sentido amplio, el síntoma es una elaboración psíquica. La formación del síntoma comprende no sólo el retorno de lo reprimido en forma de “formaciones substitutivas”, sino también las “formaciones reactivas”, es decir, una actitud o hábito psicológico de sentido opuesto a un deseo reprimido y que se ha constituido como reacción contra éste (por ejemplo, pudor que se opone a tendencias exhibicionistas). Estas formaciones reactivas pueden adquirir valor de síntoma por lo que representan de rígido, de forzado, de compulsivo, por

y, evidentemente, subjetivos. Es importante mostrar que esta forma de subjetividad producida en el neoliberalismo genera nuevas formas de malestar. Estos síntomas se expresan por ejemplo en el mal aire que respiramos en las ciudades, el calentamiento climático –que ahora llaman ebullición global en la Organización de las Naciones Unidas– o en una crisis humana, es decir la crisis que afecta a la humanidad en cuanto tal, obligada a trabajar, a gozar, sufrir, a vivir bajo la lógica general del capital (Laval; Dardot y Berenguer, 2018).

El impacto del capitalismo neoliberal sobre la sociedad y los sujetos –no únicamente en el ámbito económico y político–, ha incrementado el individualismo “con un corte narcisista, hedonista y seductor propio de la época de consumo de masas, con el consecuente aflojamiento de los lazos sociales y los vínculos familiares y de pareja, así como el desplazamiento de ciudadanos a consumidores y el vaciamiento de sentido social de muchas instituciones” (Campuzano, 2020: 25). La manipulación de los deseos no sólo crea incertidumbre laboral y económica, sino también afectiva; desvinculando el presente, sus condiciones y circunstancias, del pasado y del futuro; debilitando la imaginación, el pensamiento y la creación de diferentes lazos, vínculos y relaciones sociales. Tal manipulación de los deseos, sostenemos, no sólo los moldea, sino que los destruye, sustituyéndolos por el goce inmediato que más adelante desarrollaremos.

La lógica del consumo genera patologías nuevas, adicciones o hasta trastornos de alimentación, suponiendo una satisfacción de necesidades inmediata bajo las presiones e imposiciones del sistema dominante ante la exigencia de la superación personal. El consumo se vuelve la fuente de placer inmediato a través de diversos medios y sustancias ofrecidas fácilmente por el mercado (legal o ilegalmente), evidenciando fragilidades subjetivas y vinculares. Un ejemplo de esto lo vemos cotidianamente en los medios de comunicación, como las sustancias contra el estrés –sin ser capaces los mismos sujetos de cuestionar qué es eso, según quién y el por qué–, pastillas para dormir ante la ansiedad y presiones cotidianas-laborales, o el

sus fracasos accidentales y por el hecho de que a veces conducen directamente a un resultado opuesto al que conscientemente se busca. Laplanche, Jean y Jean-Bertrand Pontalis (2014), *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Barcelona.

alcohol y otras drogas que, más que para el ocio, funcionan como una función de escape ante una realidad insoportable. Desde la experiencia clínica y psicoanalítica, nos encontramos en una búsqueda hedonista,

la postura narcisista favorecida por la inmediatez de efectos que da el consumo de una sustancia psicotrópica, así como su facilidad de consecución, donde no hay que batallar con esfuerzos mayores que tener dinero para comprarla, ni aventurarse en las complejidades de búsquedas de satisfacción vinculares y sociales; de ahí que en situaciones avanzadas de adicción, el sujeto se pasiviza, se aísla y busca en las drogas las satisfacciones que otrora buscara en el medio social. De ahí su extrema capacidad alienante (*Ibíd.*: 28).

Las implicaciones de esta racionalidad conllevan también depresiones y suicidios, aislamiento y la máxima de “sálvese quien pueda”; angustia y abuso de sustancias y gimnasios hacia el culto al cuerpo estereotipado, tanto como el “abuso de defensas maniacas para negar esta dura realidad, como la trivialización, la banalización, la frivolidad y la superficialidad. La falta de horizonte futuro produce desmotivación y escapismo, de manera amplia mediante las adicciones, así como también el neohipismo y el misticismo” (*Ibíd.*: 28-29).

En este punto es importante retomar a Freud respecto a la Pulsión de Vida y Pulsión de Muerte²⁹ (*Eros* y *Thánatos*); ambas fuerzas, a nivel pulsional y a nivel de coacción social, condicionan el comportamiento humano. Fuerzas psico-corporales presionan pulsiones individuales, sexuales y agresivas que encuentran satisfacción y expresión en las pulsiones; y la mencionada coacción social genera temores, normas, ideales que se interiorizan. En este sentido, la dominación del capitalismo neoliberal no sería a través del miedo, el terror o la coerción, únicamente; sino que también juega con discursos y prácticas de control social de subjetividades.

Basta con mencionar de paso el estudio sobre biopolítica de Foucault, el esquizoanálisis de Guattari y Deleuze, la psicopolítica de Chul Han, los aportes de

²⁹ Sigmund Freud diferenció los instintos de los impulsos o pulsiones. “Los instintos los consideró comportamientos animales característicos de la especie y fijados por la herencia, automáticos e inamovibles. Las pulsiones, propias de los humanos, las concibió como fuentes energéticas impulsoras...” (Campuzano, 2020: 32). Someramente, podemos decir en este punto que la Pulsión de Vida liga, crea, impulsa la sobrevivencia; por otro lado, la Pulsión de Muerte desliga, destruye, vuelve hacia lo inanimado y la agresividad tanto a sí mismo como hacia los otros.

Žižek sobre ideología y psicoanálisis, el marxismo lacaniano de Pavón-Cuéllar y la izquierda lacaniana de Jorge Alemán o Stavrakakis sin dejar de lado la Teoría Crítica de La Escuela de Frankfurt ni al llamado *open marxism*, por ejemplo, pues es posible encontrar diálogos críticos entre ellos que permiten la construcción de pensamientos actuales hacia una posible transformación social ante todas las complejidades que conlleva. Recientemente se ha analizado también un llamado capitalismo de plataformas en una sociedad aumentada desde una perspectiva marxista para comprender el mundo actual. Esta dominación pasa a través de los medios de comunicación, políticas, reformas, gobiernos, redes sociales que, además, ocultan la realidad concreta-subjetiva y reducen la capacidad de oposición al sistema.

Por ello hacemos dialogar estas posturas con la técnica y teoría psicoanalíticas para poder aproximarnos de una mejor manera a fenómenos actuales, aquello que atañe a nuevas preocupaciones, nueva terminología, nuevas patologías y dolores de los sujetos-pacientes. Esto nos llevó a una inmersión al problema menos turbia para avanzar sin alejar los conceptos de la realidad concreta contemporánea, más bien hacerlos vivir, moverse, gritar para escucharlos. Esto logra permitirnos el acercamiento a dichas formas de control, las maneras de actuar de los sujetos, las creencias, la sumisión disfrazada de libertad, la incertidumbre, inseguridad y vacío, de éxito.

La llamada “libertad de elección” es parte fundamental de esto y, además, nutre las nuevas formas de conducta de los sujetos, apoyadas por el Estado. Un campo importante para el capitalismo neoliberal, es la cultura, la educación y los *think tanks*. Se transforman las necesidades básicas en metas personales, de superación y éxito. El conocido *management* busca captar energías individuales; “un régimen de autodisciplina que manipula las instancias psíquicas del deseo y de la culpabilización. Se trata de movilizar la aspiración a la «realización de sí» al servicio de la empresa, haciendo recaer la responsabilidad del cumplimiento de los objetivos únicamente en el individuo. Esto tiene, por supuesto, un coste psíquico elevado para cada individuo” (Laval y Dardot, 2013: 231). Los malos estudiantes, los obesos, los pobres, son los únicos responsables de su suerte al haber tomado malas decisiones y cálculos, según la racionalidad neoliberal. La colectividad es sustituida por la

“solidaridad” como ayuda a los excluidos del sistema dominante hasta el punto de introyectar un modo de vida como si fuera una empresa y, así, toda esfera de la vida de los sujetos sin cuestionamiento hacia factores externos o más poderosos que la vida singular misma.

Incluso, podemos hacer referencia a Jorge Alemán respecto al término “resiliencia” –que suele escucharse ante diversas circunstancias actuales–, al cual considera nefasto, dado que

revela de un modo privilegiado las exigencias *superyoicas*³⁰ del modo de producción de subjetividad neoliberal. El famoso término en absoluto es un elogio del coraje implicado en el deseo, más bien demanda una sumisión despolitizada al siguiente mandato: hagan lo que hagan contigo, vamos a premiar que lo soportes y haremos de esto una cualidad que te designa. Es un término hecho a la medida exacta del nuevo capitalismo que reclama que por abstracta y opaca que sea la fuerza que siempre te pide más, la virtud reside en quien se somete a ella, expresando la voracidad superyoica del neoliberalismo. Lo que evoca y vuelve indispensable la precisa indicación de Gramsci llamando a no confundir nunca optimismo con entusiasmo (Alemán, 2019: 73-74).

Estas nuevas formas de dominación se vuelven más ocultas que las descritas por Foucault respecto a la sociedad disciplinaria y se nutren mediante la “seducción e ideologización del consumo y la manipulación de los deseos y emociones” (Campuzano, 2020: 46). Ya no es sólo hacer del cuerpo una máquina de producción, creando sujetos obedientes a través de un poder negativo, normativo. Byung-Chul Han considera que el control del capitalismo neoliberal recurre a la positividad de la seducción narcisista, esto a través de la *psicopolítica* como una técnica de dominación del capitalismo neoliberal que estabiliza y reproduce el sistema dominante por medio de una programación y control psicológicos (*Ibíd.*: 48). Sin embargo, de acuerdo con Mario Campuzano, resulta necesario aclarar lo siguiente:

³⁰ Superyó (*Uber-Ich*); “Una de las instancias de la personalidad, descrita por Freud en su segunda teoría (o segunda tópica) del aparato psíquico: su función es comparada a la de un juez o censor con respecto al yo. Freud considera la consciencia moral, la auto-observación, la formación de ideales, como funciones del superyó.”; Laplanche, Jean y Jean-Bertrand Pontalis (2014), *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Barcelona.

El grado de penetración de estas nuevas modalidades de control social, aunque tienden a ser generalizadas, varía de acuerdo al grado de desarrollo del país, del ámbito en que se trabaje y de la clase social a la que se pertenezca. El sujeto narcisista del rendimiento requiere de ámbitos que lo favorezcan y se da especialmente entre los ejecutivos altos y medios de las grandes compañías nacionales y transnacionales. Ahí se promueve esta ideología de manera formal en los cursos de capacitación y de manera informal en la organización del trabajo, donde tiene un lugar relevante el uso creciente del *home office* (*Ibíd.*: 50).

Hoy en día estas manifestaciones tienden a absorber a todas las clases, niños y adultos. Aun reconociendo que muchas veces se habla desde Occidente y que las condiciones en Latinoamérica y México en particular son muy diferentes, notamos similitudes sobre todo en las clases medias de las ciudades, incluso en sectores más bajos la ilusión de éxito como correlato de la competencia individualista comienza a crecer, tal como lo desarrollaremos en el tercer capítulo.

En un tono similar y crítico, el pensador británico Mark Fisher (2019) plantea el término *realismo capitalista* como la idea hegemónica que nos ha sido vendida e implantada, esto es que el capitalismo es el único sistema viable y que, además, es imposible imaginar alternativas al mismo. En este sentido, los neoliberales son, por excelencia, realistas capitalistas que, incluida la dimensión subjetiva, asignan valor monetario a objetos culturales, ya se trate de iconografía religiosa, de arte, de pornografía o, incluso, de *El Capital* de Marx. Absorbidos estos objetos, sujetos, psique, el mismo valor de uso, a una racionalidad que pretende aparecer como totalizadora, “el realismo es análogo a la perspectiva desesperanzada de un depresivo que cree que cualquier creencia en una mejora, cualquier esperanza, no es más que una ilusión peligrosa”³¹ (Fisher, 2019). Paradójicamente, nosotros vemos que, junto

³¹ Vale la pena retomar en este punto la cita que Mark Fisher hace de Alain Badiou respecto al sistema dominante y la contradicción que vivimos, porque “se nos presenta como si fuera algo perfecto, un estado de cosas brutal y profundamente desigual en el que toda existencia se somete a ser evaluada en términos puramente monetarios. Pero, para justificar su conservadurismo, los partidarios del orden establecido no pueden en realidad describirlo como perfecto o maravilloso. Por eso prefieren venir a decirnos que todo lo demás fue, es o sería horrible. Por supuesto, nos dicen, no vivimos en un estado de Bien ideal, pero tenemos la suerte de no vivir en un estado de Mal mortal. Nuestra democracia puede no ser perfecta, pero es mejor que una dictadura sangrienta. El capitalismo puede ser injusto, pero no es el estalinismo criminal. Millones de africanos mueren de sida, pero no permitimos el nacionalismo racista del estilo de Milošević. Matamos iraníes desde nuestros aviones, pero no les cortamos la garganta con un machete como hacen en Ruanda, etc.” (en Fisher, 2019: 26).

a las depresiones desesperanzadas, caminan de la mano las ilusiones que pueden ser dramáticas, fatigantes y, por más peligrosas que parezcan, se siguen cual paraíso prometido, cueste lo que cueste. Una paradoja del dolor reproductor de la sociedad y destructor de los sujetos mismos.

Hoy en día –y de manera casi generalizada– el horizonte de lo pensable lo ocupa el capitalismo, como si penetrara cada intersticio de lo inconsciente, modelando hasta su destrucción los deseos, los proyectos de vida y las esperanzas. Como ejemplo, sólo habría que observar “el establecimiento de zonas culturales ‘alternativas’ o ‘independientes’ que repiten interminablemente los más viejos gestos de rebelión y confrontación con el entusiasmo de una primera vez. ‘Alternativo’, ‘independiente’ y otros conceptos similares no designan nada externo a la cultura mainstream³²; más bien, se trata de estilos, y de hecho de estilos dominantes, al interior del mainstream” (*Ibíd.*: 31).

Podríamos decir que, de acuerdo con el autor británico, el capitalismo es tanto sumamente impersonal e hiperabstracto, como, al mismo tiempo, no sería nada sin nuestra cooperación. Sin embargo, no se trata de hacer una apología del sufrimiento que genera el sistema dominante, sus lógicas y dinámicas. No se trata de poner el énfasis únicamente en el sufrimiento que implica el capitalismo, ya que caeríamos en el riesgo de reforzar el dominio, suponiendo que el hambre, la pobreza, la tristeza, la incertidumbre, son inevitables de la realidad y nuestra esperanza acabaría como un utopismo ingenuo dentro de la instalación exitosa de una “ontología de negocios”, en la que la sociedad debe administrarse como empresa. Se trata de evidenciar y, en la medida de lo posible, hacer consciente el escenario socio-histórico, económico y subjetivo en el que vivimos y cómo éste contiene elementos que ejercen fuertes efectos sobre nosotros. Por ejemplo, en grupos fuera de la familia, como amigos, compañeros de escuela o de trabajo en los cuales se desarrollan los sujetos cotidianamente, hoy en día se presenta una mayor injerencia de los medios de comunicación, imponiendo las exigencias del sistema dominante, y esta injerencia

³² Tendencia mayoritaria, convencional, dominante dentro de la cultura de masas expandida y difundida por los medios de comunicación masiva.

puede generar “espacios de incertidumbre, amenaza y desafío que generan movilización emocional con angustias de desempeño³³ y persecutorias” (Campuzano, 2020: 51). Incluso podemos agregar, desde el lenguaje del psicoanálisis, de ansiedades de castración muy fuertes e imponentes, relacionadas no sólo con las demandas dominantes, sino también con un Superyó severo. De éstas y otras afecciones, trastornos y patologías, hablaremos más adelante.

Desde nuestro país, Irmgard Emmelhainz (2016) nos dice que la política neoliberal ha sido legitimada a través del ahuecamiento de las instituciones estatales para servir a los intereses del capital global en nombre del desarrollo y crecimiento económico. Se han aplicado reformas que implican una forma de capitalismo depredador entre cuyos daños están las redes de seguridad y lazos sociales, un darwinismo social para someter a los ciudadanos y legitimar una política de exclusión y violencia. Todo acompañado de mecanismos que trabajan desde el interior de las subjetividades convirtiéndose en sentido común que rige todas las áreas de la vida.

Exigencias sociales e insatisfacción

Nos hemos sumergido, hasta donde nos es posible aquí, en el capitalismo neoliberal y los escenarios contemporáneos que pueden ir desde lo “económico hasta lo tecnológico, de lo político a las formas de subjetivación, de lo crítico cultural a los horizontes que se abren o cierran delante nuestro, de la construcción de sentido común a la reinención de lenguas emancipatorias, de la ficción libertaria del individuo liberal a la consumación del ciudadano-consumidor” (Forster, 2019:8).

Considerado lo expuesto, resulta inevitable considerar las condiciones de aquello que llamamos trabajo en las primeras décadas del siglo XXI. Nos referimos, sin duda, a las tecnologías digitales y su repercusión dentro del proceso laboral en términos de concepción-ejecución. Las máquinas comienzan a jugar un papel de

³³ Este término es usado en psiquiatría y en sexología (en donde se presenta como una de las causas de disfunción eréctil), pero sirve para describir las angustias que los sujetos experimentan ante las exigencias de superación y rendimiento personal-individual y se convierte en angustia inhibitoria ante el temor de no poder lograr un desempeño pleno, adecuado y exitoso en aquello que se pretenda realizar.

trabajo manual y aquel que produce valor es el trabajo mental. De acuerdo con Franco Berardi (2012), la “digitalización del proceso de trabajo ha igualado a todos los trabajos desde el punto de vista físico y ergonómico. Todos hacemos la misma cosa: nos sentamos delante de una pantalla y pulsamos las teclas de una computadora, y nuestra actividad es transformada por la concatenación de máquinas en un proyecto arquitectónico...” (pp. 94-95). Aun considerando las diferentes características en cada país, clase, condición, es posible visibilizar la tendencia hacia esas formas de transformación dominante del trabajo en cada esfera de la vida en ámbitos urbanos.

Sin embargo, consideramos necesario hacer mención de algunos puntos esenciales para continuar nuestra exposición. Hemos hecho hincapié en los efectos de los mecanismos del neoliberalismo dentro de los ámbitos materiales y subjetivos de la sociedad; penetrando cada intersticio de la vida social, anímica y psíquica de los sujetos. Importante, en este punto como en muchos otros, no olvidar que hablamos de una fase del sistema capitalista y sus determinadas formas de producción. Anselm Jappe ya nos advertía sobre la relación sujeto-objeto dentro de la lógica del fetichismo; la socialización y la subjetividad aparecen sometidas al movimiento de las cosas y los sujetos –siguiendo a Marx–, son relaciones objetivadas y no solamente autoconsciencia o disponer de sí-mismo. Nos encontramos con la objetivación del sujeto.

Del hecho de que los seres humanos son quienes producen las mercancías, Marx decía que «no lo saben, pero lo hacen»; frase que encierra la complejidad de la relación de los sujetos y el trabajo en el capitalismo. El *fetichismo de la mercancía* de Marx –de acuerdo con Forster a través de Jappe– resulta fundamental para una aproximación a lo que algunos llaman ciudadano-consumidor:

La figura fantasmagórica de la mercancía abandona el terreno del intercambio, de la forma económica, para introducirse en la interioridad del sujeto al punto de configurar la imagen del mundo que éste cree construir desde su autonomía. Lo que irradia la estructura de la mercancía es una radical inversión de la realidad, llevando al sujeto a confundir su decisión con la fuerza activa de lo que, siendo un objeto, ha sido transformado, en tanto valor de cambio, en el *locus* de la verdad. El sujeto ve a

través de la mercancía, sus ojos son los del deseo que se forja en la cosa portadora de una capacidad formidable de seducción. En ese juego que invierte las relaciones materiales y hace prevalecer la ficción fantasmagórica, lo que acaba por emerger es un sujeto sujetado por lazos invisibles que determinan su modo de entender la sociedad (Forster, 2019: 171-172).

Es decir, por ejemplo, que el sujeto imaginado por la Ilustración como autónomo, emancipado, “mayor de edad”, se convierte, a fin de cuentas, en un sujeto automático. El sujeto, si se siente autónomo actualmente, no significaría más que el hecho de dejarse llevar por un automatismo de mercado y el trabajo abstracto, del consumo compulsivo “libre” y la supuesta satisfacción inmediata de su falta. La promesa de felicidad y de goce no radica más que en la fantasía, tal como refuerza la publicidad³⁴. En este sentido, los sujetos-ciudadanos-consumidores no constituyen una potencia emancipadora o transformadora, sino “el momento más oscuro de la aventura humana por alcanzar la autodeterminación”, en donde se expande el mercado de consumidores “transformando a millones de pobres en nueva y frágil clase media” (*Ibíd.*: 176). Una exposición narcisista de los sujetos arrojados al goce y a una irrefrenable compulsión de alcanzarlo. Los sujetos imaginan ser libres de decidir la vida que desean sin saber que hay otros que diseñan sus deseos y la vida misma que anhelan; si agregamos los efectos de la tecnología digital, los algoritmos y las redes sociales, nos enfrentamos a una mayor complejidad.

En relación con lo anterior, somos testigos de la percepción que los sujetos inmersos en las “nuevas formas de trabajo” entrelazan con las mismas y, al final del turbio proceso de interiorización de las exigencias dominantes de optimización, consideran el trabajo como una parte esencial de su vida. La jornada laboral en términos de trabajo industrial, ya no es una “muerte temporal” (Berardi, 2012: 95)

³⁴ En el mismo lugar, Forster (2019) nos aclara que “es imprescindible destacar la relación que, desde un comienzo, se establece entre la nada y la mercancía, esa búsqueda frenética por alcanzar, a través del consumo incesante de objetos prometedores, la satisfacción que, nuevamente, se verá aplazada. Carrera alucinada en la que la meta es el vacío, un hueco que nos devuelve el sonido de la nada y que nos relanza hacia una nueva experiencia de la nihilidad inherente al reino fantasmagórico de las mercancías. Quimera que envuelve la vida cotidiana de una sociedad que siempre está apuntando «más allá de sí misma», como queriendo alcanzar una trascendencia que venía anunciada desde los antiguos lenguajes religiosos, pero que en la época de la secularización adquiere la fisonomía pagana e idolátrica de la mercancía” (p: 174).

de la que el obrero resucitaba, en la medida de lo posible, al finalizar el día. Ahora la empresa aparece como acción libre –a diferencia del trabajo entendido como ejecución y repetición– y se convierte en el núcleo donde se introduce el deseo de los sujetos para ser procesado; es decir, no solamente se trata de una cuestión económica, sino también psíquica y afectiva. Ya dijimos que nuestra posición sostiene que el deseo está desdibujado, obturado, débil bajo el imperativo de satisfacción inmediata.

Durante las últimas décadas, la sociedad –sobre todo en espacios urbanizados– ha sido cuna de relaciones sin humanidad empática-colectiva y sin placer; la existencia deteriorada sustituye placeres corporales con identificaciones artificiales, solidificadas, es decir, encaminadas a la clausura del sujeto y su petrificación narcisista, como argumentaremos en nuestra investigación. Ahora se engrandece en la escena social –según Berardi– una des-erotización de la vida cotidiana cuya consecuencia es

la inversión del deseo en el trabajo, entendido como único lugar de confirmación narcisista para una individualidad acostumbrada a concebir al otro según las reglas de la competición; es decir: como un peligro, un empobrecimiento, una limitación, más que como experiencia, placer y enriquecimiento. El efecto que se ha determinado en la vida cotidiana, en las últimas décadas, es el de una desolidarización generalizada. El imperativo de la competición se ha vuelto dominante en el trabajo, en la comunicación, en la cultura, a través de una sistemática transformación del otro en competidor y por tanto en enemigo (*Ibíd.*: 98-99).

En la esfera individual, si dedicamos más tiempo al proceso de adquisición de los medios para consumir, paralelamente tenemos menos tiempo para disfrutar del mundo que nos rodea y tenemos disponible. Es decir que cuanto “más invertimos nuestras energías nerviosas en la adquisición de poder de compra, tanto menos podemos invertir las en el disfrute” (*Ibíd.*: 100).

Actualmente nos encontramos con diversos tipos de economía, es decir, materiales e inmateriales; con posturas ideológico-políticas que parecen pasadas enfrentándose hoy en día a lenguajes virtuales efímeros, a relaciones efímeras con la

vida cotidiana y la digitalización del mundo que, inevitablemente, tiene consecuencias tanto subjetivas como en las nuevas formas de dominación de las que hemos hablado. Por ejemplo, la racionalidad neoliberal y sus dispositivos se han reappropriado de prácticas, actitudes, sentimientos de las expresiones contraculturales de los años 60 y, aun considerando lo que Immanuel Wallerstein denominó la *revolución cultural mundial* de 1968 con toda su importancia y valor global, el sistema dominante lo ha usado como combustible para la imposición de condiciones favorables a las transformaciones que requiere. Podríamos decir, de acuerdo con Ricardo Forster, que el neoliberalismo persigue una utopía autodestructiva³⁵ pero que aparenta estar estructurada como un invernadero que protege de tormentas que el mismo sistema genera.

Hoy en día, presenciamos las exigencias que el capitalismo hace a las empresas, es decir, la búsqueda constante de caminos que conduzcan a una mayor obtención de ganancias, nuevos mercados y nuevas formas de explotación. En este caso, la llamada “economía digital”, según Nick Srnicek (2019), tiene que ver con los negocios que dependen cada vez más de la tecnología de la información, datos³⁶ e Internet. Actualmente, nos dice el autor, emerge un nuevo modelo de negocios y tipo de compañía: la plataforma. De manera general, las plataformas son infraestructuras digitales que permiten que dos o más grupos interactúen y reúnen a diferentes usuarios como “clientes, anunciantes, proveedores de servicios, productores, distribuidores e incluso objetos físicos” (pp. 45). Después de la crisis de 2008, se presentó un ascenso de la tecnología expresado, por ejemplo, en la automatización,

³⁵ De acuerdo con Jorge Alemán (2019), el “capitalismo solo quiere morir a su manera y por ello, en su modalidad específica de extinción, se ponen en juego distintos imperativos de «goce», de modos de satisfacción, que permiten entender que el neoliberalismo no solo somete, sino que también –y esto de modo agudo y particular– establece dependencias, marcos de conducta, encuadramientos mentales y corporales, donde la subjetividad queda inscripta en una nueva versión de distintos modos de servidumbre. Incluso en un apego apasionado a la misma” (p. 27).

³⁶ Los datos –según la argumentación de Srnicek– son el tipo particular de materia prima del capitalismo del siglo XXI. Los datos son la materia prima a extraer y las actividades de los usuarios, la fuente natural de esta materia prima; “los datos han llegado a servir a varias funciones capitalistas clave: educan y dan ventaja competitiva a los algoritmos; habilitan la coordinación y la deslocalización de los trabajadores; permiten la optimización y la flexibilidad de los procesos productivos; hacen posible la transformación de productos de bajo margen en servicios de alto margen; y el análisis de datos es en sí mismo generador de datos [...], era quizás inevitable que esta materia prima llegase a representar un vasto nuevo recurso” (Srnicek, 2019: 44).

la llamada economía compartida, la Internet de las cosas. Incluso se habló de un cambio de paradigma, de una cuarta revolución industrial según un ejecutivo del Foro Económico Mundial y, además, fue comparado ridículamente con el Iluminismo.

De acuerdo con Srnicek, algunos teóricos sostienen que vivimos una economía cognitiva, o informacional, o de conocimiento, o inmaterial. Nuestro autor nos dice que, en términos del autonomismo italiano, esto correspondería al *general intellect*, en el cual la cooperación colectiva y el conocimiento se vuelven fuente de valor, lo que implica, a su vez, que el proceso laboral se vuelve cada vez más inmaterial y se orienta paulatinamente al uso de símbolos y afectos. De esta manera, se considera que la clase tradicional trabajadora industrial se encuentra en proceso de reemplazo por un “*cognitariado*” o trabajadores del conocimiento. Para Srnicek, la desindustrialización de las economías de altos ingresos “implica que *el producto del trabajo se vuelve inmaterial*: contenido cultural, conocimientos, afectos y servicios. Esto incluye el contenido de medios como YouTube y blogs, así como también contribuciones más amplias en forma de creación de sitios web, participación en foros online y producción de software” (*Ibíd.*: 41).

Hay quienes consideran que la economía está dominada por una nueva clase propietaria de la información más que de los medios de producción, sin embargo, dicha perspectiva se extravía cuando colocan a esta clase fuera del capitalismo, puesto que las empresas y las compañías no dejan de ser capitalistas, aunque con el plus mencionado concerniente a los datos y las plataformas utilizadas de manera creciente y con un cada vez mayor acceso para la población mundial.

Pareciera ser el sector más dinámico de la economía contemporánea y en el que, supuestamente, emerge innovación constante y dirige el crecimiento económico hacia adelante. Sobre todo, “a la economía digital se la presenta como un ideal que puede legitimar más ampliamente el capitalismo contemporáneo. La economía digital se está volviendo un modelo hegemónico: las ciudades tienen que volverse inteligentes, los negocios deben ser disruptivos, los trabajadores tienen que ser flexibles y los gobiernos deben ser austeros y capaces” (*Ibíd.*: 13). Es posible hablar de las tecnologías como inauguradoras de un nuevo régimen de acumulación e,

incluso, como continuadoras de regímenes anteriores. Esa consideración, para el autor, marca la diferencia.

Como ejemplo del crecimiento de este tipo de economía y sus dinámicas formas de crecimiento y control, podemos mencionar a la plataforma de búsqueda Google en la que se expresan los deseos fluctuantes de los sujetos; Uber transformó la industria de los taxis en una forma digital con datos sobre el tráfico e información de conductores y usuarios; o Facebook como plataforma de redes sociales que introduce una gran variedad de interacciones sociales íntimas y las registra. Es una dinámica expresada en: “más usuarios generan más usuarios, lo que lleva a que las plataformas tengan una tendencia natural a la monopolización” (*Ibíd.*: 47). Las ganancias generadas por dichas plataformas se encuentran en relación con una sencilla cuestión: los usuarios son trabajadores no asalariados que producen bienes (datos y contenidos), los cuales son registrados, tomados y vendidos por las compañías involucradas a los anunciantes y otros interesados³⁷.

Una cuestión importante aquí es si podemos llamar trabajo a lo expuesto arriba. Quizás la relevancia entre si es o no trabajo gratis tenga que ver con las consecuencias que traen consigo nuestras actividades –tanto de usuarios como de instituciones– y, en el ámbito digital, cómo las plataformas publicitarias se apropian de datos como su materia prima. Cada vez que los sujetos navegan en internet, son rastreados mediante las llamadas *cookies*, entre otros mecanismos, y la información recabada de cada persona se hace cada vez más valiosa para las plataformas publicitarias y los anunciantes. Nos encontramos aquí con un capitalismo vigilante que requiere del análisis de esa información y datos para, así, obtener conocimiento interno y conexión con consumidores potenciales, lo que conlleva un mayor potencial de ganancias. Sin embargo, ese tipo de análisis no es el objetivo de este trabajo y no habría espacio suficiente, por lo cual nos limitamos únicamente a hacer

³⁷ Srnicek (2019) encuentra en esta explicación varios problemas y reclamos metafísicos: “*Toda interacción social se vuelve trabajo gratis para el capitalismo, y nos empezamos a preocupar de que no hay salida para el capitalismo [...] No todas nuestras interacciones sociales –y ni siquiera la mayor parte– están cooptadas por un sistema de generación de ganancias. De hecho, una de las razones por las cuales las empresas tienen que competir para construir plataformas es que la mayor parte de nuestras interacciones sociales no entran en procesos de valorización. Si todas nuestras interacciones estuvieran capturadas por la valorización capitalista, es difícil ver por qué habría una necesidad de construir el aparato extractivo de las plataformas*” (pp. 54).

mención de estos elementos y sus características como parte innegable de nuestra cotidianidad.

Las compañías de las que hemos hecho mención son famosas, además, por la subcontratación. Bajo su lógica, esto les permite ahorrar un buen porcentaje de costos laborales recortando prestaciones, horas extra, solicitudes de falta por enfermedad; incluso, “este proceso llevó a formas alternativas de control vía sistemas de reputación, que a menudo transmiten las tendencias racistas y de género de la sociedad” (*Ibíd.*: 72-73). Lo digital, desde el análisis del filósofo francés Éric Sadin (2020), aparece como una potencia *aletheica*, consagrada a exponer la verdad en el sentido de la filosofía griega, es decir como develamiento o manifestación de la realidad de los fenómenos y no sólo reducido a sus apariencias. La *tecnología*, escrita así por el filósofo francés, ya no simplemente versa sobre la técnica, sino que ahora profiere el verbo, el *logos*, y constituye una característica de lo que llamamos actualmente inteligencia artificial, que determina funciones.

En este punto nos acercamos a otro tema sumamente complejo y que, más adelante, intentaremos abarcar al hablar de psicopatologías y efectos subjetivos de nuestra sociedad actual. Ahora nos referimos a que las ciencias algorítmicas avanzan en un camino antropomórfico; estamos en un momento antropomórfico de la técnica³⁸. Hoy en día, las tecnologías digitales marcan los tiempos de nuestras existencias e imponen un ritmo a la época. No hace falta ir más lejos para vislumbrar esto que recordar a Stephen Hawking, con cierto aire catastrófico, diciendo que la inteligencia artificial erradicaría la raza humana; sin embargo, existen ejemplos más concretos al respecto. Nos referimos a las declaraciones de Elon Musk en 2017, junto a más de cien ingenieros e industriales, advirtiéndolo a la Organización de las Naciones

³⁸ Sadin (2020) plantea lo siguiente: “Lo que hoy hace específicas a un número creciente de arquitecturas computacionales es que sus modelos son el cerebro humano, que suponemos que encarna una forma organizacional y sistémica perfecta del tratamiento de la información y de la aprehensión de lo real. La estructura del cerebro, hecha de neuronas, de sinapsis, de conductores eléctricos, de redes de transmisión, se convierte en el parangón a duplicar [...], se constituye un léxico completo que toma prestados elementos del registro de las ciencias cognitivas sin vergüenza alguna ni preocupación por la precisión terminológica. Se evocan chips ‘sinápticos’, ‘neurofórmicos’, ‘redes de neuronas artificiales’, ‘procesadores neuronales’. Lo que de ahora en más se presenta como el nuevo grial tecnocientífico a alcanzar es lograr asignar a los sistemas una contextura supuestamente análoga a la de nuestro cerebro” (pp. 18-19).

Unidas que la carrera hacia la superioridad de los Estados Unidos de América en inteligencia artificial podría llevar a una tercera guerra mundial.

Asimismo, Mark Zuckerberg –fundador de Facebook– no comparte ese “alarmismo”; más bien piensa en ciertas comunidades en las que se conocerán profundamente las aspiraciones de los sujetos tanto como de sus comportamientos y deseos (en Sadin, 2020)). No obstante, de acuerdo con nuestro autor, son *palabras ineptas*, dado que estas personas trabajan en la creación y expansión de las mencionadas tecnologías, invirtiendo con fondos poderosos e intentando aplastar la competencia, lo que expresa una “esquizofrenia patente, así como cierta mala consciencia que, cada tanto, no parecen poder contener” (*Ibíd.*:28).

Todo esto quiere decir, en buena medida, que *lo digital* puede llegar a orientar los comportamientos, los deseos, con marcos de existencia tanto individual como colectiva, apareciendo como la mejor opción y un nuevo orden. Bajo estas problemáticas, uno de los argumentos de Éric Sadin, merece ser expuesto, a saber:

Hay una irreductibilidad de la vida como hay una irreductibilidad de la inteligencia humana porque ambas son refractarias a toda definición circunscrita y a toda categorización cristalizada, así como hay una irreductibilidad de nuestros afectos, que se resisten a todo intento de esquematización total. De ningún modo nos enfrentamos con una réplica de nuestra inteligencia, ni siquiera parcial, sino que estamos ante un abuso del lenguaje que nos hace creer que esta inteligencia estaría naturalmente habilitada para sustituir a la nuestra con la finalidad de asegurar una mejor conducción de nuestros asuntos. En verdad, se trata más precisamente de un *modo de racionalidad* basado en esquemas restrictivos y que apuntan a satisfacer todo tipo de intereses (*Ibíd.*: 36-37).

Estamos presenciando cambios sustanciales que deben ser tomados en cuenta y captados por la izquierda (o izquierdas) del siglo XXI. Resultará importante dejar de otorgarle a dicha racionalidad el monopolio de nuestras existencias que pretende cierta perfección, pues somos una diversidad de sujetos y ante una incertidumbre fundamental de la vida como la sobrevivencia ante las condiciones concretas imperantes. Quizás esta sea una de las luchas que no debemos dejar de lado en nuestros días.

Aun así, consideramos aquí que, efectivamente, no es tan simple. Tomando en cuenta lo expuesto y los elementos que se encuentran en juego, ¿cómo es que no en todas partes se despiertan más movilizaciones ante la narcosis y renunciaciones colectivas por la individualidad competitiva que rinde día y noche a través de experiencias impersonales? La teoría crítica debe ampliar sus análisis a los estragos del uso indiscriminado y acrítico-apolítico –en muchos casos– de la tecnología digital en los sujetos y la sociedad, tanto como a sus manifestaciones concretas: sujetos del rendimiento, insatisfacción, psicopatologías, quiebre de relaciones personales, sufrimiento y auto-responsabilización por las condiciones que cada sujeto experimenta sin cuestionar las exigencias que el discurso dominante siembra en cada uno de nosotros.

Los poderes económicos, tecnológicos, industriales, en complicidad con buena parte de políticos e, incluso, universitarios, intelectuales y científicos, propagan un antihumanismo radical con la pretensión de presentarse sobre todas las esferas de la vida y su reproducción; aún sobre las subjetividades y el daño constante hacia éstas. Por ello, consideramos aquí que es importante pensar, analizar, criticar los efectos que todo esto tiene sobre nuestra existencia, su sustrato ideológico y la dimensión psicológica, “incluso cuasi neurótica que se expresa en la aspiración a erigir una ‘inteligencia artificial’” (*Ibíd.*:42). Al mismo tiempo que observamos las iniciativas de los llamados “emprendedores” que, además, representan a la mínima parte del mundo multi millonaria, se espera que sean celebrados por avances supuestamente en pro de la humanidad; sin embargo, dentro de lo planteado aquí, es igualmente considerable que nos encaminamos a más formas de apatía y a la castración de nuestro poder de actuar o hacer. Comenzar a entender eso es un paso para la creación de estrategias para transformarnos y a la sociedad. ¿En qué?; eso está en juego.

III. SUFRIMIENTO PSICO-SOCIAL

Sujetos del rendimiento. Sujetos del sufrimiento

¿Cómo puede ser que tantas personas, especialmente aquellas que se tienen por espíritus críticos, inconformistas, experimentadas anticapitalistas o similares, realicen en su vida cotidiana, a veces de manera tan clara y lapidaria, el neoliberalismo? ¿No se convierten precisamente, por su supuesta posición crítica frente a la sociedad, en la vanguardia de una sociedad del rendimiento neoliberal sin límites? La respuesta no es fácil, pero hay que buscarla, si no queremos quedarnos en repetir tontamente la frase de Adorno que dice «no cabe la vida justa en la vida falsa».

Oliver Nachtwey, *La sociedad del rendimiento*. Prólogo

Ahora veremos las formas en que la sociedad actual nos confiere determinadas tareas que no consideran más realización que a través del individualismo, la autosuperación, el cálculo y las capacidades humanas posibles que ya no tienen que ver con la colectividad, ni siquiera con apoyo de las amistades o la creación de las mismas. Se trata de acrecentar las probabilidades de éxito personal y económico bajo una idea de planificación egoísta que pretende alcanzar la zanahoria que han colgado sobre las narices de los sujetos; aunque puede haber diferencias entre clases sociales, es algo que, reiteramos, se pretende universalizar. Sin embargo, esto no es todo; la inalcanzable satisfacción –desde el psicoanálisis, además, los sujetos nunca llegarán a la satisfacción total– trae consigo malestares, sufrimientos, psicopatologías relacionadas con las dinámicas y las exigencias que se imponen día a día. Así, nuestro planteamiento dialogará con otras y otros pensadores, pero sosteniendo la crisis del deseo bajo el dominio del goce y cómo los sufrimientos psíquicos terminan siendo también objeto del mercado capitalista y su inserción en las dinámicas reproductoras de las relaciones sociales dominantes.

Podemos comenzar este apartado poniendo énfasis en lo que Sebastian Friedrich (2018) y otros colaboradores llaman “sociedad del rendimiento” [*Leistungsgesellschaft*], lo cual implica poner de relieve que las lógicas dominantes de búsqueda de provecho, beneficio, éxito, se han convertido en norma, se han naturalizado y, por otra parte, la “optimización de sí mismo” [*Selbstoptimierung*],

en la cual los procesos que conllevan los esfuerzos anteriormente mencionados se internalizan en la propia gestión de la vida, ordenándola de acuerdo a ciertos patrones. Por ejemplo, el incremento del narcisismo de los sujetos que anula poco a poco la empatía y exalta el individualismo, la competitividad diaria que impide fortalecer lazos colectivos, la absorción de información ilimitada no digerida que, a fin de cuentas, resulta en la ignorancia de problemas y fenómenos sociales más allá de su esfera personal, despolitizando al sujeto, generando una sensación de vacío.

En términos de la cotidianidad, Felix Klopotek (en Friedrich, 2018) analiza estas cuestiones y expone que la optimización de sí mismo atañe a personas insatisfechas que sufren las normas sociales tales como la belleza estereotipada o el significado de la eficiencia en estos tiempos, personas “para las que, al mismo tiempo, ciertas estrategias de optimización de sí mismo –el entrenamiento de los pensamientos, la concentración en uno mismo, el mantra del énfasis en las partes positivas de la personalidad propia– suponen un alivio. Aquello que se sufre es también lo que ayuda a superar el sufrimiento.” (Klopotek en Friedrich, 2018: 99). Esta optimización refiere a una idea y representación del Yo, entendido éste, en los términos de Felix Klopotek, como el núcleo de la personalidad, poder y coordinación del sujeto. A este Yo se le aplica la optimización a la manera de un aparato o producción, como si se tratara de una internalización automática que contiene en sí las imposiciones de rendimiento externas.

Sin embargo, nosotros agregamos aquí que el Yo no es “dueño de su propia casa”, es decir que el Yo no es la fortaleza de lo consciente y las acciones de los sujetos. El Yo está implicado con lo inconsciente, con el Superyó y las exigencias de la realidad, por lo tanto, hay elementos inconscientes en esta instancia psíquica. Entonces, el rendimiento y la optimización en los sujetos contienen tintes inconscientes que aparecen como racionalidad en el seguimiento de los imperativos del discurso capitalista actual.

De acuerdo con el autor citado, dicha optimización es un proceso objetivo de mediación de poder y, por lo tanto, de dependencia; sin embargo,

[l]o complicado es que el proceso discurre de forma interna –interiorizamos algo, cerramos el proceso con nosotros mismos; parece algo extremadamente individual–

y que para ello necesitamos condiciones objetivas –da igual si se trata de un reloj de Apple o un espacio de *coworking*, un vale de un seguro de salud o la apertura de un restaurante de hamburguesas veganas en el barrio, un acceso fácil a Ritalín o la introducción de unos horarios laborales basados en la confianza en la oficina–. Así, descifrar estas condiciones es algo que se ve frustrado por el hecho de que inicia un proceso que aparece como propio, que en cierto modo brota de nosotros mismos y fluye de vuelta a nuestro Yo (*Ibíd.*: 100).

Esta compleja situación tiene que ver tanto con nuestras formas de racionalidad, como con nuestras formas de producción. La optimización de sí mismo se acopla a las mercancías y, al mismo tiempo, se convierte en mercancía; en algo completamente funcional a la reproducción de las lógicas sistémicas. Hemos expuesto ya, en el apartado anterior, que buena parte de los sujetos en esta sociedad se convierte en emprendedora de sí misma –como Foucault había advertido en el curso impartido en el *Collège de France* “Nacimiento de la biopolítica”–; se crea un Yo empresarial. Esto pretende una “revalorización del sujeto –de la trabajadora o empleada, a la empresaria, en propio interés–, el aumento de las posibilidades de control, la individualización, o mejor, aislamiento, la centralidad de las técnicas del Yo como la responsabilidad sobre uno mismo, la capacidad de decisión, la espontaneidad, la ambición de dominio, las habilidades grupales” (*Ibíd.*: 114); aunque es importante aclarar que los grupos o equipos en este sentido no son un colectivo o comunidad; son actores independientes en competencia, donde se presenta un autoengaño que consiste en confundir la supuesta ausencia de jefes y jerarquías con la ausencia de coacción. Los sujetos, incluso, llegan a desvalorizarse en el mismo momento en que se vuelven autómatas individualizados, obligados a diversas formas de trabajo que no dejan de contener la lógica del sistema capitalista.

Como intentamos vislumbrar, la complejidad de nuestras sociedades es profunda, evidentemente, pero la de los sujetos y su psiquismo lo es aún más; agregando un sistema que no sólo está implicado en la sociedad, sus formas de producción, el trabajo, la economía, sino que ahora penetra hasta en la mente y los deseos –debilitándolos–, en las formas de vivir con la complicidad de las tecnologías. Pensamos provocativa una frase de Mark Fisher adecuada a nuestra época: “El capital es un parásito abstracto, un gigantesco vampiro, un hacedor de zombies; pero

la carne fresca que convierte en trabajo muerto es la nuestra y los zombies que genera somos nosotros mismos” (Fisher, 2019: 39). Muchos de los chantajes ideológicos se han esforzado por cultivar sujetos acríticos convencidos hasta la ingenuidad de que aquellos solidarios, compartidos y compasivos, terminarán con la pobreza y los males del mundo.

Sabemos que esto no es así; de hecho, esta creación de *zombies*, junto a la invasión capitalista contra la psique, pretende tratar la salud mental como al clima –y aquí, de acuerdo con Fisher, hasta el clima tiene ya elementos políticos y económicos–; podemos recordar en este punto que en los años 60 y 70, diferentes teóricos, psiquiatras, escritores, en Europa como Ronald Laing, David Cooper, Thomas Szasz, Franco Basaglia, Michel Foucault, Félix Guattari y Gilles Deleuze, por mencionar sólo algunos ejemplos, dedicaron buena parte de su trabajo a argumentar que la locura era política con elementos ideológicos. Hoy en día, gracias a ciertos avances en la medicina y la actualización del psicoanálisis, conocemos afecciones, enfermedades, aflicciones humanas que tienen componentes tanto ambientales/sociales/culturales, como orgánicos innegables; no obstante, la *construcción* de la locura sí tiene elementos sociales, políticos, económicos y culturales.

Si incluimos de nuevo, en este punto, la libertad y la propiedad, hoy en día podemos decir que se han instalado en las subjetividades a tal grado que se desvanecen bajo el yugo dominante aquellas experiencias, culturas, ensayos sociales en que la “experiencia de la libertad no era reducible al «goce individual» y a la posesión privada de los bienes como sus únicos atributos” (Forster, 2019: 19). No se trata aquí únicamente de una falsa consciencia o engaño, ni siquiera de equivocaciones; más bien de la verdad esencial interiorizada en los sujetos de manera aparentemente irrefutable, naturalizada.

De ninguna manera queremos expresar aquí que se trata tajantemente de ignorancia social que podría esperar la luz de una esperanza consciente «para sí» en términos marxistas tradicionales; consideramos aquí que debemos ampliar nuestra atención a las formas en que confluyen la ideología dominante y las proyecciones

imaginarias que las subjetividades invisten³⁹, al mismo tiempo que, éstas mismas [subjetividades], perciben como propias y que, además, son productoras de «su» propia libertad. Esta libertad aparece como deseo y práctica de los sujetos consumidores y se expresa en la contradicción que desgarrar la existencia de esos mismos sujetos al creer que son dueños de sus más íntimas decisiones, siendo realmente parte de las estrategias dominantes de sumisión.

La cultura terapéutica del neoliberalismo conlleva un proceso de atomización que desmoviliza a la sociedad y desideologiza lo íntimo. Para Sara Ahmed (2019), el neoliberalismo es también una forma de gobierno emocional, imponiéndose en cada esfera de nuestras vidas; en este sentido, Nicolás Cuello retoma a la autora para decirnos que la felicidad –con su carácter aspiracional– también

funciona de forma invisible como una guía orientativa de la experiencia de lo existente. No se trata más que de otra arquitectura semiótica que sostiene la reproducción de la desigualdad, al imbricar historias institucionales, vínculos familiares, relaciones interpersonales, paisajes sociales y coyunturas político-económicas, que en su conjunto enlazan lo personal y lo público, lo individual y lo social, dándose forma mutuamente a través de la naturalización de lo feliz como parte central de nuestros *afectos ordinarios*, [...] un conjunto de objetos, conocimientos prácticos y experiencias de contacto cotidianas que condensan los afectos que modulan la vida diaria, las relaciones sociales y las contingencias de lo común (Cuello en Ahmed, 2019: 16-17).

Hoy en día, aparentemente, ser feliz no sólo es alcanzable, sino también obligatorio bajo ciertas pautas de conducta. Por ejemplo, la publicidad; se crean modelos imaginarios de felicidad y se invita a los consumidores a ser parte de ello; se produce ilusión y competición, pero también desilusión, derrota y depresiones. Así, el “mecanismo comunicativo de la publicidad se funda sobre la producción de un sentimiento de inadecuación y a la vez sobre la incitación a un consumo que nos permitirá finalmente ser adecuados y realizar esa felicidad que nos rehúye” (Berardi,

³⁹ *Investir* quiere decir aquí el hecho de proyectar una cantidad o carga de libido hacia un objeto o representación. Es decir, la libido, como energía pulsional de los seres humanos, envuelve con su carga los discursos e imaginarios impuestos por el sistema dominante y su racionalidad, convirtiéndolos en supuesta verdad y objeto de afectos y deseos.

2012: 112). Se genera una movilización constante de energías psíquicas para estimular la competitividad –como lo experimentado en los años noventa y la explosión psico-farmacológica, la llamada *Prozac-economy*⁴⁰– y los trabajadores, sobre todo de clase media o acomodada, se convierten en víctimas de diversas formas de psicopatía por estrés. Las clases bajas tienen pocas posibilidades de acceso a este tipo de fármacos, a menos que el Estado los brinde como parte de sus servicios de salud mental. Sin embargo, en este caso nos referimos tanto a una medicalización como a una psiquiatrización-neurologización de ciertas esferas de la sociedad.

Dado lo anterior, nos enfrentamos a una generalización acrítica de padecimientos psíquicos y a la “libertad” como forma superior de auto-sometimiento del Yo: vidas dañadas profundamente. Los sujetos, en tanto empresas individuales, parecieran ser un Yo negociando constantemente con su Superyó económico y los impulsos inconscientes en la escena de la sociedad actual y sus dinámicas dominantes. La misma libertad del sujeto lo aísla y obliga a competir no sólo con los otros, sino también consigo mismo. La energía psíquica empleada por los sujetos para maximizar su competitividad los conduce al sufrimiento y a la soledad bajo el yugo de una individualidad asfixiante. El enemigo no sólo está afuera, sino que se encuentra de igual forma en su interioridad, martirizándolos. Entre más libertad, más atados se encuentran a las demandas de competencia y éxito.

Christian Laval y Pierre Dardot llaman «capitalismo pulsional» al “modo a través del cual el Sistema logra explotar la insatisfacción que atraviesa la vida de las personas habilitando mecanismos adictivos que, en el interior de la sobre exigencia, son buscados como medio para llenar el vacío que, pese a todo, se hace más hondo e insoportable” (en Forster, 2019: 71). En este punto remarcamos la postura que toma

⁴⁰ De acuerdo con Franco Berardi (2012), “[e]l frenesí que se desencadenó hacia la mitad de los años noventa en la finanza, en los consumos y en los estilos de vida fue también efecto de la sistemática asunción de fármacos euforizantes y de sustancias para la neuro-programación. Una parte creciente de la sociedad occidental se sometió a una sobreexcitación nerviosa ininterrumpida [...] Cuando en 1999 Alan Greenspan habló de la ‘exuberancia irracional de los mercados’, sus palabras tuvieron el sentido de un diagnóstico clínico antes que financiero. La exuberancia era un efecto de las drogas, de la sobreexplotación de la energía mental disponible, de la saturación de la atención que la llevaban a los límites del pánico. Y el pánico es el preludio del derrumbe depresivo, de la confusión mental, de la desactivación” (pp. 118-119).

el psicoanálisis lacaniano particularmente para el análisis psicosocial, pues con Lacan podemos aproximarnos a estas exigencias e insatisfacciones como manifestación del goce, que se distingue del deseo y la creatividad o el vínculo.

Ricardo Forster considera que el neoliberalismo se corresponde con el carácter maniaco-depresivo: a la exaltación y la energía desbordante, le siguen la apatía y la sensación de imposibilidad. Ante la sobreestimación de su ego, los sujetos se enfrentan al mismo tiempo a la posibilidad del fracaso cuando no pueden sostener la intensidad de las exigencias por un “orden de los cuerpos que requiere, siempre y en todo momento, de la manía y del «plus-de-gozar». [...] La dupla goce-culpa funciona a pleno. Está allí para definir al ciudadano consumidor” (*Ibíd.*: 72-73). Decimos que la materia prima para la fabricación de subjetividades en el neoliberalismo es la misma energía psíquica dirigida a la promesa de realización individual, donde el plus de goce es el excedente que llega al displacer y no a una satisfacción del deseo.

La internalización subjetiva de la sujeción deseante es algo que el neoliberalismo invisibiliza. La idea de incapacidad de los sujetos para realizar sus potencialidades se instala sobre la posible crítica a la sociedad capitalista y, paralelamente, aceptan [los sujetos] gozosamente sus limitaciones. De esta manera se vuelve cada vez más complicado el camino a una transformación social; nada está garantizado y, mucho menos, el camino hacia una idea de emancipación:

...lo que hoy está en juego en el mundo de la vida es, nada más y nada menos, que la continuidad o no de formas de socialización que rescaten a los seres humanos de ser definitivamente atrapados en los engranajes de la digitalización y el binarismo, aniquilando, en ese movimiento maquínico y algorítmico, la potencia rebelde que, cuando menos lo esperamos, rompe las cadenas de la alienación y el sometimiento (a veces, esa dominación, bajo la forma espantosa de la represión y otras, las actuales en el corazón del capitalismo neoliberal, apuntalando la expansión de la servidumbre voluntaria alimentada por la falsa ilusión de ser administrador del propio capital afectivo). [...] Viajamos, aunque no nos demos cuenta, en el *Titanic* (*Ibíd.*: 91).

Detengámonos otro poco en este punto y consideremos algunos elementos. Pensemos que el proceso de producción capitalista absorbe y crea un proceso de

producción de mentes a través de las mentes, como una de sus características actuales. Si coincidimos con Franco Berardi (2015), esto significa que los productos específicos –hoy en día, más que nunca– son los estados mentales. Entonces, como mencionamos más arriba, es importante que se construya una ideología de la felicidad que, innegablemente, tiene efectos de infelicidad en el trabajo, la vida cotidiana y en aquellos sujetos inmersos en la producción virtual, más que de productos materiales, cuyo disfrute es cada vez más efímero.

Para tratar de exponer esto de mejor manera, en palabras del autor italiano, diremos que

[e]l sufrimiento de la mayoría de la población mundial, de aquellas personas que están excluidas del circuito de la info-producción o que son tan sólo terminales pasivas de éste, se manifiesta como empobrecimiento material y como superexplotación. El sufrimiento de la clase virtual de la minoría que participa en la red, tiene en esencia un carácter mental, psíquico. Por lo que se refiere a los infoproductores, la economía psíquica absorbe y redefine el territorio mismo de la economía material (pp. 37-38).

Tal como hemos expuesto en el apartado anterior, el proceso –en términos cognitivos dentro de la infraestructura social que presenciamos– manifestado frente a nosotros, conlleva una mutación antropológica e, incluso, ontológica, que tiene implicaciones en el psiquismo singular. Una máquina procesadora de videojuegos es llamada motor emocional o de emociones [*Emotion Engine*]; la digitalización incorpora automatismos emocionales inoculados en los seres humanos. Y, si a las emociones las “pensamos” como una estimulación de relaciones físicas y psíquicas, ahora son despertadas –más que parcialmente por la razón– por la tecnología digital y sus automatismos; esto puede llegar a significar, en un ámbito específico, una mutación neuronal o, en resumen, del cuerpo y la mente sociales bajo estos nuevos elementos que traen consigo consecuencias preocupantes más que esperanzadoras.

Ahora bien, esto no debe llevarnos, en nuestra investigación, a un fatalismo que termine en una estéril reflexión; más bien, en la medida de nuestras posibilidades y espacio, tratamos de dar cuenta de un contexto específico y sus características para no reducir nuestros horizontes de hacer humano, sino tomar en

cuenta los nuevos elementos que ya desde la más tierna infancia condicionan –si no determinan– formas de vivir, sentir y reproducir nuestras cotidianidades para “ser felices” sin decidir por nosotros mismos.

Los sujetos son llamados al goce solipsista del consumo; lo que presenciamos hoy en día

tiene que ver con esa hipérbole que lleva al individuo a un radical desplazamiento entre él y la sociedad, haciendo del Yo el eje del mundo representado sin prestar atención a la paradoja a la que es sometido por las demandas del mercado: su masificación consumista y su solipsismo ignorante de las redes que lo conectan con un orden que determina su existencia en grados asfixiantes, pero recubiertos por la fantasía de una libertad nacida supuestamente de su propia voluntad (Forster, 2019: 17).

El sujeto es transformado en un mecanismo de poder económico fragmentador que, al mismo tiempo, es despolitizado; el sistema dominante mercantiliza las relaciones sociales y del sujeto consigo mismo. Lo que dificulta una transformación social no radica únicamente en los llamados aparatos ideológicos, en técnicas y mecanismos disciplinarios o la extensión ilimitada de las mercancías; es cierto que están ahí y ejercen su función, sin embargo, también es importante considerar, gracias –en buena medida y contextualizando– a diversos aportes de Freud, que “una civilización siempre se sostiene de un modo esencial en la propia constitución turbulenta de un sujeto y su oscuro modo de gozar” (Aleman, 2019: 21). Asimismo, habría que desprenderse de la metafísica y la fantasía que imagina “un mundo acéfalo sólo entregado al cultivo de sus pulsiones” (*Ibíd.*: 29), que no considera los elementos y la fractura constitutiva de los sujetos, basándose exclusivamente en condiciones materiales que satisfacen necesidades básicas, pero no tanto las concernientes a las diversas estructuras psíquicas de los seres humanos.

Es decir que, si tomamos en cuenta las “malas noticias” que nos tiene el psicoanálisis, podemos pensar que el hecho de que los sujetos sean explotados y su fuerza de trabajo reducida a la forma mercancía, no garantiza en absoluto que se transforme en un sujeto potencialmente revolucionario o emancipatorio. Podemos recordar a los pensadores de la Escuela de Frankfurt, como Adorno, Marcuse y

Benjamin, que recurrieron a Freud para comprender de otro modo a los sujetos, su capacidad de exterminio mutuo, el horror y, especialmente, en relación a la ley, al Superyó y a la Pulsión de Muerte. Actualmente, algunos y algunas pensadoras se han acercado al psicoanálisis, tanto freudiano como, específicamente, al de Jacques Lacan de manera crítica y dialógica para pensar en el vacío que ha dejado aquel Sujeto que cumpliría el proyecto de transformación revolucionaria. Esto nos lleva al cuestionamiento de los proyectos de transformación social, tomando en cuenta las formas en las que “está hecho” el sujeto y, para acrecentar la tarea, de qué formas se da esto en el capitalismo neoliberal.

Coincidimos con Jorge Alemán en que las “malas noticias” de las que hicimos mención anteriormente, refieren a lo incurable de la existencia y sus consecuencias en la configuración del malestar propio del capitalismo y, además, son resultado del trabajo de Freud respecto a

las relativas a la pulsión de muerte, el superyó, las instancias fabricadoras de seres deudores y culpables, la compulsión a la repetición y a los destinos fallidos y a las distintas versiones del «retorno de lo mismo». Lo que ha pasado en la tradición moderna o ilustrada es que los proyectos emancipatorios se pensaron con un sujeto que no vehiculizara ninguna mala noticia. De tal manera que si después esas «malas noticias» aparecían, entonces había que purgar a los sujetos, enviarlos a los campos de concentración o transformarlos en sujetos a reeducar. De ese modo, si, por ejemplo, aparecían homosexuales, había que reeducarlos como a cualquier otro tipo de singularidad que no estuviera reconocida en el programa liberador del proletariado (*Ibíd.*: 40-41).

Una de esas “malas noticias” se encuentra en el pensamiento de Jacques Lacan; nos referimos a lo que él llamaba el “vacío constitutivo del sujeto”. Esto significa –para el psicoanalista francés– que no existe ni podría existir un lugar, espacio, país, ciudad ideal o utópica, así como tampoco habría lugar para una “nostalgia por lo perdido, pues no hay ningún movimiento histórico que nos cure de ese vacío” (*Ibíd.*: 41). Lacan, interpretando la expresión de Freud en la que nos dice: «donde el ello era, el sujeto debe advenir», observa que “adviene como sujeto vacío, evanescente y, esto es lo más importante, porque es imposible que pueda ser representado o darle una identidad o fijarlo a algún tipo de modo de gozar” (*Ibíd.*:

41-42). El psicoanálisis podría entenderse –entre otras aportaciones y prácticas– como una teoría que nos ayuda a entender las inercias sociales.

Lacan, al hacerse cargo del llamado pesimismo freudiano, se aleja de utopías liberadoras, pues, como hemos dicho, no hay algo que cure el vacío constitutivo del sujeto. Aquí es importante retomar y remarcar el concepto de *goce* en el psicoanalista francés, pues incluye un anudamiento paradójico, esto es tanto a la libido o *Eros*, como a la pulsión de muerte o *Thánatos*. El goce, en la consideración de Manuel Montalbán Peregrín, y que nosotros compartimos, “se trata de una satisfacción que incluye esa dimensión desagregativa y entrópica que es la de la pulsión de muerte. [...] Cualquier propuesta emancipatoria está condenada al fracaso mientras no registre la implicación singular de la satisfacción pulsional en cualquier tipo de renuncia” (Montalbán, 2018: 46). Así, en este punto, nos advierte lo siguiente:

En su estrategia de dominación el neoliberalismo se constituye también en un productor permanente de una nueva racionalidad dominante y un tipo de subjetividad correlativa: el sujeto neoliberal, como sujeto emprendedor donde los haya, vive permanentemente en relación con lo que lo excede, la maximización del rendimiento y la competencia ilimitada, entregado a las técnicas evaluadoras que ratifiquen su éxito, y acosado, también, por la posibilidad del fracaso, o acaso por la irrupción del traumatismo imprevisto que lo convierta en una víctima de la serie de la sociedad del riesgo. ¿En qué esferas se refleja hoy de manera privilegiada el malestar en la cultura entonces? Podemos enumerar algunas de las más evidentes: Disolución de la política y los dispositivos simbólicos, identificación absoluta entre subjetividad y voluntad de gozar, mercantilización de la subjetividad en la miseria compartida de «consumidores compulsivos», los verdaderos buenos ciudadanos (*Ibíd.*: 47).

El Superyó parecía ser el severo “juez” –dependiendo de la historia personal y social– que prohibía; sin embargo, el padre del psicoanálisis y Lacan observaron que no es sólo eso. Es un “juez” o “policía” psíquico, pero, al mismo tiempo, incita y manda a decir que sí al goce y a los modos de gozar a solas con la Pulsión de Muerte; la agresión tanto hacia afuera, como hacia el propio sujeto, como una forma de masoquismo y necesidad de castigo.

Para María Victoria Gimbel (2018), la soledad es lo más singular del sujeto, lo radical e irreductible. El sujeto está habitado por una opacidad inextirpable, “siendo su materialidad lo que se denomina *Sinthoma* en términos lacanianos, referido al modo singular [que] en cada uno habita, y que Lacan llama *lalengua* (pulsiones, repeticiones, fijaciones cifradas que remiten a un goce inútil), convirtiéndose entonces en el verdadero sostén de la existencia” (p. 66). Retomando los aportes del psicoanalista Jorge Alemán, sujeto no es lo mismo que subjetividad, pues el primero se refiere a una estructura deficitaria y a la existencia mortal y sexuada, en tanto que la segunda se refiere al marco interior psíquico que se va haciendo. Esto quiere decir que el sujeto adviene dividido y caracterizado por su falta de ser.

Es así, entonces, que Jorge Alemán se refiere a la conjetura *Soledad: Común*, la cual presenta como

una especie de *freno de mano* para intentar aminorar la marcha de la producción de subjetividad que el neoliberalismo, en su continua marcha y a través de sus poderosos mecanismos de poder, va ejerciendo, y que si no se impide, logrará generar «individuos» a-históricos. Y es que la colonización no es exterior sino que el dominio discursivo se efectúa sobre los cuerpos hablantes, convirtiéndose así en sus siervos voluntarios (en Gimbel, 2018: 68).

Es factible decir que el capitalismo explota inmensamente el deseo humano, el cual alberga gran potencial económico, por lo que resulta más rentable promoverlo que prohibirlo. Las mercancías se convierten en fuertes objetos de deseo; cuanto más deseamos, más consumimos. Sin embargo, como ya hemos hecho mención, ahora es el goce el que condiciona el consumo e, incluso, la producción de determinadas mercancías. Atestiguamos una “reconfiguración de la economía psíquica que tiene al goce como su epicentro” (Hernández, 2021: 204). Es importante, en este punto, fortalecer de nuevo la idea de *goce* en la visión psicoanalítica que, a través de Néstor Braunstein, Sergio Hernández nos proporciona, a saber: “El término *jouissance* (goce), desarrollado por Jacques Lacan, tiene que «deslindarse en una doble oposición, por un lado con respecto al deseo, y por el otro con respecto a lo que parece ser su sinónimo, el placer» [...], sin embargo, para comprender hacia dónde apunta la noción de goce, hay que recalcar que para Lacan la visión psicoanalítica

concibe al goce «ora como un exceso intolerable de placer, ora como una manifestación del cuerpo más próxima a la tensión extrema, al dolor y al sufrimiento» (citado en Hernández, 2021, 204).

Esto es, precisamente, lo que proponemos en este trabajo: el sufrimiento de los sujetos ante la confusión que enmarca el discurso dominante entre el disfrute de la vida y el goce que supuestamente satisface demandas externas. Así, nuestro autor, recurriendo a Lacan, retoma el planteamiento de que “el deseo humano es el deseo del Otro”. Ya hemos mencionado más arriba –con Laval y Dardot– la forma en que pensamos esto en relación con nuestra sociedad, no obstante, agregamos con Hernández que

“deseamos al otro y al mismo tiempo nuestro deseo proviene del Otro [...]. Deseamos al otro con mayor o menor intensidad, porque sólo otro sujeto puede reconocernos y desearnos; pero la manera en la que deseamos, aunque suela tener un aire intimista y subjetivo, aunque apunte hacia un deseo individual, es definida en parte por nuestra lengua, cultura, historia (social y personal), es decir, por el universo simbólico que nos rodea. Incluida la tecnología, por supuesto. Las grandes empresas de internet hoy en día ocupan el lugar de ese Otro que organiza formas de hablar, pensamientos, expectativas, creencias, ideas, sensibilidades” (Hernández, 2021: 210).

Cuando nos referimos al Otro (con mayúscula) hablamos de lo simbólico, la cultura, el sistema social, el lenguaje. Actualmente, advertimos que esto es evidente en la relación que se tiene respecto a las nuevas tecnologías digitales e, incluso, de entretenimiento como las redes sociales o las plataformas de series televisivas. Todo “queda a la mano”, todo queda a disposición de algo externo a la sociedad ante la soledad, la frustración, la desesperación y la angustia. Se trata de la inmediatez del goce. Se ha producido la sensación –y creencia– de que las tecnologías satisfacen nuestros deseos; los “programas y aplicaciones en la red tratan de acortar la distancia temporal entre nuestro deseo y su satisfacción, pero este gesto, en apariencia inocuo, contiene una trampa: las dinámicas del ciberespacio en su hiperaceleración en realidad impiden que seamos movidos por el deseo. La razón principal es que el tiempo cibernético no es el tiempo del deseo” (*Ibíd*: 207).

Para Sergio Hernández, el surgimiento del deseo depende de la existencia de un intervalo entre demanda y satisfacción, la espera, el aplazamiento. *Desear es proyectarse*, el sujeto es movido, arrastrado por un objeto y el objeto de deseo es un objeto en *falta*. De alguna forma podríamos decir que deseamos lo que no tenemos, lo prohibido o lo imposible, “[p]oblamos el espacio de nuestro deseo con fantasías, sueños, expectativas” (*Ibíd.*). Al desear, sentimos la carencia, y para acercarnos a la satisfacción del deseo, debemos pasar por la insatisfacción, pero ahora, no es insatisfacción en relación al deseo y su alcance de satisfacción, sino la inmediatez insatisfactoria permanente del goce. Los sujetos pierden el deseo, obturado por la demanda de lo efímero anestésico.

Sin embargo, aun siendo esto complejo, es preciso agregar algo ya mencionado, es decir que el deseo conlleva una sensación de *falta*. Necesidad no es deseo, y está separado de la biología. La fuerza de las pulsiones es el deseo y no solamente la satisfacción de ciertas necesidades. El deseo guarda una íntima relación con la falta⁴¹. Ahora bien, el deseo es saturado por la información infinita de las redes sociales, las plataformas, las aplicaciones que absorben a los sujetos; canalizan nuestra libido y la dirigen hacia objetos de consumo determinados. Como nos dice Hernández (*Ibíd.*), ya no hay tiempo ni espacio para los pensamientos, las emociones, los deseos; el sistema marca los ritmos y dinámicas mentales y afectivas; agota la vida humana.

Volviendo un poco a la falta en el deseo, el mismo autor al que recurrimos ahora, nos dice que “[l]a saturación cognitiva ejercida por los dispositivos digitales actúa como el reverso de la falta, porque en vez de animar nuestro deseo, lo aturde; la fantasía –tan importante para que el deseo humano exista– es destruida por la reiteración incesante de información, estímulos, mensajes, propaganda, videos, etcétera. Por eso, el deseo humano no puede sobrevivir a los ritmos del ciberespacio” (*Ibíd.*: 208). Las redes sociales, las tecnologías digitales, las aplicaciones, las

⁴¹ En este punto hay una diferencia respecto al deseo, planteado por Guattari y Deleuze, como producción/creación (como una parte importante de su planteamiento). Para nuestras preguntas, tomaremos la perspectiva psicoanalítica freudiana-lacanian que nos ayuda a sostener la propuesta planteada aquí. No por alimentar un pesimismo *per se*, sino porque se aproxima –a nuestro juicio– a las condiciones sociales que imperan en nuestros días y las subjetividades a las que nos aproximamos en este trabajo.

plataformas, pretenden una satisfacción inmediata a los deseos de los sujetos incluso antes de que éstos sean generados, planteados, formulados, *deseados*.

Por esto, lo que planteamos aquí es la obturación del deseo en el capitalismo neoliberal, las formas y los usos de las nuevas tecnologías, lo que no significa que el deseo desaparezca. Como veremos en el último apartado, los sujetos de la investigación no solo cargan con insatisfacciones, incertidumbre, falta de proyecciones de futuro, sino que también se recluyen, algunas veces, en las redes sociales, en internet, aislándose, escapando de cotidianidades dolorosas evitando el contacto, el vínculo con los otros; una actitud cuasi autística que impide la reflexión de sus condiciones reales.

Entonces, el deseo implica un encuentro con el otro, mientras que el goce mina este proceso; por ejemplo, los dispositivos electrónicos generan una falsa sensación e idea de comunicación en el momento en que, bajo la inmediatez de la información y su consumo, se condiciona a los sujetos de manera cognitiva; esto es que su actividad en dichos medios y dispositivos es autorreferencial. Por ello, la búsqueda incesante de goce efímero expresado en publicaciones, reacciones y descargas, produce ávidos consumidores que “han hecho suyas las demandas de consumo e hiperproductividad del mercado” (*Ibid.*: 210).

Como un ejemplo claro que ilustra la actualidad, nos resulta necesario manifestar, de manera amplia, lo que nuestro autor nos dice respecto a la cotidianidad social bajo las condiciones afectivas y vivenciales de los sujetos, a saber:

El acto de revisar constantemente la pantalla de nuestros dispositivos móviles o interrumpir cualquier actividad para atender las llamadas que vienen del ciberespacio no es impulsado por la curiosidad o el deseo imperioso de comunicarnos, más bien estamos ante conductas repetitivas que son producto de un formateo cognitivo promovido por las dinámicas cibernéticas. Las grandes firmas que en gran medida controlan el ciberespacio han convertido a internet en el laboratorio neoliberal de la atención humana. El Otro en la era digital es el mercado y su lenguaje no se articula de manera discursiva, pues está asentado en formulaciones binarias y algoritmos que respaldan las aplicaciones que nos sirven para conectarnos. *Está ahí, condicionando la comunicación sin que aparentemente*

*nos comunique nada. Pero nos interpela: las alertas, las actualizaciones, la llegada de un nuevo mensaje, los avisos de publicaciones en redes sociales, todo eso nos llega con la urgencia de una orden, un reclamo que viene del ciberespacio y que pide una pronta respuesta. No hay tiempo para la espera. Nos exige atención constantemente, pero a cambio mata nuestro deseo [...]. ¿No es claro que gracias a estos dispositivos de comunicación cada vez resulta más difícil experimentar la sensibilidad del deseo? [...]. En los chats de WhatsApp, por poner un ejemplo, todo cae como una reacción en cadena, un *scroll* inacabado, y la afectividad se reduce a unos irritantes sobresaltos. Es decir, las emociones que supuestamente acompañan al deseo, en las tecnologías de la comunicación, tienen otro cariz. La impaciencia que nos asalta no es por el deseo del otro, sino por sus demandas. Nuestros afectos ya no se concentran como un puño implacable que nos golpea: se difuminan en una desquiciante hipercomunicación. La comunicación cibernética no es el canal del deseo, es su disolución (Ibíd.: 211-212).*

Muchos de los usuarios de dispositivos digitales engendran en sí mismos compulsividades, tedio e hiperactividad al deber revisar y responder sus mensajes inmediatamente: a los mensajes del Otro. Aparece como una mórbida adicción⁴², pues esta apariencia de comunicación esconde una incapacidad para comunicarse por parte de los sujetos. ¿Cómo vemos, sentimos, a los sujetos adheridos a las pantallas de sus dispositivos, incapaces de entablar una conversación sin *desconectarse*, pensarse en el lugar del otro, concentrarse, imaginar, crear, pensar o simplemente estar? La urgencia de satisfacción inmediata del goce se acopla paulatinamente a los intereses del neoliberalismo. Por ello, en la red, no es posible hallar satisfacción, porque “el imperativo de goce consumista nos aprisiona con la fuerza de una adicción [...], el imperativo de producción del neoliberalismo

⁴² A los adictos “no los guía la necesidad de un placer irrestricto, sino una compulsión que los lleva lentamente a una muerte simbólica, afectiva y libidinal. El adicto está enganchado a algo que no controla y que a la larga lo insensibiliza [...]. El mundo en su complejidad, riqueza, pluralidad, problemas y conflictos, para el adicto, desaparece cuando se entrega, como un autómatas, a su vicio. No soporta la espera y, pese a lo que algunos creen, la droga no es su escapatoria: es su más férrea reclusión (Hernández, 2021, 213).

cibernético se rige por el imperativo de goce, no por la dialéctica del deseo⁴³ (*Ibíd.*: 214).

Aquí nos detendremos un poco para tratar de aclarar la situación anterior, para esto, recurriremos a Arturo Frydman (2012) respecto a la subversión del sujeto y dialéctica del deseo; este autor nos plantea que, dentro de esta noción de subversión del sujeto, hay tres sustantivos: *sujeto*, *deseo* e *inconsciente*; “los dos primeros, marcados por una característica particular: la *subversión* para el primero, la *dialéctica* para el segundo, y ambos enmarcados en un topos que es el *inconsciente* [...]. La *subversión* que intenta ser definida en *SS DD* [Subversión del sujeto y dialéctica del deseo], más que en la relación sujeto-objeto, lo que va a ser enfatizado es la relación sujeto-deseo. Es el deseo lo que está en el lugar del objeto, en lo que hace a una subversión del sujeto” (pp. 55-56). Ahora bien, como reiteramos y sostenemos aquí, actualmente los sujetos *gozan sin desear*; eso es lo que la vida actual, bajo las tecnologías usadas indiscriminadamente y los imperativos impuestos por el discurso dominante, nos ofrece.

En este sentido, bajo nuestra óptica desde el psicoanálisis, planteamos que el deseo es diferente al goce y a la satisfacción de necesidades, ya sean biológicas o subjetivas. El deseo no sólo es deseo de una necesidad, es más que la satisfacción de necesidades básicas. Como se propone desde el psicoanálisis lacaniano, el deseo es el deseo del Otro –este Otro se encuentra en la dimensión simbólica, el lenguaje, en la sociedad y la cultura–, una demanda de reconocimiento, de amor, de ser deseado. Muchas veces el acto de comer va más allá de alimentarse, hay comidas excesivamente caras, por ejemplo, y se trata de comer algo refinado, inútil, es derrochar y gozar –sin que, por ello, necesariamente pierda su placer, pero las motivaciones son lo cuestionable–. Actualmente, en la cotidianidad y en la clínica, se presentan sujetos en busca de goce inútil y hasta nocivo, con ápices destructivos para la vida como en algunas psicopatologías con las que nos encontramos. En estos casos, el objeto del deseo aparece más bien como objeto de goce, con un placer

⁴³ Para un específico acercamiento a esta idea, se puede recurrir a Lacan, Jacques (2005), “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos II*, Siglo XXI editores, México, pp. 773-807. También, en Frydman, Arturo (2012), *La subversión de Lacan. Una introducción a la noción de sujeto*, Continente, Buenos Aires.

excesivo, en el límite del displacer. Atestiguamos un exceso de satisfacción que no únicamente busca placer, sino que tiende a destruir la vida, una anti necesidad, el triunfo de lo inútil. Se trata de gozar sin el otro, sin el reconocimiento del otro, lo que no implica un intercambio simbólico.

Para el sujeto humano, ser es ser de una manera reflexiva y concebirse potencialmente como otro, nos dice el psicólogo y psicoanalista belga Jan De Vos (2019). No pretendemos focalizar –únicamente– las tecnologías como punto de partida ni objeto de nuestra investigación; eso, esperamos, ha quedado claro. Más bien se trata de analizar las condiciones actuales que no pueden ser apartadas de “lo digital”, “las nuevas tecnologías”, “las redes sociales”, como hemos intentado plasmar en estas páginas. Estas formas tecnológicas de relaciones humanas son uno más de los medios políticos, culturales, sociales y económicos de dominación –sin pretender caer en lugares comunes respecto a la crítica social–. Se presentan cambios en la producción de mercancías, de explotación y alienación social. Los sujetos son reducidos a “fracciones que hacen posible que el dinero produzca dinero [...] no es el humano el que es la medida de todas las cosas, sino que son los códigos y los algoritmos los que propulsan, aparentemente de una manera autónoma, a las cosas” (De Vos, 2019: 42).

Si recordamos lo que hemos planteado anteriormente en torno a la tecnología y, ahora, los avances neurocientíficos para explicar las conductas y comportamientos, podemos hablar de una “neurologización” que reduce a los seres humanos y sus conflictos –en todos sus ámbitos– a su cerebro, mas no a los altibajos de la existencia. Retomando al psiquiatra Thomas Szasz (2000 [1970]), desde el siglo pasado advertía:

Se supone que en última instancia se hallará algún defecto neurológico, quizá muy sutil, que explique todos los trastornos de pensamiento y de conducta. Son muchos los médicos, psiquiatras y otros científicos contemporáneos que tienen esta concepción, la cual implica que los trastornos de la gente no pueden ser causados por sus necesidades personales, opiniones, aspiraciones sociales, valores, etc., de índole conflictiva. Tales dificultades –a las que podríamos denominar simplemente, creo yo, *problemas de la vida*– se atribuyen entonces a procesos fisicoquímicos... (p. 23).

Y agrega en un provocador texto que, en nuestra sociedad, la *impertinencia* es “el nombre que las autoridades dan a las aspiraciones y declaraciones de independencia de sus inferiores” (Szasz, 2002: 58). Aun con esto, sabemos que no termina aquí, sino que nos vemos cara a cara con la *digitalización* abordada más arriba, que nos transforma en seres reductibles a la realidad virtual y sus consecuentes vicisitudes. Más impactante resulta que “se nos tiene que psicologizar y neurologizar para que sea posible digitalizarnos” (Pavón-Cuéllar en De Vos, 2019: 22). David Pavón-Cuéllar nos advierte que, si la “digitalización posibilita ciertas formas extremas y extremadamente sutiles de sujeción, dominación, manipulación, enajenación, explotación, mercantilización y financierización, es también porque se vale de la misma psicología que nos ha ido constituyendo internamente y que hoy regresa desde el exterior bajo una forma digital” (*Ibíd.*: 27). Se producen sujetos en la fábrica psicológica del capitalismo, por un sector ideológico productivo de un sistema capitalista que –como bien lo recalca el autor– no sólo produce objetos consumibles para los sujetos, también, y como lo sabía Marx, sujetos para los objetos.

Como hemos dicho más arriba, el crecimiento de las tecnologías y las exigencias del discurso neoliberal, han traído consigo el surgimiento de nuevas ansiedades y demás padecimientos, además de sofisticadas formas de control y vigilancia. Todo esto, innegablemente, atraviesa a los sujetos interviniendo, incluso, en su propia constitución, no sólo en sus relaciones. Los vínculos se debilitan, se vuelven fugaces, superficiales e insignificantes.

Jaime Santos (2011) advierte algo que es visible a la mayoría de la sociedad, esto es que el “abaratamiento de los nuevos objetos tecnológicos ha permitido que éstos sean asequibles a cada vez más personas, también es evidente que los fabricantes han promovido un consumo voraz e, incluso, se han ocupado muy bien de inocular en sus productos una rápida obsolescencia (real o ilusoria), que impulse al consumidor a conseguir pronto una nueva versión” (p. 173). Algo similar sucede, sobre todo en muchos jóvenes, con productos consumidos por ellos para intentar ser originales y diferentes. El teléfono inteligente, las plataformas de las principales redes, el aislamiento patológico. Por ejemplo, se vuelven un objeto distintivo de los

jóvenes, que equivale a elegir cierta vestimenta, cierto lenguaje, las perforaciones en el cuerpo, los tatuajes; estos objetos generan una sensación de libertad y originalidad que conllevan una determinada grupalización e identidad con otros que visten, tienen, hablan “igual”. Sin embargo, “[p]aradójicamente, los jóvenes en muchas ocasiones visten igual, tienen el mismo corte de cabello, se comunican con la misma ‘jerga’, cuentan también con celulares, en suma, borran las diferencias por otro lado anheladas” (Santos, 2011:178).

Recordando a Freud, ante *el malestar en la cultura* que exige ciertas renunciaciones y represiones, los sujetos recurren a “calmantes”: distracciones, satisfacciones sustitutivas y sustancias. Hoy en día las nuevas tecnologías pueden cubrir las características de estos tres tipos de calmantes. No obstante, esto también resulta paradójico, es decir que, mientras más resuelven ciertas necesidades las tecnologías, más desubjetivizan y debilitan las relaciones sociales y singulares cara a cara. Al encontrarse inmersos en los teléfonos o la computadora, incluso en un espacio compartido, estando uno junto a otro, es casi imposible que se miren, que haya un interés por quien esté a su lado, mientras están en “comunicación” con –al menos– decenas de personas en el mundo a través de un dispositivo electrónico.

No pretendemos negar las utilidades que conllevan las tecnologías, las facilidades y, también, organizaciones y movilizaciones políticas, sociales, de género, de denuncia; sin embargo, resulta evidente que se manifiesta una forma de soledad. Para Freud, la soledad era una estrategia para lidiar con el sufrimiento de *estar en sociedad*, pero ahora, esa soledad en los sujetos, se convierte en socialización, es decir, una “‘socialización solitaria’, término que no carece de cierta evocación melancólica” (*Ibíd.*: 189). Ahora bien, aquí debemos regresar al psicoanalista belga De Vos pues, en el ámbito tecnológico y psíquico, nos arroja una pedrada para pensar: “¡El internet es un psicólogo!” (De Vos, 2019:52); un anfitrión de subjetividad, el lugar para las ideas, emociones, pensamientos, recuerdos, sentimientos. Mediante lo que se comparte en las redes, se dibuja la subjetividad (moldeada, si no dañada) de los usuarios.

Contundente es la pregunta de nuestro autor belga: “¿Acaso no es ya claro que la esfera digital ofrecida por Google, Facebook, Snapchat y demás, no es un espacio

neutral y vacío para sus asociaciones libres [asociaciones libres de los sujetos] sino más bien es un entorno pre-estructurado para que produzca esos datos que esas empresas desean?” (*Ibíd.*: 53) –tal como lo hemos expuesto antes con Srnicek, Sadin o Berardi–. Para el autor, presenciamos una digitalización de la subjetividad con las neurociencias a la cabeza (valga la expresión), esto es el impacto que tiene todo esto en el cerebro. En lo expuesto hasta aquí hemos tratado de exponer no únicamente las nuevas formas de dominación, sino también la forma en cómo empiezan a ser una parte interna de los sujetos y su constitución –o desubjetivación–, sus relaciones, su deseo fracturado, su frustración ante la satisfacción inalcanzable del goce, reduciendo los sufrimientos a meros procesos orgánicos sin relación, aparentemente en algunos casos, con factores externos al sujeto.

La máxima que dicta “somos nuestro cerebro” produce otra forma de sujeto. Ahora se interpela a los sujetos a coincidir con una entidad “físico-biológico material y tangible. ¿Acaso eso no implica un cambio fundamental de la subjetividad?” (*Ibíd.*: 101); los sujetos se convierten en una especie de personaje kafkiano. Y si tomamos al psicoanálisis es porque podría enfrentar al sujeto que se pretende convertir en cerebro, cuestionando si la neurologización conduce o no hacia una metamorfosis optimista de los sujetos.

Por esta cuestión, planteamos estas dos formas de pensamiento: psicoanálisis y marxismo crítico, dado que la situación actual de neurologización implica cuestiones sociales, económicas y políticas. Es sumamente preocupante, al menos bajo las inquietudes de este trabajo –ya que no negamos la gran utilidad de las neurociencias en términos de ayuda a enfermedades cerebrales, más bien es el cuestionamiento de su función en términos sociales–, lo que puede suceder en una sociedad que dice “somos nuestro cerebro” y, por ende, la solidaridad, la empatía, tienen que ver con neuronas específicas. Resultado de esto, se ha comenzado a hablar de neuropolítica como el intento de pensar y organizar la política desde las neurociencias, es decir que tiene uso para fines políticos. Hoy en día, por medio de la neurologización,

al sujeto se le ofrece algo más palpable y tangible; con el cerebro se puede finalmente externalizar y subcontratar el difícil asunto del “ser” en algo concreto y material. El

sujeto podría así afirmar: “No soy una construcción discursiva: soy mi cerebro”. Entonces es el cerebro el que piensa, el cerebro el que siente, y el cerebro el que sabe. El cerebro *es* en mi lugar: en el nivel cerebral, parece haber un cierre ontológico completo (*Ibíd.*: 112).

Esto quiere decir que atañe al cuerpo como soporte del rendimiento, del sufrimiento, del trabajo, de nuestras relaciones, de nuestro cerebro como máquina orgánica y motor de cualquier acción o emoción; el cerebro que se puede ver y tocar en laboratorios, en resonancias. Se vuelve palpable porque los sujetos ya no piensan su subjetividad, sus afectos, sino como efecto de procesos químico-biológicos concretos, sinápticos, neuronas, en vez del sujeto complejo, abstracto y pensante-creativo. El cerebro deviene amigo y ángel guardián. Al mismo tiempo, el cerebro resulta ser un objeto extraño en el cuerpo/psique de los sujetos, un cuerpo extraño [*Fremdkörper*] al cual los sujetos no tienen acceso directamente si no es a través de psiquiatras, estudios o encefalogramas.

Nos encontramos con un doble siniestro [*Unheimlich*], en términos de Freud, y una paradoja en el discurso sobre ser nuestro cerebro. A través de la tecnología médica, el cerebro también pasa de ser algo material a ser algo fantasmático en la vida cotidiana dentro de la cabeza. Por ello, “ya no tenemos que preocuparnos por el hecho de que no nos importe tanto el otro. Así la neurologización no sólo efectúa una despersonalización y desubjetivización, sino también una despolitización” (*Ibíd.*: 113-114). Ya no se trata de decisiones morales ni de ética, se reduce ahora a lo biológico; la solidaridad, la empatía, las interacciones, son responsabilidad del cerebro y de los expertos que poseen tal conocimiento para dirigir y optimizar los sistemas neuronales de los seres humanos. En este sentido, Jan De Vos retoma y cambia la famosa frase que versa “lo personal es político” y lo plantea, hoy en día, como “lo cerebral es político”.

Ante todo esto, De Vos propone rechazar la pretensión de neutralidad del conocimiento que las neurociencias promueven. El dicho “Tú eres tu cerebro” invalida a los sujetos como interlocutores, responsables, y los sella herméticamente en su cerebro; “el cerebro sin ojos, nariz, orejas, ni lengua” (*Ibíd.*: 144), sin sujeto.

Esto, precisamente, nos conduce a asimilar la pregunta que el psicoanalista belga pone sobre la mesa, a saber:

¿No es una anomalía que actualmente, en el preciso momento en que se reduce al ser humano a su materialidad –su química, su biología e incluso su mecánica cuántica– la subjetividad se haya convertido de forma concomitante en una cuestión inmaterial, algo que ocurre en otro lugar, es decir, en el mundo virtual de Facebook, Twitter, los juegos en línea y las e-comunidades? ¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos más, en la supuesta materialidad o en la virtualidad? (*Ibíd.*: 146).

Tanto ha crecido este fenómeno que, actualmente, la angustia no viene, necesariamente, de *estar* encadenados, sino de no estarlo. Las exigencias del día a día dictan a los sujetos el *estar* atados, de lo contrario su propia subjetividad no está “segura”, pues la “presencia” en la virtualidad aparece como necesaria para garantizar la presencia/existencia material. Considerando esto, pensamos necesario continuar con la reflexión de Jan De Vos que, consecuentemente, continúa cuestionando a los sujetos: “¿está o no donde usted desea?, o también, ¿está o no donde usted goza? Recuérdese que el hecho de que el orgasmo sea llamado ‘la pequeña muerte’ se refiere también a la ausencia del sujeto en el momento del goce” (De Vos, 2019: 150). A nuestro entender, la existencia material, corporal, sexual, afectiva –en el sentido de las tecnologías digitales– queda supeditada a la virtualidad, a la no-existencia corporal, a la ausencia subjetiva castrada de sus bases, incluso a una ausencia gozosa y sufriente que se pretende comparar con el placer, hasta sexual-corporal.

Acorde a lo expuesto, las condiciones sociales-subjetivas –sin obviar las profundas implicaciones económicas que conlleva la tecnología y lo digital– tienen relación directa con las llamadas *neurociencias* que, como hemos planteado más arriba, juegan un rol fundamental en la constitución de subjetividades y el entendimiento del ser humano bajo una apariencia determinantemente biologicista y orgánica con la complicidad de los avances y penetración de la tecnología en nuestras vidas. Para Luis Fernando Macías García y Ana María Chávez Hernández (2011), las neurociencias sacaron del cajón el expediente de las emociones y se ocuparon de “la empatía, de la confianza, del amor y del sufrimiento, y establecieron

un ambicioso programa de banalización del lazo social y caminaron en un segundo movimiento, ahora más rápido y con paso más firme, hacia la definición de un escenario descriptivo de la vida anímica que implica, en cierto modo, la reducción de la vida social [...] a una fórmula explicativa a la inversa: ‘del cerebro individual al cerebro social’” (p. 71).

Concretamente, la incidencia de las tecnologías la vivimos en las calles de las ciudades –especialmente en México, que es la que nos atañe– y en consultorios. Por un lado, atestiguamos el aislamiento en las redes sociales que aparentan una forma de relaciones sociales, sin embargo, son virtuales y los mandatos del discurso capitalista obligan a cierta inteligencia, cierto desempeño y quehacer cotidiano que no se encuentra en los vínculos con los otros sino en la optimización de sí mismos, su cuerpo, su cerebro para la reproducción funcional a esta sociedad. Por otro la des-socialización y des-politización de las afecciones mentales son tratadas como independientes del entorno y la historia de los sujetos. En algunas terapias se busca una solución inmediata que no vaya al fondo del problema ni la introspección, o en vertientes dominantes de la psiquiatría, se reducen a fallas en la química del cerebro y se busca el único remedio en los psicofármacos que pretenden devolver el rendimiento.

De tal manera, la vida social se limita a una sensación-consecuencia cerebral y orgánicamente descriptiva –la empatía mencionada anteriormente–, lo que provoca la consideración de la emergencia de las nuevas constituciones subjetivas en cierta locura social contemporánea. Presenciamos una “perversión de los sistemas de saber, quienes al perder el sentido crítico de la relación social, se instalan en el dispositivo perverso de lo disciplinado” (*Ibíd.*: 74). Hay un empeño por explicar fenómenos sociales y singulares-subjetivos por medio de actividades cerebrales. Pareciera que el carácter totalizador de las neurociencias contiene las respuestas del mundo social que, poco a poco, interiorizan los seres humanos como propias y únicas.

El retraimiento en internet y las tecnologías, para traer más ejemplos que veremos detenidamente en nuestro apartado empírico, es observable en muchos sujetos, particularmente en los más jóvenes, que llegan a confundir el conocimiento

con la saturación de información que difícilmente pueden digerir; llegan a “descubrir” su cuerpo y funciones, hasta la sexualidad, sustituyendo a los padres o la escuela, asumiendo una actitud de saber independiente. Esta saturación de información trae consigo una anti-reflexión y soledad acrítica que, más que ser expresión de rebeldía, termina siendo el nuevo control normalizado y una nueva disciplina auto explotadora patológica y despolitizada.

Si en la época de Freud el padecimiento más común era la neurosis, en las últimas décadas del siglo xx esto se diversificó e incrementó. Gracias al desarrollo de la tecnología y la llamada, por Franco Berardi, *infoesfera*⁴⁴, se ha intensificado la estimulación nerviosa, comprometiendo la “represión sistémica del deseo y el régimen psicopatológico de la neurosis” (Berardi, 2022: 13). Asimismo, el pensador italiano llama la atención sobre la hipermovilización neoliberal de la energía del deseo en tanto separada del placer, lo cual hemos mencionado respecto al goce más allá del placer e, incluso, como fuente de sufrimiento. En el capitalismo neoliberal, el deseo es convertido en goce como impulso hacia el consumo, la competencia, el éxito, el crecimiento económico, de tal manera que el placer o el mero disfrute son postergados constantemente hasta ser inalcanzables.

Para Berardi, “la intensidad del ritmo social y emocional se vuelve insoportable, y la única manera de escapar al sufrimiento es cercenar el vínculo con el deseo, y, en consecuencia, el vínculo deseante con la realidad” (*Ibíd.*: 15), llevando, así, hasta formas de depresión. En las últimas décadas, la represión necesaria de la que hablaba Freud para lograr una sociedad y la civilización, es reemplazada por hiperexpresión, la obligación de “ser libre”, la hiperactividad en diversos ámbitos

⁴⁴ Respecto a esto, Wenceslao Galán, del grupo *Espai en Blanc*, nos da una buena descripción de esta idea, planteada en el libro de Berardi llamado *La fábrica de la infelicidad* [citado en este trabajo]; a saber: “La infoesfera no es solo el lugar de actividad económica determinante de la «new economy» sino, en la misma medida, el espacio donde se opera hoy la elaboración de sentido. Acceder a la realidad, construir mundo, supone conectarse a esa esfera virtual donde fluyen los signos y que se superpone como un hipermundo al espacio material de nuestras vidas. El sentido se ha semiotizado. No solo nuestro trabajo sino nuestras emociones, nuestro deseo, nuestras expectativas personales, se desarrollan vinculadas a flujos semióticos cuyos fragmentos debemos recombinar incesantemente. Correo electrónico, páginas web, teléfono móvil, blogs, fórum, grabaciones digitales, definen ya nuestro modo de vivir y relacionarnos. Nos dan la vida. A ese respecto no hay duda de que atravesamos un proceso de transformación neurológica, psíquica y relacional derivado de nuestra adaptación a los principios que rigen el nuevo medio”. Disponible en: http://espaienblanc.net/?page_id=1756 [fecha de consulta 01/05/2024].

que van desde lo escolar, hasta lo laboral e íntimo. Pensamos aquí que una de las formas de sufrimiento mental actual se produce por exceso de estímulos y no tanto por el papel de la represión psíquica; tiene que ver más bien con la excitación, de manera compulsiva, de necesidades de satisfacción y no de su ocultamiento o negación, de las exigencias de gozar sin el desear propio y su disfrute.

Si seguimos con el autor italiano, nos encontramos en una oscilación, en una “prolongada fluctuación entre angustia y deseo. El imperativo del superyó social podría cambiar de dirección” (*Ibíd.*: 93), recordándonos que, según su lectura, “[e]n el ámbito freudiano, el imperativo superyoico exigía la renuncia al *Trieb* [pulsión], al impulso al placer. En contraste, el imperativo neoliberal dirigido a sostener y movilizar el ansia social celebró el disfrute y la agresividad competitiva. La búsqueda impaciente de la alegría fue incesantemente eludida, los intentos frenéticos por ser un ganador, invariablemente frustrados por la realidad” (*Ibíd.*). Como advierte el autor, lo que él llama inconsciente social⁴⁵ explotó. Aunque para nosotros no es posible un inconsciente social en sí mismo, sí se movilizan incansablemente las energías nerviosas, los estímulos, la hiperexpresividad y se socializa la soledad.

Para Berardi, el ciclo psicótico del semiocapitalismo remueve la realidad en nombre de la potencia ilimitada del deseo. “Pero la potencia del deseo no es ilimitada, está sujeta a los límites del organismo, a los límites de la cultura, de la economía, etc. La proliferación de líneas de desterritorialización acelera los estímulos más allá del punto de quiebre: la respiración se vuelve agitación, el placer orgásmico se vuelve inalcanzable y el pánico inunda la conciencia y el cuerpo” (*Ibíd.*: 57). En estos días, la hiperexpresión psicótica ocupa el lugar de la comprensión neurótica. Esto significa, para nosotros, que en la actualidad nos encontramos con tintes sociales psicóticos, es decir, con pérdida de la realidad que nos envuelve; por el lado de las neurosis, es posible un proceso de simbolización, de elaboración, de no renegación de la realidad. La patología neurótica, en términos freudianos y muy generales, es el “precio de la civilización”, sin embargo, Freud planteó la posibilidad

⁴⁵ En este punto, el autor aclara que el concepto de *inconsciente* no se inscribe en el ámbito psicoanalítico estrictamente. Más bien, lo que intenta en su reflexión es entender la “dimensión social de la mente” –lo que ha llamado *psicoesfera*–; aunque desde el psicoanálisis lo inconsciente es singular en cada sujeto, Berardi se apoya también del marco antropológico como dimensión colectiva.

de la *sublimación* como una forma de contrarrestar la ansiedad, las pulsiones, los impulsos sexuales, y esas energías se canalizan hacia fines diferentes a lo sexual y la satisfacción libidinal.

Ahora bien, en el capitalismo neoliberal se ha debilitado la capacidad de la sublimación, pues la gente ha sido incitada y excitada a consumir cada vez más para lograr, engañosamente, la supuesta satisfacción de los deseos de cada sujeto inmediatamente. Presenciamos incesantes descargas pulsionales y nula elaboración emocional; por ello la capacidad de sublimación está atrofiada. En estos momentos de proliferación tecnológica sin precedentes, la sublimación adquiere diferentes dimensiones, ya que “la mutación conectiva permite e impone una esterilización de los contactos, reemplaza el acto de tocar con la fantasmagoría, el placer con la excitación sin fin” (*Ibíd.*: 119). La intensidad de las sensaciones y lo emocional bajo la potencia de la comunicación digital y la debilidad de la comunicación concreta se acerca a un vacío hasta el punto de una ansiedad intolerable. Se desean cuerpos que no se pueden tocar; el cuerpo deja de ser una presencia física, lo que puede conducir a una ansiedad depresiva.

Lacan ya distinguía entre la sexualidad premoderna, donde la pulsión [*Trieb*] era el foco de Eros, y la sexualidad moderna tiene como foco del erotismo a un objeto de deseo, como la persona amada o deseada. En las condiciones del sistema capitalista –y en nuestro caso– se ha dado el intento de que los sujetos queden reducidos a instrumentos para la acumulación y no como cuerpos de placer. Esto no debe ser un imperativo, pues la singularidad de los sujetos, incluso en su dolor, puede conllevar diversos tipos de acción, de percepción y de afecto en los diferentes ámbitos de lo social. Aun así, no podemos negar que la ética, incluso, “se ha ahogado en un océano de mierda: nuestra relación con el otro ha sido reducida a la competencia con un Otro descorporeizado” (*Ibíd.*: 186). El deseo sin placer, característico de las dinámicas del capitalismo neoliberal, termina siendo un motor tortuoso en un camino sin fin. El sistema moviliza el deseo de gozar y prohíbe el placer; la acumulación incita a gozar vetando el placer bajo los tiempos dedicados a acumular, competir, emprender en un camino sin fin de insatisfacciones.

Para poner un ejemplo, esto pone en juego el concepto alemán de comunidad [*Gemeinschaft*] frente al de sociedad [*Gesellschaft*], el cual representa la participación en una entidad política supracomunitaria: “el Estado nacional, la sociedad institucionalizada. La evolución de la modernidad tardía disolvió el sentido de la *Gemeinschaft* e impuso formas de integración convencional en la sociedad y finalmente la dependencia universal de la abstracción monetaria: *Gesellschaft*” (*Ibíd.*:124). Las imposiciones económicas no solamente condicionan la existencia y los deseos; también erosionan las capacidades de relaciones sociales anulando la comunidad –no entendida como el hecho de tener *cosas en común*, sino la capacidad de colectivizar la vida con los otros dentro de las diferencias inherentes en cada ser humano y sus vicisitudes singulares–, subsumiendo, así, la vida, las emociones, afecciones, pensamientos, sufrimientos, a imperativos dominantes del sistema capitalista y sus respectivas instancias, dispositivos, instituciones y tecnologías.

Para seguir aterrizando más lo expuesto hasta aquí, podemos, sin duda, pensar en la pandemia de Covid-19 y las diversas expresiones que tiene. No porque antes de ésta no haya habido características distintivas del neoliberalismo y sus efectos, sino porque observamos incrementos en algunos elementos. Por mencionar sólo un par, es evidente la confrontación entre la vacunación obligatoria o voluntaria, las creencias al respecto, como el llamado conspiracionismo o el respeto a las decisiones individuales, en donde las redes sociales juegan un papel importante en la divulgación de opiniones. Sin embargo, queda fuera de tales opiniones que, en África, por ejemplo, una mínima parte del continente recibió la vacuna, mientras que países occidentales obligan a la población a recibir la tercera y cuarta vacuna, satanizando, por diversas razones, a quienes se oponen.

En Alemania, por mencionar un país occidental, no es permitido ingresar a restaurantes, bares, centros comerciales, a personas que no tengan todas las vacunas que el gobierno pide e, incluso, deben contar con una aplicación en sus dispositivos móviles en los cuales es escaneado un código y se cercioran de que cuentan con las vacunas requeridas; si no es así, únicamente pueden ingresar a tiendas de servicios básicos. Ha habido casos de violencia y ataques a través de redes sociales, pero no sólo se trata del virus; es cierto que ha causado muchas muertes, que las variantes

son más contagiosas, aunque menos letales, sin embargo, como considera Berardi, si el virus no mata muchos seres humanos, ellos mismos se matan entre sí.

En cierto momento de la pandemia, Berardi observa que todo ha empeorado más que mejorar y fortalecer los lazos y la solidaridad social, con lo que estamos parcialmente de acuerdo en el sentido de nuestra investigación; sí fue notable el deterioro del estado de ánimo, el creciente nerviosismo, el racismo, la violencia saqueadora del capitalismo, la desigualdad, hasta la angustia, la ansiedad y las depresiones. La sociedad se encuentra hundida en un caos no sólo económico y geopolítico, sino también psíquico y de pánico. Una especie de parálisis y de crisis de hipocondría interminable invade a muchísimos sujetos, y esta “parálisis de la imaginación y este entumecimiento no son un efecto del virus, sino la consecuencia de la impotencia prolongada de una sociedad que no logra detener el empobrecimiento, la devastación del medioambiente físico y mental: *la rabia impotente es una condición altamente patogénica*⁴⁶” (*Ibíd.*: 149).

Esto significa, para nosotros, que esa rabia impotente no encuentra una salida liberadora, catártica, curativa, sino que se convierte en una incomodidad constante, latente, que no quiere decir inconformismo ni resistencia, más bien la guarida tortuosa del dolor y el enojo ante condiciones que se perciben como irrompibles. La rabia se regodea internamente provocando agresión tanto hacia afuera, como expresión de la impotencia, como hacia el sujeto mismo; difícilmente hacia los factores determinantes de la sociedad y la cultura. No hay una *digna rabia*, como dirían los zapatistas en México, sino una *rabia sin nombre*.

Más adelante hablaremos de estos elementos de la pandemia y si nos hizo mejores, más conscientes de nuestra vulnerabilidad o despertó fantasmas de los seres humanos hasta ese momento latentes. En el espacio urbano específico de nuestra investigación, la violencia creció, las separaciones e infidelidades incrementaron, el abuso de sustancias se volvió cotidiano desatando una agresividad antes reprimida, el aislamiento en los dispositivos y redes sociales se convirtieron en una forma de pseudo-vínculo. Las condiciones en que se vieron envueltos los sujetos

⁴⁶ Las cursivas son mías.

generaron mucha ansiedad y las depresiones se volvieron algunas de las psicopatologías predominantes que, además del virus en sí mismo, evidenciaron la psique dañada y doliente de las personas, tanto como un punto de anclaje de la frustración y pérdida de sentido.

En este punto, según Berardi, lo que él llama *psicodeflación*, puede manifestarse como cansancio y depresión; no obstante, para él, podría ser parte de la cura. El abandono de la esperanza de expansión y crecimiento podría ser una respuesta terapéutica contra el pánico, la violencia, la autodestrucción –no únicamente humana en términos generales, sino también personal-subjetiva. Esto querría decir que abandonar las exigencias sociales dominantes de superación, acumulación incesante, éxito, perfección y felicidad podría conllevar una sensibilidad diferente, una percepción y entendimiento diverso del mundo humano.

Sin embargo, en nuestra experiencia desde la clínica –tanto propia como de otros psicoterapeutas/psicoanalistas– y las calles de la ciudad de México, nos encontramos con que esto no se da de esa manera. No solamente hay gente que sufre por no alcanzar el éxito exigido, sino que ni siquiera es una meta, no hay ni consumo impulsivo, no hay dinero, no hay afectos positivos –si podemos llamarles así a las experiencias de vida de tales sujetos– y, aun así, no hay percepciones, mucho menos concepciones un mundo diferente; muchas veces presenciamos agresividad tanto al mundo externo, como interno.

Las personas que sufren de ansiedades, angustias, obsesiones, fobias, depresiones y cansancio, tienden a perder proyecciones a futuro de su propia vida, se inmovilizan e inhiben considerando que su malestar, sus condiciones laborales, económicas, emocionales, cotidianas, no tienen otra perspectiva; de hecho, pierden el sentido, considerando que es su propio *ser* fallido, que ellos *per se* están mal, que es la vida que les tocó. Aunque muchos de ellos buscan ayuda de manera voluntaria, en principio suponen su sufrimiento como únicamente individual e independiente de los factores externos; no sólo de la pandemia, sino de la sociedad capitalista actual. Un psicoanálisis comprometido y crítico en complicidad con otras disciplinas, puede coadyuvar a la reflexión de sí mismo, al pensamiento, a re-constituir las subjetividades, a comprender su dolor y padecimientos más allá de un

individualismo patológico. No obstante, advertimos que no debemos dejar de lado las afecciones psíquicas, emocionales y afectivas que nacen de un desarrollo tortuoso en la historia del sujeto, incluso debemos considerar la constitución de la persona desde el nacimiento, desde su más tierna infancia.

No queremos denostar el gran trabajo de Franco Berardi, más bien contrastamos otras experiencias concretas y, de manera innegable, sus aportes nos son valiosos; por ejemplo, de manera sumamente crítica y provocadora, Berardi advierte que quien “deposite sus esperanzas en la izquierda merece ser traicionado, ya que traicionar es la única tarea que la izquierda es capaz de realizar de manera competente” (*Ibíd.*: 150); aunque aquí acotaríamos que podría tratarse de la “izquierda de partido, institucional, oficial”; los mismos calificativos ya descalifican a las izquierdas. Se han disuelto movimientos, colectivos, ensayos alternativos a vivir bajo el yugo de la psicosis pánico-depresiva de nuestros días; las subjetividades se encuentran fracturadas.

De ahí que hablemos de sujetos auto-optimizados y emprendedores, de una sociedad del rendimiento que impone exigencias y demandas de satisfacciones inmediatas, felicidad basada en la competencia y acumulación de ganancias, de cosas, de consumo de cosas y de sí mismos. Pero también de sujetos sin sentidos de vida, con impotencias frustrantes, pues no todos, ni en todos lados, tienen las posibilidades económicas, laborales, culturales y sociales para acceder a los espacios del culto al éxito –como algunos sectores de clase media/media alta; no obstante, sí son incididos por los imperativos de competencia y egoísmo, del no-pensar, de la auto responsabilización, que producen malestares, sufrimiento psíquico, hostilidad consigo mismo y los otros bajo el supuesto de un incuestionable sufrimiento individualizado. No porque no sea singular, sino porque aparece como aislado de los aspectos históricos, familiares, sociales, culturales y económicos.

Todo esto contiene las formas en que, actualmente, se explota a los seres humanos, dibujando patéticamente una gran pantalla que muestra libertad, optimismo, emprendimiento y, si esto falla, se encuentran disponibles, dependiendo la clase social, por supuesto, diversos fármacos que posibilitan –en términos

neuronales– el rendimiento requerido para levantar sujetos capaces de reproducir exitosamente *la tarea* de vivir en esta sociedad.

Algunas (psico)patologías actuales

Este régimen social llevó a la configuración de un nuevo régimen psicopatológico, el cual ha caracterizado a las últimas décadas: la era del pánico, la depresión y, en última instancia, la psicosis.

Franco Berardi, *El tercer inconsciente*

Al considerar las condiciones anteriores, nuestra sociedad genera síntomas, nuestra sociedad enferma nos enferma. El discurso del sistema dominante agobia con sus mandatos alienantes: “consume, consume y no sufrirás, consume y seremos prósperos y felices... consume y deja de pensar... Si el consumo se desvía de los parámetros del mercado y hace síntoma, entonces se lo nombra, se lo clasifica: síndrome del comedor compulsivo, o del comprador, o del que falla en la escuela porque no atiende... o del que se le daña un hueso porque pasa muchas horas en la computadora con la mano en el ‘ratón’” (Agazzi, 2011: 7-8). Con esto, se reinserta al sujeto en el mercado para consumir determinados productos que generan enormes ganancias. El *Prozac* o el *Ritalín* son antipsicóticos que llegan a usarse indiscriminadamente incluso en niños, en clínicas para bajar de peso, para engordar, para cambio de sexo, para el gusto de cada consumidor.

Para Marta Gerez Ambertín, vivimos en tiempos de soledad y desubjetivación, con un lazo social devastado, donde la preeminencia recae en el sujeto devaluado, desubjetivado y robóticamente consumidor y, además, él mismo objeto de consumo. A dicho consumo le llaman “felicidad” y, para la autora, además de la ruptura del lazo social, este sistema “impone las variedades de goce consumista que muchas veces desembocan en soledad y angustia, en el retorno del sujeto civilizado a la parafernalia del circuito pulsional que produce el despojo de las formaciones del inconsciente y la devastación del lazo social, es decir, la *desubjetivación*” (Gerez, 2011: 14).

Freud, en su célebre análisis al final de su vida, *El malestar en la cultura*, ya advertía que las exigencias del sistema económico no hacían –en su tiempo, aunque

podría abarcar hasta nuestros días— sino reforzar y retroalimentar las pulsiones que deberían debilitarse o declinarse en los sujetos sociales. Tales exigencias pueden generar una “desmezcla pulsional, retroalimentación de la pulsión de muerte que no sólo aniquila el deseo del sujeto, sino que también pone en peligro a la cultura y al lazo social” (*Ibíd.*). De acuerdo con la advertencia que hizo el Círculo Psicoanalítico Mexicano en 2009, las políticas neoliberales producen efectos subjetivos que provocan sentimientos de indefensión, desamparo y pérdida de esperanza. Nos enfrentamos a tiempos de renovados malestares en nuestra cultura. Para la autora que retomamos aquí, el “neocapitalismo impone un estilo de goce propio de la época: el goce solitario y semiautista que prescinde del vínculo con el semejante y sólo arma soledades yuxtapuestas o pseudo lazos [...]. Entonces, impone lo que sonará como un seriado oxímoron: un individualista y colectivo *goce globalizado*” (*Ibíd.*: 15).

Lo anterior —de acuerdo con Gerez— quiere decir que los “felices consumidores” se encuentran en contienda con el prójimo que pudiera comprar el mejor coche, la mejor casa, exhibir a la mejor pareja, sobrepasar al rival y sentirse gratificado por su buen consumo y desempeño laboral. En esta situación se encuentra un más allá del principio del placer y una compulsión de consumo desbordante, lo que provoca que el goce del sujeto se colectivice. Este individualismo y colectivización se vuelven modos de soledades yuxtapuestas y multiplicadas; el goce consumista podría considerarse como una renuncia a todo fin humano. Esto puede ser visible en sujetos que han tenido faltas importantes desde la infancia, y la construcción de su personalidad y carácter conllevan una parte omnipotente y omnisciente o arrogante demostrando ser mejor que el mundo que le rodea; esto como sustitución de dichas faltas. Sin embargo, agregamos que también relacionamos estos rasgos de carácter a las condiciones de la realidad externa, como describimos más arriba.

Interesante y provocadora resulta una reflexión de la misma autora respecto a cierta relación entre Friedrich Engels y Jacques Lacan; en términos del primero se refiere a un escrito de 1843 llamado *Esbozo de crítica de la economía política* en el cual Engels plantea que, bajo el capitalismo, la hostilidad entre intereses iguales deviene inmoralidad del orden humano, la culminación es la competencia y, dentro

de ella, los seres humanos renuncian a todo fin verdaderamente humano. Respecto a Lacan, Gerez retoma uno de sus *Seminarios* en el que advierte que “[l]o que distingue al discurso capitalista es esto: la *verwerfung*, el rechazo, el rechazo fuera de todos los campos de lo Simbólico [...]. ¿El rechazo de qué?: de la castración. Todo orden, todo discurso que se entronca en el capitalismo, deja de lado lo que llamaremos simplemente las cosas del amor, amigos míos... ¡no es poca cosa!” (*Ibíd.*: 15-16). Los sujetos se aíslan, se encuentran en soledad y “la soledad pulsional no procura el lazo social, no pregunta nada sobre el deseo del Otro; responde con un ‘¡mande!’ de compulsión de repetición al Goce del Otro. Por eso se vuelve autómeta, casi robótica” (*Ibíd.*:19).

Es entonces que, como hemos abordado, el rechazo de la falta, de “las cosas del amor”, supone la aniquilación del lazo social y precipita la soledad y la desubjetivación. El discurso capitalista impulsa a precipitarse en el goce. La sociedad produce malestar, provoca infortunio, genera exigencias ineludibles, pero, también, como nos dice Leticia Flores (2011) es referente que permite librarnos del caos y del vacío. Esto quiere decir que

es justamente la tensión que se produce del encuentro con los otros, lo que nos humaniza y libera de la soledad, pero también de la locura y del caos, condición que parece, justamente en estos tiempos, desdibujarse de nuestro horizonte. La experiencia humana, en su búsqueda por la aprehensión del sentido, está marcada por la incertidumbre, resultado del carácter de la falta ineludible que nos enmarca. La experiencia de la falta no sólo nos hace desvalidos y frágiles, sino también abre el camino a *Thánatos*. El sujeto no sólo está fragmentado, también está descompuesto, desarreglado, dividido, donde la pulsión de muerte está implicada (p. 51).

En este trabajo sostenemos que la pulsión de muerte es contraria a la cohesión y la suavización de las tensiones. Es posible reconocerla [pulsión de muerte] en el carácter imperativo y muchas veces lapidante del Superyó, el cual “se opone” a la regulación de la vida colectiva. De tal planteamiento seguimos rescatando a Freud en cuanto a los vínculos humanos que son, para el creador del psicoanálisis, una de las causas de los más profundos sufrimientos. Ante esto, resulta necesario reflexionar la presencia de cierto orden –a veces mortífero– en el deseo. En tanto los

sujetos se sometan más a las exigencias sociales, a las normas de comportamiento adecuado y las obligaciones en nuestro contexto, se vuelve más difícil encontrar la vía de satisfacción; por ello, las tensiones crecen cruelmente y reclaman, cada vez más, el sometimiento a ellas. Es así que, junto a Leticia Flores, reconocemos a Lacan en la pregunta acerca de “cómo construir una ética para nuestro tiempo capaz de responder a la tragedia del hombre contemporáneo y a la crisis de la civilización. El sentido trágico de nuestra cultura actual es articulado por Lacan con el carácter errático, fallido y mortífero del deseo. La verdad del deseo es la falta” (*Ibíd.*: 55).

Como planteaba Freud, el Yo no es amo en su propia casa, está descentrado y sometido a las exigencias tanto pulsionales como sociales, esto es, a los ideales y preceptos de las demandas actuales. El sujeto queda también alienado y atrapado en ideales de orden narcisista, permaneciendo desvinculado y fragmentado. Leticia Flores retoma a Emiliano Galende para argumentar que se trata de un malestar que

ha transformado casi todas las cuestiones de lo político, pero también se trata de una tensión subjetiva que afecta la vida emocional, el pensamiento, el cuerpo y la capacidad de acción de los individuos. Ahora la felicidad se ofrece como una mercancía más que se puede poseer, que se anhela por todos los medios sin que sea necesario siquiera pacto alguno. Es el exceso que podemos constatar tras la incorporación del liberalismo en la sociedad actual. Hay una relación entre la posmodernidad y el neoliberalismo que se difundió en el mundo con la globalización. Ante la pérdida de los grandes referentes alrededor de los cuales organizarnos, la oleada neoliberal que se implantó en los años setenta contribuyó a modificar las esferas de la vida social, económica, política y también psíquica (*Ibíd.*: 56).

Es precisamente esto de lo que tratamos de dar cuenta. Las condiciones actuales implican un debilitamiento subjetivo y conllevan experiencias inéditas en la vida colectiva. Desencanto, incertidumbre, des-colectivización, marcan la aceptación en la “civilización contemporánea”. Por esto, el retorno a Freud, a Lacan y propuestas psicoanalíticas contemporáneas, han sido fundamentales para diversas teorías y prácticas en el sentido de pensar las miserias humanas, el desencanto, la insatisfacción e incertidumbre, el vacío, como “infortunios ordinarios”; sin embargo, conlleva también la crítica hacia el infortunio no como orgánico e inevitable en una

totalidad aparente, sino hacia la reflexión, tanto psíquica inherente al ser humano, como aquella penetrante en una sociedad específicamente capitalista.

Lo anterior significa que, con el desarrollo de las tecnologías, las ciencias, los nuevos modos de acumulación de capital, surgen síntomas de diversas modalidades como la presencia de la angustia del sujeto y sus relaciones con los otros. Estos desarrollos, como vemos y seguiremos analizando, se convierten en los nuevos referentes sociales que, en lugar de organización, vínculos, pensamientos colectivos, promueven el individualismo, la competencia, agresividades y malestares psíquicos. Susana Perales Lavín (2011) los llama “síntomas contemporáneos” porque “en ellos se renueva su modo de presentación, su envoltura formal, porque responden al ambiente social que cambia. Sin embargo, lo que permanece invariable, en términos freudianos, es su parte pulsional y la paradójica satisfacción que encierran” (p. 59).

Por ejemplo, el tan sonado Trastorno por Déficit de Atención (TDA), ataques de pánico, bipolaridad, depresión, diagnosticados por la psiquiatría y las neurociencias, son intervenidos por diferentes discursos que pretenden dar un sentido, una descripción al sufrimiento del sujeto: “[e]l sufrimiento del ser humano implica un punto de insoportable, pero también un punto de indecible. El sufrimiento es pérdida de sentido, pérdida de cierta pacificación operada hasta el momento. De ese sufrimiento, de ese grito, se trata de hacer un llamado, y de ese llamado, hacer un síntoma para que se pueda pasar del horror al saber, al deseo de saber” (*Ibíd.*: 60). En nuestros días se reflejan nuevas formas de padecimiento subjetivo como respuesta sintomática a una sociedad de consumo alienante. Las exigencias de eficacia, inmediatez, emprendimiento, del sistema capitalista neoliberal, conllevan consecuencias nefastas. Tales imperativos se asientan en políticas de goce apoyadas desde los “*massmedia* que apuntan a suturar toda posibilidad de apertura a la reflexión y a los interrogantes que un sujeto pueda formularse acerca de su padecer” (*Ibíd.*).

Se manifiesta una identificación solidificada –en muchos casos acríticos–, que clausura, con las clasificaciones médicas, psiquiátricas, neurocientíficas en el momento en que los sujetos se dicen a sí mismos “soy TDA (Trastorno por Déficit de Atención)”, “soy TOC (Trastorno Obsesivo Compulsivo)”, “soy anoréxica”, “soy

depresivo”, entre otros casos, a través de lo que suponen dar sentido y cierta seguridad al “sinsentido” de su padecimiento. Existen diversas investigaciones – como algunas expuestas en este trabajo– que cuestionan la rigurosidad de las clasificaciones y los tratamientos de los trastornos mentales o padecimientos psíquico-cerebrales y plantean la interrogante sobre si tratar o no psicofarmacológicamente algo con una base científica tan débil. Como expresión de esto en un artículo, Perales Lavín nos explicita información que el diario mexicano *La Jornada* publicó en 2009 respecto al Trastorno por Déficit de Atención, a saber:

La hiperactividad y el déficit de aprendizaje en los niños mexicanos que acuden a escuelas privadas son argumentos suficientes para obligar a 3 millones y medio de infantes a ingerir una droga llamada Ritalín. [...] Se ha comprobado científicamente que, utilizándolo en exceso, puede ocasionar efectos secundarios [...] y es por ese motivo que, oportunamente, el Consejo Internacional de Narcóticos de la Organización de las Naciones Unidas recomendó a los gobiernos mantener una vigilancia máxima para prevenir el sobre-diagnóstico del déficit de atención e hiperactividad en los niños, así como también el sobre-tratamiento médico injustificado. A pesar de ello, en México la venta de estimulantes se incrementó 800 por ciento entre 1993 y 2001 (en Perales, 2011: 63).

Pensando este trastorno desde la perspectiva psicoanalítica, se podría decir que muchos de estos niños se distraen o son faltos de atención por significantes que marcan su propia historia, sustrayéndolos de tareas educativas o familiares; divaga en sus fantasías y puede ser transformado en presa de un cuerpo inquieto que lo desborda. Puede dejarse llevar por sus fantasías en las reiteradas desatenciones, se fuga hacia mundos imaginarios que puede tanto desear como padecer. El sufrimiento de estos niños se acrecienta al ser producido no solo internamente, sino también con el rechazo que provoca su modo de ser y padecer. Se ha girado hacia una biologización más que a la consideración de otros factores como el emocional. Las clasificaciones y categorías dejan al sujeto en calidad de objeto, dejándolo indefenso y sin salida ante su malestar. De alguna forma la nosografía resulta una herramienta útil para adentrarnos en la complejidad que conlleva la clínica, pero no se debe caer en el exceso de su uso ni en una sustitución generalizante.

Jaime Santos Rendón retoma a María Cristina Lamas para exponer una situación peculiar relacionada con lo dicho más arriba; esto es que muchos padres y profesores en las escuelas y universidades describen a los hijos y estudiantes como “apáticos, desmotivados y postergadores. Comentarios que, si bien revisten diferentes tonos, de queja, de burla, de censura, de devaluación, de resignación, tienen en común, el desconcierto y la desorientación. [...] jóvenes que no leen, que no estudian, que escriben sin coherencia y cohesión textual, que ‘opinan de todo pero no tienen fundamento’; que ‘se pasan todo el tiempo conectados a internet’ [...] *que los chicos se comportan más al uso mediático que al uso académico*” (Lamas en Santos, 2011: 167-168). En este sentido, las nuevas tecnologías imponen el procesamiento de tan diversa información que satura, lo cual no corresponde a otras formas cognitivas como la atención para operaciones mentales y resolución de tareas específicas y la concentración. También resulta alarmante que niños y jóvenes pasan horas frente a una o varias pantallas, sometidos acríticamente a los efectos de tales tecnologías.

Así, Santos cuestiona el Trastorno de Déficit de Atención con o sin Hiperactividad, como uno de los emblemáticos de nuestros días y una psicopatología cotidiana: “¿Será una coincidencia que el déficit de atención sea un diagnóstico de moda, con el que muchos niños llegan a nuestros consultorios, etiquetados por una maestra, un médico, o por la familia? Y preguntaríamos aún ¿déficit de atención del niño o de sus padres? Posiblemente este sea uno de los costos que la entrada de las nuevas tecnologías ha, si no generado, al menos sí potencializado en el sujeto contemporáneo” (Santos, 2011: 187).

Preocupantemente, podemos abordar cuestiones psicopatológicas en la sociedad que marcan las pautas de comportamiento y horizontes individualistas enfermizos. Los pacientes que llegan a los consultorios –por lo menos psicoanalíticos– están atravesados por cargas de angustia y soledad, con carencia de posibilidades de vínculos sociales que conllevan actos contra el cuerpo, tales como las compulsiones alimenticias, las adicciones, la sexualidad, lo laboral, la decadencia de lo humano –como ahondaremos en el tercer capítulo de casos concretos–. Es así como el mercado capitalista nombra y clasifica “trastornos” y ofrece productos

consumibles para “sanar”. En este sentido, retomando al médico psicoanalista Emiliano Galende (2015), el sujeto sufriente ya no está afligido por las pesadillas de sus circunstancias cotidianas; se convierte en un objeto vaciado de vida para ser observado, diagnosticado, clasificado para luego ser encerrado y/o drogado; no olvidar que, como hemos aclarado, algunos padecimientos sí requieren tratamiento y atención psiquiátrica, sin embargo, nos referimos al crecimiento y penetración del capitalismo en el sufrimiento psíquico.

Si, como hemos sostenido, el capitalismo neoliberal destruye los vínculos sociales, el sufrimiento psíquico se agrava debido a que los sujetos deben cargar con éste en soledad, aislados, individualmente, despojados de relaciones sociales colectivas e inmersos en el ya clásico *sálvese quien pueda*. Por esto, Galende nos dice que

[n]o es desmedido proponer entonces que la ruptura de esos lazos provenga de un modelo de acumulación desregulado que, en nombre de la riqueza de unos pocos, ha obligado a las grandes mayorías a procurarse la vida dejando atrás sus territorios, sus pueblos, sus lazos y su propia historia, sumergiéndose así en un cotidiano convulso en el que ya no es la pareja, o el amigo, o el médico del barrio aquel con quien se cuenta para compartir una pena o desdicha, sino el supuesto experto que se ahorra tiempo apelando a la velocidad de las píldoras. Lo que define la afección mental no es una relación de objetividad con el cerebro, sino la imposibilidad para escoger a quién confiar el sufrimiento. Una especie de desamparo trascendental (Galende, 2015: 11).

La descripción, el diagnóstico, la clasificación nosográfica que termina en estadísticas, no puede decir mucho sobre el sufrimiento psíquico y humano, el cual siempre existe en relación con una vida concreta, una historia y todas sus vicisitudes. Los sujetos que nos compartieron su experiencia tienen una historia propia, dolores propios; algunos buscaron ayuda psicoterapéutica, otros desahogaron la carga dolorosa en el vínculo creado aunado a la escucha en entrevistas y charlas. Vinieron de tratamientos fallidos enfocados a una “cura inmediata” sin llegar a fondo a las causas; de soledades distintas, familias en diferentes circunstancias, peligros específicos y, sin embargo, comparten una constelación dolorosa, una sociedad en y

por la que padecen sin llegar a elucidarlo, pues sólo ellos son los que “están mal mental y emocionalmente”.

El cerebro es la causa, el cerebro ha sido constituido como el órgano determinante y biológicamente responsable de la vida psíquica. Siguiendo la propuesta de este trabajo, coincidimos con Galende en cuanto a que los procesos, las enfermedades, las afecciones, responden en gran medida a las condiciones de vida; es decir que tienen una relación innegable con el ambiente social, cultural y económico que habitan. Por esto mismo, “[p]retender una explicación universal y una verdad del sufrimiento mental en los mecanismos biológicos del cerebro es negar justamente lo que constituye la esencia de la existencia del hombre: su relación con la cultura que habita, los rasgos del lugar que ocupa en su sociedad, las diferencias de su capacidad creativa, de la autonomía de su imaginación, del ejercicio de su libertad para orientar las decisiones sobre su vida” (*Ibíd.*: 16). Entonces no es posible determinar una verdad universal respecto al sufrimiento psíquico o mental, dado que es necesario respetar las singularidades de los sujetos, su territorio vivencial, la historia y las condiciones reales de existencia.

Presenciamos una perturbación de lo social a través del crecimiento del individualismo, necesitado por el mercado bajo los mandamientos del consumo. Para Galende, el miedo y la desconfianza son pasiones potenciadas por los medios de comunicación, sobre todo. Esto es evidente en ámbitos políticos, amistosos, de pareja o en las relaciones laborales. Motivos fuertes de sufrimiento psíquico. Desconfiar del otro/enemigo es ya adentrarse en un infierno. Las llamadas redes sociales son una ironía, pues implican en sí mismas y en cierta medida, soledad y aislamiento.

Existe una política cultural de mercado que sigue logrando una colonización del inconsciente, “los sufrimientos del amor, el dominio del consumo, tanto de objetos como de drogas, el aplanamiento del deseo y la presencia de la depresión, la violencia en las relaciones de intimidad, no son más que el correlato de estas nuevas vicisitudes de las relaciones sociales” (*Ibíd.*: 24). En este punto, nos resulta necesario y urgente *impensar* –es decir, romper las estructuras de pensamiento dominante más que repensar– lo que significa la existencia de los sujetos en este contexto y las

dinámicas introyectadas como razón y lógica; que considere más que sólo cuestiones biológicas y abarque reflexiones que abracen el sufrimiento como parte de la realidad, tanto psíquica, orgánica, social, económica, política. Por ello, desde el trabajo investigativo, académico, teórico, así como desde el ámbito clínico y el consultorio, podemos reconstituir un trabajo autorreflexivo en los sujetos, capaces de pensar(se) en su sufrimiento y sociedad dentro de nuestras posibilidades.

En este punto queremos retomar a Mark Fisher (2016) cuando nos dice que lo que “necesitamos ahora es una politización de aquellos desórdenes en apariencia mucho más ‘normales’. Y justamente es su *normalidad* lo que debería llamarnos la atención” (p. 45). El escritor inglés, a partir de otro autor llamado Oliver James, afirma que existe una correlación entre los casos crecientes de desorden mental y la variante neoliberal del capitalismo, por lo que resulta necesario discutir

el problema creciente del estrés y la ansiedad en las sociedades capitalistas de la actualidad. Ya no debemos tratar la cuestión de la enfermedad psicológica como un asunto del dominio individual cuya resolución es de competencia privada; justamente, frente a la enorme *privatización de la enfermedad* en los últimos treinta años, debemos preguntarnos: ¿cómo se ha vuelto aceptable que tanta gente, y en especial tanta gente joven, esté enferma? La “plaga de la enfermedad mental” en las sociedades capitalistas sugiere, más que ser el único sistema social que funciona, que el capitalismo es inherentemente disfuncional, y que el costo que pagamos para que *parezca* funcionar bien es en efecto alto (*Ibíd.*).

Ante esto, atestiguamos el incremento social de una de estas expresiones patológicas de las nuevas formas de dominación como lo son las *depresiones*⁴⁷, dotadas de contenido social y con relación, en buena medida, a la competitividad, la

⁴⁷ En términos neuropsiquiátricos, se ha demostrado que la pobreza, por ejemplo, “afecta de forma directa la estructura y función del cerebro, lo cual, a su vez, significa que las personas con desventajas socioeconómicas tienen un riesgo mayor de desarrollar numerosos trastornos cognoscitivos y emocionales. Hay diversas regiones cerebrales que muestran un menor volumen cerebral en personas que han tenido desventajas socioeconómicas, pero las mejores evidencias científicas se han encontrado en la corteza prefrontal”. Véase Ramírez-Bermúdez, Jesús (2020), *Depresión. La noche más oscura*, Debate, Penguin Random House, México. Esto significa que no todos los llamados trastornos son de origen estricta y únicamente orgánicos, como muchas veces se nos quiere describir en el pensamiento psiquiátrico dominante. Más aún, la depresión mayor tiene una menor influencia genética y una mayor influencia ambiental que el trastorno bipolar, la esquizofrenia o el autismo (*op. cit.*).

insatisfacción, soledad patológica y frustración características de nuestros días. No es que antes no existieran las depresiones, pero, hoy en día y bajo las condiciones neoliberales, se ha notado, como mencionamos, un incremento de éstas incluyendo, como otro elemento precipitante, el contexto de la pandemia reciente.

Al respecto, Berardi recurre a Alain Ehrenberg⁴⁸, quien nos dice que existe una nueva normatividad y, a causa de ésta, toda la responsabilidad de nuestras vidas se encuentra en cada uno de nosotros. De esta forma, la depresión “se presenta entonces como una enfermedad de la responsabilidad en la cual predomina el sentimiento de insuficiencia. El deprimido no está a la altura, se siente cansado de tener que volverse sí mismo” (Ehrenberg en Berardi, 2012: 120). Si esto es así, la depresión se encontraría relacionada, de alguna manera, con los imperativos ideológicos de la autorrealización y la felicidad, en un contexto competitivo, productivista e individualista. No obstante, creemos necesario puntualizar que no debemos generalizar la depresión como resultado inequívoco de la dominación. Consideramos aquí depresiones, en plural, pues no es lo mismo una grave depresión psicótica que angustia depresiva, neurosis depresiva, o soledad patológica, sin embargo, también hay riesgos de cuadros clínicos más graves que las neurosis y que pueden llamarse limítrofes entre la neurosis y la psicosis.

Debemos detenernos un poco en este punto para intentar aclarar la cuestión de las depresiones actuales. Como mencionamos, algunas depresiones han presentado un incremento en nuestros días; más que depresiones psicóticas o melancolía, observamos neurosis depresivas, angustias depresivas y soledad patológica al menos. Ya hemos remarcado que la actualidad está marcada por la inmediatez, los medios tecnológicos, los tiempos y vínculos efímeros que obturan la profundidad, el pensamiento, la reflexión, pues pensar y elaborar experiencias duele y se evitan o hasta se niegan. El mundo contemporáneo ha traído cambios en los comportamientos, las expresiones, la satisfacción, la relación con el cuerpo, con la familia y su estructura tradicional y los valores. Presenciamos un aumento en la

⁴⁸ Al respecto puede verse Ehrenberg, Alain (2000), *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires.

violencia y desprecio por los otros, una fragmentación de los sujetos en sí mismos y sus relaciones.

Si mencionamos la soledad es porque se presenta en cualquier ser humano. Sí, nacemos –hasta ahora– en compañía y relación con la madre o semejante; en principio forman un conjunto indiferenciado y, posteriormente, nos experimentamos, percibimos y vivenciamos como un otro separado. Coincidiendo en esto con la psicoanalista Delia Hinojosa (2020), afirmamos entonces que puede haber una soledad como crecimiento y una como patológica. Si el sujeto es capaz de lidiar consigo mismo en soledad decimos que puede haber un logro positivo en el desarrollo de la infancia, donde la madre, como Yo auxiliar, funciona para aliviar ansiedades y angustias de aniquilación, paranoides y depresivas, sin embargo, éstas podrían reactivarse en cualquier momento de la vida adulta como regresión a una fase dolorosa y angustiante, con riesgo de desorganización y escisión del sujeto si este Yo auxiliar se ausenta o falla.

Entonces, para apoyar nuestro trabajo de investigación, retomamos todo esto para agregar también que, si la soledad se siente como aniquiladora, aparece como síntoma y se vuelve patológica. Más allá de la importancia y utilidad de un tratamiento psicoanalítico, nos referiremos a la incapacidad de estar a solas sin sufrimiento, inhibiciones ni elaboraciones de duelos en muchos sujetos actuales. Muestran compulsiones obsesivas como el comer, consumir alcohol u otras drogas, trabajar –si tienen un empleo–, en el sexo promiscuo y riesgoso; como bien nos dice Hinojosa, “hay algo que genera una angustia intermitente que buscan apaciguar. Se sienten apenados y desesperanzados, no únicamente se sienten solos y escindidos, tienen una autoestima devaluada, es decir, una imagen de sí mismos débil e impotente para controlar toda la carga pulsional, lo cual, a su vez, les da la sensación de que merecen ser abandonados y estar solos” (p. 64).

Así, podemos comenzar a ligar estas patologías con lo actual y sus características dominantes. La fragmentación de los sujetos tiende a manifestarse más, tanto en ellos, en los objetos externos, como en sus vínculos con los otros, pues son desechables y sustituibles, lo que trasciende la estructura psíquica y lo disponible en nuestra época no funciona como estructurador de nuestro mundo interno. Los

sujetos pasan al acto de riesgo, de satisfacción inmediata como supuesto sentimiento de estar completos y de omnipotencia; “[n]o quieren pensar, no quieren sentir, necesitan escindirse, necesitan alejarse en una aparente soledad que los protege, les permite no exponerse a sus demonios internos y el deseo de desaparecer omnipotentemente del mundo real a aquellos que los frustran, que les hacen ver su incompletud y, por lo tanto, quieren hacerlos desaparecer” (*Ibíd.*: 66). Lamentable y preocupantemente esto es un hecho que observamos no sólo en consultorios, sino en las calles, con amigos, en el trabajo, en las escuelas y universidades.

Resuena mucho lo anterior con actitudes de los sujetos en la sociedad neoliberal actual, en el sentido de su fragmentación, omnipotencia, aislamiento y hasta desaparecer del mundo real aquello –o aquellos– que los frustra, como los imperativos del discurso dominante, el control, la explotación, en suma, las condiciones concretas. La lucha constante por subir escalón por escalón hacia la vida perfecta se escinde, en frustración y sufrimiento, de la posibilidad y capacidad real de los sujetos en su habitar, su cultura, clase social, educación y salud. Como subrayamos ya, las compulsiones de los sujetos pueden expresarse en el trabajo o el fracaso en éste, el fracaso o deserción escolar, comida, drogas, internet o en el sexo. La optimización, los ideales impuestos sobre el cuerpo, asumen la posición de un camino que encubre el conflicto interno.

Tal fragmentación en los sujetos y las relaciones sociales establece el dominio de lo *individual* y sus correspondientes síntomas y patologías. Llegan a sentir que no tienen ideales porque han fracasado sin encontrar algo que los motive, buscando soluciones rápidas sin perder tiempo en pensar el dolor sin nombre ni palabras aún. Un narcisismo sostenido por piernas de arena frente al desamparo, la tristeza, la desesperanza y la incertidumbre que busca lo inmediato, el aletargamiento del dolor no pensado e introyectado como parte de un fracaso más. De esta manera se complejiza el entramado con lo social que intentamos desmenuzar.

Continuando, las iniciativas tomadas por los sujetos se vuelven su propia medida, en donde la competitividad implica una estimulación narcisista de riesgo, pues, como hemos dicho, muchos son los llamados y pocos los escogidos, conduciendo al uso de sustancias psico-estimulantes y antidepresivos que

representan la otra cara de la economía capitalista actual. Aquí, Franco Berardi nos da una explicación de la depresión –desde su perspectiva– que vale la pena presentar:

En la depresión asistimos, ante todo, a una desinversión de la energía anteriormente invertida de forma narcisista. Cuando el organismo se da cuenta de que ya no puede soportar ulteriormente la tensión competitiva y de que es el perdedor en esa relación que absorbe por completo sus motivaciones, se verifica una especie de grado cero de la relación de intercambio entre el organismo consciente y su mundo. En la depresión asistimos siempre a un proceso de desmotivación a todo campo que trae origen de la pérdida de un objeto sobre el que se había concentrado la atención narcisista del sujeto. “El mundo ya no tiene sentido”, dice la persona deprimida, porque el objeto de su pasión narcisista ha desaparecido (*Ibíd.*: 123).

Es así que las nuevas formas de expansión de la esfera económica coinciden con una reducción de la esfera erótica. En la cotidianidad presenciamos un consumo veloz, culpable y neurótico pues no hay tiempo para vivir, hay que volver a trabajar y mantenernos ocupados, mientras prolifera una exaltación acrítica de las tecnologías digitales y la optimización de sí mismo. La vida se vuelve tan triste y solitaria que debe intercambiarse con dinero y una pérdida de comunicación/contacto con los otros. Incluso las drogas, tanto legales que generan inmensas ganancias a industrias farmacéuticas, como ilegales dominadas por el crimen organizado, son parte de la sociedad competitiva; es entonces –siguiendo con Berardi– cuando esta psicopatía emerge donde los apologetas de la competencia encuentran un inmenso paraíso a explotar.

Más abajo veremos que la depresión –o sus diferentes expresiones– ha llegado a ser una de las afecciones más recurrentes en los sistemas de salud, y ya no únicamente en países llamados avanzados. Como ejemplo, Mark Fisher llega a decir que ser adolescente británico, en el capitalismo actual, pareciera ser sinónimo de enfermedad. Consideramos que no es posible afirmar tajantemente lo mismo en América Latina, dadas las notables diferencias socioeconómicas, culturales y que no es el objetivo de la presente investigación, pero sí notamos similitudes en espacios urbanos –como la ciudad de México particularmente–, bajo las cuales, de manera

creciente, parece que esta patologización ocluye posibilidades de crítica y politización. Así lo hemos explicitado ya incluso en términos clínicos; no sólo en sujetos de nuestra investigación, sino también en otras y otros autores; pacientes y experiencias psicoanalíticas o no. Estamos de acuerdo en que repercute, sobre todo, en los jóvenes y ya llegaremos al punto de una posible resistencia o su debilitamiento. Es lo que hemos llamado *incomodidad latente*, donde perciben que algo no está bien, pero no es una resistencia politizada o crítica.

Como hemos expuesto más arriba, al “privatizar los problemas de la salud mental y tratarlos sólo como si los causaran los desbarajustes químicos en la neurología del individuo o los conflictos de su contexto familiar, queda fuera de discusión cualquier esbozo sistémico de fundamentación social” (Fisher, 2016: 50). Ante esto –aunque sabemos que las instituciones tradicionales o bajo intereses económico-políticos así lo presentan– quisiéramos agregar lo siguiente: los conflictos que vienen también desde el núcleo íntimo de la familia, la constitución propia y la historia singular de los sujetos, incluyendo, por supuesto, a la cultura, las posibilidades de educación, los afectos o ausencias experimentadas en la primera infancia, tienen repercusiones muy importantes, si no fundamentales, en el desarrollo de la persona y posibles psicopatologías futuras que pueden llegar a ser graves. Basta con volver a nuestro país y los sujetos que viven o han vivido la cultura del machismo, la violencia, la pobreza y falta de accesos a la educación o la salud, a un trabajo digno, o hasta contar con el apoyo de ambos padres, o solo la madre, o de ninguno, por abandono o necesidad de trabajar para sobrevivir.

La gente que ha sido abandonada en las calles o huido de casa por cuestiones de violencia, abuso y pobreza, la mayoría de las veces –si no es por estas últimas situaciones– padecen alguna enfermedad, psicopatologías graves, psicosis como la esquizofrenia, que sus familiares no logran contener, o no tienen el dinero para un tratamiento o, simplemente, no hay preocupación alguna por el cuidado de su familiar. También, en las calles aparecen las adicciones a sustancias para huir o disminuir sufrimientos que llegan a ser tan severas que pueden provocar un daño no solamente físico, sino también generador de psicosis y mal funcionamiento orgánico.

Volviendo a lo anterior, en su mismo análisis, Fisher agrega un término a las características de la depresión –por ejemplo, la anhedonia, incapacidad de sentir placer–, éste es *hedonia depresiva* que se refiere, más que a la incapacidad de sentir placer, a la incapacidad para hacer cualquier cosa *que no sea* buscar placer. Sin embargo, agregamos aquí que no se trataría de la simple búsqueda del placer, sino de su exceso rayando en el displacer, del goce de satisfacciones inútiles y mortales para los sujetos. Observamos una articulación patológica entre la inmediatez o liquidez de la sociedad y sus relaciones, con la solidificación de la vida y el deseo singular inmovilizado de cada sujeto ante la vida y sus proyectos a futuro.

No obstante, debemos evitar dejar de lado algunas características sufrientes en México, puesto que es el espacio de la investigación y contiene elementos concretos que podemos agregar a lo expuesto. Las dolencias sociales en este país no sólo se circunscriben a la situación económica de muchísimas personas, al desempleo, al caos urbano, a la cultura machista o la precariedad; es preciso agregar la violencia, pues, como nos dice Irmgard Emmelhainz (2016), la violencia también está en la mente de todos. Esto abarca desde el narcotráfico y los miles de muertos que ha dejado, la violencia estatal y policial, la inseguridad, hasta la familiar, íntima, los feminicidios y las autoagresiones.

Concordamos con Emmelhainz en que el terror que siente la sociedad mexicana cotidianamente es, a su vez, una forma de gobierno a través del sufrimiento que paraliza y fragmenta a la población. Existen formas de vida hegemónica a nivel mundial de hiperconsumo, alienación y otros calificativos que hemos expuesto más arriba vueltos establecidos y normalizados. Bajo esta perspectiva, la autora advierte que

la cultura de consumo, sostenida por la industria espectacular de la imagen, se percibe de manera distinta que en los años sesentas: en vez de verse como una fantasmagoría que adormece al colectivo, se plantea como una fuente inagotable de realización de deseos que le brindan autonomía y libertad de expresión a consumidores “cínicos” que conocen perfectamente los mecanismos del fetichismo de las mercancías. Y ante el evidente recrudecimiento de las formas de poder en la sociedad de control, se está labrando un nuevo autoritarismo que incluye la

persecución a periodistas, la represión y el linchamiento mediático de marchas y protestas, y la criminalización de activistas (Emmelhainz, 2016: 168).

Este “nuevo autoritarismo” que se ha forjado en México del que habla la autora, está en “sintonía con los nuevos fascismos del resto del mundo, traducidos en la persecución de movimientos sociales, disidencia, denunciantes y hacktivismo, cacería contra inmigrantes, impunidad ante la violencia contra las mujeres y represión brutal contra los pobres” (*Ibíd.*: 169). Lamentablemente –y coincidimos con Emmelhainz–, el sufrimiento social que todo esto provoca no es efectivo como una plataforma de “organización política antagonista”. Aún así, y sin perder todas las esperanzas, nuestra autora retoma a Simone Weil para hablarnos del dolor y el sufrimiento, veamos:

Para Weil, lo que el mal y la pena (o *malheur*) tienen en común es una falta de contacto con la realidad, y el sufrimiento puede ser un recurso para recuperar el sentido de realidad. Es decir, cuando sufre una pena, el ser humano se modifica para preservarse a sí mismo lo más que puede, dejando su centro intocable para que pueda pasar la gracia (o el bien absoluto). En este sentido, la aflicción ennoblece y, sin embargo, cuando sufrimos, nuestra mente no es libre para contemplar el sufrimiento porque éste produce un alma encerrada en sí misma para la cual aceptar el sufrimiento y sentir compasión por otros es muy difícil. ¿Qué tipo de atención nos pide la gente que sufre, la conozcamos o no? ¿Por qué podemos vivir sin preocupaciones cuando otros están sufriendo? (*Ibíd.*:171-172).

Pensamos que estas reflexiones son muy importantes y pueden aportar, desde el pensamiento filosófico-social a quebrar una clínica rígida en la atención al sufrimiento. Sin embargo, en el ámbito social, nuestra época necesita censurar el sufrimiento de la vida; dadas las características del capitalismo neoliberal que hemos descrito más arriba, el sufrimiento aquí no tiene cabida puesto que puede llegar a “violar el derecho humano de la felicidad. Ser ‘civilizado’ es no matar, y a los niños se les leen cuentos sobre animalitos del bosque que se vuelven vegetarianos para no tener que matarse entre ellos, y se les explica que ‘bulear’ está mal pero abusamos de los menos privilegiados de maneras más o menos aceptables socialmente” (*Ibíd.*: 172). ¿Buenas intenciones, hipocresía, autoengaño?

La persona que sufre puede llegar a tener la capacidad de nombrar aquello que duele y elaborarlo, enfrentarlo, pensarlo, al menos desde el acompañamiento en la clínica psicoanalítica. De manera similar, Emmelhainz señala que una persona que sufre, también se encuentra en una desubjetivación, pero que, al identificarse como víctima del sistema puede construir un campo en el que puede recuperar su subjetividad, cobrando consciencia de sí a partir de su dolor. Cuestión difícil en las condiciones de este país. El sufrimiento se ha convertido en experiencia cultural y social que no contiene un disenso o antagonismo, una lucha, sino que, pensamos con la autora, se proclama como excepción.

Aunque esta no es en sí la temática de la tesis, consideramos innegable la importancia de hacer mención de tales fenómenos y características; esto porque tiene una relación directa en la salud mental de la sociedad mexicana y lo que nos atañe aquí, como el sufrimiento psíquico-social y lo que contiene, lo que conlleva. No sólo podemos pensarlo desde la reflexión teórica, debemos ampliar la mirada a los fenómenos concretos, los sufrimientos singulares y sociales a los cuales nos enfrentamos o padecemos y que no siempre nos abren caminos de subjetivación y consciencia de sí.

Tomando esto en cuenta, resulta ahora sumamente relevante exponer la situación que se vive en nuestro país respecto a los datos de padecimientos mentales. Esto es importante porque, paralelamente a la reflexión teórica, somos testigos de un incremento en las atenciones por depresión de 25% entre 2020 y 2021, según los datos del Consejo Ciudadano para la Seguridad y Justicia de la Ciudad de México. Entre 2020 y 2022, el 69% de las atenciones por esta enfermedad fueron para mujeres, 38% para personas menores de 20 años, el 50% provenientes de estados del interior del país y 37% de la Ciudad de México. La ayuda ofrecida por depresión significa el 15% del total de atenciones nacionales e internacionales de apoyo psicológico presentadas entre 2020 y 2021, y es la principal razón por la cual las personas buscan ayuda, seguida de los problemas de pareja con 14%, los familiares con 10%, la fatiga pandémica con 7%, entre otros. Además, 223 personas recibieron terapia presencial o virtual por depresión entre 2020 y 2021 en los Centros de

Recuperación Emocional del Consejo Ciudadano (CRECC) en sus cuatro sedes: Cuauhtémoc, Iztapalapa, Azcapotzalco y Benito Juárez⁴⁹.

Observamos que hay un aumento en la prevalencia de depresión entre 2018 y 2020. Como se ha manifestado en los datos anteriores, quienes son mayormente afectadas por la depresión son las mujeres y, también, las personas con niveles socioeconómicos bajos. Esto, según el estudio que realizó *Coyuntura Demográfica* en enero de 2021, ayuda a profundizar en las inequidades sociales⁵⁰. Ellos mismos, con base en una encuesta llamada Encovid-19, realizada por el Instituto de Investigación para el Desarrollo con Equidad (Equide), exponen que el miedo al contagio permeó prácticamente todas las esferas de vida de la gente; los procesos de socialización e interacción subjetiva se quebrantaron, llevando a alteraciones de los estados de ánimo. Según el estudio, es innegable que la capacidad de cada sujeto para enfrentar de forma “adecuada” la cotidianidad como disfrutar la vida, la participación social y productiva, y la superación de obstáculos está mediada por la salud mental individual –componente fundamental para la salud mental general–, lo que impacta en el bienestar social.

Sin embargo, consideramos necesario aclarar que la llamada “salud mental” no puede ser reducida a una cuestión solamente individual y, mucho menos, meramente orgánica en todos los casos, pues esta condición se agrava en sujetos que enfrentan situaciones de pobreza, lo que exacerba también las desigualdades en condiciones de salud, por ejemplo, la depresión con base en el género y las condiciones socioeconómicas que, innegablemente, corresponden al modelo de acumulación actual. Además de la depresión, es importante atender comorbilidades –otras enfermedades o trastornos que la acompañen– para evitar mayores consecuencias perjudiciales. La depresión afecta de manera desproporcionada a la sociedad, como en el caso de las mujeres, lo cual, de acuerdo con el estudio, pueden representar una señal de alarma respecto a las inequidades de género. De similar manera, entre menor nivel socioeconómico y cultural, mayor sufrimiento psíquico.

⁴⁹ Consejo Ciudadano (enero, 2020). Disponible en: consejociudadanomx.org [fecha de consulta: 18/05/2022]

⁵⁰ Coyuntura Demográfica, Núm. 19. Enero, 2021.

La pandemia profundizó las desigualdades en México. Por ello, “el virus” no se debe pensar sólo a nivel corporal, sino también a través de sus interacciones con lo económico, lo social y la salud mental.

En este punto desplegaremos una preocupación en cuanto a las intervenciones básicas que el Estado y sus sistemas de salud aplican a la sociedad para medir afecciones mentales. Por ejemplo, con base en el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) vemos que prácticamente cualquier persona puede ser depresiva o tener un trastorno. La Encuesta Nacional de Bienestar Autorreportado (ENBIARE) en 2021, contiene un punto concerniente al bienestar subjetivo, mediante el cual intentan extraer síntomas de depresión en la sociedad. Dentro de las preguntas podemos encontrar las siguientes: Durante la última semana ¿siente como si no pudiera quitarse la tristeza de encima?; ¿le cuesta trabajo concentrarse en lo que hace?; ¿se sintió deprimida/o?; ¿le parece que todo lo que hace es un esfuerzo?; ¿no durmió bien?; ¿disfrutó de la vida?; ¿se sintió triste?

Los resultados obtenidos arrojaron que el 15.4% la padece, y el 84.6% no la padece. Particularmente la Ciudad de México tuvo un 12.5% del total, mientras que el Estado de Guerrero, por ejemplo, obtuvo un 20.7%. No está de más hacer mención de que dicho Estado es uno de los más pobres y violentos de México; acorralados por el crecimiento del crimen organizado, corrupción y zonas de “Tierra Caliente” prácticamente abandonadas por el Estado.

El punto aquí es que, aun siendo un apoyo estadístico, termina siendo sumamente abstracto y generalizante. Todos en algún momento nos sentimos así y no por ello sufrimos de un *trastorno* depresivo. Y más aún, no hay ninguna explicación de los diversos “por qué” en términos socioeconómicos, culturales, familiares, políticos, singulares. La psiquiatría y algunos datos estadísticos se limitan a decir que es “multifactorial”. No negamos que esto sea cierto, pero implica una cierta pobreza epistemológica al arrojar todos estos datos en un mismo costal conceptual. Esto indica, sobre todo, que las afecciones mentales, cerebrales, neurológicas, aún quedan en una parte de oscuridad respecto a nuestro conocimiento y tratamiento de ellas.

Por otro lado, en noviembre de 2021, el periódico mexicano *La Jornada*⁵¹ publicó un pequeño estudio en el que exponen que México –según la OCDE– es de los países con los niveles más altos de ansiedad y depresión, reconociendo, además, una discriminación a quienes padecen de su salud mental. A partir de la crisis por Covid-19, aumentaron los niveles de angustia, teniendo como una de las principales causas la pérdida de la educación y el trabajo. Por ello, se propuso invertir más en salud mental y apoyos a jóvenes que perdieron su empleo y, por ende, sus ingresos básicos. Ya antes de la pandemia, las personas con algún trastorno o afección mental tenían 20% menos de probabilidades de conseguir trabajo y, quienes lo conseguían, recibían 17% menos que los otros “sanos”.

Esto nos conduce a pensar en los apoyos económicos destinados a dichas afecciones o trastornos. El Centro de Investigación Económica y Presupuestaria, A.C.⁵², sostiene que, de acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la salud mental debe estar al frente y al centro de las respuestas nacionales a la pandemia que vivimos. A partir de datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS), los países de ingresos medios y altos destinan 2.4% y 5.1% respectivamente de su presupuesto de salud para la salud mental. De 2013 a 2021, México destinó, en promedio, 2.1% del presupuesto de la Secretaría de Salud. En 2021 se propuso destinar 3 mil 31 millones de pesos (2.1% del total de la SSa).

De acuerdo con este estudio, la disminución del presupuesto destinado a salud mental y la concentración de recursos económicos, humanos y materiales en los hospitales psiquiátricos podrían limitar acciones comunitarias de salud mental. Sin despegarnos de lo expuesto, podemos dar cuenta de otros tipos de trastornos o afecciones que, de acuerdo con nuestras intenciones, no quedan excluidas del momento sociohistórico, económico y cultural que vivimos; sin embargo, repetimos, no pretendemos decir que todas ellas sean consecuencia directa del capitalismo neoliberal. Por ello, intentamos aquí dar cuenta de las implicaciones que sí tienen

⁵¹ Periódico *La Jornada*, 5 de noviembre de 2021 (p. 14).

⁵² Centro de Investigación Económica y Presupuestaria A.C. Disponible en: ciep.mx [fecha de consulta: 18/05/2022]

relación con el mundo que hemos construido hasta hoy en día en nuestra psique, nuestro cerebro, nuestro cuerpo y nuestras relaciones sociales.

Más grave aún resulta que la depresión puede conducir al *suicidio*, el cual está definido por la Organización Mundial de la Salud (OMS) como un problema realmente grave y que es posible prevenir. Por ello, la atención en salud mental de niñas, niños y adolescentes se vuelve central, pues en ellos también se presentan fallecimientos a causa de lesiones auto infligidas, de acuerdo con el Instituto Nacional de Salud Pública en 2019. En México prevalecen los casos en hombres.

Por otro lado, aunque en la misma línea de afecciones mentales, el llamado *estrés* forma parte de ellas y, evidentemente, también tiene un componente social innegable. El estrés puede ser entendido como una respuesta del cuerpo ante las amenazas, sin embargo, el investigador chileno Edgar Gaytán advierte que lo que ya no es natural tiene que ver con ciertas condiciones socioambientales que provocan que los sujetos la padezcan por periodos prolongados. El investigador advierte que el estrés psicosocial, por sus efectos en la vida cotidiana de los sujetos y en los sujetos mismos, son un importante factor de vulnerabilidad⁵³.

Incluso, en el año 2019, la OMS incorporó al famoso *burnout* a la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE), descrito como síndrome resultante del estrés crónico en el trabajo. En México se estimaba que afectaba a más de 40% de los trabajadores. Esto también tiene un importante impacto físico y psicológico en los internautas, ya que, hoy en día, el número ha crecido tanto por el desarrollo tecnológico, como por la pandemia. Entre los síntomas de mayor nivel se encuentran: dolores de cabeza, malestar estomacal, angustia, irritabilidad, ansiedad, falta de motivación, falta de concentración e incluso depresión⁵⁴.

Otra de las afecciones que persisten en la actualidad repercute en los niños. Tal es el caso del *Trastorno por Déficit de Atención* con o sin *Hiperactividad* (TDAH), el cual se caracteriza por producir problemas en múltiples áreas de funcionamiento y, quienes lo sufren, tienen problemas en su desarrollo social,

⁵³ Disponible en animalpolitico.com (2017) [fecha de consulta: 18/05/2022].

⁵⁴ Estudio realizado por Blog OCCMundial en octubre de 2021.

emocional y cognitivo. El TDAH se ha denominado un trastorno del neurodesarrollo que presenta falta de atención, hiperactividad e impulsividad. Los síntomas pueden presentarse en casa, la escuela o con los amigos y provocan la llamada disfuncionalidad. A través de un artículo publicado por Fundación UNAM, Aurora Jaimes Medrano, del Departamento de Psiquiatría y Salud Mental, nos vuelve a decir que la causa es multifactorial, pero con predominio de componente genético. Se han encontrado genes asociados al trastorno y, al estar en interacción con el medio ambiente, pueden presentarse los síntomas. Entre dichos síntomas puede presentarse la dificultad para esperar turnos, muy poca tolerancia a la frustración, excesiva inquietud motora, torpeza motriz, dificultad para sostener atención en tareas que requieren determinado esfuerzo mental, desorganizados y poco flexibles para resolver problemas⁵⁵.

Hace ya algunos años, el investigador Fred Baughman informó, a través de una Universidad en Pennsylvania, que lo que se describe como TDAH es “un juego de variaciones conductuales normales sin validez diagnóstica alguna y que una serie de estudios realizados con Resonancia Magnética indicaron que el ‘tratamiento’ con *Ritalín* y otras anfetaminas estaba provocando atrofas cerebrales y que el TDAH no constituye enfermedad desde un criterio médico”, agregando más adelante que el TDAH “se había constituido en el mayor fraude que se hubiera cometido en el cuidado de la salud de la infancia, en la historia americana –es decir, al menos en Estados Unidos–, al ser diagnosticada como si fuera una enfermedad real y estar conduciendo a la drogadicción a millones de niños normales. El TDAH es un enorme negocio para las farmacéuticas” (citado por Pundik en Carpintero, 2011: 58-59).

Para problematizar más el tema que nos atañe, el mismo autor en quien más arriba nos apoyamos –Mark Fisher– afirmó que el Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad (TDAH), como patología, sería una del capitalismo tardío, es decir,

una consecuencia de estar conectado a circuitos de entretenimiento y control hipermediados por la cultura de consumo. Del mismo modo, lo que se conoce como

⁵⁵ Dirección General de Divulgación de la Ciencia, UNAM, México. Revisado el 18 de mayo de 2022.

dislexia puede no ser otra cosa que una suerte de *poslexia*. Los adolescentes tienen la capacidad de procesar los datos cargados de imágenes del capital sin ninguna necesidad de leer: el simple reconocimiento de eslóganes es suficiente para navegar el plano informativo de la red, el celular y la TV. “La escritura nunca fue algo propio del capitalismo. El capitalismo, de hecho, es intrínsecamente iletrado”, afirmaron Deleuze y Guattari en el *Anti Edipo*. “El lenguaje electrónico no funciona a través de la voz o la escritura; los datos se procesan perfectamente en ausencia de ambas.” De ahí que tantos empresarios exitosos sean en efecto disléxicos, aunque no sepamos si su eficacia posléxica es la consecuencia, o la causa, de su triunfo (*Ibíd.*:54).

En su característico tono provocador y crítico, el análisis de Fisher lleva a plantear que si la esquizofrenia es la enfermedad que señala los límites exteriores del capitalismo –según Deleuze y Guattari– así, el *trastorno bipolar*⁵⁶ podría ser la patología mental propia del interior del capitalismo considerando sus momentos de auge y depresión; “el capitalismo se alimenta del estado de ánimo de los individuos, al mismo tiempo que los reproduce. Sin dosis iguales de delirio y confianza ciega, el capitalismo no podría funcionar” (Fisher, 2016: 66). El crecimiento de padecimientos afectivos y psiquiátricos tiene que ver no sólo con el neoliberalismo como tal, sino también con su cultura; tal como argumentaba Oliver James –autor del libro *The selfish capitalist* (en Fisher, *op. cit.*)–, en la fantasía de la sociedad emprendedora todos pueden llegar a ser millonarios o quienes quieran serlo; la idea de que la riqueza material conlleva la autorrealización predomina; el trabajo sobre todas las cosas, incluso sobre la familia, conduce a la riqueza y, si no lo logras, sólo habrá un culpable.

La reducción de muchas de las llamadas enfermedades mentales a problemas químicos y orgánicos es, en ciertos aspectos, conveniente al capitalismo. Por un lado, refuerza la idea de un sujeto aislado que, por su funcionamiento cerebral, está enfermo solo. Por otro, abre las puertas al mercado farmacéutico que despliega sus productos prometiendo curar con antidepresivos. Se sabe que la depresión, por

⁵⁶ El trastorno bipolar, según la psiquiatría y la clasificación oficial, es una enfermedad que también es conocida como maníaco-depresiva. Un trastorno del afecto caracterizado por periodos sostenidos de depresión o manía. La depresión corresponde a una disminución de la capacidad funcional normal del individuo y la manía un estado de ánimo exacerbado.

ejemplo, tiene que ver con un bajo nivel de serotonina y fallas en la sinapsis⁵⁷, pero aún falta saber las causas de que una persona en particular tenga bajos dichos niveles; parece necesario re-politizar estas cuestiones –incluyendo la clínica– y comprender más allá de lo orgánico lo que sucede también en el ámbito social, político y subjetivo. No es descabellado considerar los desórdenes afectivos como formas de descontento y malestar; ahora bien, coincidimos con el autor en que hace falta exteriorizarlos y enfrentarlos contra una de sus causas reales, esto es, el capitalismo.

Si pensamos un momento en las condiciones de gran parte de la sociedad respecto al trabajo, los salarios, las prestaciones, en relación con las necesidades y la sobrevivencia, no debería sorprendernos si sufren de depresión, ansiedad, falta de esperanza. Es más, resulta posible que se logre persuadir a los sujetos de que sus sufrimientos psíquicos tienen que ver con su propia química y estructura cerebral y no con las condiciones sociales en las que intentan sobrevivir. La psicología y la psiquiatría, en algunas de sus ramas, parecen caminar de la mano y con la aceptación de lenguajes y pautas de conducta oficiales. De manera preocupante ha crecido esta situación que algunos grupos críticos al sistema han sucumbido ante una forma colectiva que podría asimilarse a un cuadro de depresión clínica, con aplanamiento emocional, tristeza, incapacidad de actuar y pérdida de sentido. Ayudará ejemplificar una diferencia entre tristeza y depresión:

[M]ientras la tristeza se autorreconoce como un estado de cosas temporario y contingente, la depresión se presenta como necesaria e interminable: las superficies glaciales del mundo de un depresivo se extienden en todos los horizontes imaginables. En la profundidad de la enfermedad, el depresivo no reconoce su melancolía como anormal o patológica: la seguridad de que toda acción es inútil y de que detrás de la apariencia de la virtud solo hay venalidad golpea a quienes sufren de depresión como una verdad que ellos han descubierto, pero que los otros están demasiado engañados como para reconocer. Existe una clara relación entre el

⁵⁷ Espacio entre las terminaciones de las fibras nerviosas y a través del cual pasan impulsos de una neurona a otra. El impulso causa la liberación de un neurotransmisor que desencadena un impulso eléctrico en la neurona siguiente.

“realismo” aparente del depresivo, con sus expectativas tremendamente bajas, y el realismo capitalista (*Ibíd.*: 130).

En términos sociales y políticos, esto provoca la descomposición de lo colectivo y genera formas de atomización. ¿A qué nos referimos? Recordemos que hicimos mención más arriba, aunque no de manera muy profunda por ahora, de los sujetos partícipes de esta investigación y los datos estadísticos institucionales. Si mencionamos una descomposición, reiterando nuestra perspectiva hacia el espacio urbano de la Ciudad de México, especialmente la zona centro y, particularmente, a sujetos no pertenecientes a colectividades politizadas, no todos con escolaridades “completas”, no profesionales de la academia o la salud mental, es porque, precisamente con estos sujetos, presenciamos daños en la vinculación con ellos mismos –la fragmentación o escisión antes expuesta– y los otros, lo que denota daño social en sus capacidades afectivas, cognitivas, reflexivas y convivenciales.

Pueden estar en reuniones y fiestas, votar masivamente por un candidato, explorar su sexualidad sin compromisos, sentirse extasiados. Sin embargo, no significa una politización como decisión consciente de sus acciones en términos colectivos. Sí puede ser político en términos de los efectos, causas, repercusiones sociales dentro del sistema, pero veremos que sus decisiones responden más a una individualización aislada. Por ello nos encontramos en una posición de no generalización mecánica de sujetos muertos en vida por el capitalismo, pero tampoco en la idea de que las condiciones dominantes contienen en sí los destellos de un desbordamiento del malestar en la recuperación política de lo colectivo y la comunidad de manera mecánica y causal.

Sabemos que existen muchísimos jóvenes, colectivos, movimientos sociales, profesionales de la salud, la educación, la política, comprometidos, enojados con un ápice de proyección hacia y contra qué se lucha y resiste. De lo contrario, no habría resistencias ni propuestas ni deseos siquiera de otra sociedad. Aun así, también debemos tomar en cuenta nuestra constitución como sujetos, nuestras contradicciones presentes, incluso, dentro de movimientos o colectivos, grupos escolares o académicos, nuestras competencias, ideales y singularidad. Por ello, sin querer adelantarnos a lo que más adelante retomaremos, reiteramos las particulares

características de nuestros sujetos que van desde las condiciones culturales, socioeconómicas y psíquicas, hasta las consecuencias preocupantes de aislamiento, individualismo, sufrimiento, escisión de sí mismo, adicciones y, dentro de cada posibilidad, la competencia por la inalcanzable satisfacción total y prometida.

Esto abarca desde el recurrir a internet para descubrir el amor y la sexualidad, la competencia para ser el mejor y ganar más dinero para una vida sin proyectos, trabajar arduamente sacrificando la vida íntima, amorosa o familiar; huir, a través de redes sociales o sustancias adictivas, de una vida de ausencias, abandonos y carencias, desatar agresividades ya incontenibles de un resentimiento cuya fuente pareciera ya no tener nombre. A esto nos enfrentamos, tratando de sostener, no sólo en términos abstractos, que la sociedad genera síntomas, daña, descompone y aísla a buena parte de los sujetos, hablando del caso específico de esta ciudad.

El capitalismo enferma a los sujetos al mismo tiempo que la industria farmacéutica vende sus medicamentos para “hacerlos sentir mejor”. Las causas socio-políticas usualmente quedan en segundo término –o último término– y el descontento se interioriza individualmente. En este punto nos parece importante remitirnos a ciertas ideas de Oliver Hernández Lara para subrayar matices en la cuestión tratada; esto es que no se trataría de que el conocimiento médico y tampoco las clasificaciones de las enfermedades sean totalmente subordinadas a los intereses de las empresas o laboratorios psicofarmacológicos. Lo que plantea el autor es sustentar que tanto desde la perspectiva epistemológica dominante de la psiquiatría, como de la cotidianidad que impone el capitalismo actual, hacen que el campo de la salud mental se vea afectado y replanteado constantemente. Como hemos planteado aquí, coincidimos en que este pensamiento se basa en separar el dolor, el sufrimiento y la depresión de los factores sociales en los que se producen para abstraerlos a relaciones químicas, orgánicas, traumas, síntomas, síndromes o signos. Así, los padecimientos mentales adquieren visibilidad en tanto categorías diagnósticas, el dolor y sufrimiento son negados e invisibilizados en ámbitos clínicos y teóricos.

Esto nos ayuda a no aseverar, de un lado ni del otro, sin consideraciones más a fondo. Posteriormente veremos la relación que hay entre la industria farmacéutica y la psiquiatría, pero daremos elementos y discusiones en las que no por decir

“psiquiatría” incluyamos, sin más, a todos los psiquiatras o médicos dedicados a la salud mental. El enfoque desde dentro de la psiquiatría no es nuestro horizonte particular; tratamos de dar cuenta de las circunstancias, el contexto y las condiciones dominantes que configuran tratamientos, los cuales, algunas veces, rebasan los padecimientos, las afecciones, el dolor psíquico, recurriendo a medicamentos quizás, en un primer momento, innecesarios; pero no negamos que, en enfermedades mentales o cerebrales, seguramente son necesarios y ayudan.

Lo que nos importa también aquí es que hay una dimensión social sintomática que, de alguna forma, se separa de la psiquiatría como tal, en sentido estricto, pero que se relaciona con psicofármacos u otras sustancias y medios para el “funcionamiento óptimo” de los sujetos; padecimientos que escapan a las clasificaciones rígidas del *Manual Diagnóstico* psiquiátrico al menos en el ámbito social y urbano, es decir, la vida cotidiana en las actuales formas de *existir* en un capitalismo voraz.

Un ejemplo claro de nuestros días es observable en la necesidad de muchas personas por revisar sus correos electrónicos, los mensajes y notificaciones de Facebook o WhatsApp a tal grado de ser compulsiva; este tipo de comportamiento compulsivo aumenta la insatisfacción y sólo empeora la herida provocada por la obsesión de *chechar* todo, todo el tiempo.

Antes de continuar, si hemos expuesto algunas características de los efectos psíquicos del capitalismo neoliberal y las psicopatologías que lo acompañan, debemos hacer hincapié en otra parte fundamental que se basa –o se encubre– en lo científico. En un texto bien informado y provocador, Greta Wagner (en Friedrich, *op. cit.*) advierte que “cada vez se consumen más psicofármacos. Pero no aquellos que calman las neurosis y las psicosis, sino aquellas que ayudan a mejorar el trabajo intelectual” (p.153). Uno de estos psicofármacos es el ya mencionado Ritalín, un medicamento autorizado para el tratamiento de los trastornos por déficit de atención. Preocupantemente, la autora nos dice que –en este caso países europeos como Alemania– los estudiantes lo toman sin necesidad médica y más con la intención de mejorar su desempeño de aprendizaje.

También, más allá de los medicamentos, existen productos que prometen mejorar el rendimiento del cerebro, a saber:

[E]l segmento de mercado de las bebidas energéticas que se han anunciado con la promesa de mejorar el rendimiento mental ha crecido rápidamente. *Neuronade, der Think Drink* [Neuronade, la bebida para pensar], por ejemplo, se supone que ayuda al aprendizaje de los y las estudiantes. Que vivimos en la era de la optimización de sí mismo es un diagnóstico temporal que pertenece al sentido común. El deseo ubicuo de mejora de sí se deja explicar sociológicamente por la erosión de las estructuras de solidaridad en confluencia con lo que se puede nombrar como relación neoliberal con uno mismo. Debemos fiarnos de nuestras propias competencias, y no de instituciones ni comunidades (*Ibíd.*: 154).

En nuestra sociedad existen opciones determinadas para tener mejor apariencia, estar en paz con uno mismo, llegar a la cumbre; estas son: uno mismo debe transformarse por medio de ejercicios o por medio de intervenciones biomédicas; deporte o cirugías; meditación o tomar Xanax. Para mejorar el rendimiento de nuestros cerebros, se pueden comprar guías publicadas que nos enseñan a hacerlo o recurrir a los psicofármacos. Las neurociencias comienzan a convertirse en nuevas disciplinas de control, en un determinismo cerebral que representa a los seres humanos como sujetos meramente neuronales.

En esta concepción determinante, nuestra personalidad, pensamientos, sentimientos, todo está determinado por el cerebro, de nuevo somos nuestro cerebro (Wagner en Friedrich, 2018). Esto promueve la idea de que “difícilmente somos capaces de cambiar las relaciones sociales en las que vivimos, las condiciones en las que trabajamos o incluso el volumen de trabajo [...], sin embargo, sí que podemos transformarnos a nosotros mismos, hasta incluso nuestra propia constitución material” (*Ibíd.*:156). Tal pareciera que la neuroplasticidad –capacidad de nuestro cerebro para crear nuevas neuronas– es totalmente ajena a la subjetividad y, sobre todo, a lo social y nuestra interacción con ello.

Curiosamente, la neuroplasticidad coincide con la época que demanda transformaciones de los seres humanos para una mayor capacidad competitiva:

En la medida en que las ciencias neurológicas ponen a disposición técnicas para influir en el cerebro y para moldear los estados de ánimo y los deseos por medio de psicofármacos, la propia normalidad, más allá de las situaciones patológicas, se convierte en el objetivo a elaborar y en el objeto de la intervención neurocientífica, lo que conduce a nuevas formas de gobierno de sí (*Ibíd.*: 162).

Con la neuropotenciación se pretende solucionar un problema de conducta, es decir, la capacidad de tener iniciativas para emprender algo. Es una exigencia que recae sobre el sujeto para la activación de sí y buscar, bajo su propia responsabilidad, en el capitalismo todas sus opciones para ejecutar sus habilidades. Como hemos mencionado, el consumo de psicofármacos de potenciación se ajusta curiosamente y sin contradicciones al discurso dominante de nuestros días, tiempos de individualidad somática y autodirección. Una época en la que “cada vez más áreas de la vida y de la mente están siendo dominadas por agencias que se dedican a la ingeniería libidinosa y emocional; la mayoría de ellas centradas, consciente o inconscientemente, en los intereses del capital” (Fisher en Friedrich, 2018: 177).

La salud mental es un concepto recuperado por el capitalismo neoliberal, lo que debe quedar claro para hacer frente a una problemática fundamental: el sufrimiento psíquico social. Patologías nuevas han hecho aparición y, lamentablemente,

para las necesidades de la industria farmacéutica y las compañías de seguro, el DSM contribuye a hacer que un número creciente de hechos de la vida se transformen en patologías que hay que tratar. Se trata de “inventores de la enfermedad”, según la expresión del periodista alemán Jörg Blech. El DSM es la medicalización de la existencia inscrita en el mármol. En realidad, se trata para el sistema de dominar al individuo en lo más íntimo de su ser (Coupechoux en Carpintero, 2011: 46).

El mercado demanda a los sujetos no transformar el mundo, sino adaptarse a él, constituyendo de esta manera individuos adaptables, competitivos, flexibles, consumidores y únicos responsables de sus éxitos y fracasos. El Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM) –ahora en su versión V–, en muchos aspectos se ha constituido, además de un manual de apoyo para el tratamiento de enfermedades, en un gran referente para lucrativos negocios, del cual forman parte

no sólo la industria farmacéutica y los seguros médicos, sino también los propios médicos; “el mantenimiento y la proliferación de criterios ya no es obra de consagrados y reconocidos especialistas, sino de los grupos de poder económico, propietarios de las multinacionales farmacéuticas, que exigen diagnósticos, la indicación de sus fármacos y ofrecen cursos de capacitación para que cualquiera pueda llevarlos a cabo” (Pundik en Carpintero, 2011: 52).

Los autores del DSM definen, someramente, el trastorno mental como un “síndrome o patrón comportamental psicológico de significación clínica, que aparece asociado a un malestar, a una discapacidad o a un riesgo significativamente aumentado de morir, sufrir dolor, discapacidad o pérdida de libertad” (*Ibíd.*: 53). Para Juan Pundik –analista del *Manual*–, paradójicamente el mismo DSM pone en riesgo la libertad del sujeto y su derecho al malestar. Por ejemplo, “su derecho a deprimirse como parte del proceso para elaborar una pérdida o a distraerse y no prestar atención en el colegio cuando se siente afectado por una situación conflictiva que lo que requiere es resolución y no medicación” (*Ibíd.*: 54), como mencionamos respecto al trastorno por déficit de atención y sus posibles tratamientos no medicalizados. En resumen, para el autor, el *Manual* lleva en sí mismo una orientación cognitiva conductual y medicamentosa.

Allen Frances (en Carpintero, 2011) –uno de los autores del DSM-IV–, antes de que apareciera en escena la edición V, afirma que las acusaciones hechas a los que trabajan en el DSM referentes a conflictos de intereses financieros y profesionales que conducen al incremento de tasas de diagnósticos psiquiátricos para beneficio de compañías, fondos de investigación o expandir oportunidades de trabajo al ámbito de la salud mental, son falsas; y considera que muchos de sus colegas creen que ahí los lleva la ciencia, no intereses personales⁵⁸.

⁵⁸ No obstante, Juan Pundik reitera que, aun hace algunos años, “[u]n estudio publicado en abril de 2006 en *Psychotherapy and Psychosomatics* reveló la relación entre los laboratorios y el DSM. Lisa Cosgrove, psicóloga de la Universidad de Massachussets, y Sheldon Krinsky, profesor en la Universidad Tufts, realizaron un estudio publicado bajo el título de *Nexos Financieros entre los Miembros del Panel del DSM-IV y la Industria Farmacéutica*. El estudio reveló que más de la mitad de los 170 miembros del panel de responsables del DSM tenían nexos financieros ocultos con los laboratorios. Y más alarmante aún, que el 100 por ciento de los ‘expertos’ del panel sobre trastornos de la personalidad del DSM tenían vínculos económicos-financieros con la industria farmacéutica” (Pundik en Carpintero, 2011: 56).

Pareciera que existe una ideología disfrazada de ciencia y que psicopatologiza la vida cotidiana, medicalizándola. Sin extendernos demasiado, este tema ha sido elaborado desde los años sesenta y setenta por autores como Michel Foucault, Thomas Szasz, Ronald D. Laing, David Cooper, Robert Castel, Félix Guattari, Franco Basaglia y, posteriormente, autores como Carlos Pérez Soto, Benedetto Saraceno o Rafael Huertas desde la psiquiatría y vertiente alternativa. En este sentido, para Jorge Bekerman (2013) la psiquiatría contemporánea renuncia a la reflexión y la epistemología por razones metodológicas. Sin embargo, nos dice Bekerman, “el núcleo del problema no es ni metodológico ni epistemológico: el núcleo del problema es práctico” (p. 37); advirtiendo que

[L]os “trastornos mentales” no se reducen a observables empíricos y éste es el mayor obstáculo con el que se encuentran –a cada paso– los clasificadores del *DSM-IV*. Cuando pretenden resolverlo, sólo logran exacerbar su empirismo... ignorando que cuanto más utilizan este paño para limpiar sus anteojos metodológicos... tanto más oscuro será el resultado de sus afanes (*Ibíd.*).

La Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE) se convierte también en el diagnóstico de todos los diagnósticos e incluye lo mental. Con la “era del cerebro se accede a una verdadera medicalización de la vida” (Esperanza, 2013: 75). De un juicio perturbado, el sufrimiento psíquico o la *locura*, pasa a ser un trastorno en las diversas formas de ser, de actuar, de comportarse. El “psiquiatra se hará cargo de la realidad, de manipularla y de imponerla a aquel que carece de ella. El pivote central de esta terapéutica reside en el juicio de realidad del psiquiatra, en su capacidad adaptativa, finalmente, en su sentido común; desde ahí ejerce su autoridad” (*Ibíd.*: 76).

Para complementar este punto, retomamos a Hernández Lara cuando plantea que “[l]a crítica a la clínica o a la psicología no procede de su verdad o falsedad ni de su eficiencia o ineficiencia, radica –más bien– en el tipo de relaciones sociales que supone la puesta en práctica de sus métodos respecto a la cura, y las condiciones de posibilidad de las formaciones subjetivas que suponen su puesta en práctica. No es una crítica lógica ni funcionalista sino práctica, una crítica para la lucha, para la

formación de constelaciones, de prácticas y discursos antagónicos”⁵⁹. Estamos de acuerdo con la propuesta de la crítica y, en buena medida es una de las preocupaciones del presente texto. Agregaríamos solamente que, en estas relaciones sociales, muchos sujetos, incluidos los profesionales de la salud mental, han sucumbido en una suerte de perversión en su práctica como en su cotidianidad.

Algunos psiquiatras separan al sujeto de su padecimiento, dejan fuera la relación que éste tiene con su síntoma cuando dicen “individuo con tal o cual trastorno”. Para Graciela Esperanza, las “sustituciones operadas son entonces las siguientes: el trastorno sustituye al síntoma, el organismo sustituye al cuerpo, el individuo sustituye al sujeto y el inconsciente desaparece a favor de comportamientos y conductas a modificar” (Ibíd. 79).

De ahí que, de acuerdo con John Read (2006), podemos cuestionar:

¿Qué características se considera que debe tener una persona sana? Debemos ser heterosexuales, cumplir con los rígidos roles establecidos para hombres y mujeres, obedecer a nuestros superiores, desear trabajar, nos deben de gustar determinadas combinaciones de colores, no debemos tener demasiados sentimientos ni demasiado pocos, no nos debemos interesar por nuevas ideas, no debemos mostrar demasiada compasión hacia los demás, nos debemos comportar correctamente (pero, si somos hombres, no excesivamente), no debemos escribir demasiada poesía ni tocar algún instrumento en exceso, no debemos intentar cambiar el mundo y debemos hablar de forma que incluso los psiquiatras nos puedan comprender (p. 34).

En este sentido, cualquier conducta podría transformarse en trastorno o enfermedad mental porque un experto así lo determina; y sirve mucho que tal conducta se describa como sin sentido, lo cual, para conseguirlo, ignora el contexto social. Entonces ¿se trataría de curar o suprimir conductas socialmente inaceptables? Como vemos, el capitalismo desenfrenado alcanza notablemente y cada vez más las afecciones mentales. La generación social de enfermedades, o sufrimiento mental, parece sustituida por el diseño ideológico dominante de la

⁵⁹ Tomado de “Memoria y clínica: las patologías como huellas de las contradicciones y posibles antagonismos”, II Seminario internacional Políticas de la Memoria. Disponible en: http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2010/10/mesa-13/hernandez_mesa_13.pdf

supuesta solución inmediata a cualquier dolor y pretende poner a disposición de todas y todos las posibilidades de su felicidad.

Presenciamos un debilitamiento y fractura sistemática tanto de las relaciones sociales, como de nuestro habitar el planeta, nuestra relación con la naturaleza y las condiciones en el cada vez más amplio ámbito urbano⁶⁰. Por supuesto, estas fracturas y daños ya están en la dimensión psíquica de la sociedad. No sólo se trata de los recursos presentes; también los del futuro si seguimos las dinámicas imperantes; el endeudamiento, la competitividad, el consumo a niveles cada vez más altos, la explotación de la naturaleza.

La psique también termina sometida a un estrés competitivo constante que tiene los efectos depresivos que hemos expuesto, insatisfacción, incertidumbre, angustia, estrés, pánico, necesidad de castigo, auto-severidad en cada acción de la vida, agresividad hacia sí mismos y los otros. Para agregar, hoy en día las instituciones mundiales nos advierten más allá de cuestiones psíquicas, económicas, sociales y políticas preocupantes; ahora, en vez de estar en una época de “calentamiento global”, llegamos a la época –alarmante, más que de alerta– de la “ebullición global”, según informes de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). El problema y las preocupaciones en este modo económico, social, político, cultural, subjetivo, de producción, adquiere tintes más angustiantes, tanto que ahora también hablan los científicos de una posible sexta extinción.

⁶⁰ Decidimos omitir aquí “ambiente” pues es mucho más complejo en términos humanos, sociales, su entorno, su habitar y las relaciones con el mismo, que no se reduce a naturaleza, y merecería un espacio mayor del que aquí contamos. También podemos señalar que, en psicoanálisis, hay una vertiente “ambientalista” que se enfoca más a los aspectos “externos” al sujeto que podrían determinar su desarrollo y no tanto a los planteamientos de la constitución originaria, las cargas pulsionales y otros elementos del sujeto desde su nacimiento. Esto, por supuesto, se hace mención aquí de manera muy somera para justificar su omisión y aclarar que en ambos aspectos existe, pero nos desviarían de nuestro tema.

Apropiación del malestar como síntoma de la sociedad actual

... cuando la fábrica ya no existe, el trabajo está por todas partes. Si desaparecen los manicomios es porque la demencia se ha convertido en normalidad.

Byung-Chul Han, *Capitalismo y pulsión de muerte*

La libertad de los sujetos se integra a una lógica de rentabilidad al mismo tiempo que constituye una parte más de su objetivación, agregando también desubjetivación. Hoy en día, la reducción subjetiva al lenguaje del algoritmo que condiciona a los sujetos, los vacía de su personalidad. Ante el poder de dominación del sistema actual, una gran parte de los seres humanos se convierte en capital humano y, retomando a Forster (2019), vemos que

[u]na mala inversión de ese capital conlleva el hundimiento personal sin que el Estado, y mucho menos la sociedad, se tenga que hacer cargo de ayudar a quien ha sido lanzado a la intemperie. Una nueva forma de indiferencia se despliega como la peste mientras cada individuo lucha, en soledad, contra fuerzas que se sustraen a su capacidad de comprensión e, incluso, de manipulación. El fracaso ya no lo es de un proyecto social y político, ya no es el resultado de un orden económico injusto y avaricioso, sino la consecuencia directa de una mala «inversión del capital propio». Solo y desamparado, el individuo inmerso en la competencia no alcanza a vislumbrar otra cosa que no sea su propia ineptitud e incapacidad para formar parte de los *winners* (*Ibíd.*: 26).

Bajo el discurso que impera en nuestras sociedades, se alimenta un sentido común convirtiendo en verdadero lo que esconde dominio y sujeción. Desde esta lógica, el futuro pertenece a los emprendedores dentro de una moral meritocrática que, sin embargo, resulta violenta con un disfraz de «actos libres». Esta violencia también “evidencia la gravedad, siempre en aumento, de los padecimientos mentales que, como una peste, asolan a la sociedad de mercado y asumen la forma de la depresión y del *burnout* (especialmente extendido entre el personal jerárquico de las empresas y en los *freelance* del universo digital). La multiplicación inédita de la soledad es proporcional a la destrucción de los lazos sociales” (*Ibíd.*: 40).

Coincidimos con esto, sin duda; no obstante, podemos reiterar la importancia de no olvidar la realidad interna de los sujetos y su singularidad histórica. Esto, en conjunción con las actuales condiciones socioeconómicas, pueden acrecentar los padecimientos mentales. Por un lado, aparecen como responsabilidad individual, pero, por otro, tales padecimientos se agudizan o manifiestan en mayor o menor grado dependiendo de la constitución subjetiva de la persona; como dijimos, su historia, infancia, relación con los padres, afectos, relaciones, que condicionan al sujeto frente a la realidad externa. No se trata únicamente de decir que así nacen los sujetos ni que así se hacen por el capitalismo como imperativos inamovibles tanto desde las perspectivas psicoanalíticas, como de las sociológicas o filosóficas.

Continuando nuestra exposición, una paradoja que Ricardo Forster observa, es la de la hipertrofia de la libertad y el gerenciamiento del yo, ya que ni siquiera los que “triunfan” tienen garantizado un lugar privilegiado en momentos que se mueven en un vaivén de lo maníaco-depresivo exprimiendo a los sujetos hasta dejarlos vacíos. El narcisismo neoliberal nos muestra su otra cara en el desamparo y la soledad sofocadas con promesas de felicidad y paraísos artificiales. Por ejemplo, veremos en nuestros casos a un joven que creía fervientemente en que trabajar para Uber y comprarse su propio coche lo haría libre e independiente hacia una vida plena. Sin embargo, más adelante sabremos qué sucedió, diremos únicamente que se siente agobiado, terminó la relación con su pareja y casi no ve a su hija.

El voluntarismo mágico, que caracteriza uno de los elementos de más peso en la sociedad capitalista actual, nos hace creer que la posibilidad de ser y hacer lo que uno o una quiera, está en el poder y responsabilidad de cada sujeto. Al menos en clases medias, este discurso y voluntarismo se presenta como una autocomplacencia y autoconsuelo, en donde el espacio y la situación laboral se abstraen al quehacer individual de competencia y escalafones para toparse con un muro muchas veces irrompible, sin avanzar de posición, endeudamientos impagables, agresividades y resentimientos ante una casi nula tolerancia a la frustración, no obstante, no se deshacen de la idea de una responsabilidad propia ante su insatisfacción.

Los discursos de felicidad, entusiasmo, de voluntad, superación personal y la positividad, terminan siendo mecanismos de disciplina y comportamiento, “técnicas

de gobernabilidad espiritual que sostienen modos de organización basados en la desigualdad y la explotación” (Ahmed, 2019: 19). El desencanto podría pensarse como la crisis de la felicidad, y el imperativo que marca que la acumulación de riquezas y bienes materiales trae consigo felicidad se derrumba cotidianamente. Los sujetos no felices son considerados carentes, antisociales y patológicos.

Entonces, como cuestiona Ricardo Espinoza Lolas (2018) –y esto es de nuestras bases concretas de investigación–, ¿por qué psicoanálisis y psicoanalistas en tiempos de penurias, de capitalismo salvaje, de «subjetivación de borregos», de malestar, de incertidumbre y frustraciones? Nosotros diríamos que uno de los fundamentos del psicoanálisis crítico sería el de reanimar al sujeto del deseo y, como nos dice Recalcati (2021), hacer que el deseo tenga la capacidad de realizaciones creativas, promoviendo y fortaleciendo la singularidad irreductible de los sujetos como objeción y oposición a sus asimilaciones conformistas. Se trata de reflexionar sobre aquello que los sujetos no ven o, en muchos casos, no quieren ver de sí mismos. Observamos muchas veces “un sujeto que no quiere ver y niega cómo opera su ser en el mundo, un mundo que devino mercado desde el Capitalismo más radical, militarizado y chapuza [...], el hombre es «ser en el mercado». Y desde ese mercado, el hombre se subjetiva día a día en la cotidianidad misma que lo embarga; y se subjetiva a nivel socio-histórico” (p. 100). Los sujetos se vuelven rehenes del mundo mercado, el cual los constituye, les da un sentido, un fin. El Yo y el capitalismo existen en una relación peculiar, pues

[a]mbos, Capitalismo y Yo, están imbricados «incestuosamente», es como si el Yo no pudiera no ser capitalista (esto es muy importante para entender al hombre de hoy); o, dicho de otra forma, el Capitalismo es el horizonte donde se expresa el Yo (el Estado-Leviatán actual, por ejemplo). El Yo se debe en y por el Capitalismo; es un agente creador de capital y, por otra parte, el Capitalismo va modelando al Yo; lo necesita y lo produce. Es un círculo virtuoso-vicioso para ambos [...], una lucha contra nosotros mismos; los verdaderos agentes del capital, sus soldados (*Ibíd.*: 101).

Tomándolo como ejemplo, Espinoza Lolas usa a Donald Trump para comentar que, como contexto preocupante actual, no es él realmente a quien se debe combatir, sino a nosotros mismos todos los días. Parece que los sujetos están atados

a la ideología ya sea de derecha o de la llamada izquierda, pero sin saltar sobre o más allá de la sombra capitalista. En el caso de México, lo escuchamos en los discursos políticos de un supuesto presidente de izquierda y anti-neoliberal. La cuestión radica en cómo, precisamente, logramos percibir, sentir y concebir algo más allá del discurso que pretende suavizar las demandas sistémicas. Incluso la defensa de los valores dominantes e impuestos se vuelven un mandato existencial. “¡Emprende!”, como hemos visto, se vuelve el mandato de hoy; sabemos que los seres humanos son máquinas de producción de valor que, además, pueden ser vendidos en el mercado y, para muchos, su existencia cobra sentido ahí. En muchos lugares, el sistema dominante es naturalizado como un *capitalismo en sí*, lo cual es inaceptable. En este punto, Espinoza Lolas critica rotundamente a Byung-Chul Han como nefasto y simplón que se equivoca radicalmente e induce a sus lectores a un grave error pues, el sistema capitalista, no es un “crimen perfecto”:

En la historia del sujeto tenemos la oportunidad de recrear nuestro presente y abrir un nuevo futuro. Un teórico crítico actual, como un buen psicoanalista, debe llevar al «diván» las producciones culturales actuales. Y en este «diván» oír lo que ahí acontece: lo que acontece, y se puede escuchar con múltiples matices, es la operación horrorosa de cómo nos subjetivamos en y por el Capitalismo [...] [T]odo no está perdido de antemano con el imperar de lo inmediato ideológico, si así fuera no podríamos salir de la ideología, no existiría la historia y el «crimen sería perfecto», pues no tendríamos noticia alguna de cómo aconteció. Y el sujeto sería totalmente su ideología; lo cual no es posible. Aunque, como ya he señalado, nos subjetivemos desde la primera infancia, esto es, en la Familia, la Sociedad, el Estado; a la altura de un tiempo determinado. Y estamos siempre ante nuestro espejo que nos ideologiza; sin embargo, el propio espejo también es histórico (esto es importante que el psicoanálisis no lo olvide). Eso radica que no seamos meramente animales que se mueven por estímulos; que sería el horroroso sueño del pragmático capitalista anglosajón para aplicárselo a todos (*Ibíd.*: 111).

Es respetable el punto de Espinoza Lolas, sin embargo, consideramos importante y justo traer ciertas reflexiones del autor coreano-alemán que, aun con las fuertes críticas que ha recibido, no dejan de ser aportes al análisis y comprensión de nuestra sociedad en momentos tan turbios, con muchos de los cuales coincidimos

desde el psicoanálisis práctico, es decir, desde el contacto directo con pacientes y sujetos en las calles. En su reciente publicación, *Capitalismo y pulsión de muerte* (2022), este autor sugiere que los efectos de esta forma de capitalismo esbozan la existencia de la pulsión de muerte –ya desarrollada por Sigmund Freud y de lo que hemos hablado respecto al goce lacaniano– cuya energía conlleva a la destrucción más que a la unión, lo cual es posible ampliar hasta el ámbito social.

No pretendemos aquí universalizar las formas de dominio capitalista, tampoco olvidar que existen críticas, reflexiones, ensayos, luchas en todo el mundo que buscan caminos alternativos al sistema actual, pero sí queremos hacer hincapié en que la situación –al menos en ciertos sectores, clases y ámbitos sociales– se complejiza cada vez más si tomamos en cuenta lo que, hasta ahora, hemos recalcado respecto a todas las esferas de la vida penetradas por el capitalismo. Sobre estas complejidades, Byung-Chul Han considera lo siguiente:

Actualmente estamos asistiendo a un paroxismo de producción y de crecimiento que recuerda a un paroxismo de muerte. Finge una vitalidad que oculta que se está avecinando una catástrofe mortal. La producción cada vez se parece más a una destrucción. La autoalienación de la humanidad posiblemente haya alcanzado aquel punto en el que ella experimenta su propia destrucción como un goce estético. Lo que Walter Benjamin dijo en su momento sobre el fascismo se puede aplicar hoy al capitalismo (2022: 11).

Byung-Chul Han retoma las investigaciones-indagaciones-descubrimientos del psicoanálisis, particularmente de Freud, en las que cobran particular importancia las pulsiones: Pulsión de Vida y Pulsión de Muerte que, como ya hemos visto, no son instintos [*Trieb/Instinkt*]⁶¹. De acuerdo con estos planteamientos, los

⁶¹ Pulsión de vida [*Lebenstrieb*]: Gran categoría de pulsiones que Freud contrapone, en su última teoría, a las pulsiones de muerte. Tienden a constituir unidades cada vez mayores y a mantenerlas. Las pulsiones de vida, que se designan también con el término «Eros», abarcan no sólo las pulsiones sexuales propiamente dichas, sino también las pulsiones de autoconservación y socialización.

Pulsión de muerte [*Todestrieb*]: Dentro de la última teoría freudiana de las pulsiones, designan una categoría fundamental de pulsiones que se contraponen a las pulsiones de vida y que tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir, a devolver al ser vivo al estado inorgánico. Las pulsiones de muerte se dirigen primeramente hacia el interior y tienden a la autodestrucción; secundariamente se dirigirían hacia el exterior, manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva.

seres humanos están fuertemente dominados por las pulsiones, y la causa de los impulsos agresivos es la pulsión de muerte. Así, el autor considera que el mismo Freud pudo haber afirmado que “el capitalismo representa aquella forma económica en la que el hombre puede desfogar mejor su agresividad como bestia salvaje” (*Ibíd.*: 12). En las condiciones actuales podría decirse que el capitalismo se basa en la negación de la muerte; la acumulación de capital pretende “hacer frente a la muerte como pérdida absoluta. La muerte genera la presión para producir y para crecer” (*Ibíd.*). Así, el dinero que se acumula genera un estatus de depredador al propietario y, de esta forma, “[e]n el nivel de la psicología profunda perdura la fe arcaica en que la acumulación de capacidad de matar, el aumento de riqueza en forma de capital, protege de morir” (*Ibíd.*: 19).

La acumulación incesante de capital puede generar la ilusión de un tiempo infinito, tal como la famosa frase *time is money*. Y, ante el tiempo limitado de la vida, se acumula el tiempo del capital. Todo esto lleva no solamente a catástrofes ecológicas, sino también a mentales; entonces “[l]a destructiva presión para aportar rendimiento hace que la autoafirmación y la autodestrucción se identifiquen. Uno se mata a optimizarse. La autoexplotación sin escrúpulos provoca un colapso mental” (*Ibíd.*: 21). Los sujetos del rendimiento, ávidos de *fitness*, de bótox, de fármacos para la optimización, de éxito, son fenómenos de lo que nuestro autor llama vida no-muerta o muerte en vida; llegando a aseverar que la histeria por la salud es la manifestación biopolítica del propio capital. En algunos casos de nuestra tesis, podemos agregar que, si no hay acceso a esos productos, está la droga o el alcohol, el crimen y la violencia, la tristeza y la frustración, la imaginería de un futuro a partir del trabajo mal pagado e incuestionable, alimentando la fantasía del éxito por sufrimiento.

Entonces pensemos en que el sistema imperante es organizado a través de la necesidad y el aplanamiento del deseo, reflejados en la producción y el consumo-goce; el dolor, el sufrimiento, las angustias producto de condiciones concretas, en buena medida, son eliminadas en favor de una positividad de supuesta satisfacción. Incluso, tal como lo hemos expuesto, el amor es penetrado por los procesos capitalistas, y la sexualidad, en diversas formas, se convierte en una de tantas

necesidades –advirtiendo nosotros aquí que sexualidad no es genitalidad– llegando, además, a distorsiones y trastornos de la misma (sin dejar de lado los casos más profundos de la psique, la historia del sujeto o cuestiones orgánicas). El otro amado y sexuado se objetiviza y los sujetos narcisistas satisfacen en él sus necesidades. Se priva al otro de su alteridad y se le consume.

Ahora bien, para Byung-Chul Han, el sistema de gobierno neoliberal se estructura de diferente manera al del siglo pasado; para él –como para algunos autores que hemos retomado– el poder de este sistema no es solamente represivo, sino también seductor y violentamente tentador; aparentemente no hay un enemigo concreto que oprima la libertad ni contra el que se pueda oponer resistencia. Según el mismo autor, como ha sostenido en algunos de sus libros, el neoliberalismo convierte a los trabajadores en empresarios de sí mismos y, además, “libres”. Piensa que todo el mundo, todo sujeto, es un empleado auto-explotado del empresario que él mismo es. Sin embargo, como dice Espinoza Lolas, esto conlleva cuestionamientos a una perspectiva casi fatalista –un crimen perfecto, como diría Jorge Alemán– que no considera las manifestaciones en todo el mundo contra esas formas de vida capitalistas, aun con sus propias limitaciones y condiciones concretas de cada país. De igual manera, debemos agregar las constituciones psíquicas, subjetivas, sociales, que todo esto conlleva para no caer en una posible parcialización de los fenómenos sociales. No resulta descabellado, pues agregamos que, si no somos únicamente empresarios de nosotros mismos, sí somos víctimas-rebeldes de nuestra propia historia, de una fatalidad no escrita, pero sí anunciada. El punto es cómo caminamos dentro de esta fatalidad sin negar nuestros deseos; vivirlos, elaborarlos, transformarlos, darles cabida en nuestra sociedad, es decir, con los otros.

Como puede notarse, comenzamos a darle un peso importante a la pulsión de muerte, pues tiene relación directa con las características concretas de los seres humanos, del vivir, de las condiciones de un sector de la Ciudad de México en esta tesis. Veremos sujetos desanimados, resignados y frustrados por los resultados de su esfuerzo en el camino de su existencia, de las ausencias y abandonos en sus vínculos que tienen una implicación directa en su vida cotidiana que comienza a desconocer

lazos, colectividades que, más que significar apoyo, significan competencia, enemigos, peligros ante el potencial individual que suponen como único.

Hemos dicho que, quien fracasa, se culpa y responsabiliza a sí mismo en lugar de problematizar a su propia sociedad, familia o a sí mismo en un sentido auto-crítico y subjetivizante. Recurren a la sumisión de fantasías inconscientes no elaboradas de llenar vacíos en la virtualidad. Favores, satisfacciones o pseudo satisfacciones y dependencia es lo que fortalece, al menos en ámbitos pseudo subjetivos, la eficacia del neoliberalismo desde lo que intentamos desarrollar. Sensaciones de libertad y auto-desnudamiento imprime otras lógicas de protesta que, algunas veces, pueden aparecer como sistémicas, estériles, reproductoras del capitalismo, o como se quiera llamarles. El neoliberalismo utiliza la libertad individual, la explota, la vuelve su herramienta.

En ciertos sectores sociales y, particularmente, en la clase media, el conformismo, la lucha contra sí mismos dentro del éxito y el rendimiento, el uso indiscriminado de la tecnología, van acompañados de depresión, ansiedades y el ya mencionado *burnout*. Las energías *hacia afuera* como el rechazo, la inconformidad, los haceres (que quizás hoy en día son limitadas), podrían acompañar crítica, reflexión de la vida; no obstante, pensamos y sostenemos con casos concretos que también pueden dar paso a la autoagresión, es decir, *hacia adentro*. Pero, entonces, y como dice Chul Han –en discusión con Antonio Negri–, nos preguntamos si, con individuos agotados, depresivos, angustiados, ansiosos y aislados se puede formar alguna masa revolucionaria o, como hoy en día se discute, emancipatoria. Hablar de revolución sería un tema amplio más allá de nuestras intenciones y posibilidades en este espacio. Pero, si el marxismo, la crítica, el comunismo son mercancía vendida hoy en día, tergiversada, objeto de cierta perversidad del sistema, dentro de la lógica lapidaria que pretende universalizar sus dinámicas y razón, ¿qué posibilidades tiene una transformación, no maniquea y más sustantiva, de la vida, de la sociedad, de nuestro mundo?

Como hemos expuesto, nos encontramos cotidianamente con elementos imprescindibles para la reflexión en torno a los conflictos internos y externos de los sujetos. Por supuesto, esto no quiere decir que la vida, historias, sufrimientos,

distorsiones, tenga una relación hermética con las situaciones, contextos, sistema económico-social. Tiene relación fundamental con las problemáticas imprescindibles que aquejan a la humanidad hoy en día, por más que el discurso poderoso y castrante explicita supuestos de libertad.

Ahora es importante recordar el planteamiento de Jorge Alemán respecto a que sujeto y subjetividad no son lo mismo, para el autor argentino, *sujeto* se refiere a la estructura deficitaria, existencia mortal y sexuada; *subjetividad* se refiere al marco interior psíquico que se va haciendo. Considerando esto, cobra importancia el evitar el “crimen perfecto” del capitalismo que consistiría en taponar la verdad incurable del inconsciente: ¿cómo pensar en una transformación que no excluya la diferencia y la constitución singular de los sujetos? No podemos dar la respuesta, pero sí los elementos de tales constituciones y las formas de subjetivación; no sólo circunscritas al sistema capitalista, sino también en las esferas íntimas e históricas de los sujetos. Es también ahí donde podríamos vislumbrar opciones.

Continuando, para Oscar Santini (2017), los intereses hegemónicos pretenden un dominio cultural que ambiciona la interiorización psíquica de los vínculos bajo un modelo de identificación entre dominados y dominantes: colonización subjetiva. A lo cual agrega que

[a]ctualmente, entre los objetivos centrales del imperio o corriente político-económica y social de carácter neoliberal con pretensiones de hegemonía total, se destaca el logro de la colonización subjetiva de la población a dominar para conseguir su efectiva vulnerabilización, cosificación, como también su quiebre socio-vincular y político. Es una de sus estrategias clave para obtener una naturalización y legitimación de las asimetrías y desigualdades logradas –o a lograr– y su transmisión generacional e intergeneracional (p. 8).

Esta colonización pretende que los dominados se identifiquen con el modelo dominante, lo defiendan y transmitan a libre elección como una cosmovisión de carácter verdadero cuando, a fin de cuentas, están manipulados políticamente y desubjetivados en términos de una no-libre constitución singular. Por ello resulta, de acuerdo con el mismo autor,

central producir una revisión crítica de la forma en que impactan o se interpreta la realidad singular y la compartida desde lo subjetivo e intersubjetivo, desde cada historia particular y en tanto sujetos político-sociales, en su estructuración deseante, de necesidades, demandas e intereses. Todo esto con la evaluación de las posibles determinaciones socioeconómicas vigentes en lo singular, con las particularidades a visibilizar, escuchar y expresar como también las de su grupo significativo, de clase, estrato o de pertenencia social. Estos aspectos a revisar pueden ser constitutivos de las subjetividades y condicionar el tipo de relación con la realidad psíquica, social, histórica, política y su interpretación (*Ibíd.*: 9).

Lo que nosotros planteamos es que diversos elementos se conjugan para pensar cómo se “apropian” los sujetos de la dinámica capitalista para sobrellevar su vida, lo que, contradictoriamente, conlleva su anulación en el sentido de no-vivo, de predominio de la pulsión de muerte. En este punto retomamos lo anteriormente expuesto, esto es lo que Jan de Vos advierte con la psicologización, la neurologización y la digitalización como elementos importantes para intentar comprender la subjetividad actual y la subsecuente despolitización de gran sector de la sociedad; esto tiene como consecuencia que los sujetos sientan y perciban la realidad externa, así como sus conflictos internos, como responsabilidad propia, pues el sistema les ha “brindado la libertad de hacer lo que quieran y puedan”.

En este sentido, el llamado *Big Data* es uno de los monstruos que juegan el papel del gran Otro de nuestra época. Las grandes corporaciones y plataformas como Facebook o Instagram dan a los sujetos un dulce juguete a cambio de su voluntario desnudamiento, muchas veces, más que una herramienta de comunicación, de información, de denuncia, del arte y el divertimento social, terminan siendo un camino hacia la soledad, la depresión, la disociación de la persona que deja en un abismo la realidad externa y existe en la fantasía de la virtualidad que la arropa.

Pero esto no es todo; como hemos intentado en este trabajo, tomamos herramientas fundamentales de los aportes del psicoanálisis (así como nuestra experiencia práctica y clínica) tanto freudiano, lacaniano y contemporáneo, para pensar ese gran Otro que, a diferencia de los primeros objetos amados o deseados

del sujeto, condiciona el ideal del yo⁶². Considerando las plataformas de redes sociales, e incluso aquellas simulaciones de sociedad que son más que un juego, nos resulta importante la aclaración que hace Julio Ortega (2020) en cuanto a que éstas mismas y su mundo “producen en gran medida las contradicciones de lo miserable del mundo real, como las diferencias de clase social, la especulación inmobiliaria, la existencia de la propiedad privada, los bancos, etc.” (p. 39).

Esto no sólo queda en la computadora o el *smartphone*, sino que muchas veces conlleva situaciones patológicas, clínicas que requieren intervención –aunque no únicamente– de una psicoterapia psicoanalítica o clínica psicoanalítica más profunda frente a la soledad, la depresión, la angustia y la sensación de vacío. Muchos jóvenes con acceso a internet y los “celulares inteligentes” encuentran las redes sociales y sus diversas aplicaciones como un paliativo ante la soledad o el aburrimiento, por no hablar de depresiones. El mismo autor, más adelante agrega que

[e]l cambio en la forma de vida ha estado ligado tradicionalmente a transformaciones económicas, pero el panorama de la cultura presente ha echado por tierra la interpretación de la historia según la ortodoxia marxista. Se establece así, de manera definitiva, el descubrimiento de que los antes llamados *procesos superestructurales*, y no sólo económicos, son fuente de transformaciones que afectan la vida social. Todo esto se revela claramente en nuestros tiempos, en que la sociedad se acerca a un proceso de virtualización de la cultura que llevará a profundas transformaciones. La modernidad que preconizaba el individuo autónomo, sin divinidades y sin límites, dio a luz a un mito superyoico. La verdad es que la marcha tecnoindustrial agudiza las diferencias materiales y oscurece nuestro futuro al barbarizar nuestra cotidianidad (*Ibíd.*: 41).

Si sostenemos que el discurso capitalista contemporáneo y las redes sociales operan como el Otro, como modelo e ideal a perseguir, debemos aclarar que esto

⁶² Freud utilizó este término para describir una instancia de la personalidad, resultado de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus sustitutos e ideales colectivos. El sujeto intenta adecuarse a esta instancia. Es diferente al Yo Ideal, puesto que este tiene que ver, en términos lacanianos, con la mirada de la madre, el objeto amado y que desea al bebé; es la imagen en el espejo de aquello aun no bien estructurado, pero que el bebé siente y percibe que es, aunado a la motricidad.

comienza a quebrar la dimensión simbólica de las relaciones con el otro (con minúscula) ante el debilitamiento del deseo, de la afectividad, de la relación concreta como reconocimiento de sí a través del otro-sujeto. La inmediatez y el goce, debilitan el deseo y los modelos sociales de convivencia afectiva. Esto nos recuerda lo que Freud estudió en su famoso texto *Psicología de las masas y análisis del Yo* de 1921, donde el Otro juega el papel de modelo, objeto auxiliar o, incluso, enemigo que altera la vida anímica del sujeto. El Yo no es unitario, sino fragmentario y, en nuestros días, se encuentra alienado en un mundo de simulación, de anonimato, faltas y la sustitución de vínculos personales por emulaciones de nuestra persona.

Siguiendo con Ortega, la vida frente a la pantalla puede pensarse como un espacio y un *objeto transicional* que, tomando en cuenta los aportes del famoso psicoanalista británico Donald Winnicott, tiene que ver con la relación del niño con su madre. Por ejemplo, el *objeto transicional* puede ser un muñeco de peluche al cual, el niño o niña, le transfieren afectos y energías libidinales ante la ausencia del objeto amado –como la madre o figura que juegue ese rol y cuidado–, así, puede presentarse agresión, tristeza, amor, odio, pero que, a fin de cuentas, ayuda a la tolerancia ante dicha ausencia del objeto y aminorar la angustia, sabiendo que el objeto real es la madre –o equivalente– total e independiente.

Así, la adicción a internet, coincide con el afecto al objeto transicional como un intento de negar la frustración de los usuarios ante el mundo real, sus dificultades y sufrimientos. Esto puede implicar una especie de “situación alucinatoria que aparece como una especie de psicosis experimental” (*Ibíd.*: 47). Tales usuarios necesitan frenéticamente *likes* a cada cosa que hacen cotidianamente y exponen en sus redes. Sólo en este mundo virtual, el hiperespacio, la simulación, se pretenden llevar a cabo deseos extravagantes sin las consecuencias que traerían en el mundo concreto. Todo permitido en una amplia gama de perversiones y modalidades. Las redes sociales suelen preferirse al mundo hostil, a la vida real, intentando cambiar su infelicidad por ilusiones que, a fin de cuentas y disipada la turbia neblina de los sueños, conduce a reencontrar su propia miseria.

Ante tales consideraciones, creemos importante volver una última vez a Byung-Chul Han para ilustrar un panorama concreto que no puede más que

hacernos reflexionar y ampliar nuestros horizontes de aproximación a nuestras circunstancias, contexto y situación. Esto tiene sentido porque, aun con las críticas a veces lapidarias al autor coreano-alemán y que su perspectiva sea meramente europea, el sistema actual penetra también en otras latitudes con sus propias características y determinadas clases sociales. La existencia se disuelve en una red de relaciones comerciales. Es importante aclarar que no es igual en todas las latitudes ni en todas las clases sociales indiferenciadamente. Sabemos que el problema del suicidio ha impactado más a Occidente y Japón, por ejemplo.

En México ha llegado lentamente y de diferente manera; las depresiones y frustraciones no son iguales en Suiza o Alemania y otros países europeos –donde el Estado brinda a la mayoría de sus habitantes el apoyo requerido en el ámbito de salud y seguro social– que en México. En la Ciudad de México, específicamente, nos encontramos con sujetos de diferentes clases con diferentes dolores que los llevan a caer en depresión. Desde la pobreza, la falta de vivienda digna, espacios violentos, abandono y poco o nulo acceso a la educación y al ámbito laboral, hasta clases medias o con más posibilidades que viven también las complicaciones laborales, las formas de crianza de sus hijos en una aparente libertad sin límites que provoca conflictos posteriores, a veces graves; el acceso a internet, dispositivos y redes sociales adictivas que cumplen la función, en muchos niños y adolescentes, de los padres, hostilidades en el trabajo que no disfrutan, o que ven como la escalera al cielo del placer donde deben competir aisladamente. Pero las condiciones aquí son de abandono, precariedad e ilusiones generadoras de vacío. Resulta importante mencionar que, en México, muchas de las consultas que piden las personas hoy en día, están relacionadas con vacío, abandono, depresión y ansiedades.

La progresiva digitalización de la sociedad acelera la explotación comercial de la vida en ámbitos que antes no se habían experimentado. Por ello, Byung-Chul Han advierte que es necesario “desarrollar nuevas formas de vida que se opongan a la explotación comercial total de la vida humana” (Chul Han, 2022: 39). El llamado *Big Data* ya tiene la posibilidad de pronosticar el comportamiento humano, tanto como la predicción del futuro y su manipulación. Es un instrumento psicopolítico eficaz; interviene en la psique sin que sea notado y degrada a los sujetos a objetos

cuantificables y controlables. Para Chul Han, la dominación actual no silencia a la sociedad, sino que incita a comunicar, compartir, transmitir opiniones, necesidades, preferencias y toda la vida íntima.

Como habíamos expuesto, todo esto implica en sí posibles manifestaciones patológicas que se vuelven al sí-mismo [también llamado *self* por psicoanalistas de corte kleiniano/poskleiniano/psicología del Yo, como constitución y estructura del sujeto, más que sólo la instancia Yo] como consecuencia de las lógicas de rendimiento, éxito y optimización personal. Se ha llegado a autolesiones en sujetos que sufren de depresión y ansiedad relacionado con un creciente narcisismo patológico⁶³. Los sujetos son carcomidos por sentimientos de culpa y vergüenza, de autoestima dañada. Los invade una sensación de vacío y la autolesión es una forma de sentir algo o descargar el sufrimiento contenido. Uno de nuestros casos en la investigación manifiesta estas características. Muchas veces, agregamos, este narcisismo patológico no hace más que disfrazar un vacío, un dolor, una falta en la mente e historia del sujeto. Socialmente, puede relacionarse con la sensación de incapacidad disfrazada de emprendedor; los vacíos pretendidamente sustituidos por el éxito obligatorio en una sociedad injusta y desigual.

Tanto en psiquiatría como en el ámbito del psicoanálisis, se ha hablado de trastornos o sufrimiento *no neurótico* como el conocido Trastorno Límite de la Personalidad (TLP)⁶⁴. Quienes lo sufren a menudo manifiestan que no se sienten a sí mismos; sus actuaciones suelen ser intentos desesperados de sentirse a sí mismos.

⁶³ Al respecto, puede consultarse Kernberg, Otto (1999), *Trastornos graves de la personalidad*, Manual Moderno, México.

⁶⁴ Desde la psiquiatría y, particularmente, en el ya mencionado DSM V, las personas con trastorno límite son impulsivas y adoptan comportamientos que les generan daños (como aventuras sexuales, gastos inapropiados, consumo excesivo de sustancias y alimentos). En muchas ocasiones muestran ira intensa, sienten incertidumbre respecto a quienes son, se sienten vacíos o aburridos e intentan evitar de manera frenética el abandono. Se encuentran en una crisis perpetua del estado de ánimo. Véase: Morrison, James (2014), *DSM-5. Guía para el diagnóstico clínico*, Manual Moderno, México. Asimismo, desde la comunidad psicoanalítica, el concepto ha evolucionado para referirse a una estructura particular de organización de la personalidad y a un nivel intermedio de gravedad y funcionamiento. Los síntomas psicóticos y paranoicos son sólo transitorios; los síntomas depresivos cambian intensamente de un momento a otro. Son víctimas de una insatisfacción permanente, el placer de haber logrado algo es inalcanzable, incluso cuando el objetivo es efectivamente alcanzado. Intolerancia a la soledad y miedo al abandono. Véase: Ades, Taty y Eduardo Ferreira Santos (2012), *Trastorno Límite de la Personalidad. Infancia interrumpida, adultos con TLP*, Sirio, Málaga.

Actualmente, el sí-mismo [*self*] es sometido al imperativo de producirse permanentemente como empresario de sí mismo. Hemos repetido esas palabras [sí-mismo] a propósito, puesto que justamente eso, el *self*, está en crisis, debilitado en una sociedad donde todo es rápido, el amor es pasatiempo, la velocidad con la que reciben información ilimitada se dispara sin digerirse, los medios muestran lo que es bueno y malo, cómo ser exitoso o mediocre y “todo es *todo o nada*” (Ades y Ferreira, 2012: 112). Si, como dicen Taty Ades y Eduardo Ferreira, los sujetos no tienen un incentivo para establecer sus metas, son nada en la sociedad, llegando a la depresión o hasta personalidades fronterizas (también conocidas como *límitrofes o borderline*). De acuerdo con los autores, los casos de patología que involucran a los sujetos *límitrofes* han crecido; por ello, resulta importante pensar en cuestiones socioculturales, el poder de manipulación que ejercen los medios de comunicación y las dinámicas dominantes en complicidad con las redes sociales. Esto es importante para remarcar que sí, la sociedad enferma en buena medida a los sujetos, pero no quiere decir que los trastornos o padecimientos no existan. Una cosa es clasificar sin profundizar, otra es asumir la existencia del sufrimiento mental y tratar de comprender las causas, tanto orgánicas, singulares e históricas, y sociales.

Los sujetos con referencia narcisista a sí mismos tergiversan al otro hasta que el Yo, como instancia, y el *self*, termina reconociéndose en él o, también, lo desaparecen y devalúan. En términos psicoanalíticos, las personalidades narcisistas introyectan de manera omnipotente un objeto parcial, totalmente bueno, pero de forma arcaica, o también proyectan de la misma manera omnipotente su propio sí-mismo hacia adentro de ese objeto, negando cualquier diferencia o separación entre el sujeto y el objeto. Estos sujetos narcisistas perciben el mundo como modalidad de sí mismos. El otro desaparece. Para Chul Han, la frontera entre el Yo y el otro se difumina. La “autorreferencia excesiva y narcisista genera una sensación de vacío. El yo se ahoga en sí mismo” (Chul Han, 2022: 70). Actualmente, las energías libidinales se invierten sobre todo en el Yo y, de esta manera, la acumulación narcisista de libido del Yo conlleva la eliminación de la libido objetual, es decir, dirigida hacia el exterior, hacia los otros. Así, “cuando no hay ningún enlace con los objetos el yo es devuelto a sí mismo, y esto hace que se desarrollen sentimientos negativos como la angustia o

la sensación de vacío. Hoy hay muchos imperativos sociales que provocan una saturación narcisista de la libido del yo” (*Ibíd.*: 71).

Se desarrolla una compulsión narcisista de los sujetos a cuestionarse, a espiarse, acecharse permanentemente y culparse constantemente. Se avergüenzan de su propia insuficiencia. Por esto el sujeto del rendimiento se encuentra sometido a la presión de aportar cada vez más; entonces nunca se alcanza un punto de gratificación; al contrario, vive permanentemente con una sensación de carencia, culpa e insatisfacción. Al no competir solamente con los otros, compitiendo consigo mismo, trata siempre de superarse; de nuevo, la sensación de vacío conduce a depresión u otras patologías. Así, los sujetos del rendimiento están cansados de sí mismos, se vacía el Yo. Si el otro desaparece, el Yo cae en el vacío característico de nuestros días, en donde no hay un “hacia afuera”, cuestionamientos, crítica, hacer político, y se presenta un retraimiento individual en el que el peso del objeto –en este caso el Otro capitalista, las exigencias sociales– recae sobre el Yo. Esta sociedad no permite trabajar con el conflicto; los sujetos viven para funcionar o fracasar, no para elaborar.

Como vemos, las cuestiones para pensar en un *hacer hacia afuera* son cada vez más debilitadas y el peso de las exigencias sociales dominantes sobrecarga las energías libidinales en el Yo, es decir, *hacia dentro* de cada sujeto, haciéndolos menos capaces de reflexionar, cuestionar, criticar los elementos fundamentales de su sufrimiento –es aquí donde el psicoanálisis crítico juega un papel fundamental–. De esta manera se evidencia una apropiación del malestar psíquico, físico y social como responsabilidad propia y no como una de las causas de la vida externa, la realidad económica y social, las posibilidades concretas respecto a clases sociales.

El malestar y sufrimiento psíquico –no psiquiátrico en términos de enfermedades o afecciones orgánicas graves– tienen relación con la vida concreta, la infancia, la historia, la economía, la política, la cultura; aquello que nos constituye como seres humanos en sociedad. En este sentido, nuestra propuesta gira en torno a esto, a las dificultades que encontramos cotidianamente en los sujetos en las calles y los consultorios. Vemos que no es cuestión de sentir dolor y, como por sentido común, movernos de lugar. No es así de simple; ya explicitamos los elementos en

juego, tanto el contexto del capitalismo neoliberal, las formas de dominación y control, pero también las vicisitudes en la historia de cada sujeto, sus vulnerabilidades, sus constituciones que inciden en la forma como introyectamos las exigencias y los imperativos del discurso capitalista.

La integración de estos elementos nos puede dar mejores herramientas desde la academia, la teoría, la práctica y la clínica, para pensar de diferente manera los sufrimientos psíquicos y las posibilidades de una reconstitución subjetiva y revivir el pensamiento. Esto, necesariamente, es singular –en el sentido de las vivencias y experiencias propias de cada ser humano–, pero las singularidades no pueden concebirse sin lo social colectivo. Así, creemos posible la reconstrucción de los vínculos tan dañados actualmente. Puede parecer pesimista esta tesis, quizás hasta cierto punto lo es, no obstante, sí encontramos ápices de esperanza, no desde la resistencia, sino desde el dolor, desde el sufrimiento, desde un amor casi perdido por el otro que contiene *incomodidades latentes*, no resistencias ni voluntades políticas; incomodidades que, de manera importante en principio, hacen *percibir* al sujeto que algo está mal y quizás no tiene que ver intrínsecamente con ellos, sino en articulación con factores externos.

Ahora bien, pasaremos a nuestras aproximaciones concretas de manera directa, a expresiones de los sufrimientos, de la agresividad, de la frustración, de las historias singulares que habitan en los sujetos en la crisis del pensar, en el auge del goce capitalista, en ilusiones inalcanzables que persiguen algunos con una gran sonrisa. Por esto tomamos en cuenta las complejidades sociales y del mundo interno, psíquico, y no caer en un voluntarismo político como reflejo de deseos propios, sino, desde el sufrimiento, el malestar, los daños subjetivos, vislumbrar qué posibilidades hay de moverse de lugar en un ápice para lograr hacer conscientes las raíces fundamentales de tal sufrimiento.

IV. CONSTELACIONES DE VIDA Y SUBJETIVIDAD DAÑADA

El sujeto puede ser un agente histórico, pero también es víctima y producto de su historia [...] ¿Qué nos dicen los síntomas sobre el tipo de sociedad enferma que los agrava y que en algunos casos los produce? ¿Cómo escuchar esos síntomas? ¿Qué hacer al escucharlos? [...] La acción política transformadora, subversiva y potencialmente revolucionaria, puede surgir de la palabra sintomática de nuestro sufrimiento.

Ian Parker y David Pavón-Cuéllar, *Psicoanálisis y revolución*

Antes de comenzar este capítulo, creemos importante puntualizar un par de cosas para la lectura. Obviamente y de manera ética, hemos cambiado los nombres de los sujetos. Otro elemento se refiere a la voz de estos sujetos. Nuestro desarrollo del texto, reflexiones, descripciones de casos, jugaran con su voz, pero, para que quede claro, abriremos y cerraremos sus participaciones con guiones largos [–], así mismo, si los sujetos se refieren, *dentro de su discurso*, a expresiones coloquiales, ruidos, etcétera, lo pondremos entre comillas; posteriormente, fuera de los guiones, vendrán nuestras intervenciones de análisis.

El recorrido hasta ahora expuesto puede parecer desolador, desesperanzador, sumamente complejo. En muchos sentidos, así podría ser. Muy probablemente es expresión consciente e inconsciente de las emociones y vivencias de quien escribe esto. Desde la posición que hemos asumido, no pretendemos ser optimistas ni voluntaristas, no buscamos colectivos politizados que consideren claras sus acciones. No obstante, podemos parafrasear a Walter Benjamin cuando nos dice que sólo gracias a aquellos sin esperanza, nos es dada la esperanza, y aquellos capaces de ver el rostro oscuro del presente podrían vislumbrar una chispa de esperanza. Pero, si somos consecuentes con lo planteado aquí, no siempre se vislumbra ni una chispa, sino que, ante el rostro oscuro del presente, se puede caer en un abismo aun más oscuro de sufrimiento y vacío; impotencia, insatisfacción y resentimiento agresivo, tanto hacia el mismo sujeto, como hacia los otros, dificultando las posibles colectividades críticas que imaginen otras formas de relaciones singulares y sociales.

Al aterrizar nuestro planteamiento, creemos útil hacer una consideración, a manera de síntesis, de lo expuesto bajo nuestra posición. Hemos visto que existe una relación entre la realidad externa –miserable, dolorosa, preocupante– y la realidad interna –a la que podemos agregar casi los mismos calificativos en muchos casos–, que puede resignarse a aquella, sufrirla o rebelarse contra ella. Nuestro dolor *pareciera* no poder salir de nosotros mismos y no concretarse en el hacer cotidiano, conjuntarse con la realidad externa. Como si se topara con un gran muro que conlleva afectos no necesariamente placenteros. Posiblemente hoy en día se nos diga que padecemos un trastorno psicológico –y posiblemente así sea–. En esta tesis decimos que sí se expresa ese sufrimiento en la realidad externa, pero queremos decir que pareciera únicamente propio del sujeto, ahistórico, asocial, individual, a tal grado que se nos dice que hasta nuestros problemas políticos son psicológicos; “¿cómo luchar afuera contra las raíces de lo que sentimos adentro?” (Parker y Pavón-Cuéllar, 2021:14). A partir de nuestros sujetos en la investigación, atestiguamos estos conflictos en frustraciones, violencia, soledad, tristeza y desamparo ante el desempleo, las condiciones concretas económicas, de vivienda, transporte público, salud, familia. Psiques dañadas de cierta historia y cotidianidad imperante.

Nos ubicamos también en una posición crítica concordante con lo *negativo*, lo que no es simplemente *en desacuerdo*, sino que implica, precisamente, la negación de los lugares asignados, tanto a nuestro sufrimiento –no en sentido de una negación patológica al mismo–, como a esta existencia como seres humanos, a una parte inherente de nuestro vivir y a las tareas que, supuestamente, debemos cumplir para escalar a una felicidad y solvencia económica sin precedentes en nuestra historia concreta y singular. Sabemos que no en todas partes es lo mismo ni con las mismas características, pero, como hemos expuesto a lo largo de este trabajo, sí existen similitudes en ciertos aspectos de dominación, de control, de afectos y emociones, de daño subjetivo, malestar y sufrimiento psíquico. A fin de cuentas, somos seres humanos singulares y lo que tenemos en común es vivir en un sistema capitalista que, paulatina o aceleradamente, destruye el mundo físico y psíquico.

Cuando vivimos nuestros caminos, nuestros trabajos, nuestros sueños, amores y desamores, impotencias y frustraciones, hartazgos y hastíos, no sólo se

trataría de sentir y pensar en una liberación a sí mismo, sino también de una liberación de uno mismo, expresado este *sí-mismo* como refugio del mundo exterior que también es una prisión. No es posible ni deseable comparar países capitalistas llamados avanzados y Latinoamérica o países africanos y asiáticos; sin embargo, concibiendo al capitalismo como mundial, sí es posible vislumbrar elementos comunes, aún ante las diferencias económicas, políticas, culturales, históricas de cada país y, particularmente, en las ciudades.

Por ello, aquí tratamos de explicitar estas expresiones y manifestaciones, síntomas compartidos bajo el malestar del sistema de vida actual. Esto es particularmente México, su ciudad central, las especificidades que la caracterizan en un espacio determinado y su vivencia cotidiana no exenta de lo que, hasta aquí, hemos intentado plasmar más allá de esencialismos, focalizaciones en movimientos u organizaciones politizadas. Más bien en un *más allá cercano* que implica nuestra subjetividad, psiquismo, sufrimiento y malestar, condiciones en la realidad concreta, posibilidades que nos permitan plasmar una perspectiva no academicista rígida; un intento de visión y vivencia de vicisitudes –por no decir imposibilidades– y sin caer en voluntarismos mágicos.

En muchas ciudades del mundo sabemos que los sujetos no son inmunes a las transformaciones sociales. Asimismo, encontramos características comunes en las formas actuales de la psicopatología, como serían las dependencias patológicas, anorexias, depresiones, psicosomatizaciones, ataques de pánico, personalidades limítrofes. Hoy en día, por ejemplo, la clínica psicoanalítica se enfrenta cada vez más a formas de sufrimiento que parecen perder contacto con lo inconsciente; es decir que cada vez es menos la experiencia de las anteriores manifestaciones de los sujetos –su sufrimiento y conflictos– a través de sueños, síntomas, lapsus, chistes, olvidos, repeticiones en contacto con su inconsciente. Ahora, el deseo ya no está sobre la mesa como manifestación principal de los sujetos, sino su pretendida anulación nihilista; por ello sostenemos que el deseo ya no juega el papel fundamental para moverse de los lugares de la dominación, se manipula, se debilita y el goce inmediato toma su lugar.

Esto se expresa, por un lado, en un reforzamiento narcisista del Yo que solidifica identificaciones, rigidizando la subjetividad de manera estéril, es decir, sin capacidad de pensamiento, de sentirse a sí misma, de preguntarse qué duele, de amar, de colectivizar. Por otro, como una exigencia de goce, un mandamiento absoluto y potencialmente mortal.

Nos encontramos con “[s]ujetos desubicados, a la deriva, vacíos, carentes de puntos de referencia ideales, atrapados en identificaciones conformistas, indiferentes, encerrados monádicamente en sus nichos narcisistas [...]”, desintegrados por la potencia idólatra del objeto de goce ofrecido sin límites por el sistema global de mercado, siempre a disposición, contiguo, aditivo, inalcanzable” (Recalcati, 2021: 16). Todo esto, además de su exacerbación en el capitalismo neoliberal actual, ha tenido otro profundo y complejo factor que no podemos obviar: la pandemia. Los sujetos con quienes tuvimos la posibilidad de interactuar y conversar, conservan dentro de sí mismos esta inevitable marca, herida, incluso traumática en muchas ocasiones.

Estos factores se ven manifestados en mucha frustración, retraimiento, desencanto e inmovilidad en los sujetos. Quedar desempleados, renunciar a proyectos debido al encierro, resignación, pérdida de contacto con los demás, deserción escolar, fue lapidante para muchas personas. Sin embargo, eso no queda ahí, también hubo casos en que personas con alguna patología o conflicto, se vieron en una zona de confort: quedar aislados sin tener que salir al mundo circundante, tener compulsiones obsesivas con la limpieza, desconfiar de los demás como peligro potencial, reforzar la idea de que el mundo no tiene remedio y no vale la pena luchar por algo o alguien, incluso por sí mismo; esto es, por ejemplo, la neurosis obsesiva, la paranoia, las fobias, las depresiones.

En nuestra época, el culto narcisista al que hemos hecho mención y el impulso compulsivo al goce inmediato, trastocan el proceso de sublimación de la pulsión⁶⁵,

⁶⁵ Es necesario aclarar en este punto que la teoría no debe quedar ajena a la práctica concreta. Por esto seguimos haciendo referencias fundamentales que acompañan nuestro contacto/vínculo con los sujetos de la investigación, sobre todo desde el ámbito de comprensión sociológica y psicoanalítica. La sublimación, en términos freudianos, quiere decir que la pulsión –energía libidinal– es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, apuntando hacia objetos socialmente valorados, como el arte o la

situando al goce –al servicio de la pulsión de muerte, des-vinculante– como un nuevo deber. No se sublima, se goza insatisfactoria y mortalmente. No hay tiempo para pensar. Hay un impulso sádico al consumo del objeto. ¿Cuál es este objeto? Todo, pretendidamente; el mundo exterior, los otros, las mercancías, el cuerpo, la vida, la propia psique.

Los sujetos con quienes nos vimos involucrados, vinculados, afectados, hablaron no sólo para comunicar algo, sino que también transmitieron sentimientos, elaboraciones, confesiones, temores, mentiras, agresiones, halagos, apegos, pérdidas, el intento de elaboración necesitada del duelo por lo que perdieron y perdimos como sujetos de este mundo. No nos es posible transcribir tantos casos en este espacio, pero eso no anula la gran importancia que han plasmado en este trabajo; ha quedado en las reflexiones y análisis que hacemos aquí, están presentes en las palabras, cómplices de quien lee esto, aunque no aparezcan como entrevistas o charlas transcritas; son parte innegablemente fundamental, sin todas y todos ellos, esto no sería más que un intento teórico de describir el sufrimiento. Asimismo, nos han ayudado las experiencias empíricas concretas de otras y otros dedicados a comprender el tema que nos concierne, específicamente desde la práctica psicoanalítica con un enfoque abierto a lo social.

Incertidumbre. Entre la insatisfacción, la promesa de felicidad y la pandemia

Los seres humanos necesitamos saber, conocer, explicar –o intentarlo–, incluso para disminuir nuestros niveles de angustia. Esto, paulatinamente, ha sido desgastado a favor de lo inmediato, lo no pensado, no digerido y, si incluimos la pandemia y sus repercusiones, exacerbó miedos, angustias, ansiedades, desigualdades y miseria. Algunos celebraban que “salió lo mejor de la sociedad”, sin embargo, también dejó ver lo peor. Las heridas narcisistas relucieron. La incertidumbre, tanto del destino

actividad intelectual. Véase Laplanche, Jean y Jean Bertrand Pontalis (2014), *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Barcelona. La sublimación es fundamental para construir lazos y vínculos sociales amorosos y creativos, en el sentido de la pulsión de vida, de pensamiento, de cuidado, de empatía y sensibilidad. Esto sin olvidar, por supuesto, la constitución psíquica, el amor y el odio, el desarrollo de la primera infancia y sus vicisitudes.

del virus que se impuso en el planeta, como de los destinos singulares de las personas en una sociedad capitalista, es una característica definitoria de la vida actual.

El sistema que vivimos promueve no sólo la carrera hacia una supuesta felicidad y éxito, sino también las condiciones para la enfermedad. Es perverso⁶⁶ hasta el sistema de salud, pues ésta misma [la salud], preocupantemente forma parte del mercado, como hemos visto a lo largo de esta exposición. Un grupo de colegas psicoanalistas ha recogido experiencias que nos muestran lo vivido por algunos sujetos, no sólo en términos de sus padecimientos singulares –sociales, políticos, económicos, psíquicos–, sino también los efectos de la pandemia. Todos reaccionaron desde su propia percepción, posibilidad, emoción, obsesiones, disociaciones de la realidad, negaciones, trastornos del sueño, depresiones, que representan formas de llenar huecos ante la incertidumbre.

Una persona que se recluía en su habitación, por cuestiones psicopatológicas, se sintió menos marginado con el encierro obligatorio debido a la pandemia. Dejó de ser el “bicho raro” y se volvió, a los ojos de los demás, una persona que también se cuidaba y procuraba mantenerse sano. La situación fue una especie de alivio a su angustia social. Observamos que, más allá del periodo grave de pandemia y sus síntomas-daños a ciertos órganos del cuerpo, se crearon trastornos mentales como lo es el síndrome post Covid-19. En la esfera mental, como lo dice la psicoanalista Berta Loret de Mola Vadillo (2022), la pandemia ha dejado repercusiones importantes; las depresiones y crisis de ansiedad son de las más notorias.

La pandemia abrió la puerta a los fantasmas internos y esto volvió más complicado, para muchas personas, retomar la vida y la socialización; la culpa cobró un lugar importante, por ejemplo, en la sensación de haber contagiado a alguien, no haber tenido el cuidado debido, enfermar y volver a enfermar, generan problemas psicológicos que llevan, además, a defensas agresivas bajo el supuesto de protección

⁶⁶ En este sentido nos referimos a que la perversión, su sentido patológico, tiene que ver con una estructura, con raíces en la historia del sujeto, en la que “la maldad” y el daño hacia el otro son incluso parte del deseo de la persona. En este caso, si lo trasladamos al sistema social, podríamos percibir analogías en cuanto al daño hacia los sujetos en conjunto como un *deseo de satisfacer* del capitalismo en tanto cumplimiento de las necesidades del mismo a costa de los otros y hacia la acumulación-reproducción propia.

personal. Esto fue evidente en las agresiones hacia el personal médico en transporte público y otros espacios; en los supermercados donde tenían que comprar y agotar todo para sí mismo sin importar los otros; en la pérdida de contacto humano por considerarlo peligroso como justificación para la ruptura de la empatía y los vínculos.

Hubo pacientes que contrajeron el virus y tuvieron repercusiones considerables, al grado de mostrar signos de estrés postraumático. El Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición (en Quiroga Etienne y Loret de Mola Vadillo, 2022) detectó afecciones mentales que deben tomarse en cuenta, a saber: 1) *Ansiedad*. Una de las más comunes con alteraciones corporales cardíacas, respiratorias, musculares, de humor y sudoración excesiva; 2) *Depresión*. Ánimo bajo durante el día, reducción considerable de interés y placer por actividades cotidianas, altibajos en el peso corporal, sentimientos fuertes de culpa; 3) *Trastorno del sueño*. Un sueño no reparador y de mala calidad repercute en la memoria, en el sistema inmunológico, en la función endocrina; 4) *Trastorno de estrés postraumático*. Provoca recuerdos de alguna hospitalización anterior o del momento en que se tuvo la enfermedad, generando imágenes mentales perturbadoras, lo que implica una ansiedad intensa.

Quien lee este trabajo quizá se preguntará “¿Esto que tiene que ver?, o ¿Qué relevancia tiene ante la intención de esta investigación?”. Pues la respuesta podría ser, coloquialmente, “todo tiene que ver”, indudablemente. Tal como hemos tratado de exponer, no pretendemos quedarnos únicamente en una teoría de lo que sucede en el mundo, tampoco suponer que las condiciones actuales podrían generar mágicamente un destello subjetivo que lleve a una transformación singular y social; lo social no puede quedar ajeno a los elementos que constituyen a los sujetos en la historia, la familia, lo psíquico, como si fuera un aspecto general que determina todo lo demás automáticamente. Muchas personas con quienes elaboramos esta tesis tienen olvidado su mundo interior, refugiándose en la vida cotidiana del exterior que difícilmente cuestionan, aunque los haga sentir mal.

Esto es observable en pacientes o sujetos ciudadanos con quienes tuvimos contacto; ciertos aspectos sintomáticos se volvieron “lo sano-normal”. Un joven de

25 años al que nos referiremos como *Daniel*, es mesero en un restaurante del centro histórico. Al platicar con él, comentaba: –La neta es chido tener trabajo y sacar para comer. La banda aquí es buena onda y me gusta lo que hago–. Sin embargo, cuando volvimos a platicar unos días después, comentó que ya no estaba a gusto: –¿Sabes? Ya me caga estar aquí [con lágrimas en los ojos], mis compañeros que ya son grandes y tienen como 25 años aquí, son unos “lamehuevos” de los jefes y me acusaron de que fumo mota. Yo siempre he hecho bien mi trabajo, soy sincero, soy yo, no como esos falsos culeros. Tú me entiendes; tú eres estudiado y yo no terminé la prepa. No puedo hacer más, pero sé trabajar y mando a estos a la chingada y me voy con mi hermano a trabajar en una óptica; no podemos quedarnos estancados, pero sí salir con dignidad–.

Daniel se percibe como una persona “fuerte, luchona y de barrio”; me comparte, ambiguamente, el orgullo por su historia y, al mismo tiempo, cierta vergüenza por no haber podido estudiar más allá del bachillerato. Perdió a su abuela en la pandemia, quien fue una figura fundamental en su educación: –Ya no sé qué hacer, la neta me caga todo y nadie es agradecido [sigue llorando]; no sé qué hacer, pero puedo trabajar y que chinguen a su madre los jefes y mis compañeros, pero que me den mi finiquito; puedo abandonar todo ahorita mismo, pero me espero a que me corran para tener algo de lana; ya ni sé con quién cuento–. La incertidumbre respecto a lo laboral se hace presente; no obstante, la tristeza recondujo su discurso hacia su vida misma. Una vida familiar y laboral sufriente que, en el fondo ha sido normalizada y así debe luchar.

Fuma marihuana para relajarse de las vicisitudes de su cotidianidad; no quiere, pero debe competir con sus mismos compañeros de trabajo y poner una cara feliz y amable ante los comensales, aun cuando siente una ansiedad que lo carcome internamente y la salida que encuentra es sintomatizar su dolor en el consumo de sustancias y “no ponerse bien su uniforme de mesero”, algo que antes hacía con gusto: –Tengo que ponerle gel antibacterial a gente que tiene las manos sucias por otras cosas y son unos mamones que hasta te desprecian mientras a uno lo tratan hasta de criminal. No me lo creo, no soy yo, y, además, cargo con la muerte de mi abuela por el COVID, chance y yo la contagié por salir a trabajar–. La urgencia de

tener trabajo ante la situación pandémica lo angustiaba; satisfacía esa necesidad al mismo tiempo que se consumía y descubría otras partes de él mismo que, de una u otra forma, no le agradaban del todo.

Fue evidente la normalización de lo que antes se veía sintomático. Personas en la vida cotidiana y pacientes clínicos obsesionados por la limpieza fueron gratificados,

su higiene compulsiva, su desinfección constante de objetos y espacios resultaba ser lo “sano”. El paciente deprimido sin ganas de salir era entendido: había visibles y suficientes motivos para no hacerlo. El individuo paranoide, que desconfiaba de todos, ahora tenía razón: el otro puede hacer daño, con su sólo respirar, con su contacto podría enfermarlo o quitarle la vida. El paciente fóbico, que solo encontraba seguridad en el encierro de su casa, ahora era aplaudido. Las personas con trastorno psicosomático, que de manera sintomática transfieren a su cuerpo sus conflictos psíquicos, ahora se justificaban porque era posible que se hubieran contagiado de COVID-19. La patología cobró otro sentido porque se normalizó; en realidad pudo quedar oculta. (Charlier Kuri en Quiroga Etienne y Loret de Mola Vadillo, 2022: 62).

Para muchos jóvenes, la pandemia provocó muchos efectos desagradables y hasta desesperantes. La exogamia fundamental para la vida de los adolescentes y jóvenes, se volvió endogamia forzada; en términos psicoanalíticos, hubo una *regresión*, una vuelta al pasado sin que significara un recuerdo emotivo de la historia personal, sino vivencias que eran sentidas como una involución y, como hemos hecho mención, partes de la personalidad y el carácter que otrora fueran oscuras y discretas, ahora se manifestaban abiertamente, trastornando las relaciones íntimas, consigo mismo, y hasta los vínculos sociales.

Lo que antes era extraño y patológico, ahora era saludable, incluso quizás hasta este momento; es decir que muchos de los sujetos con quienes convivimos disfrazaban ciertos padecimientos, afectos, sufrimiento psíquico-emocional. Por ejemplo, fóbicos que no usaban el transporte público bajo el pretexto de que es mejor para la salud caminar, deprimidos que argumentaban ser tímidos e introvertidos. Con la pandemia, paradójicamente, el desencanto y la desesperación que provocó, les permitió dejar de ocultar miedos y sufrimiento, pues ahora resultaba normal y

afectaba a todos por igual y dejaron de ser “gente rara”, como muchos se refieren a ellos.

Psicopatología obsesiva compulsiva, fobias, angustia, psicosomatización, fueron de las más comunes en esos momentos pandémicos. Existen diversas formas de angustia, entendida como un afecto displacentero; sin embargo, puede haber desde la que nos mantiene alertas y permite la conservación de la vida, hasta una angustia de muerte, bajo la que cualquier cosa del mundo exterior podría matarnos, por ejemplo, salir a la calle, al supermercado, al trabajo, la propia gente, y más ante la expansión de un virus que llegó a ser mortal para muchas personas.

Un joven paciente, *Gabriel*, de 21 años al que atendí, y me refiero a él en pasado porque abandonó el tratamiento, debido, según sus palabras, a un nuevo trabajo y falta de tiempo, sufría de una “moderada” depresión con rasgos obsesivo-compulsivos que lo mantenían, al mismo tiempo, “seguro” y ansioso. Esto es interesante e importante porque todos los rituales que nos vimos obligados a realizar antes de salir a la calle, al volver de ésta o, incluso, sin salir, como lavarse las manos casi compulsivamente, algunos bañarse más de dos veces al día, desinfectar artículos diversos, quedaban justificados por el cuidado propio y de la familia. Sin embargo, estas prácticas resultaban algo que denominamos *egodistónicos*, es decir que resultan molestos, incómodos, exagerados, aun siendo de alguna forma útiles. Por otro lado, para sujetos obsesivos, esto les venía como anillo al dedo, sus rituales y compulsiones son *egosintónicas*. Es como si hubieran gritado al mundo “¡se los dije!”⁶⁷.

Gabriel comentaba que siempre había sido tímido, serio, pero feliz; ahora no tenía ganas de hacer nada. Ante esta apatía comenzó a “juntarse” con unos primos que fumaban marihuana y la probó. Llegó a hacerlo en la escuela hasta el punto de ser expulsado de la preparatoria. Esto conllevó a una mayor sensación depresiva que

⁶⁷ Desde el psicoanálisis “sabemos que los rituales compulsivos y las ideas obsesivas tienen un significado inconsciente, se realizan o se presentan para expiar algunas culpas que no pudieron resolverse; la compulsión es el castigo. [...] En tiempos de pandemia el ceremonial del paciente obsesivo encontraba un aliado en el COVID-19, incluso tomó un significado consciente que le permitía no pensar mucho en el pasado o en lo inconsciente; lo que ocurría en la realidad le bastaba para comprender y dar sentido; esto le quitaba el carácter patológico” (Charlier Kuri en Quiroga Etienne y Loret de Mola Vadillo, 2022: 71-72).

lo hizo sentirse sumamente culpable con la gente a su alrededor, sobre todo con sus padres, pues consideraba que ellos habían hecho todo por darle techo, comida y estudio, y él arruinó todo.

Intentó reinscribirse a sus estudios para finalizar el bachillerato, lo logró, pero llegó la pandemia y todo tuvo que ser en línea: –Quería estudiar, pero me hacía sentir triste ya no poder ver a mis amigos; me daba flojera seguir estudiando así, pero terminé; nomás que ya sin ganas de seguir y soy responsable de no poder hacer nada y arruinarlo todo. Hasta terminé con mi novia, pero no sentí feo, terminamos bien de amigos. Mi papá perdió el trabajo por la pandemia y yo de inútil, no pude ni aprobar el examen para la licenciatura en la UNAM ni en el Poli. Por eso me busqué un pinche trabajo que me jode, termino bien cansado, ni me gusta, pero así siento que pago mis deudas con mis papás, aunque llegue bien tarde. Me cuesta dormir, ando pensando pendejada y media y no puedo dormir acá chido si no me baño como media hora, me tomo unas *selfies* para mis redes y luego me arrepiento porque me da pena o no me gusta cómo me veo; estoy bien loco–.

La auto-responsabilización por las condiciones concretas y emocionales es tan introyectada por tantos sujetos que se vuelve casi imposible pensar en que existen causas que los rebasan, como la pandemia misma, los elementos y dinámicas características del sistema actual interesado por generar ganancias, perder menos, ganar más adeptos “voluntarios”, desechar lo inservible (esto son millones de seres humanos improductivos) y “los inservibles” se conciben a sí mismos como tales. En los casos de neurosis obsesiva y sus rituales compulsivos subyace una *necesidad de castigo*; no se trata de biologizar el padecimiento ni quitarle lo histórico social, pero tampoco de que la responsabilidad absoluta recaea mera y únicamente en el capitalismo neoliberal; efectivamente, el problema es sumamente complejo.

¿Cuál sería la diferencia entre estos dos jóvenes (*Daniel* y *Gabriel*)? Aparentemente muchas, pero, quizás, en el fondo, ésta se complejiza si lo pensamos como dos jóvenes dentro, tanto de la lógica neoliberal, como de su propia constitución psíquica en un contexto determinado y una historia singular que enferma o ayuda. Veremos estos elementos más adelante con experiencias vividas en nuestra investigación, por supuesto bajo la posición y óptica que asumimos aquí, es

decir que no debemos afirmar que lo inconsciente es la interiorización de las relaciones sociales dominantes, volviéndolo –como dice Jorge Alemán– una hoja en blanco interna donde el capitalismo escribe su propia historia.

En lenguaje psicoanalítico, *la angustia genera la represión*⁶⁸ y no al contrario, nos dijo Freud. Así, se comenzó a hablar de neurosis de transferencia⁶⁹ o psiconeurosis a saber: histeria, obsesión e histeria de angustia, esta última mejor conocida como fobia⁷⁰, otra afección que sobresalió durante la pandemia y dejó tras de sí repercusiones considerables. Esto quedó evidenciado por diversos temores ante la pandemia y sus implicaciones en la vida singular de los sujetos: de salud, laboral, económica, académica, amorosa, familiar. Lo “primitivo”, que sería lo pulsional, lo defensivo, lo inconsciente, prevalece en los seres humanos por más educados o socializados que estén. La ansiedad de aniquilación o de muerte (trabajada por Melanie Klein), el temor a la más grave castración, esto es, de la vida (Freud) salieron a escena en los años de crisis sanitaria. Quedarse en casa ya no era una fobia tal cual, era una apuesta por la vida (Charlier, *Ibíd.*: 75-76).

Un hombre de 29 años *Iram*, era conductor de Uber; comenta que no le iba mal, aunque no era el propietario del coche y debía pagar renta, gasolina y mantenimiento. Tiene una hija y, a raíz de la pandemia, se separó de su pareja: –Ya no me dejaba ni respirar; me pedía más dinero para ella y la niña y pues yo en chinga. Llegaba bien madreando, ya ni tenía ganas de nada y ni nos pelábamos; nomás a

⁶⁸ Laplanche y Pontalis (*op. cit.*) nos dan una definición útil: es una operación por medio de la cual el sujeto intenta rechazar o mantener en el inconsciente representaciones (pensamientos, imágenes, recuerdos) ligadas a una pulsión. La represión se produce en aquellos casos en que la satisfacción de una pulsión (susceptible de procurar por sí misma placer) ofrecería el peligro de provocar displacer en virtud de otras exigencias.

⁶⁹ Retomando a los autores en quienes nos apoyamos antes, estas neurosis se diferencian de lo que Freud llamó neurosis narcisistas. En estos casos, la libido está siempre desplazada sobre objetos reales o imaginarios, en lugar de estar retirada de éstos sobre el yo, es decir que las pulsiones y la libido se vuelven patológicamente hacia el yo, perdiendo cierto contacto con la realidad externa, como sucede en las psicosis.

⁷⁰ El estado emocional prevaleciente en las fobias es la angustia y también el temor. Estos síntomas pueden verse tanto en afecciones neuróticas como psicóticas y tienden a ser monótonas. Freud distinguía dos grupos: las fobias comunes y las ocasionales. En las primeras podemos encontrar el miedo a la noche, a la oscuridad o a la soledad. En las otras, como la agorafobia, no provocan temor en un sujeto “sano”. Esto se diferencia de las obsesiones, cuyo mecanismo es la sustitución; en las fobias es la evitación.

dormir y, al otro día, lo mismo, a darle pa' comer, pero nada de amor ya. ¿Tú qué hubieras hecho? –. *Iram* no es un sujeto que padece fobia, pero el encierro produjo incertidumbre económica, inseguridad sanitaria, tristeza, ansiedades, desesperación, enojo. Nos volvimos fóbicos de alguna manera. Para quienes son afectados por esta psicopatología, el encierro fue también, como para los obsesivos, un respiro, un “finalmente no tenemos que convivir, salir, exponernos”. Esto no es resultado natural de un malfuncionamiento psíquico de los sujetos, tiene que ver también con la cultura, la historia, la sociedad; va más allá del consultorio, de la casa, del cerebro, pero tampoco se deben olvidar las cuestiones singulares íntimas de cada sujeto.

En este país parecería que tiene sentido. Muchas personas consideran que el otro es malo; que el exterior es peligroso. Ciertamente, sin embargo, no podemos ser ajenos a la realidad concreta; como dice Charlier y muchos habitantes de México, la inseguridad es todo un reto para el gobierno, no obstante, quienes padecen fobias mantendrán sus miedos irracionales ya sea en un ambiente hostil, tal como el nuestro, y en uno menos inseguro. *Iram* expresa su miedo, su enojo e impotencia; la reducción de pasajeros de su servicio privado de taxi dejaba menos ganancias, por lo tanto, menos posibilidades de acceder a las necesidades básicas. Con todo esto, surgieron ciertos sentimientos paranoicos respecto de cualquier persona que solicitara su servicio. La precaución es diferente al pensamiento delirante persecutorio: –No quería salir a trabajar, pero si no lo hacía, pues no tragábamos. Todos me daban desconfianza y creía que ya estaba contagiado, pero si me ponía mamón, me corrían o calificaban mal o me castigaban bajándome el pago. Ahorita me acuerdo que hasta me puse paranoico con mi mujer; llegué a pensar que, por andar trabajando, luego sin amor ni comunicación, yo llegar todo jodido, mi vieja ya andaba buscando a otro cabrón en todas esas madres de las redes sociales. Se la pasaba en su teléfono, no me decía nada y hasta mi niña andaba en esas cosas de jueguitos y Facebook y eso...–.

Somos testigos de que las limitaciones en diversos ámbitos, las constricciones que viven los sujetos no son exclusivamente internas. Existen nuevas reglas, nuevas pautas de conducta, lo que es correcto o no lo es, lo que se debe hacer, cómo se debe

hacer, para qué se debe hacer; se convierte esto en una lucha contra uno mismo frente a las tentaciones incorrectas⁷¹. Así, las afecciones fóbicas, incluso generadas por las circunstancias externas, transforman o proyectan un peligro pulsional interior por un peligro de percepción exterior. Lo único que queda es huir, aislarse o atacar. ¿Qué sucede en el mundo interno que hace que el cuerpo grite insoportablemente la pulsión de muerte? Una pregunta que difícilmente nos formulamos en la vida diaria.

Iram refiere que renunció al servicio de Uber y fue contratado como mesero (de hecho, es compañero de *Daniel*). De pasar horas sentado conduciendo por la Ciudad de México, llegó a estar horas de pie, sin descanso, llevando y trayendo platos con comida y bebidas: –No supe qué hacer. Me jodía manejar casi todo el día, ahora me canso de estar parado de aquí pa’ allá casi todo el día, pero, ¡ah, como me gusta sufrir! Pero si no la sufro no vivo. Ya separado, me sigue chingando mi vieja que le dé dinero, y pos yo digo “qué te pasa, lo que te doy es para la niña”. Ya hasta estoy pensando en comprar mi propio coche y regresar a Uber, pero ahora en mejores condiciones como dueño de mi carro–.

Un par de meses después, volví a ver a *Iram* en el mismo lugar de trabajo; con la cabeza gacha; parecía que sentía vergüenza al verme cuando fui a platicar con él de nuevo. Su deseo ya no aparecía en su rostro, su deseo ya no tenía relación con el *otro*, un deseo, por decirlo de alguna manera, no era más que el realizado en sí mismo, un deseo de ningún objeto (o personas), un deseo de nada: –Pos mírame, aquí sigo; no puedo moverme de aquí. Pero gano algo, al menos. Le puedo dar dinero a mi hija, pero mi ex me anda diciendo que qué pedo, que si regresamos, que si se va con otro, que no hago nada. No me puedo comprar un coche para regresar a Uber y me da un poco de pena después de andar hablando de mis jaladas. Da igual ya; trabajo tengo, como puedo apoyo a mi hija y tengo casa. Ya lo de las viejas se verá después, ni tiempo tengo. Pos así me tocó–.

Hicimos referencia a que es compañero de trabajo de quien llamamos *Daniel* porque, en el conflicto que hubo, mencionado más arriba, este último se quejó

⁷¹ En este punto concordamos con Slavoj Žižek. Para mayor acercamiento al respecto, véase: Žižek, Slavoj (2020) *Pandemia. La Covid-19 estremece al mundo*, Anagrama, Barcelona.

mucho por el ambiente de competitividad hostil y pasar sobre el otro para obtener un trato preferencial por parte de los jefes, sin importar el compañerismo entre empleados. La meta se difumina pues, en términos inmediatos, se trata de “ser mejor que el compañero”, pero, al mirar hacia adelante y futuros mediatos, no hay más que niebla espesa; por ello nos referimos a un deseo que parece de nada, insatisfactorio, que más parece un goce de trabajar y ser el mejor al servicio de los jefes, los comensales y la pulsión de muerte, que de un deseo creativo. No es un deseo como creación, sino una devoración de sí mismo ante las imposibilidades concretas; un vaciamiento hacia la nada disfrazada de éxito.

Por esto, estamos de acuerdo con Massimo Recalcati (2022) respecto a que el discurso capitalista aparenta facilitar la cura para las faltas que afligen al ser humano, pero sólo para explotarlas más y más. La hiperactividad caracteriza a esta sociedad con una furia nihilista que conduce al deseo hacia un goce destructivo que no hace más que reiterar la insatisfacción sentida por los sujetos. En la pandemia, el mundo externo se paralizó; escuelas, oficinas, comercios, la cotidianidad. No obstante, el mundo interno de las personas, no; incluso siguieron con mayor intensidad. Despertaron dolores, angustias desconocidas hasta entonces, agresividad, que no pueden seguir silenciados en momentos como este. La pandemia y el mundo actual, parafraseando al psicoanalista francés André Green, se apoderó no sólo de nuestras vidas privadas, sino también de nuestras *locuras privadas*.

La convivencia y encuentro con el otro, como bien señala Diego López Cimé (en Quiroga Etienne y Loret de Mola Vadillo, 2022), podría ser una vacuna que posibilita el desarrollo interno de anticuerpos psíquicos y emocionales frente al confinamiento, a la desesperanza que despierta ante la desolación. Preocupantemente, pensamos, las circunstancias evidencian que puede suceder lo contrario. El miedo y la agresividad resultante hacia el otro, ya sea por contagio, competitividad, conflictos internos, condiciones sociales o de clase, conllevan peligros potenciales de hostilidad. Una experiencia personal en el transporte público de la ciudad, puede dar cuenta de esta situación.

En la zona centro de la Ciudad de México abordé el Trolebús. Como suele ser, estaba repleto de gente que se empujaba, peleaba por subir primero, gritaba que

hicieran espacio. Parecía un espacio apto para descargar toda frustración, odio, tristezas y agresividad. Al pasar por el pasillo, me encuentro con un gran costal de ropa puesta a la mitad del camino; pertenecía a un hombre de aproximadamente 30 años que lo llevaba a su puesto en el tianguis de Tepito. Sé esto porque, al percatarme del bulto que, para mí, estorbaba el paso, le pedí que moviera un poco su costal. Sin embargo, este hombre comenzó a lanzar cuestionamientos hostiles hacia mi persona: –¿Qué, pendejo; puedes brincarla, no?, no la hagas de pedo y cállate–. Mi reacción fue casi meramente visceral y le respondí que yo podría brincarla, pero, si él tenía sentido común, pensaría que la gente mayor no. A lo que agregué: “piensa un poquito, si puedes”. Tal fue la intensidad de la caída en esta situación, que este hombre se levantó de su asiento (junto a la ventana y al lado de una mujer de la tercera edad) y comenzó a hacer ademanes de querer golpearme mientras me insultaba con gritos.

La gente en el Trolebús no intervino en absoluto y únicamente observaban o seguían en sus pláticas respectivas, lo cual, ahora que escribo, pienso que fue lo más sensato ante la situación, aunque indignante para mí. Después de un rato de gritar y tomar una postura de pelea, este hombre se levantó la playera y mostró un tatuaje en su pecho que, según sus advertencias, representaba a su barrio y dejó ver que era “peligroso y respetable”: –No sabes quién soy, hijo de puta; imira, esta es mi banda, mi barrio y, si se meten conmigo, mi banda responde y valen madre todos! Así que bájale de huevos–. En ese momento, la señora que estaba sentada a su lado, me miró y, serenamente, dijo: –No le haga caso ya, joven, es un patán mal educado, así es esta gente–. Simplemente respondí afirmativamente y ya no seguí en aquella situación. No obstante, este hombre se volvió hacia la señora y le dijo: –Usté’ ni se meta, madre, no le vaya a ir mal; no sabe quién soy (volviendo a levantar su playera), no se meta y ya cállese, no esté chingando porque ni le afecta este pedo–.

Experimenté una sensación ambivalente; por un lado, pensé en muchas cosas que podría haber dicho; por otro, también hubo miedo de resultar golpeado o algo peor, sabiendo la situación violenta de este país y la posibilidad de ser amenazado con un arma. La gente en el transporte no participó, ni siquiera el conductor que sólo se limitaba a ver por el espejo retrovisor. ¿Por qué?, ¿qué sucede? La lógica es “no

me meto en eso”, “no me importa”, “¿para qué, a mí en qué me afecta?”. Hay peligro afuera, en el mundo exterior, pero para muchas personas también lo hay dentro de casa, del barrio, del espacio que se habita, incluyendo el interior de cada uno y lo que de ahí pudiera salir.

Los límites aparecen desdibujados o, incluso, ausentes; la invasión a la intimidad se convierte en un reto de defensa, el entorno familiar y de cotidianidad se vuelve violento, abusivo y entorpece funciones básicas en el desarrollo psíquico-emocional, pero también las posibilidades de experimentar la colectividad, la contención y el sostenimiento mutuo. Las figuras fundamentales se vuelven perturbadoras y persecutorias, enferman y conllevan la búsqueda de una salida para sobrevivir y no quedar atrapado. Estas figuras ya no son simplemente los padres, madres o equivalentes, sino también los líderes de la banda, el barrio, la colonia, los jefes del trabajo, del país, hasta uno mismo y nuestras introyecciones. Quizás, muchas de esas salidas consistieron en la inmersión a una locura pantanosa, dolorosa y hostil. Ciertamente, muchas veces nos encontramos con grupos, barrios, sociedades movidas por liderazgos que promueven y venden ilusiones; líderes con estructuras narcisistas y hasta expresiones psicopáticas que influyen en quienes lo siguen.

En este sentido, nos encontramos con dos hombres, uno habitante de la Unidad Tlatelolco al que llamaremos *Ricardo*, y otro de la colonia Guerrero, que llamaremos *Alberto*. El primero tiene 45 años, el último 42. Ambos tienen una relación desde que son niños, toda su vida han vivido ahí y reivindican que antes era “más chingón y la banda era otro pedo”. Recuerdan la experiencia del terremoto de 1985 y la enorme movilización de la gente; *Ricardo* comenta: –Acá en Tlate era muy chido, la gente se movía, luego en el terremoto se organizaban cabrón. Ahí fue que empecé a conocer banda muy chida, chavos que habían estado en lo del 68 y me enseñaron muchas cosas. Acá era de bandas y putazos entre las tres secciones, pero siempre leales. Hubo uno que andaba en eso del comunismo y no sé qué madre que me ayudó a pensar el gobierno, la vida, los madrazos y entonces yo me empecé a organizar con los vecinos para exigir alumbrado público, pintar, áreas verdes y todo

eso, entonces la gente sí jalaba y ya todos me conocían. Y si alguien se metía en mal plan por aquí, “grrr” nos los chingamos—.

Debo decir que, en las charlas que tuvimos, ambos estuvieron bajo el influjo del alcohol. En el transcurso de lo que relata *Ricardo*, comentó que empezó a beber, seguía viviendo con su mamá e, incluso, tuvo una hija que también vivía ahí, pero ya no con la madre de ésta. Esta situación le complicó los estudios, conseguir empleo y se dedicó a acudir a las alcaldías a exigir mejores condiciones en la Unidad, como satisfacción de saber que hacía algo. *Alberto*, por el contrario, recuerda que “sólo seguía a la banda” porque se sentía parte de un grupo: —De morro, vivíamos en una vecindad acá en la Guerrero, mi mamá, mi hermana y mi hermano; a mi jefe nunca lo conocí. Nos acomodábamos como podíamos y luego ya estaba hasta la madre. Empecé a salir ya más jovencito y me encontré con estos cabrones, me empecé a juntar con ellos, me tocaron los madrazos y le empecé a entrar al chupe. Luego no me acuerdo mucho, el caso es que hace no muchos años, mi hija se fue de la ciudad con su esposo, ¡ah!, porque, aunque no lo creas o me veas así, sí tuve familia [ríe]. Pero todo es una chingadera, estoy solo y mejor voy con la banda a echar un buen trago. A veces me duermo aquí en la banca y otras mi carnala me ayuda y me da posada todavía—.

A decir verdad, *Alberto* se encuentra en un ambiente muchos más hostil y oscuro que *Ricardo*. Uno tiene la satisfacción de sentir que ayuda, el otro esporádicamente trabaja sacando a pasear perros o pidiendo dinero a los conocidos; no sabemos más porque, como él mismo lo dice “no recuerda” o no quisiera hablarlo. Las condiciones sociales, de clase, los espacios habitados, los han marcado de una u otra forma. Por un lado, vivir en un pequeño cuarto de vecindad con otras tres personas cansó a uno de ellos, pero no había posibilidades de brindar un panorama de escuela, pues la madre debía trabajar para mantenerlos, lo que llevó a *Alberto* a buscar un escape.

En el caso de *Ricardo*, no fue tan turbio el desarrollo, pero no terminó el bachillerato, sólo conseguía trabajos esporádicos, pero, o no cumplía con los estándares requeridos o él mismo provocaba su despido: —Llegó un momento en que la banda se empezó a morir, se iban de aquí, porque ya eran más grandes que yo, y

me quedé acá como líder, la neta, me la pelan. Como ya no estaban los grandes, yo me la rifé y ahora todos me conocen, me respetan y les digo qué hacer para que esto jale chido. Una vez conseguí trabajo en el aeropuerto y yo “¡no mames, que chingón!”, pero me corrieron porque llegué pedo. Ahí ando cuidando a mi jefita, tiene su pensión y pos ahí la llevamos. Mi hija ya se salió de aquí, que bueno, pero yo debo quedarme pa’ controlar el pedo aquí, que no se quieran pasar de lanza. Los nuevos chavos ya no son como antes, andan bien pendejos, su pinche música culera, ya no saben qué es la banda y luego se meten en esa madre de las drogas. Tons por eso acá estoy pa’ enseñarles, somos la banda de Tlate y aquí defienden, si se paran por acá otros culeros que quieran asaltar o cualquier mamada, “que qué, que qué... pum”. Sin esto no tengo vida, mi hermano, me necesitan y yo necesito esto o me carga la chingada [con semblante triste]—.

No he vuelto a ver, hasta ahora, a *Ricardo*; por otro lado, *Alberto* no ha logrado salir de su condición alcohólica y he llegado a verlo golpeado gravemente y recostado en algunas bancas de la Unidad Tlatelolco con su botella de alcohol y, cuando logra levantarse, parece perdido, sin reconocer a nadie y su hermana lo corre constantemente de su casa. Me parece, además de triste, que es notoria la influencia que ejerce no sólo la familia, su estructura, las faltas, sino los espacios que se habitan, las condiciones reales económicas, la cultura de cada lugar y las costumbres. Como ellos mismos lo expresaron “estos son barrios chidos, barrio barrio y aquí te chingabas o no la libras”. Las pocas o nulas posibilidades económicas, de estudios, de afectos familiares, generan vacíos fundamentales en los sujetos que llevarán dentro de sí el resto de su vida y, en estos casos, no hay posibilidad de buscar ayuda psicoterapéutica o contra el alcoholismo. Es algo introyectado por los sujetos, el dolor y la soledad se han vuelto parte de su vida, parte de su carácter y la búsqueda se da más hacia aliviar un poco esos afectos, por ejemplo, en “hacer algo para la Unidad”, que en lograr moverse de lugar; estar en ninguna parte con el pretexto de cuidar a su madre y proteger el espacio en que creció y enseñar a los jóvenes lo que hay que hacer. Su vacío conlleva en sí mismo un narcisismo de defensa, incluso en su agresividad un tanto psicopática que inmoviliza.

¿Cuál es el virus de nuestros días; Covid-19 o las dinámicas familiares, laborales, sociales? Uno, en términos biológicos, podría perder su fuerza y quedar como una amarga experiencia. Los otros se acrecientan y se vuelven parte de la subjetividad y las vicisitudes sociales. Wilfred Bion, psicoanalista británico, planteaba, en el ámbito clínico, la posibilidad de un crecimiento emocional, un progreso mental, sin embargo, al ampliarlo al espectro social, resulta más complejo aún pues, como decíamos al principio, el sujeto analizado sale del consultorio al mundo que enferma, pero sabemos que el enemigo no necesariamente se encuentra afuera. Los sujetos mismos atacan, transgreden, quebrantan ciertas reglas básicas para la supervivencia y convivencia; así evidenciamos la locura, la pandemia interna.

En este contexto, la violencia familiar, de pareja, los abusos sexuales, alcanzaron cifras aún más preocupantes. Muchas mujeres, niñas y niños no tuvieron más opción que convivir día y noche con el agresor. En Latinoamérica se registraron 1 409 feminicidios en los cuatro primeros meses de la emergencia sanitaria, es decir que 11 mujeres fueron asesinadas al día por el hecho de ser mujeres (*Ibíd.*). Estamos de acuerdo con López Címé cuando dice que la respuesta, como sociedad, a la pandemia fue mostrar las partes más primitivas, transgresoras, violentas, omnipotentes, perversas, narcisistas, perturbadas, desorganizadas y hasta psicóticas. Ningún cubrebocas protegió la mente de los sujetos del mundo, de enfermarse.

Una mujer, *Jimena*, de 28 años es conductora de Uber, comparte que estudió en una escuela privada (no especificó qué carrera) pero que, ante la situación sanitaria y las condiciones socioeconómicas, ya no pudo continuar, mucho menos dedicarse a algo acorde a su formación. Relata que ha sido difícil su vida durante estos últimos tres años; no únicamente por la imposibilidad de continuar la vida que llevaba, sino que, además, por la necesidad de trabajar en esta empresa de taxis. Vive con su pareja, quien también intenta solventar sus necesidades, percibe una frustración mutua y molestia ante cierta impotencia: –Mi novio está enojado y preocupado porque ando en esto, pero pues no hay de otra. Le preocupa que me pase algo o que me toque un pasajero peligroso, y ¡vaya que los hay, eh!–.

Refiere que su situación laboral no es muy buena, pero aceptable; no obstante, el ambiente ha sido difícil porque se ha encontrado con insultos o devaluación por ser una mujer conductora: –Luego me llega la notificación de que debo ir por un usuario, voy a su ubicación y, cuando ve que soy mujer, me cancela, ni se sube. Otras veces, se suben parejas y es bien curioso que, aunque yo pensara que el hombre iba a ser el que hiciera sus comentarios machistas, era la mujer la que se ponía loca. Decían “qué mal maneja”, “¿por qué dejan que mujeres trabajen en esto?”, “¿Por qué eres amable con ella, te gusta?”. Y hasta coraje me da, pero a veces me tocan viejitos casados, con hijos y todo eso y me piden mi número para ser su chofer personal, que vaya por ellos a fiestas o salir a cenar, que asco, no porque sean viejitos u hombres, sino porque tienen familia y nomás ven a una mujer joven en el taxi y ahí van, de calientes y machos. Con razón mi novio desconfía... Como que sí es acoso, pero pues tengo que trabajar; estoy con las feministas, pero tengo que sacar pa’ la chuleta y aguantar [ríe], pero si me tengo que poner ruda y defenderme, pues sin pensarlo lo hago–.

Obviamente, por la realidad de su trabajo, no volví a verla, pero tuvimos una charla casual antes de bajar del automóvil; le encanta el fútbol; hay mucha corrupción, el país está mal, “¿qué le pasa al pinche viejito presidente ese?”; lo curioso fue que, al bajarme del automóvil, dijo: –Pues a ver si nos volvemos a encontrar. De todas formas, voy a tener que seguir aquí de taxista, no hay de otra [ríe un tanto desencantada]–.

En un principio sentí que, al acompañar los dolores, preocupaciones, desesperanzas ante la desolación de las condiciones concretas del vivir y las quejas que incitaban a pensar otra cosa, comenzaba a vislumbrar y mantener cierta esperanza; sin embargo, debo confesar que, al emprender el ejercicio de transcripción, de recordar las experiencias (re-elaborarlas, revivirlas), los gestos, el tono de voz, las expresiones corporales de la gente con quien pude convivir, una sensación de desencanto se pudo vislumbrar a través de sus expresiones y pensamientos inmediatos; no la de una elucidación de futuro que quebrara su cotidianidad y lograr moverse de lugar, sino de resignación ante un presente avasallante e inevitable, ante una supuesta incapacidad personal de “triunfar” o

“merecer” algo más; muchos de los sujetos decían: “Es lo que toca; me frustra, enoja, deprime, pero es mi responsabilidad aguantarlo para salir adelante”. Pero este “salir adelante” aquí no significa más que la inmovilidad insatisfactoria investida de la ilusión de éxito en la vida: “le chingo y saco pa’l gasto, gracias a dios. Hay que darle todos los días y ser mejor cada vez”. Estas son frases comunes que utilizaron varios de los sujetos entrevistados.

Dentro del dolor, del malestar, también se encuentran contradicciones en la relación del sujeto con el mundo. Hemos hecho hincapié, a lo largo de esta investigación, en que el sufrimiento psíquico proviene de la historia, la constitución del ser humano singular, los sentimientos del Yo respecto a su vida, el enfrentamiento, o no, a la frustración; pero a veces puede olvidar o ignorar su parte fundamental en las condiciones sociales. El sufrimiento psíquico sólo puede ser entendido y acceder a él a través de la propia vida, de la propia vivencia del sujeto que expresa ese sufrimiento; no únicamente del mundo externo, aunque condicione en gran medida los efectos subjetivos de un mundo capitalista. Es una relación inseparable.

Esto no sólo implica a personas adultas; los más jóvenes y los adolescentes, como hemos mencionado ya, son también revolcados en este violento oleaje. En el ámbito clínico, los pacientes relatan sus situaciones como nunca antes vistas; elementos que no habían visto en los miembros de su familia, amigos o compañeros. Las sesiones psicoterapéuticas se volvieron un espacio en el que describían las características, antes desconocidas, de los miembros de su esfera social-familiar. Incluso expresaban deseos de salir de ahí; no sólo de casa hacia las calles, la escuela, el trabajo; sino de su espacio interno, singular, afectivo. Atestiguaron infidelidades, alcoholismo, demencias, violencias que, en otro momento, no podían ser nombradas, ni siquiera ser conocidas.

Durante el periodo de pandemia, muchos y muchas jóvenes vivían sólo con adultos; la convivencia con sus amigos se quebrantó, lo que las y los orilló a volverse expertos en celulares, dispositivos inteligentes y ahondar en la soledad. Las formas en que se nos llevó a cuidarnos radicalmente también dañaron al mismo tiempo. Sobre todo, en los jóvenes, el mundo virtual, de redes sociales, los dispositivos

inteligentes tienen un efecto de captura narcisista y rígida, competitiva. Se matan o mueren en juegos, construyen su vida ideal en contraparte a su realidad, se gana o se pierde, se es popular o no.

Tomás, un joven de 26 años, comparte que recientemente perdió a su madre en un accidente. Esto le causó un dolor terrible y buscó ayuda psicológica, sin embargo, fue infructuoso, pues consideró que no eran buenos terapeutas y no le servía de nada. En su lugar, *Tomás* refiere lo siguiente: –Para serte sincero, me empecé a clavar en los videojuegos y las redes sociales; como que ahí me sentía más protegido y me distraía de lo que sentía. Todavía sigo en eso; además, he empezado a tener un buen de amigos en Facebook que ven mis fotos y me veo contento, saliendo a muchos lugares, aunque ni tengo mucho dinero, me va medio mal en el trabajo que tengo y me siento mal todavía. Pero mis amigos y seguidores ven que echo desmadre–.

Este joven comenta varios elementos en su discurso y experiencias; por un lado, su trabajo no es fijo, depende de clientes que logre encontrar (se dedica a hacer planos para construcciones y proyectos, ya sean municipales o privados) y no ha tenido mucha actividad últimamente. Ante esto su expectativa es desilusionada y manifiesta molestia: –Todo es pinche dinero y a mí me gusta pasarla bien, pero ya no puedo; eso me encabrona y como que, de pronto, todo me vale madres y a ver qué sale–. Por otro lado, vemos que esconde sus emociones con las redes sociales y muestra una alegría fingida que no concuerda con lo que relata, pero le da una ilusión “protectora”.

Además, con algo de vergüenza, comparte que no está muy seguro de su sexualidad, comienza a sentirse atraído por hombres, pero, a veces, siente algo de asco y no le gustaría que lo penetraran, sino él tomar un rol que algunos llaman “activo”: –Un día, todo triste, me puse bien borracho y decidí ir al último vagón del metro. Fui discreto, aunque con movimientos medio seductores [ríe]. Cómo ves que sí funcionó y, cuando salimos del metro, sentí una nalgada, luego llegamos a un lugar medio solito antes de salir de la estación y nos tocamos. Eso como que me hizo sentir bien, pero nomás para eso. Ni sé qué soy, pero ahora en Facebook me siguen y escriben chavos homosexuales, eso se siente chido y pues yo les respondo y les

mando fotos más acá..., sexy. Y hasta se me olvida mi mamá y el pinche trabajo, pues todo es dinero, todos quieren pasarla bien, pero no lo tienen y así es este mundo. La verdad, todo este desmadre no sé si me gusta o me hace sentir mejor nomás—.

Este joven tiene mucha tristeza y dolor atrapados, no sólo por la terrible muerte de su madre, sino también por su sexualidad, su confusión y las condiciones económicas, aunque él dice que le gusta negar eso y aparecer en las fotos en diferentes lugares, feliz. No sólo es un engaño en sus redes, es un autoengaño peligroso, pues impedirá, tarde o temprano, que diferencie entre realidad y fantasía virtual, lo cual implicará también una confusión respecto a sí mismo, una disociación personal que tampoco le permitirá una satisfacción sexual plena. De nuevo aparece el goce inmediato en el sexo, beber, viajar, olvido selectivo; por encima de un posible deseo de satisfacción, de duelo, de introyección del recuerdo de su madre, de un examen de realidad que le permita percibir y conocer sus posibilidades concretas tanto como sus dificultades. De hecho, este joven no me permitió otra entrevista-charla argumentando que no le hacía sentir bien y tenía cosas que hacer.

Aunque, a veces, suelen darse las redes como forma de escape, las consecuencias suelen ser de confrontaciones más intensas. Este espacio virtual es capaz de devorar a los jóvenes; su uso debe tener muchas precauciones, pues su imperante penetración en la vida de estos sujetos puede llevar a negaciones de situaciones dolorosas que son reales, provocando percepciones falsas de la realidad, afectando el funcionamiento yoico. Atestiguamos dependencias de lo virtual y un aislamiento del mundo real.

Dedicaremos ahora un espacio para hablar de una adolescente de 15 años a quien nos referiremos como *Rita*. Elegimos este caso no por una muestra médica, sino porque también expresa y soporta buena parte de lo expuesto en la tesis. Más allá de explicaciones teóricas, vemos en lo real de los sujetos, en el consultorio y las calles, tanto la realidad psíquica, las fantasías inconscientes y el sufrimiento, como las condiciones externas que se imponen sobre estas instancias. En este caso, vemos, por una parte, el efecto/uso particular de la tecnología. Por un lado, el uso excesivo de la virtualidad en determinados espacios (sobre todo urbanos), puede tornarse adictivo y un soporte narcisista que no calma las faltas, las ausencias, los dolores,

pero, por otro, puede ser una vía para escapar de angustias depresivas. *Rita* acude a consulta, en principio, por una falta de ganas para hacer cualquier cosa, tristeza y síntomas corporales que oscilan entre lo psicosomático que sí daña el cuerpo orgánicamente y lo que en psicoanálisis se llama conversivos, donde las representaciones inconscientes insoportables se reconducen hacia el cuerpo, pero sin dañar el órgano o tejido orgánicamente.

En principio, los padres se expresaban de *Rita* como una niña muy madura para su edad, que era una pequeña adulta, lo cual les resultaba motivo de orgullo por tener una hija tan responsable, seria y dedicada. Ella misma fue quien solicitó ayuda psicoterapéutica cuando comenzó a sentir tristeza, desgane y reacciones violentas hacia su persona que iban desde golpearse la cabeza contra la pared cuando sentía intensas ansiedades hasta experimentar salpullidos en la piel, comer compulsivamente y una sensibilidad auditiva insoportable que, según relata, se daba cuando la gente hacía “ruidos intolerables” como masticar, tocar el papel, escribir.

Lo que no es perceptible, en primera instancia, es que esta madurez muchas veces no es más que una forma de defensa ante algo displacentero que viene de situaciones infantiles atrapadas o, mejor dicho, reprimidas en el inconsciente. De esta forma se generan síntomas que también podemos llamar “formaciones de compromiso” entre los elementos inconscientes que buscan su salida y satisfacción, y las represiones yoicas ante éstos. Al conocer más de la historia de *Rita*, supimos que vivió situaciones de violencia, alcoholismo e infidelidad de su padre (que ella misma descubrió a través del celular del padre), madre depresiva, conflictos hostiles con la pareja de su abuelo materno y, además, que estudió la primaria en una escuela religiosa para niñas.

Sin ahondar mucho más en esto, pues el tema aquí no es meramente clínico, pudimos, con los elementos adquiridos, saber que la joven utilizaba el celular o la computadora para saber sobre el cuerpo femenino, las funciones del aparato reproductor, la menstruación, salud sexual, que la hicieron tener casi certezas en ella misma de que sabía todo sobre su cuerpo, la sexualidad, la genitalidad y el sexo. Curiosamente, cuando se enfrentaba a situaciones reales con jóvenes de su edad, de charlas coloquiales sobre sexo y fantasías de sus amigos y amigas, aparecía en ella

una sensación de enojo, asco y devaluación de sus cercanos. Se refugiaba en la madurez, la intelectualización de todo al decir: –sólo hablan de tonterías, además es bien machista todo lo que dicen. A ver, escuchan reggaetón y ni saben quién es Chopin o Van Gogh, son tan tontos e ignorantes. O sea, yo sé que es normal y la hormona está a todo lo que da a esta edad, pero de plano son unos pendejos. Yo estoy enterada de todo lo del sexo, investigo en internet, pero en páginas serias, y no necesito andar ahí preguntándole a mis amigas o a mi mamá. Ella me dice que debo esperar al indicado porque todos son iguales y quieren lo mismo y que yo soy muy especial e inteligente como para andar con cualquiera–.

Rita, en el fondo, sentía intensos impulsos culposos que la llevaban a la intelectualización y sus otros síntomas como defensa ante sus pulsiones sexuales y hasta masturbatorias que se encuentran a flor de piel en esta etapa. Sin embargo, la cultura machista dominante hasta ahora, las costumbres que relegan a las mujeres a un rincón para esperar al hombre ideal que las embarace y mantenga son tan vigentes como es evidente. La idea de que estudiar en una escuela religiosa sólo para niñas genera personas de bien, educadas y no descarriladas puede ser más perjudicial que beneficiosa (por supuesto esto depende de cada escuela, pues no pretendemos generalizar). Esto debido a que podrían generar conflictos hasta en el desarrollo psicosexual y no solamente en aspectos morales e ideológicos.

Es así que *Rita* se siente deprimida, angustiada, tiene fantasías hostiles hacia ella misma y los demás: –No me dan ganas de nada; ahora como que me animo más a estudiar, a hacer lo que me toca para tener una buena carrera, pero pinche mundo culero y lleno de pendejos. Ya luego mejor ni digo nada para no meterme en problemas y no hacer mal. Si quiero saber algo, veo en internet o toco un poco el piano. O sea, mis papás me dicen que soy afortunada porque ellos la pasaron peor que yo, pero... ¿y yo? Me hace sentir culpable, mal, entonces debo nomás dejar pasar cosas, hacer lo que me dicen mis papás, aceptar que mi papá es infiel, que mi mamá hasta me preguntó “¿no has pensado en suicidarte?” ... ¡Imagínate! Y pues la verdad a veces sí lo pensaba. Estudio casi lo mismo que mi papá, pero como que sí me gusta. ¿Ya qué más hago? Estudiar y tener una buena carrera, ser muy buena. ¿Sabes?, mi papá siempre me comparaba con mis primas u otras compañeras de la escuela y

decía que por qué no podía ser así, o más deportista, o más lista. Ahora, como ve que ya no lo pelo tanto en ese sentido y ya no vive en la casa, me compara, pero ahora diciendo que soy la mejor y bien inteligente, no como otras; que yo puedo hacer lo que quiero... A ver qué pasa después—.

Somos testigos aquí de algo muy preocupante, pero que no se reduce sólo a este caso particular; nos referimos a la cultura dominante, la influencia de los valores de la iglesia en la toma de decisiones respecto a los hijos y su educación, los conflictos no resueltos de mucha gente que, o no puede pagar la ayuda o no quiere. Las exigencias no sólo de los padres, aun bajo la depresión y displaceres que los carcomen, sino de la sociedad por ser la mejor, en este caso particular, han llevado a esta joven a refugiarse en internet, en la intelectualización (que, aunque sea disfrutable y sincero el acercamiento al conocimiento, hay elementos más defensivos detrás), en el autocastigo que le impiden descubrir y disfrutar sin culpa su propia sexualidad, sus deseos, sus gustos, sus dolores.

Ante toda esta severidad desde el mundo exterior como el suyo interior, no logra ver algún otro sentido al mundo más que el impuesto, no sólo por la sociedad, no sólo por sus padres (parte de esta sociedad), sino hasta por ella misma, de manera profundamente introyectada. La intelectualidad, algunas veces no refleja el interés apasionado por el mundo, el pensamiento, la crítica, sino también el escape mismo de nuestra realidad interna dolorosa e insondable que, por más dolorosa que sea, permite un conocimiento mayor de nosotros mismos y nuestro quehacer en la realidad externa.

En el ámbito mezclado de madurez, inteligencia y redes sociales, *Rita* comenta que su vida social en la realidad concreta no es muy buena. Sus amigas se aburrían de ella desde la primaria, pues sus temas de conversación eran de “adulta” y no de niñas, lo que se convertía en elogios de las profesoras y odio de los demás niños. Más adelante, en su sexualidad, relató que tuvo una novia a la cual dejó poco tiempo después por falta de tiempo y, además, porque su madre se sentiría muy mal al saber, no que tenía novia, sino que no le haya dicho (según la adolescente). Los motivos de ruptura, desde el discurso de *Rita*, fueron relacionados al tiempo: —No tenía tiempo para una relación y, de pronto, como que ella quería que estuviéramos

todo el tiempo juntas, hasta en los mensajes, pero yo tenía otras preocupaciones y cosas más importantes que hacer—.

Posteriormente, logró entrar al bachillerato y sucedía algo similar con los jóvenes que conocía y le gustaban: —Tuve un novio, pero creo que estaba medio tontito, me quería abrazar todo el tiempo y hablaba de música mala; si yo le decía algo sobre la buena música o el arte, se aburría. Entonces me dije “qué hago aquí”, y terminamos. La verdad, hay otros chicos que me gustan, he logrado dejar ciertos prejuicios y socializar más, pero, la verdad, tengo muchas ocupaciones y tareas como para andar de novia y esas cosas. Hasta se han enojado conmigo porque quedo en ir a una fiesta con mis amigas o hasta ser parte del vals de unos 15 años y, al final, como que me da hueva ir y me pongo a hacer tareas e investigar en internet cosas que me gustan más importantes—.

Noté, como lo expuse más arriba, que su evitación para relacionarse se repetía bajo pretexto de la estupidez de los demás, incluso tratándose de novias, novios o amigos en general, dedicándose a meterse en internet, negando sus deseos culposos y reprimidos, su tristeza y alejándose de la gente, cuyo desenlace fue la aparición de los síntomas ya mencionados. El internet y las redes sociales “funcionan”, de nuevo, como un escape de los conflictos, de las angustias, de la soledad, de la depresión como un objeto sustitutivo de las relaciones sociales tanto como la relación con uno mismo. Cabe mencionar que, muchas veces, las psicoterapias, incluida la psicoanalítica, no son la cura indiscutible para determinadas afecciones o enfermedades. Se debe tener un buen seguimiento de los casos individuales y pensar en el mejor método para la persona, incluso si se da a la par de un tratamiento psiquiátrico. Esta joven llevó una psicoterapia cognitivo-conductual durante unos meses, sin embargo, se trató (como lo expresa *Rita*) de recomendarle ciertos comportamientos, pensamientos, acciones que no iban al fondo de sus conflictos. Por ello, salió del consultorio a un mismo mundo que la seguía deprimiendo sin saber bien por qué, yendo en busca de otras formas de sentirse.

La incertidumbre en esta sociedad, no sólo implica la situación económica, política, cultural dominante, sino también, ya lo hemos visto, se nos presenta respecto a la propia singularidad, la realidad interna, psíquica, emocional. El

decaimiento de esperanzas, de confianza personal, de pensamiento de sí mismo y un ejercicio reflexivo, genera un espacio propicio en el proceso de daño subjetivo, el sufrimiento psíquico, la hostilidad en las relaciones, la competitividad individualista, dando sentido a la frase de nuestros días: “sálvese quien pueda”. La angustia y ansiedad que provoca la incertidumbre, no tienen que ver necesariamente sólo con el presente o futuro de la sociedad, del país, del trabajo, de la vida propia, ya enormes en sí; también con la incertidumbre de la propia persona en su percepción y sentir de sí misma. Los modos y formas en cómo ha crecido la persona, qué faltas, qué fallas, que deseos ahogados por las condiciones reales de su vida, amor presente o ausente; es decir, lo que la constituye, su sufrimiento psíquico, su vivencia. Claro está, en el capitalismo neoliberal.

Daño subjetivo y ¿fractura de la dominación?

Sabemos que, bajo la óptica de nuestra propuesta teórico-práctica, algunas y algunos autores consideran que existe un potencial de transformación subjetiva y social; que es urgente la propuesta de salidas, que el deseo puede dar destellos de actividad política; pero aquí, desde nuestra posición, también ponemos sobre la mesa la gran dificultad que esto conlleva; no es cuestión de voluntad política o un efecto automático del malestar; el deseo, reiteramos, está siendo obturado en favor de un goce consumista no sólo de mercancías, sino del sujeto a sí mismo; observamos condiciones concretas con las que nos enfrentamos en el espacio específico de esta investigación, los sentires y perspectivas de los sujetos y las posibilidades que encuentran “reales y posibles” para ellos.

¿Existe, en este malestar y daño, una cosecha de reflexiones que rebasen aquello que los mantiene en la incertidumbre, la repetición, la reproducción y reforzamiento de esta forma de sociedad? No nos consideramos capaces aquí para dar respuesta a semejante pregunta, mucho menos tajantemente afirmativa o negativa; pero sí podemos manifestar posibles ápices de dudas, de cuestionamientos, de afectos que movilizan los cuerpos y un pensamiento que *percibe* que algo no está bien.

Estos ápices, dentro del dolor, se hacen visibles en algunos sujetos que, si no con plena consciencia (que es prácticamente imposible), sí vislumbran en el desencanto de sus vidas cierta percepción –que no concepción– que los mantiene en una especie de *incomodidad latente*. No necesariamente desde el deseo, sino de la insatisfacción; de las condiciones de trabajo, hasta la búsqueda de relaciones afectivas y consuelo en el amor. Lo siguiente puede ayudarnos a ilustrarlo un poco.

Dos amigos de mucho tiempo, *Pedro* y *Jaime*, de 61 y 56 años respectivamente, residentes de la Unidad Habitacional Tlatelolco y considerándose ellos mismos de clase media, de izquierda (aunque aclaran que *Pedro* es comunista, pero de ningún partido, que es una “actitud ante la vida”), fueron entrevistados bajo la temática de sus sentimientos y concepciones de vida actual, tanto laboral como afectiva. *Pedro* comenzó con la expresión “put..., muy cabrón..., todo esto es muy complejo”. *Pedro* fue profesor en un Tecnológico y, posteriormente, de otra institución educativa a nivel licenciatura (la cual no mencionó); hizo hincapié en lo difícil que fue conseguir trabajo, aunque nos dijo: –antes era, quizás, menos complicado que hoy en día; hoy los chavos sufren mucho con eso y se andan metiendo en cualquier chingadera por falta de oportunidades–.

Compartió la experiencia que tuvo con su ex esposa y su hija, experiencia que no fue del todo buena: –En realidad nunca supe bien por qué andaba con la madre de mi hija. Llegó un momento en que ya no nos relacionábamos, tenía mucho trabajo, me pagaban poco, estaba cansado y comencé a pensar en separarme, pero antes de eso, ella ya lo veía venir y me aplicó la jugada de dejar de usar anticonceptivos y se embarazó. Me pareció de lo más bajo, querer chantajearme y obligarme a quedarme con el pretexto de una bebé. Yo, encabronado, le dije que sí, que yo me hacía cargo de la bebé, pero que ella y yo no teníamos futuro y me iba a vivir aparte. ¿Ves lo complicado de las relaciones? Un día crees que amas a alguien y luego nos sale lo peor y ponemos a los niños en medio, por eso luego están tan jodidos–.

Es en este momento que *Jaime* intervino: –Sí, este güey me ayudó mucho; me alentó a terminar mis estudios, luego fui como su achichinle administrativo y terminamos siendo amigos. Nos íbamos a la botana de las cantinas y nomás lo veía

preocupado por su hija. Casi siempre que nos veíamos le llamaba la mamá de su hija nomás pa' joder y le decía "estoy sola con tu hija". Entonces yo le decía que no se preocupara, que él se estaba haciendo cargo de la niña, que los pinches chantajes de la señora esa no los pelara—. Con un aire pensativo, *Pedro* respondió: —Pues sí, pero está cabrón el amor por los hijos; lo que yo quería, y quiero, es brindarle las mejores herramientas para vivir en esta vida, en este mundo tan de la chingada. Mis padres eran de un pueblo muy pobre, la pasamos realmente mal, no tuve relación con mi padre y, finalmente, mi madre logró salir, llegamos a la ciudad y se volvió maestra. No quiero que mi hija la pase tan mal, o verla perdida y enajenada en el teléfono, por ejemplo, como otros chavos todos abandonados y sin perspectiva de vida—.

Es notorio el tinte nostálgico y triste de *Pedro*, sin embargo, hablar de su hija y la lucha que está haciendo porque tenga "las herramientas para vivir en esta vida" le brinda un sentido a lo que hace; un sentido que tiene en cuenta "este mundo tan de la chingada" y que su hija podría tener una vida diferente. Asimismo, *Jaime* no pudo evitar hablar de sus experiencias como padre y su sentir: —No, a mí ni me pelan casi mis hijos. Los apoyo, están en otros estados de la república, pero prácticamente ni nos vemos. No veo tampoco a su madre desde hace años y ahora como que ni me dan ganas de tener una relación de pareja, es un desmadre. Sí me gustan algunas mujeres, pero ya lo pienso mucho. Lo que sí me importa es ir a la botana con este cabrón, charlar, apoyarnos, divertirnos, porque no hay que perder el humor ni el estilo, y hasta sufrir de nuestras broncas. Luego terminamos en la conclusión de que ya no tenemos esperanzas, o cada vez menos. Vemos a los jóvenes y decimos "mmmta", cuánta esperanza (ríe sarcásticamente). Bien decía Silvio Rodríguez que nadie sabe qué cosa es el comunismo—.

Observamos que estos amigos tienen un grado de politización; expresan opiniones y críticas sociales, pero con un sentimiento un tanto desesperanzado. No obstante, por mínimos que sean los detalles, las alusiones hacia la amistad y el amor o la querencia, cobran importancia en el cambio de semblante, incluso del discurso. Esto resulta fundamental tenerlo en cuenta en una época en que las relaciones amorosas son menos comprometidas, efecto del debilitamiento de los vínculos personales y sociales, como consecuencia de las exigencias individualistas y

narcisistas que no desaparecen simplemente del mundo interior de cada quién. De hecho, junto al amor de *Pedro* por su hija y su preocupación por una vida mejor, camina la depresión y la desesperanza: –Ya que esté más grande [su hija], quizás ya ni me pela, pero me dará gusto si es una mujer que haga de su vida un papalote; yo ya voy a estar más viejo, me tocaron otras épocas y ahora esto se ve peor para todos, sobre todo para los jóvenes. Va a estar más difícil..., esto está cada vez más oscuro–.

Por su parte, *Jaime* seguía reivindicando la amistad como una forma generadora de mejores relaciones sociales; sin embargo, aparece de pronto una actitud muy molesta para con los jóvenes: –Hacer amigos es muy importante, sobre todo ahora. Pero ves a los pinches chamacos y andan todos enajenados, se quejan de todo sin pensar nada político o social, se ofenden de cualquier cosa..., yo digo que eso es una pendejada, me parece lamentable, andan en su pinche internet y no leen ni para ir a cagar; luego veo que muchos son de plano casi analfabetas... Perdón, pero sí me encabrona y preocupa que digan que la juventud es el futuro, pero los ves en el presente y pufff, caen en todas, reproducen lo que hace fuerte a este sistema y a todos les valen madres los demás. Ah, pero eso sí, digamos “todes” [levanta los brazos con expresión de confusión]–.

En este momento, vino a mi mente un libro del psicoanalista argentino Gustavo Dessal (2021). No es un libro teórico, sino de experiencias reales que tuvo al adentrarse al internet, a Facebook y conocer lo que los jóvenes publican ahí. Me parece que también nutre esta parte de nuestra investigación, pues habla de casos reales, concretos, no de abstracciones teóricas solamente y apoya nuestro argumento.

El autor no sólo dice que descubrió todo un mundo interesante y valioso, sino también uno sumamente peligroso. Descubrió una página llamada “almas veganas” y, relatando en el lenguaje en que los mismos jóvenes se refieren a sí mismos, llamado inclusivo, comenta que fundaron un santuario animal en España. Sin embargo, él considera que aquello de inclusivo no lo es tanto, pues uno de los objetivos del santuario es separar a las gallinas de los gallos para que no las violen. Sí, admiten la naturaleza del gallo, pero, para ellos (“elles”), el hecho de que los

humanos lo permitamos, que aceptemos esa inmemorial violación diaria de gallos a gallinas, constituye de nuestra parte una complicidad con el sistema patriarcal.

Posteriormente, integrantes de este grupo arrojan huevos al suelo y proclaman que son de las gallinas y apropiarse de ellos es un delito. A esto, Dessal (y posiblemente muchos de nosotros) comenta que, si son de las gallinas, en su humilde opinión no deberían romperlos, pero probablemente algunos no entendemos el sentido de esta acción revolucionaria; para estos integrantes, comer huevos de gallinas violadas es fascista.

Pienso que esto puede tener que ver con la molestia, crítica y confusión de *Jaime* respecto a muchos jóvenes de hoy en día. Los jóvenes del grupo mencionado afirman que tienen gran empatía y están en contra del patriarcado; de acuerdo, debemos contar con esto; pero las acciones son dudosas y confusas. Si los pollos no nacen de huevos fecundados por gallos violadores, hay un problema de difícil solución, podría disminuir la existencia de las gallinas a menos que haya un proceso de fecundación asistida; no lo sabemos. No sabemos si la gallina goza, en qué consiste el goce gallináceo, si es que existe. Lacan decía que el alma es lo que se piensa del cuerpo; “almas veganas”, como dice Dessal, quizás piensa el cuerpo como algo inmundo que habría que dessexualizar, pues podría llevar el germen del patriarcado. No estamos hablando de las violaciones cometidas en el mundo, sabemos que existen y son preocupantes. El punto aquí es otro.

Pensamos que la molestia y desencanto de *Jaime* girarían en torno, por seguir el ejemplo anterior, a la situación del patriarcado, de la violencia hacia las mujeres en el mundo, lo lamentable que resulta, las injusticias y lo que se debe hacer; por otro, al dudoso hecho de separar gallos violadores y romper los huevos de las gallinas porque no son propiedad de nadie. Confusión, molestia, desencanto, preocupación, están presentes aquí; además, sigue formando parte de la incertidumbre a la que nos referíamos más arriba, no sólo para *Jaime*.

Sin detenernos únicamente en estas situaciones, vemos de nuevo las condiciones de trabajo como elementos implicados, sin duda, en las relaciones, las emociones y afecciones tanto del sujeto consigo mismo, como a su alrededor; una

puede ser precaria, otra difícil, insatisfactoria, aunque ganen bien, o de desempleo. Nos podemos encontrar con parejas de personas adultas de generaciones anteriores, un matrimonio estable, el hombre como proveedor del hogar, la mujer en los cuidados de la casa y los hijos, en donde una situación de desempleo sería desastrosa. También, hemos sido testigos de transformaciones que permiten a las mujeres el acceso a espacios y trabajos donde antes era mal visto o prohibido. Aun con la injusticia que sigue siendo evidente hacia las mujeres, es notorio un quiebre de roles, algunas veces una inversión de papeles que, para muchos hombres, ha sido difícil soportar, sienten una devaluación indigna por ganar menos, por estar desempleados y no poder sostener a su familia; las mujeres se encargan de eso y resulta agresivamente inaceptable para ellos.

En parejas heterosexuales más jóvenes, permeadas por un cambio sociocultural importante, aunque también por el discurso neoliberal actual, se da, en algunos casos vistos, un fenómeno interesante. Viven en unión libre, se dan grandes libertades individuales, relaciones sexuales satisfactorias y, algunas veces, los hombres dicen que, aunque ha sido difícil, logran dejar de sentirse atrapados y sin libertad para conocer otras mujeres con quienes mantener relaciones sexuales sin compromiso (aunque también existe algo que llaman poliamor). Aun así, sus empleos los tienen insatisfechos, aunque sus ingresos les permitan vivir bien; comienzan los aislamientos, la competencia, la búsqueda de otros círculos “más satisfactorios” y, posteriormente, viene la ruptura de la relación sin mucho conflicto, sin una posible profundidad de compromiso o un vínculo estable. No hay mucho duelo; lo efímero, fluido, narcisista, se sobrepone.

Ahora bien, para intentar ilustrar esto, veremos la experiencia de un hombre de 34 años, *Fernando*, que estudió una ingeniería relacionada con la elaboración de alimentos. Trabajó mucho tiempo en una empresa que tenía que ver con eso y le gustaba, pero relata que su experiencia fue difícil, insatisfactoria, a veces negligente. Además, con su pareja, quien tenía un trabajo mejor remunerado, hubo complicaciones porque prácticamente no podían verse toda la semana a excepción de los fines de semana, cada uno vive en sus propios espacios, pero, debido a sus trabajos, incluso comenzó a sentir que ya no podrían mantener la relación.

Actualmente, después de haber renunciado, consiguió otro trabajo en el mismo ámbito, pero en mejores condiciones.

Respecto a sus condiciones laborales y los sentimientos encontrados que tenía, refiere lo siguiente: –Por una parte, me gusta cómo se hacen las cosas, el proceso para hacer los alimentos que producíamos ahí..., me encanta todo ese proceso, además de que tiene que ver con lo que estudié. El conocer, el saber cómo de algo tan pequeño podemos hacer tanto. Sé las fallas que tenemos, todo lo que implica hacer la materia prima y que, aparte, cuando tú sabes que está mal, uno tiene que mentir, a veces, para decir que está bien. Tú tienes que defender a la empresa, tienes que decir “mi producto está bien”. Ahí sí ya no me cuadra. Aunque digo, en el sentido industrial, de fabricación, put..., estaba en el mejor lugar, para mí. Ya en el sentido burocrático, no, porque tengo que quedar frente al cliente, tengo que decir mentiras porque el rollo de la empresa es vender. Todo es lo económico. Entonces nosotros, como técnicos estamos obligados a hacer que el producto que vende la empresa funcione–.

Es evidente que una de las preocupaciones e insatisfacciones que *Fernando* manifiesta aquí presentan elementos encontrados. Por una parte, su gusto por lo que estudió y lo que hace; por otra, las vivencias desde dentro de la producción y los mandatos que debía obedecer, aun sabiendo que algo no estaba bien en eso. Cuando preguntamos cómo le hacía sentir eso, *Fernando* comenta: –En términos profesionales me gusta mucho. Del otro lado es lo mismo de las empresas, lo burocrático, reducir costos, meter ingredientes más chafas y pues todo lo paga el consumidor. No hay un equilibrio. Pero ahí es donde nos meten a nosotros, a meter baja calidad, optimizar, sacar ese producto. Creo que ahí entra la ética; mi trabajo..., pues yo tengo que hacerlo, éticamente no es correcto, incluso uno mismo lo está consumiendo. Es triste, sin embargo, laboralmente, económicamente, lo tienes que hacer, no tienes opción de elegir y, si te sales, pues hay muchos güeyes que esperan tu trabajo y pueden hacer lo mismo–.

La lógica de las industrias, las empresas, es tajante. No da opciones, pero tampoco las que se refieren a la posible ética de los y las trabajadoras; por si no fuera ya problemático, no se circunscribe específicamente al espacio de trabajo: –Creo

que, pues las órdenes, las presiones, vienen de rangos más arriba; los objetivos a cumplir se vuelven tu prioridad en el rango que sea que estés, pero las presiones vienen de arriba y eso te aleja de tu vida personal, familiar, tu vida de pareja. Le tienes que prestar mayor atención a las cuestiones laborales, subes de rango, ganas mejor, pero menos vida personal vas a tener. Aunque ya nadie es necesario para una empresa..., eres sustituible, más ahora con los jóvenes y las tecnologías que ellos saben usar mejor. Sirven mucho, por ejemplo, en la aceleración de la producción, pero ahora reemplazan a los trabajadores y quieren a los que saben usarlas o las fabrican. De veras que intento tener un equilibrio en mi vida de pareja y familiar, pero luego si es desgastante—.

Cuando *Fernando* menciona las tecnologías, sin que hayamos hecho ninguna intervención con otra pregunta, quiso proseguir con lo que pensaba de las mismas, pero no en términos industriales: —Luego, la tecnología que ya usamos fuera, todos los días, pienso que está poca madre, sí permite hacer muchas cosas, nos permite estar más cerca en cuestiones de comunicación, pero en cuestiones afectivas, físicas, es un poquito más complicado. Sí, muy avanzado y todo, pero sí nos afecta; creo que es más satisfactorio sentir un abrazo físico que enviar uno virtual, pero de que sirve, sirve, porque luego sólo así me comunico con mi pareja hasta que podamos vernos, porque ella también trabaja, nomás que yo salgo más tarde. A veces nos vemos los fines de semana y ya. Tuvimos problemas con eso. A ella le iba mejor que a mí, salía más temprano, se iba con sus amigos a esas madres del *fitness* y equipos exitosos y a mí me cagaba. Luego ya ni iba a verla porque se iba a reunir con sus compañeros, hasta me caían mal. Luego, te digo que finalmente me contrataron en otro lugar, me va mejor, salgo más temprano y, aunque igual no veo a mi pareja diario, por lo menos sí un poco más y hacemos más cosas—.

La incidencia que tiene la cuestión laboral en los sujetos, particularmente en este caso, se aplica tanto a lo físico como lo afectivo: el cansancio, el estrés, la preocupación de ser reemplazado, el aislamiento de la familia, la pareja, la soledad, la depresión y hasta la ética en juego. Aquí, la tecnología no jugó un papel de huida de la realidad, sino de acercamiento ante lo difícil que se volvía sentir a sus queridos por la absorción del trabajo; la ética, como él mismo expresa, lo hizo saber que algo

estaba mal y, aunque durante un buen tiempo siguió en esa empresa, finalmente decidió renunciar, pues ya le “cagaba”, y sobrevivir un poco con sus ahorros, darse un tiempo tranquilo y volver a buscar trabajo.

Como este hay muchísimos casos, sin embargo, aquí no tenemos el tiempo ni el espacio para dedicarles un trato tan específico. Aun así, todos y cada uno de los que no podemos transcribir aquí, están en las reflexiones y la redacción del trabajo. Muchos de ellos tenían tantos puntos en común que nos sirvieron para una mayor síntesis y análisis. Incluso pareciera que es muy poco en este último subcapítulo de la investigación, sin embargo, podemos decir que, precisamente, son más los sujetos en la incertidumbre o en el agobio de las exigencias neoliberales, que aquellos en quienes se vislumbran pequeñas fracturas en su ser y hacer.

¿Es posible una relación entre sufrimiento psíquico y negación de las condiciones dominantes?

Por ahora y en este espacio en particular, es sumamente difícil la respuesta; podríamos decir que no necesariamente, lo que también es parte de las preocupaciones iniciales de este trabajo. Sobre todo, en el caso de los más jóvenes, es evidente una actitud más desesperanzadora en los sujetos de nuestra investigación y sus espacios específicos. Algunos de sus padres se quejan de su desinterés e indolencia, conformismo y sin proyectos de vida. No obstante, también coincidimos mucho con lo que Mario Campuzano (2020) reflexiona respecto al tema y casos específicos concretos. Como él ha experimentado, nosotros vemos que las condiciones de los jóvenes son cada vez más difíciles e inciertas, como en términos laborales. Se sienten aburridos, solos, muchas cosas les parecen demasiado esfuerzo y sin entusiasmo por realizarlas; jóvenes de vidas grises, parafraseando el libro de la psicoanalista argentina Ana María Fernández.

En la vida cotidiana los observamos más como consumidores que como habitantes de su ciudad, controlados por los medios masivos, por las redes, por el discurso dominante enfrascándolos en el narcisismo, el hedonismo, el consumismo. Su carácter ha sido infantilizado, de acuerdo con Campuzano, y destacan, en algunos, la fragilidad como en los fronterizos, o la omnipotencia y egoísmo en otros, como los

narcisistas. Como pudimos observar, esto no sólo se da en las experiencias de muchos psicoterapeutas, sino en las entrevistas, charlas y sesiones que pudimos tener en esta investigación. Por ejemplo, en casos graves de inmadurez, hay un síntoma llamado “difusión de la identidad” que produce personalidades adhesivas, ambiguas y profundamente dependientes. Mientras más acentuada sea ésta [dependencia], más inmadurez. Si algunos de ellos logran mantener la dependencia afectiva, pero con capacidades operativas, podrán realizar más cosas y tener un mejor desarrollo.

En el área de la sexualidad, como también hemos visto, se pueden mantener formas infantiles inhibidas o desinhibidas con la plasticidad propia de la sexualidad temprana derivadas del polimorfismo originario y, en el desarrollo se pasa de lo indiferenciado a lo diferenciado. En este punto, hoy en día es común que alguna mujer nos diga que ya no tiene novio sino novia; un hombre seductor e “insaciable de mujeres”, llega a decir que necesita una experiencia con un hombre y penetrarlo. Los jóvenes, e incluso niños en la actualidad, han vivido tiempos muy diferentes en las formas de crianza, para Campuzano muy permisiva, y en algunos casos muy tolerante en la familia y la sociedad a la diversidad de orientaciones sexuales, de manera que las fantasías sexuales ahora se actúan; se comienzan a dar este tipo de relaciones que pueden quedar de manera transitoria o permanente.

La misma inconsistencia puede ser evidente en los principios, los valores que se vuelven difusos y débiles, fácilmente se pueden transgredir y que llevan, en algunos casos, a comportamientos delincuenciales, formar parte de bandas o grupos en donde sienten identificaciones transgresoras y otros afectos agresivos que requieren descarga. Buscándola en ese tipo de acciones. Desde otro punto, también vimos que la educación comienza a ser un problema. La toma de decisiones es frágil, incierta, sin entusiasmo y decepciones al no “pasar exámenes”. Incluso, si llegan a lograrlo, cambian de carrera constantemente y, a veces, no terminan ninguna. Esto se ha vuelto más común en las sesiones psicoterapéuticas con adolescentes y jóvenes entrando a la mayoría de edad. Todo esto significa que no hay una claridad interna de sus deseos, se sigue imponiendo un goce inmediato y falta la elaboración de un proyecto presente y futuro.

Así lo vimos con un joven desencantado y que, de alguna forma, no se hallaba mucho en el bachillerato, comenzaba a faltar, reprobar y recurrió a amigos y primos que evadían sus frustraciones mediante el uso de alcohol y otras drogas, como la marihuana. Lo expulsan, viene la pandemia y logra tener clases, pero en línea, lo cual, como sabemos, no fue del todo disfrutable y estaba lleno de culpa, refugiado en redes y un trabajo que lo fatigaba. Llegó un desinterés de todo, incluso por su novia, evadiéndose a sí mismo mediante alcohol y dormir cuando tiene “tiempo libre”. Como hemos mencionado, estas conductas impulsivas, caóticas, agresivas, con dificultad de auto-contención, puede conducir a accidentes, embarazos no deseados, abuso de sustancias, incorporación a grupos delincuenciales, separación de la pareja por una gran necesidad de contención y dependencia que pueden conducir a crisis.

Algunos padres se sienten confundidos ante los grandes cambios culturales y de educación que sustituyeron a una rígida disciplina y cierto autoritarismo dominante. Algunos quisieron intentar viejas costumbres, otros adoptaron posturas más flexibles, pero con exigencias y responsabilidad, otros optaron por un “dejar ser” que terminó en una falta de educación a los hijos y pretender su “felicidad” e “independencia” desde una edad muy temprana que también puede ser una forma de esconder cierto desinterés y desapego en la educación de los hijos. Hay madres que niegan la importancia del padre, dejan a sus hijos hacer lo que quieren con el pretexto de su libertad y, sin embargo, es una manera en que el niño o niña, confusos y sin determinados límites, expulsan agresividad, tristezas y soledad en comportamientos hostiles; rompen cosas, gritan, corren de un lado a otro sin consideraciones a las demás personas y, la madre o el padre, se limita a decir, “es un niño, es libre, no hay que limitarnos porque eso es autoritario”.

Otro fenómeno es la sobreprotección, sin responsabilidades ni obligaciones, la autoridad de los padres se diluye poco a poco en muchos casos. De esta forma, desde un ámbito clínico, muchos psicoterapeutas, psicoanalistas o psiquiatras, notan en la población un crecimiento no sólo de las depresiones, sino también de caracteres fronterizos; lábiles, inmaduros en la conformación de su personalidad y afectos como efecto de la sobreprotección y la carencia de exigencias en la crianza, sin límites

bien definidos. Otro mecanismo es el abandono o rechazo, lo cual también genera inmadurez, pero con tendencias a la agresividad y la autodestrucción.

Las figuras paternas –o encargados de la crianza– son elementos fundamentales en la construcción de un Superyó que podríamos llamar sano: límites sociales, familiares, valores, socialización; sin embargo, el estímulo de la sociedad actual al narcisismo produce un bloqueo en este proceso de conformación de dicha instancia psíquica, así como los controles morales, éticos y sociales derivados de la misma. Hay un deterioro cultural de las figuras parentales, colapso de la familia como guía y brindadora de afectos amorosos, una búsqueda inmediata de goce pulsional sin sentido singular ni social que no sólo son efecto de elementos subjetivos, también concretos. Aun así, no podemos afirmar que tal deterioro conlleve transformaciones subjetivas que asuman una posición negativa respecto a la situación actual; más bien se trata de un daño subjetivo que contiene sufrimiento psíquico. Y tal sufrimiento disminuye la capacidad de pensar, de sentir a los otros, de concebir que la propia vida podría ser de otra manera.

Antes de cerrar este apartado, consideramos importante hacer mención del trabajo presentado por Leslie Márquez; exalumna que realizó un ensayo para la clase de Psicología Social en la que tratamos temas de malestar, depresión y la “felicidad” en nuestros días. Como parte de su ensayo –basado en textos de Sara Ahmed y al que tituló “Felicidad enfermiza”–, esta estudiante realizó varias entrevistas a personas jóvenes; preguntó respecto a su idea de felicidad, si piensan que lo son y el papel que la sociedad juega en la búsqueda de la misma. Merece dedicar un pequeño espacio que nos brinde ciertas ideas que los jóvenes tienen de la felicidad o la ausencia de la misma.

Algunos de estos jóvenes consideran que la felicidad es “aquello que te hace sentir tranquilo y seguro”, “disfrutar de las cosas lindas y aprender de las negativas para superarte a ti mismo y creer en ti”, “alcanzar objetivos ambiciosos sin ser un mediocre”. Para otros, resulta “una sensación efímera de paz y alegría”, “ser uno mismo sin preocuparse por lo que piensen los demás”; incluso hubo quien siente que “la felicidad es un sueño lejano”. Sin embargo, aunque percibamos una idea segura de *felicidad* en estos jóvenes, muchas son frases hechas y estereotipos, algunos se

consideran felices realmente, pero otros la conciben lejana y permeada por estándares sociales que la obturan, por ejemplo, con la frase “el dinero da la felicidad”.

En este punto, vemos que muchos de ellos y ellas consideran que la sociedad idealiza y homogeniza la felicidad para “vender mejor el concepto”; ante esto, por un lado, escuchamos de los entrevistados que un impedimento para alcanzar la felicidad es la falta de metas y no conocerse a uno mismo; por otro lo son las “sobre-expectativas” y “pensar que lo material no va a llenar”. Sienten que la gente ya no interactúa de manera física, que “antes conocías a la persona por su esencia”, además “se espera que todos tengamos una vida perfecta, llena de logros y momentos felices, lo cual puede ser abrumador y contribuir a la presión que siento”.

Atestiguamos una manera ambivalente de pensar la felicidad. Por un lado, nos encontramos con una idea aparentemente clara del concepto, pero, por otro, la experiencia concreta contiene exigencias sociales y metas que no vienen del sujeto mismo, sino del mundo externo, de determinados estándares que pueden ser “impedimentos para alcanzar la felicidad”, como ellos mismos lo exponen. Muchos consideran que necesitan un equilibrio entre las demandas de la vida y el bienestar emocional, pero rara vez vislumbramos un cuestionamiento a tales demandas, de dónde vienen, para qué y quiénes y si esto contribuye a cierto bienestar emocional. A lo largo de la tesis estudiamos que esto no es así, no se presenta como una regla, sino que dichas demandas generan angustias psíquicas y emocionales al no lograr cumplirlas dentro de las condiciones concretas que habitamos. Es más bien un desequilibrio angustiante.

Algunos jóvenes pueden llegar a considerar que las expectativas marcadas externamente pueden ser poco realistas, haciendo que olviden “las pequeñas alegrías que realmente importan”. En principio, podemos estar de acuerdo; desde la perspectiva de nuestro análisis, nos preguntamos ¿cuáles son esas pequeñas alegrías? ¿Se trata, acaso, de la convivencia con la familia, las relaciones amorosas y con los amigos, ser uno y una misma, disfrutar del estudio y el trabajo, comer un chocolate? De ninguna manera pretendemos minimizar tales detalles, no obstante, tanto en estas entrevistas, como en nuestros contactos con sujetos y pacientes,

descubrimos que, la mayoría de las veces, la familia resultó ausente o agresiva, las relaciones de pareja y con amigos se vuelven de competencia, inciertas, efímeras y dolorosas, la inseguridad de sí mismo y las propias capacidades frente a una sociedad del emprendimiento incuestionables, generan desconfianza, desequilibrio y malestar con uno y una misma por lo que, la vida escolar se llena de indecisión, de desgano y, la vida laboral, muchas veces algo agobiante y desencantador. Estas angustias y vacíos, pueden conllevar desórdenes alimenticios que, más que sentir la comida como algo placentero o pretexto de convivencia, se vive como una posibilidad de llenar vacíos en los atracones, en la anorexia, la bulimia, en la imagen del propio cuerpo como “no-perfecto”.

Uno de los jóvenes entrevistados nos advierte que “nadie debería sacrificar su bienestar emocional o relaciones significativas para perseguir la felicidad. A veces, la sociedad nos hace creer que debemos sacrificar demasiado para ser considerados exitosos”. Es una respuesta que cuestiona de alguna manera, que intenta respetar su propia subjetividad y hasta las relaciones que conserva. Se piensa feliz y algunas de las formas que le brindan esa felicidad son que sus seres queridos estén bien, conseguir un trabajo que le permita cubrir sus necesidades básicas y disfrutar las cosas simples de la vida, agregando que la estabilidad emocional y financiera son clave. Aun así, vemos un último caso en que el sujeto no se considera feliz. Su idea de felicidad se basa en el deseo de ser aceptado y “encajar”, lejos de las burlas que sufre. La presión social por encajar y cumplir las expectativas significan, para él, motivos de exclusión y no sentirse lo suficientemente bueno. Un impedimento para “alcanzar la felicidad” es la gente que disfruta hacer sentir mal a otros. Hay un desencanto, una incomodidad, pero el dolor persiste.

Hace no mucho tiempo, llegó al consultorio una mujer de 38 años diagnosticada con esquizofrenia paranoide, a quien no pude tomar en tratamiento debido a que requería otro tipo de ayuda, mejor a sus necesidades. Son casos muy complejos debido a su relación con la realidad externa-interna, las alucinaciones y delirios, al nivel de escisión de su mente. Sin embargo, aunado a todo esto, en su discurso y relato por el cual solicitaba psicoterapia psicoanalítica, apareció la palabra “éxito”; ella siente que, si no logra ser exitosa, no es nada; si no sobresale, no será

admirada. Evidentemente, los elementos a tomar en cuenta para la comprensión de su psique y el posible tratamiento van más allá de la situación social exclusivamente, pero nos puede dar pistas de aquella parte de su mente que tiene cierto contacto con la realidad externa. Junto a sus delirios y alucinaciones, su fuerte depresión y deseos de “volver a sonreír”, resalta en el discurso la cuestión de las exigencias de éxito para ser reconocido y admirado como “alguien”. Enfatizamos nuestra crítica a los modelos clásicos de la psiquiatría, pero reconocemos la importancia de la no idealización del sufrimiento psíquico, las enfermedades y la locura, así como su tratamiento desde diversas opciones y la relación inevitable con la realidad externa-concreta, la sociedad actual, que puede permitirnos un mejor y mayor acercamiento a estos padecimientos sin aislarlos en simples burbujas clínicas.

Todos estos casos muestran afectos que residen dentro de los sujetos, afectos que cotidianamente aparecen disfrazados con la piel del sujeto que debe trabajar o buscar trabajo, ir a la escuela, ocuparse de ser buen estudiante, padre o madre, amigo o pareja, denunciar lo que consideran injusticias. Pero vemos que esa piel, esos cuerpos no pueden aguantar tanto y se desgarran, gritan, no logrando contener las emociones, sufrimientos, impresiones, agresiones, recuerdos y representaciones displacenteras que, de una u otra forma, buscan cualquier modo de salida.

Desafortunadamente, esto de ninguna manera nos asegura que tales desgarraduras, esta descarga, nos traiga una perspectiva totalmente esperanzadora, algunas veces es todo lo contrario, tal como lo vemos día a día en las calles o en nosotros mismos, pero sí podemos decir que es posible que esa desgarradura deje entrever una pequeña chispa desde el dolor, una chispa de latente incomodidad que podría no llevarnos a la depresión, la hostilidad y la huida de sí mismo (daño subjetivo), sino a una reparación, re-elaboración, recuperación de la subjetividad. Lo que logremos con ello de cara al futuro seguirá siendo incierto, pero dependerán de nosotros los caminos y hacia dónde empezar a trazarlos día a día. Retomaremos más experiencias y reflexiones a continuación que complementarán las consideraciones finales.

CONSIDERACIONES FINALES

Experiencias desde el malestar como daño subjetivo

Al preferir *consideraciones finales* en vez conclusiones, hacemos hincapié en que no pretendemos clausurar el tema, la discusión ni el análisis desarrollado a lo largo de esta tesis. Si bien el mundo es dinámico, siempre cambiante, pudimos observar, junto con los sujetos, puntos importantes en común, que ayudaron en nuestras aproximaciones sucesivas para sostener el planteamiento y discutir otras posiciones. En este contexto, ha sido notable la preocupación respecto a las condiciones sociales actuales; no sólo de los elementos característicos del capitalismo neoliberal en términos laborales, de mercado, consumo y control, sino también aquellos muchas veces silenciosos o que estallan en un grito que no puede soportar más: la psique dañada, el sujeto dañado.

Como hemos planteado desde el principio de este trabajo, partimos simultáneamente de un análisis desde el ámbito sociológico y aquel del psicoanálisis, tanto teórico como clínico, con la intención de expandir los horizontes de nuestras aproximaciones. De esta suerte evitamos quedarnos en una sociologización de lo que se propuso aquí y tampoco perder de vista los factores sociales en las afecciones psíquicas. Nos sirvió para tener un punto de observación, intentando que no se redujera a deseos propios y voluntades teóricas, a la vez que tuvimos experiencias concretas con sujetos que no pertenecían a colectivos, grupos, instituciones u organizaciones politizadas. Tomando en cuenta sujetos comunes, con dolores, depresiones, visiones grises de su presente y futuro, agresivos, confundidos, frustrados y, también, a partir de la experiencia clínica, ampliamos las reflexiones desde el dolor real, singular de los propios sujetos que lo sufren. Es decir que nuestra intención fue descolocarnos de un lugar preconcebido de investigación; hallar analizadores comunes sin privilegiar voces que podrían haber respondido positivamente a nuestras preguntas y deseos.

Iniciamos nuestro recorrido con la pregunta por las características generales del capitalismo neoliberal, tomando en cuenta particularmente aquellas perspectivas críticas contemporáneas que contemplan la psique y lo subjetivo. El capitalismo neoliberal se ha vuelto una racionalidad, en una forma de vivir y en un sentido común que no se circunscribe únicamente en la esfera laboral, económica, política y social, sino que también ha penetrado en los ámbitos más íntimos de los sujetos, esto es, en la vida cotidiana, en sus dispositivos digitales, en la mente, los afectos y hasta en la sexualidad.

El sistema en que vivimos se ha servido no sólo de políticas económicas, sino de un discurso que incluye a los sujetos como partícipes de un éxito y verdad vital, de las tecnologías como herramienta de control y pseudo-satisfacción de las necesidades que el propio capitalismo genera, no meramente de consumo, sino también de supuestas relaciones sociales y dinámicas reproductoras de tal racionalidad. Como tratamos de analizar, muchos sujetos se encuentran en una lógica de auto-emprendimiento, auto-optimización y auto-responsabilización, lo cual incluye tanto las condiciones materiales y concretas de existencia como los recursos psíquico-afectivos. Al incluir tales elementos, nos encontramos con límites con los que se encuentran los sujetos, ya sean físicos, subjetivos, sociales o económicos. Sin embargo, bajo nuestro enfoque, estos límites tienen expresión en cierto malestar y hasta sufrimiento mental.

Esto nos llevó a observar y tomar en cuenta diversas patologías que tienen relación con las condiciones dominantes junto a sus exigencias. Aun considerando esto y la crítica a las clasificaciones patológicas, en ningún momento llegamos a negar la existencia de psicopatologías. Nuestra crítica devela un proceso de psicopatologización que justifica el estado de las cosas o que es responsabilidad de los sujetos, por deficiencias, falta de ganas, fallas cerebrales. No obstante, sabemos que el sufrimiento que muchos sujetos expresan no se deslinda de la vida cotidiana bajo las dinámicas dominantes, las posibilidades económicas, los déficits infantiles o los vacíos. Trabajamos con el sufrimiento psíquico, pues existe y es evidente, pero criticamos las posibles causas de tal malestar en una sociedad que pretende un bienestar precisamente con aquello que enferma, pero los hace gozar.

Esto nos permitió dar cuenta de que, ante estas condiciones y características, no hay una resistencia manifiesta a las mismas. Es más, no hay plena consciencia de lo que les sucede a los sujetos. Se sufre y se siente, pero no se sabe por qué ni de qué.

Tal como pudimos ver, es innegable que en nuestros días impera el discurso capitalista donde el goce sustituye al deseo y a la represión en el sentido de regulación de las pulsiones; es un culto desenfrenado al consumo que se consume a sí mismo de manera nihilista. El goce se desprende perversamente del deseo y contiene un factor mortífero; esto es, precisamente, lo que ocurre en los lazos sociales del capitalismo actual. Es disipador de la pulsión de muerte, antagonista del deseo, arrastra al sujeto a una suerte de experiencia autística que lo separa de los otros, del mundo humano.

Ya lo había analizado el *último* Freud: la fuerza del *Todestrieb* [Pulsión de Muerte] agrieta los muros de Eros, *Lebenstrieb* [Pulsión de Vida], disuelve los vínculos. Por ello, ante los fenómenos actuales y las relaciones sociales, la clínica psicoanalítica contemporánea ya no gira tanto entorno al deseo, o cada vez menos; ahora es más una clínica de la pulsión de muerte, de depresiones y estados fronterizos⁷². Por ello, también en los aspectos sociales, de la vida cotidiana de nuestros sujetos, consideramos, a diferencia de algunos y algunas autoras, que el deseo ya no es un elemento esencial del problema para pensar las relaciones sociales y la subjetividad singular. Incluso lo que constituye a las neurosis, como el deseo reprimido inconsciente, la represión, comienzan a difuminarse en los sujetos contemporáneos.

Parafraseando a Massimo Recalcati, el goce maldito y nocivo para la vida sustituye las dificultades de personas y pacientes neuróticos de asumir su propio deseo, de dar sentido a su vida, tener pasiones que animen su existencia. Son arrastrados por un estímulo acéfalo en la apatía indiferente. Muchos sujetos

⁷² A grandes rasgos se trata de personas con un Yo muy lábil, inestable, dependiente e intenso; con defensas primarias, es decir “rústicas” como la escisión, la identificación proyectiva, la negación, la omnipotencia. Puede haber un Superyó muy severo que se conjuga con las demandas sociales imperantes hasta que el cuerpo y la psique no pueden más. Sin embargo, no debemos olvidar que también hay elementos constitucionales en los sujetos desde su nacimiento, lo cual incide en su vida psico-afectiva posterior, como la tolerancia a la frustración, las faltas o la culpa.

aparecen sin culpa, sin embargo, sí son muy culpables, lo que consiste en no asumir la fatiga de la existencia y lo inconsciente del propio deseo, no asumen su deseo; más bien, todo esto contribuye a su anulación, cancelación, evasión y negación. Estos son los sujetos en la escena del malestar contemporáneo.

Bauman ya habló, como es bien sabido, de *modernidad y sociedad líquida*, de la liquidez de las relaciones sociales. Ésta es un aspecto de la sociedad contemporánea, efectivamente, pero también queremos agregar un concepto de Recalcati (2021) que nos es útil para complementar la forma de las relaciones actuales de los sujetos: *identificaciones sólidas*, una tendencia de los sujetos a la clausura autística, la petrificación, solidificación narcisista, como respuesta al derretimiento generalizado de los lazos sociales. Así, lo inmediato de la pretendida satisfacción de las pulsiones, como superpoder del *Ello* característico en sujetos psicóticos, y las identificaciones sólidas constituyen mucho de la clínica y la cotidianidad de nuestros días.

Tenemos así, en los sujetos, la disolución del vínculo con los otros y consigo mismos, como también las patologías que tienden a ofrecer un dominio ilusorio a los sujetos bajo el precio de la cancelación de su propia singularidad deseosa. En los sujetos se evidencia el desorden pulsional, su satisfacción inmediata, evacuar las tensiones internas, la tendencia a la repetición compulsiva del goce. El conformismo apático, el uso de armaduras narcisistas, el control disciplinario del cuerpo, negación de la experiencia de la alteridad y la indiferencia. Disminuye el deseo y el amor; la liquidez del goce en lo inmediato y la solidez de la identificación, anulan la potencia del deseo, como hemos visto a lo largo de este trabajo.

Asimismo, cuando nos referimos antes al pensamiento debilitado en la sociedad, consideramos que, si se trata de una característica humana, que le podría garantizar libertades inalienables, exige entonces la renuncia al placer inmediato. Como vimos, el discurso dominante y su incidencia en la vida de los sujetos propicia el anulamiento del pensamiento bajo la inmediatez. *Más acá* de lo teórico –sin por esto omitirlo, pues también lo corrobora–, evidenciamos empíricamente desligazón social, malestar social que fomenta cada vez más el no-pensamiento. Muchos

pacientes de la clínica, sujetos en las calles, presentan malestar que exige respuestas inmediatas o se resigna a ninguna respuesta, puesto que la vida es así.

Terminamos hablando de desligazón porque, bajo lo observable y como tratamos de desarrollar teóricamente en los capítulos anteriores, *ligar* elementos de la vida cotidiana conlleva la creación de sentidos de los cuales los sujetos pueden apropiarse, de pensarse a uno mismo como sujeto, subjetivación. Sin embargo, reiteramos, hay una tendencia a *desligar*, destruir los vínculos, destruir entonces el sentido; esto produce mecanismos y procesos desubjetivantes, hasta desobjetalizantes, es decir una pérdida de los fundamentos primarios, de los objetos fundamentales para el desarrollo del sujeto en su vida y la constitución como tal en sociedad: un vaciamiento.

Como otro elemento importante de daño subjetivo, nos encontramos con la violencia; no sólo en el contexto de pandemia, sino también en el ámbito cotidiano y familiar, ya sea tanto ejercida, como padecida. La violencia singular es resultado y efecto de la social; pero si hablamos sólo en términos patológicos singulares para referirnos a problemáticas de los sujetos como efecto de la violencia social, negamos y ocultamos sus condicionamientos estructurales.

Para la mayoría de los sujetos en la investigación –violentos o víctimas de violencia– sus condiciones sociales son “normales, te toca enfrentar esto tarde o temprano” y, aunque expresaban su sufrimiento y manifestaban su depresión, no demandan ningún apoyo social o psicológico. De nuevo percibimos las manifestaciones de la pulsión de muerte: ciertas vivencias traumáticas, violentas, sufridas por los sujetos, no son únicamente determinadas por los factores subjetivos; obedecen también a las condiciones cotidianas de los padres, de las familias, donde lo económico, social, cultural, juega un papel que, algunas veces, rebasa posibilidades explicativas de la dimensión psíquica.

Sobre todo, los más jóvenes en esta investigación –y limitándonos a adolescentes y lo que llaman adultos jóvenes de clase media–, manifestaron casos interesantes y preocupantes, pues pensamos que podrían ser más vulnerables a una sociedad de mandato de goce, fugacidad, carente de compromiso y de proyectos

futuros. Predominantemente, las tecnologías vehiculizan sus ideales. Las figuras de autoridad que en otro tiempo tuvieron su importancia, la perdieron por falta de credibilidad, corrupción o perversión del sistema dominante. Su desesperanza crece con el desempleo, la violencia, la incertidumbre que cubre la realidad social de nuestros días, pues tienen pocas posibilidades de un empleo digno y, por lo mismo, una gran dificultad para realizar proyecciones futuras.

Nos llama la atención que poco o nada hablaron de alegría o de deseo, tampoco del deseo de estar solos y disfrutar esta soledad. Asistimos a testimonios de incapacidad para realizar un duelo, pasajes al acto –como el escape de la realidad en la ebriedad, buscar problemas, golpes, sexo, riesgos–, “fracasos” escolares o laborales, evasiones-evitaciones, rechazo del deseo, desprecio de las pasiones tanto como de las proyecciones de vida presente y futura, compulsiones de repetición⁷³.

Pudimos saber, en nuestro caso, que depende de varios factores, entre ellos la historia singular, las primeras experiencias con la madre, padre o quienes jugaron ese papel en su sostenimiento narcisista temprano, el hogar, los apegos y, también, la colonia, la violencia, los amigos y amigas, la posibilidad de educación, posibilidades de empleo y economía, sentidos de vida. Se ven instalados en un presente sin perspectivas. Aun así, algunos llegan a negar su sufrimiento psíquico, lo que constituye una defensa maníaca, es decir, defensas que intentan superar el dolor pretendiendo proteger al Yo de la desesperación total, pero, cuando son excesivas tales defensas, se forman círculos viciosos y puntos de fijación que interfieren en el desarrollo; y una relación maníaca con los objetos está caracterizada por sentimientos de control, triunfo y desprecio.

Pensamos posible que, ante la ausencia de referentes sostenedores, de deseo y de la creciente incertidumbre dolorosa, buscan una ortopédica restauración de su fractura interna en los dispositivos electrónicos y las redes sociales que los “miren” como *pertenecientes a*, como iguales, como deseados, así como la búsqueda de

⁷³ La compulsión de repetición refiere a un proceso de origen inconsciente en virtud del cual los sujetos se sitúan activamente en situaciones penosas, repitiendo así experiencias antiguas, sin recordar el prototipo de las mismas; al contrario, tienen la viva impresión de que se trata de algo motivado en lo actual.

personas que satisfagan inmediatamente una pulsión sexual, por ejemplo, o consumo de mercancías innecesarias de satisfacción pasajera y superficial. Esto conlleva peligros –como pudimos ver en algunos relatos– autodestructivos, se empobrece y daña la subjetividad y alimenta el sentimiento de vacío. Estos sentimientos son un reflejo del derrumbe social que presenciamos y, quizás, también de la espera de algo que les devuelva un afecto, una experiencia, una esperanza que nunca tuvieron. Pareciera un padecimiento que también incluye la ausencia de historia, como si se viviera en un presente continuo sin memoria ni deseos.

En nuestros sujetos, las tristezas, depresiones, angustias, psicopatologías, incluso los suicidios, no solamente responden a un estado de necesidad, sino más bien porque no hay dónde encontrar un punto de agarre ante la indignidad de la vida impuesta y el pensamiento de sus alternativas. Empiezan a sobrevivir a su propia vida, no hay lugar donde puedan articularse y se matan, psicológicamente y hasta físicamente, pues se sienten indignos de seguir viviendo. Vemos, entonces, que las contradicciones en la sociedad y los sujetos, no necesariamente transforman la realidad o la acumulación de dolor.

El dolor, la desesperanza resignada, fueron expresiones constantes en los sujetos. Son momentos agotadores que conllevan autolesiones, riesgos, periodos de inhibiciones, no salir de la cama. Difícilmente logran acercarse a un entendimiento de su sufrimiento, por ejemplo, a partir de contextos sociopolíticos, económicos, más allá de lo personal y lo psicológico. Se trata también de fuerzas sociales externas que pretenden negar la implicación entre sufrimiento psíquico y lo político, lo económico, lo cultural. La debilidad, la impotencia y la frustración también tienen que ver con el poder social como las clases, el género, el color de la piel y otras formas de opresión que producen esos sentimientos de inferioridad ontológica y mutación antropológica.

Si desde la más tierna infancia han tenido ausencias y fallas, porque se les ha hecho concebirse como inferiores, difícilmente lograrán moverse del lugar de sensación de inutilidad y frustración que los ha marcado, pues todas las vicisitudes de su vida aparecen como responsabilidad de los mismos sujetos, no de las condiciones sociales dominantes. De ahí que también se exprese un voluntarismo

mágico de poder hacer –y ser– todo lo que se quiera como exclusivo de las ganas que tengan los sujetos de “salir adelante”; esto, además, aparece como contracara de la depresión pues, si quieres salir de ella, te corresponde a ti mejorar tu vida con éxito y felicidad; de lo contrario, te mereces la vida que llevas.

Es cierto que nuestra sociedad daña a los sujetos y sus lazos, sus vínculos, dañando, a su vez, su capacidad para crear relaciones con los otros y el mundo. Esto, indudablemente, tiene que ver con el modo de subjetivación de los sujetos y sus comportamientos prácticos, caracterizando las formas en cómo se expresa su sufrimiento psíquico. Percibimos la pérdida de la presencia del otro en la vida de estos sujetos; están cada vez más solos, pero se doblegan ante la creencia de que se trata de libertad y autonomía, sufriendo, en realidad y en silencio, esa soledad, ese carácter narcisista en abandono bajo una ambición vacía disfrazada de progreso económico, posición social, ser emprendedores y empresarios de su vida, aparentando un valor de deseo de éxito individual.

Incomodidades latentes

Hemos hablado de *incomodidades latentes* en buena parte de la tesis para sostener nuestro planteamiento, sin embargo, le dedicamos un espacio específico hasta esta parte debido a que fue sólo hasta vivida la experiencia con nuestros sujetos que pudimos elaborar esta reflexión. No era posible simplemente plasmar el término como tal antes y asumirlo como dado por hecho. Como parte del cierre de la investigación, cobra más sentido al escuchar a los sujetos y analizar las características de la sociedad actual. Proponemos este término porque, frente a las voces cotidianas en las calles y consultorios, la constante más fuerte fue el dolor, el enojo, la impotencia y la negación de las condiciones sociales externas. Esto, sin embargo, en la mayoría de los casos no fue un detonador de reflexión y pensamiento respecto a la posibilidad de otro camino, sino algo incómodo que desespera, pero sin saber de qué se trata.

Creemos importante aquí retomar un poco las ideas del *hacer* y de *poder hacer* de John Holloway (2010), Este autor, a grandes rasgos, nos dice que “nuestro

hacer individual recibe su validación social a partir de su reconocimiento como parte del flujo social [...] El hacer implica ser capaz de hacer” (p. 50). Y agrega:

Si se nos priva de nuestra capacidad de hacer o, más bien, si se nos priva de nuestra capacidad de proyectar-más-allá-y-hacer, de nuestra capacidad de hacer negativamente, ex-táticamente, entonces se nos priva de nuestra humanidad, nuestro hacer es reducido (y nosotros también) al nivel de una abeja. Si somos privados de nuestra capacidad-de-hacer, entonces nuestro grito se convierte en un grito de desesperanza [...] El hacer implica poder, *poder-hacer* (*Ibíd.*: 50-51).

Para Holloway, el poder-hacer es poder social, puesto que nuestro hacer es “*siempre* parte del flujo social de hacer, aun cuando aparezca como un acto individual” (*Ibíd.*: 51). Son planteamientos sumamente provocadores e incitantes a movernos de lugar. Ahora bien, bajo la óptica de nuestro análisis sociológico psicoanalítico, resulta relevante –y las tomamos como apoyo en la reflexión– porque, agregamos nosotros, en el sujeto la búsqueda de satisfacción pulsional se encuentra apoyada en la necesidad de sentirse capaz de alcanzarla y obtenerla; a veces basta con sentirse capaz de satisfacerse a uno mismo sin que sea preciso el cumplimiento del deseo pulsional en sí mismo. Poder hacer resultaría esencial y hacer no sirve más que para dar prueba de eso, sin embargo, el *Ello*, lo inconsciente, es atemporal, transhistórico, no necesariamente colectivo y se presenta de manera singular en cada sujeto, con todas las fantasías, conflictos, faltas y deseos. No es, como hemos dicho, una hoja en blanco en la que se inscriben las demandas sociales dominantes o la idea y acción de colectividad. Por ello, planteamos que, si agregamos esta particularidad compleja, podríamos hablar de un grito cuasi-desesperanzado en los sujetos específicos que han sufrido de una borrosa capacidad de hacer, donde su propia subjetividad queda herida e incómoda.

En este punto radica un elemento importante para acuñar el término de *incomodidades latentes*; es decir que nos ayuda a pensar en cierta incapacidad de *poder hacer* como proceso de satisfacción a uno mismo en los sujetos de la investigación. En este caso, el *hacer* no denota una satisfacción, un camino o un proceso que permita correrlos de lugar fortaleciendo la subjetividad y su poder creativo y re-creativo, sino un caminar con una piedra en el zapato. Un *poder hacer*

que aún no descubre cómo desatar las cintas y cambiar el calzado para evitar lastimarnos. En buena medida, esto nos hizo pensar la latencia de dicha incomodidad en el andar de nuestros sujetos; se *hace* –en términos de reproducción de lo mismo, de sobrevivir, de intentar ser exitoso– pero sin *poder-hacer*, como capacidad singular y social, respecto a la satisfacción no patológica de las pulsiones, los deseos y la vida digna, a un desplazamiento de las pulsiones hacia algo diferente, hacia algo menos doloroso con la posibilidad de que lo manifiesto de ese dolor se revele.

Si nosotros asumiéramos que el malestar conlleva un deseo o motivación para cambiar, curarse, transformar su vida, fortalecer su persona y proyectos de otra sociedad, negaríamos rotundamente lo que nos dicen los sujetos, sus posibilidades y horizontes posibles. Con esto queremos decir que, dando peso a nuestro trabajo empírico y clínico, la idea de que el malestar contiene resistencia y transformación no es corroborable en muchos casos. Así, sostenemos que las *incomodidades latentes* pueden ser un ápice, un destello potencial de que esto no está bien, pero no es manifiesto. Si así fuera podríamos escuchar y percibir el deseo, la intención, el cansancio que proyecta otra cosa, otra vida; *proyectar-más-allá-y-hacer* del que habla Holloway. Por ello volvemos a invitar a tener cuidado de no confundir lo latente y lo manifiesto, pues el hecho de que algo sea percibido, no significa que sea la expresión manifiesta de lo contenido en el sujeto. En otras palabras, uno puede percibir que la gente siente dolor, malestar, sufrimiento, pero de ninguna manera se puede asegurar rotundamente que, por supuesta obviedad, es en sí manifiesta como consciencia elaborada de tal sufrimiento. Como vimos, no es así, es mucho más complejo y complicado, tanto en la teoría, como en la clínica.

Al mantenernos en esta postura, pensamos que aterrizamos las posibilidades reales, la escucha de los dolores, para replantear, por un lado, el acompañamiento clínico y, por otro, nuestro quehacer crítico-académico-investigativo irreductible a voluntades teóricas que tomen como ejemplo las luchas e intentos por transformar las formas de vida negando las dificultades que rebasan, muchas veces, propuestas teóricas, voluntades o esperanzas. En este sentido, más que esperanzas, planteamos estas *incomodidades* como un punto más de partida a la comprensión del

sufrimiento psíquico en el capitalismo neoliberal y por dónde sería posible vislumbrar potenciales de resistencia que pase poco a poco a la consciencia de los sujetos como “capacidad de hacer”. Es por esto que, subrayamos, no negamos en absoluto los planteamientos de John Holloway respecto a esto o a quienes ven en el deseo una forma de creación de otra cosa, sino que intentamos contribuir a la discusión con las experiencias y análisis que proponemos.

Hemos expresado que, además del cuerpo teórico del que nos apoyamos, la experiencia concreta con los sujetos no nos condujo a concluir que el desencanto, el malestar que pareciera acogerlos, decantara en una crítica de su particular situación y de las condiciones sociales en general, o en un deseo de transformación propia y social. Sin embargo, notamos que, en el vínculo –aunque en algunos casos efímero– donde se trataba de enunciar su cotidianidad y de reflexionar a partir de preguntas, ya sea en sesiones dentro del consultorio, entrevistas o charlas informales, se hizo presente un sentimiento de incomodidad, de dolor y del llamado *insight* respecto a su quehacer: esa piedra en el zapato, ese conflicto o falta dolorosa en nuestra psique. Dicho esto, agregamos que el concepto de *incomodidad latente* expresa, precisamente, aquel latente sentimiento de que algo anda mal mientras que uno no está seguro de qué y cómo debe seguir existiendo-sobreviviendo, más no una inconformidad ni un rechazo contundente a la vida impuesta por el sistema imperante.

Para desarrollar un poco más el término *incomodidad latente*, diremos que no se debe apostar sólo por la consciencia, pues no podemos serlo del todo ni de todo. Coincidimos con Pavón-Cuéllar (2022) en que la relación perceptiva que tenemos con el mundo se encuentra mutilada por la represión y adornada por la fantasía. El supuesto conocimiento que los sujetos tienen de su vida, de la sociedad, sirve como el sueño para satisfacer deseos y pulsiones, sin embargo, lo que vemos es que ese sueño se presenta cada vez más como una pesadilla incómoda de la que no logran liberarse. Los sujetos están habitados, precisamente, por aquello que duele, que incomoda en el mejor de los casos.

En este punto, cuando hablamos de represión, quisiéramos apuntar un par de cosas. No se trata de que la represión, en el sentido inconsciente, sea consecuencia

mecánica de la internalización de figuras o formas de autoridad familiar, políticas o del capitalismo en sí. No deben confundirse ni pensar a los sujetos como depositarios *per se* de las relaciones de poder y su introyección. Desde nuestra perspectiva psicoanalítica, la represión es constitutiva del inconsciente, transhistórica. La represión social, en cambio, tiene que ver con determinadas condiciones históricas y, por ello, susceptible de ser transformada. El sujeto del inconsciente no es sólo la acumulación de los poderes que lo condicionan.

Esto, como vimos, conlleva complicaciones relevantes. Por un lado, nos encontramos con la constitución de los sujetos con quienes convivimos, su historia singular, su propio desarrollo humano en determinadas circunstancias; por otro, las condiciones externas en un momento histórico en crisis, y con imperativos enfocados en la anulación de los vínculos, del deseo y la imposición de recluirse en sí mismos. Si en sí mismos ya hay un proceso de vaciamiento, la percepción, la *latencia* de que algo no está bien, que *incomoda*, implicaría, además, perder una parte, pues significaría liberarse de una parte de ellos; luchar consigo mismos para enfrentar aquello que los hace sufrir. Partiendo de la metáfora que usamos más arriba, sería cambiar de zapatos en nuestro andar, por más que duela despojarnos de éstos como parte de uno mismo.

De acuerdo con esto, si este proceso de liberación de una parte de ellos se da, significa la posibilidad de una re-elaboración del sufrimiento y la reconstitución subjetiva. Notamos destellos de esto en algunos sujetos que expresaron cierta sensibilidad al hablar de una pareja, un familiar o hija/o, pero es una situación muy complicada dado que, como argumentamos, el discurso capitalista conecta a los sujetos con un plus de goce que aparentemente se calma para renovar una falta que no es satisfecha; esto obstaculiza las condiciones del amor de las relaciones. Sin embargo, podemos encontrar un sentido en la falta si pensamos, a la manera lacaniana, que el amor es el encuentro entre dos faltas que no se satisfacen. Se puede buscar al otro para que nos acompañe en la falta y no tanto para que la colme.

Así, la falta no sólo se trataría de un vacío inconmensurable⁷⁴, sino del encuentro con el otro, como el caso de parejas, amigos, familia, en colectivos o comunidades y vecinos que general; regenera vínculos, complementos y complicidades en el malestar. Es por esta razón que decidimos construir la idea de *incomodidad latente*, de sujetos del inconsciente, de cuerpos afectivos; no inconformes o en resistencia, sino dolientes en sufrimiento, pero que presentan residuos de deseo que laten en busca de otro, de otro dolor, de otra falta, de otro vínculo que le permita sobrevivir y hacerse manifiesto en la realidad concreta sin divorciarse del mundo interno psíquico de los sujetos. *Sé que algo no está bien, pero no sé qué es* resulta aquí una frase fundamental que puede encaminar a una reflexión, a la elaboración del sufrimiento, del sí mismo, siempre incómodo para el sujeto, siempre incómodo para el capitalismo. Reparar los vínculos desgarrados con los otros y con uno mismo, no desde la “felicidad enfermiza”, sino desde nuestro sabernos vulnerables, finitos, dependientes del otro, dolientes que pueden amar y construir, hacer. Elaborar el sufrimiento, reconstruir la capacidad de hacer, de correrse de lugar como acción y proceso subjetivo. Que ese *hacer y poder-hacer* contenga la posibilidad de sentirse uno mismo, insistimos, vulnerable y dependiente de los otros en el mejor de los términos; que reconozcamos a los otros y lo Otro dentro de un mundo potencialmente transformable.

¿Destellos de una transformación socio-subjetiva?

En último lugar y conservando un espíritu que pretende abrir –en vez de clausurar– el debate, lanzamos aquí la pregunta de lo que entendemos por destellos de una transformación socio-subjetiva. Llegado hasta aquí, lo que logramos corroborar, entre otras cosas, es que la salud física y la salud mental no pueden quedar separadas y, si llega a pensarse así, no sería más que ideológico. Vimos que, lo que conocemos como salud, no se centra en aspectos meramente orgánicos de los seres humanos, sino que entran en juego factores económicos, medioambientales, alimentarios,

⁷⁴ La falta, falla básica, déficit, en el sentido patológico desarrollado por otras y otros autores en psicoanálisis, tiene que ver más con un evento, experiencia o ausencia en la infancia temprana que no permitió un desarrollo más o menos sano del llamado sí-mismo (*self*), generando patologías que pueden llegar a ser graves, como las estructuras fronterizas, el narcisismo patológico y ciertas psicosis. No se descarta aquí, sin embargo, queremos darle mayor énfasis a la falta en Lacan y en este sentido.

laborales y sociales. Pero un bienestar saludable no puede ser alcanzado si dichos factores se encuentran penetrados por desigualdades, desequilibrios, injusticias. Las personas no pueden estar sanas, en un amplio sentido de la palabra y no sólo orgánicamente, en condiciones de pobreza, de desempleo, de violencia, soledad, abandono, supeditadas a necesidades impuestas de consumo ilimitado e insatisfactorio.

Hoy en día, bajo el dominio del discurso capitalista neoliberal, hay personas que se nutren del dolor y sufrimiento de los demás, por supuesto, en términos de mercado y control mundial al servicio de la pulsión de muerte, degradando lo vital de las relaciones sociales. Fue evidente que, además, la pandemia golpeó fuertemente a muchísima gente, acrecentó padecimientos y causó muertes, pero también fue utilizada por grupos dominantes y transnacionales en el aumento de precios, de incrementar la desinformación y la paranoia tanto como sus ganancias. Ahora bien, no sólo fue antes o durante la pandemia; actualmente, quedando “controlada” esta emergencia sanitaria a nivel mundial, el problema para los sujetos no es la posibilidad de morir, sino su prolongación dentro de la incertidumbre en depresión permanente, ya no sabiendo de qué manera continuar.

Los sujetos a quienes entrevistamos, charlamos y con quienes, además, convivimos –mayormente hombres heterosexuales jóvenes (que nos puede cuestionar el proceso del trabajo empírico o quienes aceptaron ya sea la terapia o las entrevistas, dado que, por una parte tiene que ver con cuestiones inconscientes e introyectadas de quien escribe esto y, por otro, con dichos sujetos que suelen acercarse o aceptar ayuda, entrevistas o charlas), un par de personas homosexuales y adolescentes de ambos sexos llamados “tradicionales”–, experimentan un dilema entre pensar un cambio de su propia existencia con los otros, o negarse y escindirse de sí mismos, en la enajenación y la turbia incertidumbre deprimente. “Vivir al día” es vivir la incertidumbre incluso de un presente más o menos estable, vínculos débiles e inciertos. Perciben el deber de “salir adelante” sobre el bien común. El desencanto de los jóvenes no radicó en la preocupación por el derecho a la jubilación en un trabajo estable, en familia o en soltería, pero de calidad. No cuentan con ninguna seguridad, con ahorros considerados para un futuro mediato siquiera.

Si nos quedamos hasta aquí, no hay destello alguno de transformación subjetiva, al menos en el espacio y alcances posibles que tuvo nuestra investigación. No obstante, consideramos que la experiencia concreta en el momento de las entrevistas, las charlas informales o la observación en diversos espacios cotidianos, logró provocar cierto ápice de sentimiento introyectivo en los sujetos. No porque nuestras preguntas o presencia generaron reflexión o pensamiento crítico, pues no fue la intención en ningún momento, sino que, al momento de percibirse en ese momento de su existencia las emociones se tornaron incómodas, dolorosas y frustrantes. Desde su sufrimiento, como acabamos de decir, la percepción de la vida que llevan se hizo presente y la incomodidad de su quehacer –en algunos sujetos– pasó a ser un tanto “más manifiesta”; es decir que comienza a oscilar entre el Yo (que también tiene elementos inconscientes), las emociones, los afectos y aquello reprimido inconsciente.

Si nuestro rol en la investigación no fue politizar a los sujetos, sí notamos esa experiencia de incomodidad, mas no inconformidad, pues algunos de ellos no tenían ningún destello de esto, sino, más bien, la latencia de inconformidad se desvanecía ante un mundo inevitable, pues “así nos tocó”. Es así que sentimos y pensamos que el “simple” hecho del acercamiento a estos sujetos, la escucha, la atención, el vínculo creado, aunque haya sido corto en algunos casos, liberó el pensamiento de sus displaceres. El conocimiento, particularmente lo que nos convocó aquí, puede y debe ser partícipe de cierta consciencia de la propia vida y de la sociedad. La sociología y el psicoanálisis críticos no deben quedar ajenos a esto, pero sin totalizar, sin sentenciar desde lugares privilegiados y herméticos, olvidando la dialéctica que conllevan las relaciones sociales y las aproximaciones sucesivas al conocimiento de nuestras realidades.

Por ello, sin aseverar tajantemente, observamos que diversos sujetos consideraron su vida y no así su mera existencia. Es decir que experimentaron una sensación más allá de la sumisión a la pulsión de muerte y su representante en el goce; no sólo pensaron en la muerte inevitable y cuyo camino será tortuoso, sino en la vida sufrible que los tiene casi desesperanzados. Fue desde el dolor que resintieron su vida, pues la existencia cotidiana nubla e inmoviliza la percepción, la

reflexión, el pensamiento de sí, “todo va como tiene que ir y debo seguir como puedo”.

Sin la vida, sin la pulsión de vida, pierde importancia todo lo demás, lo económico, social, cultural, político, por más complejo y doloroso que sea. Así, en nuestra relación con los demás desde nuestras posibilidades académicas, teóricas, clínicas, sociólogos y psicoanalistas podemos jugar un papel importante –no dogmático ni esencialista– en la experiencia que podría tener la gente en tanto advierta su vida y la capacidad de transformarla. El intento de comprender lo social, sus condiciones históricas, culturales, económicas y el análisis de las emociones, los deseos y fantasías inconscientes, afecciones, fallas y faltas en la estructura psíquica de los sujetos, puede incidir en la existencia mortífera actual sin pretender separar lo inseparable.

Mencionamos esta última expresión porque la mayoría de los sujetos de la investigación separa su vida afectiva, emocional y psíquica, de la social, laboral, familiar y escolar. Es más, adjudican a su propia persona, a su propia responsabilidad, el sentirse mal por ser incapaces o que algo “falla” en ellos; asimismo, la falta de empleo o las condiciones precarias se les presentan, según su sentir, por ser inútiles, tontos, no suficientemente emprendedores. No se trató de negar que existen enfermedades y afecciones orgánicas; además, hay elementos constitutivos en los sujetos al momento de nacer, de su desarrollo, pero, como también señala el psicoanálisis, no hay psicología individual que no se sostenga en fenómenos sociales que la matizan. Es una posición crítica frente a la psicopatología.

Por ejemplo, en el caso de la adolescente que intelectualiza, sufre síntomas obsesivo-compulsivos y casi psicósomáticos, no debemos querer transformar su conducta “disfuncional” –como lo plantearía la psicoterapia cognitivo conductual, aunque sea muy útil en específicos casos– sin considerar su entorno familiar, escolar, social, personal, amoroso en el que intenta desenvolverse. No se trata de centrarnos en los síntomas como fenómenos observables y medibles indiscutibles; ya sean sociales o subjetivos. Esto sólo significaría pintar de otro color las grietas sintomáticas sin ahondar en el problema.

Este es un punto importante para nosotros porque el cambio de conducta, tener una “mejor mentalidad” optimizada, emprendedora, feliz, implica adaptar al sujeto a la sociedad que enferma, a una felicidad enfermiza, diría Leslie Márquez de la mano de Ahmed –como dicta el discurso dominante y sus psicoterapias tradicionales–; más bien, pensamos, se trataría de trascender y transformar la posición de los sujetos en compromiso consigo mismos. Lo que llaman ahora como “equilibrio emocional”, salud mental, ser emprendedor, mentalidad de éxito, “echarle ganas”, está ligado al modelo dominante. La ilusión de que todos y todas pueden llegar a la plenitud si se esfuerzan, tener un equilibrio si se mentalizan bajo un “yo puedo” o la psicofarmacología más allá de las enfermedades orgánicas o congénitas, disfraza la sensación más desalentadora; sobre todo en sujetos de clase media, media baja y en pobreza preocupante, pues muchos de ellos no tienen acceso a educación, trabajo, medicamentos o ayuda psicoterapéutica de ningún tipo.

Lo que consideramos una de las partes más valiosas de este trabajo, fue la experiencia del vínculo sujeto-sujeto, a diferencia de otras disciplinas que más bien se relacionan como sujeto-objeto, de observador-intervenido. Esto puede darse con médicos, psicólogos, o dentro del ámbito de las ciencias sociales para quienes los sujetos son objetos observables, medibles y definibles en el aquí y ahora para satisfacer el supuesto saber y deseo individual del investigador o experto y, así, exponer las inquietudes no trabajadas por las y los investigadores en sí mismos, sus fantasías y angustias inconscientes, sus propios dolores no resueltos o elaborados.

En esta experiencia no pretendimos modificar conductas o construir pensamientos en los sujetos; más bien, a partir de las singulares preocupaciones en esta investigación, nos dimos cuenta de que estos vínculos dejaron salir un poco más a la luz el sufrimiento psíquico. Como dijimos más arriba, pensaron su vida, la sintieron, la sufrieron sin respuestas a qué hacer, pero, por nuestra parte, concebimos un compromiso como profesionales dedicados a la comprensión y posible transformación de la sociedad, en el sentido de ayudar a enfrentar la tortura, el dolor, la vida gris en la que se encuentran los sujetos y, como dice Miguel Sandoval Maza (en Quiroga Etienne y Loret de Mola Badillo, 2020), no necesariamente se es consciente de eso, pero puede abrir la posibilidad de un nuevo acontecer.

Las elaboraciones que pueden, dentro de sus posibilidades, hacer los sujetos en la sociedad, la cultura, el sufrimiento mismo, no conlleva un feliz cumplimiento automático; por ello, la mayoría de nosotros somos neuróticos, pero se acrecientan otros padecimientos más fronterizos. Es posible, al convivir con los sujetos, concebir la compleja dialéctica socio-subjetiva como la de Eros y Thánatos en tanto pulsiones inherentes al ser humano; re-elaborar y re-constituir la subjetividad, regresar al sí mismo y ser capaces de producciones eróticas que, como hemos tratado de aclarar, no se trata, como muchas veces se confunde, del sexo en sí; más bien de la vida, la sexualidad, los vínculos, la creación y la sublimación. Esto sin desaparecer la pulsión de muerte, lo cual es imposible, pero sin que esté al servicio del goce consumista no sólo de mercancías, tampoco del consumo del sujeto a sí mismo; saber, pensar su sufrimiento, su entorno, su historia personal, nacional, cultural, sus condiciones sociales no como externas inamovibles, sino como creación humana y cultivo de sufrimiento psíquico que puede ser elaborado, si no transformado.

Algunas y algunos autores se han preguntado si la pandemia nos ha hecho mejores como humanidad, sin embargo, si pensamos antes y después de la pandemia, la sociedad sigue siendo parte de un sistema capitalista neoliberal. Sí fue una herida narcisista para la humanidad la experiencia de la pandemia, no obstante, las características de las relaciones sociales actuales han sido –y siguen siendo– individualistas, competitivas, basadas en la ilusión de enriquecimiento por encima del bien común. Nos parece que no, no nos hizo mejores. Posiblemente trastocó la idea omnipotente del ser humano sobre la naturaleza, la vida, la finitud, la vulnerabilidad. Y supimos que más bien agravó las condiciones de muchísima gente, como ya mencionamos, no sólo laboral y económicamente, sino psicológicamente, situaciones de violencia, pérdida de sentido y de proyecciones futuras.

Miedo a la muerte –no únicamente por contraer el virus–, incertidumbre presente y futura, se manifiestan en la preocupación por sobrevivir en la precariedad, la hostilidad, la insatisfacción en la realidad social. Ahora bien, el psiquismo no cuenta con una armadura que lo proteja de esa realidad, sino que ésta es introyectada en la mente y la afecta –subrayamos el psiquismo y no nos referimos específicamente a lo inconsciente, puesto que Ello, Yo y Superyó contienen partes inconscientes–. En

este sentido, observamos y escuchamos en pacientes y no pacientes que el nombrar, darle palabras a lo doloroso, atestiguándolo, generando espacios para elaborar esas experiencias, puede conducir a recuperar partes escindidas de los sujetos, permite sentir ese dolor, sentir las partes perdidas y concebirlas como un todo complejo.

Ahora bien, como hemos colegido, actualmente presenciamos un debilitamiento de la actividad de pensar, de pensarse a sí mismo y una suerte de inmadurez e infantilización social. Los sujetos nos mostraron dependencias diversas, tales como de alguna persona, del trabajo, de las redes sociales y los dispositivos electrónicos, de los excesos, de los mandatos del discurso dominante para sentir que de alguna forma existen. A esta forma de dependencias podríamos llamarlas patológicas, porque no expresan un vínculo hacia otro como creador o constructivo de relaciones. Agregamos la falta de elaboración de esos afectos que inmovilizan, deprimen, frustran e incapacitan para una elaboración simbólica, política y social. Las niñas y los niños pequeños están expuestos a muchos excesos, como sensoriales, de gratificaciones y frustraciones; hay un estado de sobreinformación permanente, excesos que no pueden simbolizar, tal como sucede en nuestra sociedad adulta de la inmediatez, de la hiperestimulación, la hiperinformación imposible de simbolizar, mucho menos pensar, como si se tratara de una infantilización psicótica.

El sufrimiento psíquico acecha a los sujetos de cualquier clase, aunque con sus diferencias singulares, pero atraviesan situaciones desbordantes que afectan sus vínculos, sus identificaciones, sus proyecciones y proyectos. Esto, como corroboramos, genera, por lo menos, depresión y vacío psíquico. Comprendimos que debemos considerar la desgarradura entre el Yo y la realidad; una realidad en ruinas desde donde es importante el compromiso para re-elaborar, reconstruir la vida, reconstituir las subjetividades y sus proyectos. Evitar que las ilusiones como proyecto se dobleguen ante la nostalgia depresiva. Luis Hornstein (2016) lo expone muy bien e ilustra de manera clara las aproximaciones que logramos en la investigación, a saber: una gran parte de los sujetos tienen una visión pesimista de sí mismos y la vida, se sienten impotentes y fracasados. Se debilita la capacidad de sentir placer, ya sea intelectual, estético, alimentario o sexual. Se vuelven aislados y abrumados, agobiados en busca de estímulos, ansiosos en busca de calma, insomnes

en busca de sueño. Tal agobio se manifiesta al menos en tres dimensiones; *temporal* (no tengo futuro), en la *motivación* (no tengo ganas de nada, no puedo, para qué) y en el *valor* (no valgo nada). Esto fue evidente en el trabajo realizado y no necesariamente los sujetos sufrientes se recluyen todo el tiempo en casa tirados en la cama (como en el imaginario sobre este problema); también suelen recluirse en la violencia, consumo y abuso de sustancias y alcohol, el sexo como sustituto de “algo” o la llamada adicción al trabajo bajo el eufemismo del éxito.

El punto central de este texto no fue describir las características elementales del capitalismo neoliberal, sino los efectos subjetivos que el discurso y las dinámicas dominantes generan. A esto lo llamamos sufrimiento psíquico más que subjetivo, ya que la subjetivación queda interrumpida o dañada por, precisamente, la cuestión mental, psíquica, de desarrollo, de historia singular y por el impacto externo de nuestra sociedad; psicopatologías que se presentan no sólo de forma singular; también permean las relaciones sociales y los vínculos. Mundo interno y externo interactúan, se afectan mutuamente. Desarrollamos la investigación en medio de *patologías sociales* –matizadas respecto de las psicopatologías– que, a grandes rasgos, “pueden ser caracterizadas como procesos sociales anónimos que inciden en la vida práctica de los individuos al alterar el sentido de los contextos prácticos compartidos que median la reproducción de la sociedad” (Pereira, 2019: 118). En otras palabras, los sujetos y los espacios nos elucidaron las formas de vida y reproducción de la misma, tanto como las repercusiones directas en la dimensión psíquica. La dimensión objetiva en las formas capitalistas de relaciones sociales y la dimensión subjetiva penetrada por éstas en cada esfera de la vida cotidiana, se articulan.

Remarcamos tanto esto porque, en el diálogo con otras posturas y planteamientos, tanto como en las discusiones con nuestros postulados originales, nos dimos cuenta de puntos fundamentales que corrigieron los caminos y sostuvieron al final nuestro argumento. No debemos dar por sentado que la dimensión psíquica –que no la constitución de la realidad psíquica singular– de los sujetos es única y estrictamente individual (como si los sujetos no estuviéramos divididos, fracturados con los otros y la sociedad en diversos espacios y clases), así

como tampoco aseverar que los factores externos son los determinantes únicos en las afecciones y psicopatologías. Pudimos ampliar nuestra perspectiva por el acercamiento sociológico crítico y el psicoanálisis como método y herramienta teórico-clínica; por ello, los acercamientos, la escucha y el análisis nos permitieron dudar, implicarnos con los sujetos y evitar preguntar lo que específicamente queríamos escuchar.

Es en este sentido que nuestras consideraciones finales no cierran con una respuesta afirmativa a la suposición o deseo de una transformación socio-subjetiva inherente al malestar de los sujetos, como si se tratara de una suerte de estímulo-respuesta. Para ello, el psicoanálisis resultó imprescindible en el apoyo al análisis sociológico. Es innegable que el capitalismo produce conflictos internos que padecen las personas, vidas erráticas, devaluación, comparaciones, depresiones, actos destructivos y autodestructivos. Pero también, insistimos, no debemos afirmar que el inconsciente es donde se interiorizan exclusivamente las relaciones externas de poder y dominación; no es una página en blanco. Como vimos, las características del inconsciente se manifiestan a través de síntomas y fantasmas en las afecciones que los sujetos padecen.

Corroboramos que los imperativos de rendimiento del neoliberalismo intervienen en cada esfera de la vida; tales exigencias se presentan más allá del principio del placer, es decir que constituyen el plus de goce, que no debe confundirse, como hemos intentado aclarar antes, con una satisfacción homeostática del placer. Resulta, más bien, como un desequilibrio de las pulsiones y tiene su correlato en la pulsión de muerte. La competencia en el trabajo, el culto al cuerpo más allá de la salud, las relaciones personales desconfiadas y efímeras, el sexo desligado de afectos, son ejemplos que pudimos encontrar.

Entonces, si no con una respuesta afirmativa, podemos cerrar con las posibilidades que brindan las *incomodidades latentes*, que contienen pequeñas descargas de reflexión y percepciones displacenteras, las cuales lograrían provocar que tal incomodidad se vuelva manifiesta y la actividad de pensar se restituya, que la existencia sea vivida y el sufrimiento psíquico elaborado en las experiencias con los otros conteniendo la regeneración de nuestros vínculos.

BIBLIOGRAFÍA

- Ades, Taty y Eduardo Ferreira Santos (2022), *Trastorno Límite de la Personalidad. Infancia interrumpida, adulto con TLP*, Sirio, Málaga.
- Agazzi, Lidia (2011), “Introducción”, en: Gerez Ambertín, Marta *et al.*, *Desafíos en la clínica psicoanalítica actual*, Círculo Psicoanalítico Mexicano, México.
- Ahmed, Sara (2019), *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*, Caja Negra, Buenos Aires.
- Aisenstein, Marilia (2022), *Deseo, dolor, pensamiento. Masoquismo originario y teoría psicoanalítica*, Paradiso, México.
- Alemán, Jorge (2012), *Soledad: Común. Políticas en Lacan*, Clave Intelectual, Madrid.
- Alemán, Jorge (2014), *En la frontera. Sujeto y capitalismo*, Gedisa, Barcelona.
- Alemán, Jorge (2019), *Capitalismo. Crimen perfecto o emancipación*, Nuevos Emprendimientos Editoriales, Barcelona.
- Alemán, Jorge (2023), *Breviario político de psicoanálisis*, Nuevos Emprendimientos Editoriales, España.
- Avanesian, Armen y Mauro Reis comps. (2017), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el poscapitalismo*, Caja Negra, Buenos Aires.
- Bekerman, Jorge (2013), “No hay clasificación que no sea arbitraria y conjetural”, en: Fendrik, Silvia y Alfredo Jerusalinsky cords.: *El libro negro de la psicopatología contemporánea*, Siglo XXI editores, México.
- Berardi, Franco (2010), *Generación Post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- Berardi, Franco (2012), *El alma y el trabajo*, Elefanta, México.
- Berardi, Franco (2014), *La sublevación*, Surplus, México.
- Berardi, Franco (2015), *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- Berardi, Franco (2018), *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*, Caja Negra, Buenos Aires.
- Berardi, Franco (2019), *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*, Caja Negra, Buenos Aires.
- Berardi, Franco (2020), “Crónica de la psicodeflación”, en: Amadeo, Pablo (ed.): *Sopa de Wuhan*, ASPO, p. 35-54.
- Berardi, Franco (2022), *El tercer inconsciente. La psicoesfera en la época viral*, Caja Negra, Buenos Aires.
- Brown, Wendy (2015), *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Malpaso, Barcelona.
- Cabré, Luis Martín (2020), “Soledad, síntoma y angustia”, en: Corzo Rosa (ed.), *Soledad: elección, síntoma o angustia*, Editores de Textos Mexicanos, México.

- Campuzano Montoya, Mario (2020), *Subjetividad, vínculos y violencia. El neoliberalismo y las consecuencias psíquicas de las nuevas formas de dominación*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Carpintero, Enrique comp. (2011), *La subjetividad asediada. Medicalización para domesticar al sujeto*, Topía, Buenos Aires.
- De Vos, Jan (2019), *La psicologización y sus vicisitudes*, Paradiso, México.
- Deleuze, Gilles (2015), *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*, Cactus, Buenos Aires.
- Deleuze, Gilles (2017), *La subjetivación. Curso sobre Foucault*, Cactus, Buenos Aires.
- Dessal, Gustavo (2021), *Face to Facebook. Una temporada en el Manicomio Global*, Nuevos Emprendimientos Editoriales, España.
- Devereux, George (2012), *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI, México.
- Dor, Joël (2003), *Introducción a la lectura de Lacan II. La estructura del sujeto*, Gedisa, Barcelona.
- Elkin Ramírez, Mario (2021), *¡Elemental, Dr. Freud! El método psicoanalítico aplicado a la investigación universitaria y social*, Nandela, México.
- Emmelhainz, Irmgard (2016), *La tiranía del sentido común. La reconversión neoliberal de México*, Paradiso, México.
- Esperanza, Graciela (2013), “Medicalizar la vida”, en: Fendrik, Silvia y Alfredo Jerusalinsky coords.: *El libro negro de la psicopatología contemporánea*, Siglo XXI editores, México.
- Espinosa Lolas, Ricardo (2018), “«Buenas y malas noticias» para estos tiempos... Desde y con Jorge Alemán, una crítica radical al Capitalismo que acontece en nosotros mismos”, en: Appleton, Timothy y José Alberto Raymondi eds.: *Lacan en las lógicas de la emancipación. En torno a textos de Jorge Alemán*, Miguel Gómez ediciones, Málaga.
- Flores, Leticia (2011), “El psicoanálisis en la sociedad actual”, en Gerez Ambertín, Marta, *Desafíos en la clínica psicoanalítica actual*, Círculo Psicoanalítico Mexicano, México, pp. 49-58.
- Fisher, Mark (2016), *Realismo Capitalista. ¿No hay alternativa?*, Caja Negra, Buenos Aires.
- Fisher, Mark (2018), “Anti-terapia”, en: Friedrich, Sebastian et al.: *La sociedad del rendimiento. Cómo el neoliberalismo impregna nuestras vidas*, Katakarak, Pamplona.
- Fisher, Mark (2018), “Bueno para nada”, en: Fisher, Mark: *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*, Caja Negra, Buenos Aires.

- Forster, Ricardo (2019), *La sociedad invernadero. El neoliberalismo: entre las paradojas de la libertad, la fábrica de subjetividad, el neofascismo y la digitalización del mundo*, Akal, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (2003), *El malestar en la cultura*, Alianza, Madrid.
- Freud, Sigmund (2008), *Psicología de las masas*, Alianza, Madrid.
- Frydman, Arturo V. (2012), *La subversión de Lacan. Una introducción a la noción de sujeto*, Ediciones Continente, Buenos Aires.
- Galende, Emiliano (2015), *Conocimiento y prácticas de salud mental*, Lugar Editorial, Buenos Aires.
- Gerez Ambertín, Marta (2011), “La clínica psicoanalítica en tiempos de soledad y desubjetivación”, en: Gerez Ambertín, Marta *et al.*, *Desafíos en la clínica psicoanalítica actual*, Círculo Psicoanalítico Mexicano, México.
- Gimbel, María Victoria (2018), “El habitante fronterizo”, en: Appleton, Timothy y José Alberto Raymondi eds.: *Lacan en las lógicas de la emancipación. En torno a textos de Jorge Alemán*, Miguel Gómez ediciones, Málaga.
- Gómez Carpinteiro, Francisco (2012), *Historias que hay que contar. Antropología, sujetos y conocimiento moral*, Juan Pablos, BUAP, México.
- Guattari, Félix (2004), *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, Traficantes de sueños, Madrid.
- Guattari, Félix (2017), *La revolución molecular*, Errata Naturae, Madrid.
- Guattari, Félix y Suely Rolnik (2013), *Micropolítica. Cartografías del deseo*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- Habermas, Jürgen; Popper, Karl y Ralf Dahrendorf (2018), *Filosofía radical. Conversaciones con Marcuse*, Gedisa, Barcelona.
- Han, Byung-Chul (2016), *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Herder, Barcelona.
- Han, Byung-Chul (2018), *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona.
- Han, Byung-Chul (2022), *Capitalismo y pulsión de muerte*, Herder, Barcelona.
- Harvey, David (2015), *Espacios de esperanza*, Akal, Madrid.
- Harvey, David (2015), *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid.
- Hernández Delgadillo, Sergio (2021), “Deseo y goce en el neoliberalismo cibernético”, en: Martínez Ruíz, Rosaura coord.: *Psicoanálisis, deconstrucción y crítica de lo psicopolítico*, Akal, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México.
- Hernández Lara, Oliver Gabriel (2021), “Etnografía y entrevista semiestructurada como técnicas para una historia clínica y crítica de la experiencia de atención psiquiátrica”, en: Ordorika Sacristán, Teresa y Aída Alejandra Golcman (cords.), *Locura en el archivo. Fuentes y metodologías para el estudio de las disciplinas psi*, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México.

- Hinojosa, Delia (2020), “La soledad en la clínica contemporánea, ¿y qué con el psicoanálisis?”, en: en: Corzo Rosa (ed.), *Soledad: elección, síntoma o angustia*, Editores de Textos Mexicanos, México.
- Holloway, John (2010), *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Sísifo-Bajo Tierra, México.
- Holloway, John (2011), *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*, Sísifo-Bajo Tierra, México.
- Honneth, Axel (2009), *Patologías de la razón. Historia y actualidad de la Teoría Crítica*, Katz, Madrid.
- Hornstein, Luis (2013), *Las encrucijadas actuales del psicoanálisis. Subjetividad y vida cotidiana*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Hornstein, Luis (2015), *Las depresiones. Afectos y humores del vivir*, Paidós, Buenos Aires.
- Kehl, María Rita (2013), “La actualidad de las depresiones”, en: Fendrik, Silvia y Alfredo Jerusalinsky cords.: *El libro negro de la psicopatología contemporánea*, Siglo XXI editores, México.
- Klotek, Felix (2018), “On Time Run. Siempre en ruta, sin llegar nunca, recorriendo las zonas de la optimización de sí mismo”, en: Friedrich, Sebastian et al.: *La sociedad del rendimiento. Cómo el neoliberalismo impregna nuestras vidas*, Katakra, Pamplona.
- Lacan, Jacques (2005), “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos II*, Siglo XXI editores, México.
- Laplanche, Jean y Jean-Bertrand Pontalis (2014), *Diccionario de Psicoanálisis*, Paidós, Barcelona.
- Laval, Christian y Pierre Dardot (2013), *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Gedisa, Barcelona.
- Laval, Christian y Pierre Dardot (2015), *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*, Gedisa, Barcelona.
- Laval, Christian y Pierre Dardot (2017), *La pesadilla que no acaba nunca*, Gedisa, Barcelona.
- Laval, Christian; Dardot, Pierre y Enric Berenguer (2018), *El ser neoliberal*, Gedisa, Barcelona.
- Lora Cam, Jorge (2017), *La metodología de la praxis desde la subjetividad práctica. Fundamentos ontológicos, epistemológicos y aproximación metodológica en ciencias sociales*, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Macías García, Luis Fernando y Ana María Chávez Hernández (2011), “Psicoanálisis, conjetura frente a la fascinación y dominio de las neurociencias emergentes”, en: Gerez Ambertín, Marta et al., *Desafíos en la clínica psicoanalítica actual*, Círculo Psicoanalítico Mexicano, México.

- Manero Brito, Roberto (2016), “Corporativismo y colectividad. Hacia un socioanálisis de las instituciones mexicanas”, en García Masip, Fernando (coord.), *Biopolíticas, instituciones y desconstrucciones*, Universidad Iberoamericana, Las lecturas del Sileno, México, pp. 25-53.
- Martínez Ruíz, Rosaura coord. (2015), *Filósofos después de Freud*, Ítaca, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México.
- Montalbán Peregrín, Manuel (2018), “¿Malas noticias del psicoanálisis?”, en: Appleton, Timothy y José Alberto Raymondi eds.: *Lacan en las lógicas de la emancipación. En torno a textos de Jorge Alemán*, Miguel Gómez ediciones, Málaga.
- Ortega, Julio (2020), “La soledad en la época de las tecnologías de la comunicación”, en: Corzo Rosa (ed.), *Soledad: elección, síntoma o angustia*, Editores de Textos Mexicanos, México.
- Parker, Ian y David Pavón-Cuéllar, cords. (2017), *Marxismo, psicología y psicoanálisis*, Paradiso, México.
- Parker, Ian y David Pavón-Cuéllar (2021) *Psicoanálisis y revolución. Psicología crítica para movimientos de liberación*, Pólvora Editorial, Santiago de Chile.
- Pasqualini, Mauro (2016), *Psicoanálisis y teoría social. Inconsciente y sociedad de Freud a Žižek*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Pavón-Cuéllar, David y Mario Orozco-Guzmán (2018), *Política del psicoanálisis en el capitalismo neoliberal*, Teoría y Crítica de la Psicología, 10, México, pp.63-81.
- Pavón-Cuéllar, David (2014), *Elementos políticos de marxismo lacaniano*, Paradiso, México.
- Pavón-Cuéllar, David (2019), *Psicología crítica. Definición, antecedentes, historia y actualidad*, Ítaca Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México.
- Pavón-Cuéllar, David (2022), *Sobre el vacío. Puentes entre marxismo y psicoanálisis*, Paradiso, México.
- Perales Lavín, Susana (2011), “Los síntomas contemporáneos y el psicoanálisis”, en Gerez Ambertín, Marta, *Desafíos en la clínica psicoanalítica actual*, Círculo Psicoanalítico Mexicano, México, pp. 59-67.
- Pereira, Gustavo (2019), “Los procesos de fetichización como clave reconstructiva del concepto de patologías sociales”, en Aroch Fugellie, Paulina et. al., *Das Kapital. Marx, actualidad y crítica*, Siglo XXI, México.
- Pichón-Rivière, Enrique (1985), *Teoría del vínculo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Polidori, Ambra y Raymundo Mier (2017), *Nicht für immer! ¡No para siempre! Introducción al pensamiento crítico y la Teoría crítica frankfurtiana*, Gedisa, Universidad Autónoma Metropolitana, México.

- Quiroga Etienne, Lourdes y Berta Loret de Mola Badillo comps. (2022), *La pandemia en el diván*, Gedisa, México.
- Ramírez-Bermúdez, Jesús (2020), *Depresión. La noche más oscura*, Debate, México.
- Read, John; Mosher, Loren R. y Richard P. Bentall (2006), *Modelos de locura. Aproximaciones psicológicas, sociales y biológicas a la esquizofrenia*, Herder, Barcelona.
- Recalcati, Massimo (2021), *El hombre sin inconsciente. Figuras de la nueva clínica psicoanalítica*, Paradiso, México.
- Recalcati, Massimo (2022), *Los retratos del deseo*, Paradiso, México.
- Roudinesco, Élisabeth (2018), *¿Por qué el psicoanálisis?*, Paidós, México.
- Sadin, Éric (2017), *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Caja Negra, Buenos Aires.
- Sadin, Éric (2020), *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*, Caja Negra, Buenos Aires.
- Salcido Serrano, Rocío y Rafael Sandoval (2016), *El problema y el sujeto en la investigación. Metodología y epistemología crítica*, Universidad de Guadalajara, México.
- Sandoval, Rafael (2016), *Formas de hacer metodología en la investigación. Reflexividad crítica sobre la práctica*, Grietas, México.
- Santini, Oscar (2017), *La psicopolítica como estrategia. Globalización neoliberal, construcción y colonización de subjetividades*, Editorial Brujas, Córdoba.
- Santos Rendón (2011), “Las nuevas tecnologías de información y comunicación y sus efectos en el sujeto contemporáneo”, en Gerez Ambertín, Marta, *Desafíos en la clínica psicoanalítica actual*, Círculo Psicoanalítico Mexicano, México, pp. 163-192.
- Srnicek, Nick (2019), *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra, Buenos Aires.
- Wagner, Greta (2018), “¿Mejores cerebros? Neuropotenciación en la neocultura”, en: Friedrich, Sebastian et al.: *La sociedad del rendimiento. Cómo el neoliberalismo impregna nuestras vidas*, KatakraK, Pamplona.
- Žižek, Slavoj (1992), *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México.
- Žižek, Slavoj (2017), *Porque no saben lo que hacen. El sinthome ideológico*, Akal, Madrid.

ARTÍCULO DIGITAL

- Hernández Lara, Oliver Gabriel (2010), “Memoria y clínica: las patologías como huellas de las contradicciones y posibles antagonismos”, II Seminario internacional Políticas de la Memoria. Disponible en: http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2010/10/mesa-13/hernandez_mesa_13.pdf

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA

- Adorno, Theodor W. (2004), *Escritos sociológicos I*, Akal, Madrid.
- Adorno, Theodor W. (2008), *Dialéctica Negativa. La jerga de la autenticidad*, Akal, Madrid.
- Adorno, Theodor W. (2010), *Escritos filosóficos tempranos*, Akal, Madrid.
- Adorno, Theodor W. (2013), *Minima Moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, Akal, Madrid.
- Alonso, Jorge (2013), *Repensar los movimientos sociales*, Publicaciones de la casa chata, México.
- Benjamin, Walter (2012), *El origen del Trauerspiel alemán*, ABADA, Madrid.
- Boltanski, Luc y Eve Chiapello (2019), *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid.
- Borja, Jordi (2013), *Revolución urbana y derechos ciudadanos*, Alianza, Madrid.
- Davis, Mike (2007), *Planeta de ciudades miseria*, Foca, Madrid.
- Davis, Mike (2007), *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (2009), *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Paidós, Buenos Aires.
- Espinosa Lolas, Ricardo (2019), *Manual para disolver el capitalismo*, Morata, Madrid.
- Fraser, Nancy y Rahel Jaeggi (2019), *Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica*, Morata, Madrid.
- Freud, Sigmund (2008), *Psicopatología de la vida cotidiana*, Alianza, Madrid.
- Garnier, Jean Pierre (2006), *Contra los territorios del poder. Por un espacio público de debates y... de combates*, Virus, Barcelona.
- Harvey, David (2016), *Urbanismo y desigualdad social*, Siglo XXI, Madrid.
- Harvey, David (2017), *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*, Akal, Madrid.
- Harvey, David (2018), *Senderos del mundo*, Akal, Madrid.
- Harvey, David (2019), *Marx, El Capital y la locura de la razón económica*, Akal, Madrid.
- Holloway, John (2004), *Antagonismo social y marxismo crítico*, Herramienta, Buenos Aires.
- Holloway, John (2006), *Contra y más allá del capital*, Herramienta, Buenos Aires.
- Holloway, John (2007), *Negatividad y revolución. Theodor W. Adorno y la política*, Herramienta, Buenos Aires.
- Jameson, Fredric (2010), *Marxismo tardío. Adorno y la persistencia de la dialéctica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

- Kaspar Anne (2024): *Paisajes de una vida digna. La emancipación discutida desde pensadoras contemporáneas*, tesis para obtener el grado de doctora en Humanidades en la línea académica de Filosofía Moral y Política, México: UAM-Iztapalapa.
- Kaspar, Anne e Imanol García Vergés (2022), “Emancipación hoy: debate crítico de un concepto”, en: Hernández Maldonado, Luz Elena; Parra García, Hector y Donatto Daniel Badillo Cuevas: *Horizontes emancipatorios en América Latina. Luchas de pueblos originarios y de sectores populares frente al Estado-capital*, Universidad Nacional Autónoma de México, Bajo Tierra ediciones, México.
- Lacan, Jacques (2005), *Escritos I*, Siglo XXI, México.
- Lacan, Jacques (2021), *El deseo y su interpretación. El seminario VI*, Paidós, Buenos Aires.
- Marcuse, Herbert (1994), *El hombre unidimensional*, Joaquín Mortiz, México.
- Marcuse, Herbert (2010), *Eros y Civilización*, Ariel, Barcelona.
- Marinas, José-Miguel (2016), *La ciudad contemporánea*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Mezzadra, Sandro (2014), *La cocina de Marx. El sujeto y su producción*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- Navarro, Mina Lorena (2016), *Hacer común contra la fragmentación en la ciudad. Experiencias de autonomía urbana*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Observatorio Metropolitano de Madrid (2015), *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- Rolnik, Suely (2019), *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- Žižek, Slavoj (2014), *Pedir lo imposible*, Akal, Madrid.
- Žižek, Slavoj (2018), *El coraje de la desesperanza*, Anagrama, México.
- Žižek, Slavoj (2019), *Lacan. Los interlocutores mudos*, Akal, Madrid.